

RAINBOW
ROWELL

Landline



Esta traducción fue hecha sin fines de lucro.

Es una traducción de fans para fans.

Si el libro llega a tu país, apoya al escritor comprando su libro. También puedes apoyar al autor con una reseña, siguiéndolo en redes sociales y ayudándolo a promocionar su libro.

¡Disfruta la lectura!



Staff

MODERADORA

Mel Cipriano

TRADUCTORAS

Mel Cipriano	Jasiel Odair	Val_17	Diana	Marie.Ang
ElyCasdel	Beatrix	Lorena	Lilizita15	Ankmar
Issel	*~ Vero ~*	florbarbero	Zafiro	Valentine
Sandy	Kellyco	Mire	Vani	Rose Dama
Sofia Belikov	Melissa Radke	Niki	Julieyrr	Annie D
Juli	B. C.	Mary	Sandry	Anty
NnancyC	Fitzwalter	Miry GPE	Jeyly Carstairs	CrisCras
Dey Kastély	Annabelle			

CORRECTORAS

Elle	Key	AmpaЯo	Laurita PI	Clara Markov
Itxi	Lizzy Avett'	Val_17	Amélie	-Valeriia♥
Nana Maddox	AriannysG	Eli Mirced	*Andreina F*	LucindaMaddox
ElyCasdel	GypsyPochi	Mel Markham	Victoria	Valentine Rose
Emmie	SammyD	Dannygonzal	Marie.Ang	Daniela Agrafojo
Jasiel Odair	NnancyC	Sofia Belikov	Karool Shaw	Niki
Mire	Aimetz Volkov	Miry GPE	Vanessa Farrow	Verito
Meliizza				

LECTURA FINAL

Florbarbero

DISEÑO

PaulaMayfair





Índice

Martes 17 de Diciembre de 2013

Capítulo 1

Miércoles 18 de Diciembre de 2013

Capítulo 2

Capítulo 3

Jueves 19 de Diciembre de 2013

Capítulo 4

Capítulo 5

Viernes 20 de Diciembre de 2013

Capítulo 6

Capítulo 7

Sábado 21 de Diciembre de 2013

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Domingo 22 de Diciembre de 2013

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Lunes 23 de Diciembre de 2013

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Martes, Nochebuena de 2013

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Miércoles, Navidad de 2013

Capítulo 35

Capítulo 36

Antes

Después

Sobre el autor



Sinopsis

Georgie McCool sabe que su matrimonio está en problemas. Que ha estado en problemas desde hace mucho tiempo. Ella aún ama a su esposo, Neal, y él todavía la ama, profundamente, pero eso no es lo que cuenta ahora.

Tal vez nunca lo fue.

Dos días antes del que se suponía debían ir a visitar a la familia de Neal en Omaha para Navidad, Georgie le dice a Neal que no puede hacerlo. Ella es una guionista de televisión, y ha surgido algo en su programa, por lo que tiene que quedarse en Los Ángeles. Sabe que Neal se enfadará con ella —Neal siempre está un poco molesto con Georgie— pero lo que no espera es que él prepare a los niños y se vaya a casa sin ella.

Cuando su marido y sus hijos parten hacia el aeropuerto, Georgie se pregunta si finalmente lo ha logrado. Si ha arruinado todo.

Esa noche, Georgie descubre una manera de comunicarse con Neal en el pasado. No es viajar en el tiempo, no exactamente, pero ella siente que se le ha dado la oportunidad de arreglar su matrimonio antes de que comience...

¿Es eso lo que se supone que haga?

¿O Georgie y Neal estarían mejor si su matrimonio nunca hubiera ocurrido?





Landline

Martes

17 de Diciembre de 2013

6

RAINBOW ROWELL





Traducido por Mel Cipriano

Corregido por Elle

Georgie se detuvo en el camino de entrada, tratando de no llevarse por delante una bicicleta.

Neal nunca hizo que Alice la guardara.

Al parecer, jamás robaban bicicletas en Nebraska, y nadie nunca trató de irrumpir en su hogar. La mayoría de las noches, Neal ni siquiera cerraba la puerta principal hasta que Georgie llegaba a casa, aunque ella le dijo que eso era como poner un cartel en el patio que dijera: "POR FAVOR RÓBANOS A PUNTA DE PISTOLA". "No", respondió él. "Creo que eso sería diferente."

Georgie puso la bicicleta en el porche y abrió la (desbloqueada) puerta.

Las luces se encontraban apagadas en el salón, pero la televisión estaba encendida. Alice se había quedado dormida en el sofá viendo *La Pantera Rosa*. Georgie fue a apagarla y tropezó con un tazón de leche en el suelo. Había una pila de ropa para lavar sobre la mesa de café, por lo que agarró lo que fuera que se encontraba en la parte superior para limpiarlo.

Cuando Neal apareció por el arco entre el salón y el comedor, Georgie se encontraba en cucullas en el suelo, empapando una de sus prendas de ropa interior con leche.

—Lo siento —dijo—. Alice quería darle leche a Noomi.

—Está bien, no estaba prestando atención. —Georgie se levantó, apretando la ropa interior mojada en su puño. Asintió hacia Alice—. ¿Se siente bien?

Neal extendió la mano y tomó la ropa interior, luego fue por el cuenco. —Está bien. Le dije que podía esperarte. Fue toda una negociación sobre comer todo el repollo y no usar más la palabra "literalmente" porque, *literalmente* me estaba volviendo loco. —Se volvió para mirar a Georgie camino hacia la cocina—. ¿Tienes hambre?

—Sí —contestó, siguiéndolo.

Neal se hallaba de buen humor esa noche. Por lo general, cuando Georgie llegaba a su casa tan tarde... bueno, por lo general cuando llegaba tarde a casa, no lo hacía.

Se sentó en la barra de desayuno, despejando un espacio con los codos entre avisos de pago, libros de la biblioteca, y hojas de tarea de segundo grado.



Neal se dirigió a la cocina y encendió la hornalla. Vestía pantalones de pijama y una camiseta blanca, y se veía como si acabara de cortarse el cabello, probablemente para el viaje. Si ahora Georgie tocara la parte de atrás de su cabeza, se sentiría como terciopelo hacia un lado y agujas hacia el otro.

—No estaba seguro de qué querías empacar —dijo—. Pero lavé todo lo que había en tu cesta. No te olvides que allí hace frío, siempre lo haces.

Era cierto. Ella siempre terminaba robando los suéteres de Neal.

Él se encontraba de buen humor esta noche...

Sonreía mientras preparaba su plato. Un revuelto. Salmón. Repollo. Otras cosas verdes. Aplastó un puñado de nueces de la India con su puño y las roció en la parte superior. Luego puso el plato delante de ella.

Cuando Neal sonreía, sus hoyuelos formaban algo parecido a paréntesis, paréntesis sin afeitar. Georgie quería tirarlo encima la barra de desayuno y rozar sus mejillas con la nariz. (Esa era su respuesta estándar a Neal sonriendo, aunque él probablemente no lo sabía).

—Creo que lavé todos tus vaqueros... —dijo, sirviéndole un vaso de vino.

Georgie respiró hondo. Sólo tenía que terminar con esto. —Tengo buenas noticias.

Él se apoyó en el mostrador y levantó una ceja. —¿Sí?

—Sí. Bueno... Maher Jafari quiere nuestro espectáculo.

—¿Quién es Maher Jafari?

—Es el tipo del canal con el que hemos estado hablando. El que le dio luz verde a *The Lobby* y a ese nuevo reality show sobre cultivadores de tabaco.

—Cierto. —Neal asintió—. El tipo del canal. Pensé que les estaba dando la espalda.

—Pensábamos que lo hacía —dijo Georgie—. Al parecer, él sólo es así.

—Oh. Vaya que es una buena noticia. Entonces... —inclinó la cabeza hacia un lado—. ¿Por qué no pareces feliz?

—Estoy *emocionada* —dijo Georgie. Muchísimo. Dios. Probablemente estaba sudando—. Quiere un piloto, y guiones. Tenemos una gran reunión para hablar del reparto...

—Eso es genial —dijo Neal, esperando. Sabía que ella estaba enterrando la cabeza.

Georgie cerró los ojos. —...el veintisiete.

La cocina se quedó en silencio. Entonces apareció. Ah, allí estaba el Neal que ella conocía y amaba. (De verdad. En ambos aspectos.) Los brazos cruzados, los ojos entrecerrados, los músculos tensos en ambas esquinas de su mandíbula.

—Vamos a estar en Omaha el veintisiete —dijo

—Lo sé —respondió ella—. Neal, lo sé.



—¿Y? ¿Estás pensando en volar de regreso a Los Ángeles antes de tiempo?

—No, yo... tenemos que tener listos los guiones antes de esa fecha. Seth pensó...

—Seth.

—Todo lo que tenemos es el piloto —dijo Georgie—. Nos quedan nueve días para escribir cuatro episodios y prepararnos para la reunión, es realmente una suerte que contemos con un tiempo libre de *Jeff'd Up* esta semana.

—Tienes tiempo libre porque es Navidad.

—Sé que es Navidad, Neal, no me estoy saltando la Navidad.

—¿No?

—No. Sólo estoy saltando... Omaha. Pensé que podríamos saltarnos Omaha.

—Ya tenemos los billetes de avión.

—Neal. Es un piloto. Un *acuerdo*. Con el canal de nuestros sueños.

Georgie se sentía como si estuviera leyendo un guión. Ya había tenido toda la conversación, casi palabra por palabra, esa tarde con Seth...

—Es *Navidad* —había argumentado. Se encontraban en la oficina, y Seth estaba sentado al lado de Georgie en el gran escritorio en forma de L que compartían. La tenía acorralada.

9

—Vamos, Georgie, aún festejaremos Navidad, vamos a tener la mejor Navidad de todas después de la reunión.

—Dile eso a mis hijas.

—Lo haré. Tus hijas me aman.

—Seth, es Navidad. ¿La reunión no puede esperar?

—Ya hemos estado esperando toda nuestra carrera. Esto está sucediendo, Georgie. Ahora. Finalmente está ocurriendo.

Seth no paraba de decir su nombre.

Las fosas nasales de Neal temblaban.

—Mi mamá nos está esperando —dijo.

—Lo sé —susurró Georgie.



—¿Y las niñas...? Alice le envió a Santa una tarjeta de cambio de dirección, para que supiera que ella estaría en Omaha.

Georgie intentó sonreír. Fue un esfuerzo débil. —Creo que él va a averiguarlo.

—Ese no es... —Neal metió el sacacorchos en el cajón, y luego lo cerró de golpe. Bajó la voz—. Ese no es el punto.

—Lo sé. —Ella se inclinó sobre su plato—. Pero podemos ir a ver a tu madre el próximo mes.

—¿Y que Alice falte a la escuela?

—Si tenemos que hacerlo...

Neal tenía las dos manos sobre el mostrador, apretando los músculos de sus antebrazos. Como si estuviera preparándose de nuevo para las malas noticias. Tenía la cabeza gacha, y su pelo caía sobre su frente.

—Esta podría ser nuestra oportunidad —dijo Georgie—. Nuestro propio espectáculo.

Neal asintió sin levantar la cabeza. —Correcto —dijo. Su voz era suave y plana.

Georgie esperó.

A veces, ella perdía su lugar cuando estaba discutiendo con Neal. El argumento cambiaría a algo más (algo más peligroso) y Georgie ni siquiera se daría cuenta de ello. A veces Neal pondría fin a la conversación o se iría mientras ella continuaba exponiendo su punto, y seguía discutiendo mucho tiempo después de que él se hubiera marchado.

Sin embargo, Georgie no estaba segura de si aquello siquiera se clasificaba como una discusión.

Así que esperó.

Neal bajó la cabeza.

—¿Qué significa “correcto”? —preguntó finalmente.

Él se apartó del mostrador, los brazos desnudos y los hombros cuadrados. —Significa que tienes razón. Obviamente. —Empezó a limpiar la estufa—. Tienes que ir a esa reunión. Es importante.

Lo dijo casi a la ligera. Quizás todo iba a estar bien después de todo. Tal vez incluso estaría feliz por ella. Con el tiempo.

—Entonces —dijo, probando el aire entre ellos—. ¿Vamos a ir a visitar a tu mamá el próximo mes?

Neal abrió el lavavajillas y empezó a recoger los platos. —No.

Georgie apretó sus labios y se los mordió. —¿No quieres que Alice falte a la escuela?

Él negó con la cabeza.



Lo vio cargar el lavaplatos. —¿Este verano, entonces?

Su cabeza se sacudió un poco, como si algo hubiera rozado su oreja. Neal tenía unas orejas un poco demasiado grandes, y se agrandaban aún más en la parte superior como si fueran alas. A Georgie le gustaba sostener su cabeza por las orejas. Cuando él la dejaba.

Podía imaginar su cabeza en sus manos ahora. Podía sentir sus pulgares acariciando las copas de sus oídos, rozando los nudillos contra su cabello rasurado.

—No —dijo de nuevo, de pie con la espalda recta, limpiándose las manos en el pantalón del pijama—. Ya tenemos los billetes de avión.

—Neal, hablo en serio. No puedo perder esta reunión.

—Lo sé —dijo, volviéndose hacia ella. Tenía la mandíbula trabada. Permanentemente.

En la universidad, Neal había pensado en unirse a las fuerzas armadas; habría sido muy bueno en la parte donde se debe entregar una noticia terrible o seguir una orden desgarradora sin mostrar cuánto le estaba costando. La cara de Neal podría volar el Enola Gay.¹

—No entiendo —dijo Georgie.

—No te puedes perder esa reunión —dijo—. Y ya tenemos los pasajes de avión. Estarás trabajando durante toda la semana, de todos modos. Así que te quedas aquí, centrada en tu espectáculo, y nosotros vamos a ir a ver a mamá.

—Pero es Navidad. Las niñas...

—Pueden pasar Navidad de nuevo contigo cuando volvamos. Les encantará eso. Dos navidades.

Georgie no estaba segura de cómo reaccionar. Tal vez si Neal hubiera estado sonriendo cuando dijo que la última cosa...

Hizo un gesto hacia su plato. —¿Quieres que te caliente eso?

—Está bien —respondió.

Él apenas asintió, y luego pasó a su lado, inclinándose lo suficiente para tocar su mejilla con los labios. Entonces se encontraba en la sala de estar, levantando a Alice del sofá. Georgie pudo escuchar como la calmaba —Está bien, cariño, te tengo —y subía las escaleras.

¹ Avión bombardero (Boeing B-29) que lanzó la bomba atómica sobre Hiroshima. Bautizado en honor a Enola Gay Tibbets, la madre del piloto.





Landline

Miércoles

18 de diciembre de 2013

12

RAINBOW ROWELL





2

Traducido por Jasiel Odair

Corregido por Key

El teléfono de Georgie se encontraba muerto.

Siempre estaba muerto, a menos que estuviera conectado. Probablemente necesitaba una batería nueva, pero seguía olvidando conseguir una.

Dejó el café en su escritorio, y luego conectó el teléfono a su portátil, sacudiéndolo como si fuera una foto tomada con una Polaroid, mientras esperaba que se encendiera.

Una uva voló entre su nariz y la pantalla.

—¿Entonces? —preguntó Seth.

Levantó la cabeza, mirándolo bien, por primera vez desde que se puso a trabajar. Llevaba una camisa manga larga de color rosa con un chaleco tejido color verde, y su cabello se hallaba especialmente peinado a la moda hoy. Parecía un primo guapo de Kennedy. Uno que no heredó los enormes dientes.

—¿Entonces qué? —dijo.

—Entonces, ¿cómo te fue?

Él se refería a como le fue con Neal. Pero no diría "*con Neal*", porque así es como ellos trabajaban. Había reglas.

Georgie volvió a mirar su teléfono. Sin llamadas perdidas. —Bien.

—Te dije que estaría bien.

—Bueno, tenías razón.

—Siempre tengo razón —dijo Seth.

Lo escuchó sentarse en su silla. Podía imaginarlo, con las piernas demasiado largas levantadas, apoyadas en el borde del escritorio que compartían.

—La tienes de forma muy ocasional, eventual y parcialmente —dijo, todavía jugando con su teléfono.

Neal y las niñas probablemente ya estaban en su segundo vuelo ahora. Tenían una trasbordo corto en Denver. Georgie pensó en enviarles un mensaje de texto que dijera, *los amo chicos*, y los imaginó aterrizando en Omaha.

Pero Neal nunca enviaba mensajes de texto, y tampoco nunca los comprobaba; por lo que no tenía sentido hacerlo.



Dejó el teléfono y levantó las gafas sobre su cabello, tratando de concentrarse en su ordenador. Tenía una docena de nuevos mensajes de correo electrónico, todos de Jeff German, el comediante que era la estrella de su show.

Georgie no extrañaría a Jeff German si este nuevo acuerdo salía bien. No extrañaría sus correos electrónicos. O su gorra de béisbol roja. O la forma en que la hacía reescribir episodios enteros de *Jeff'd Up* si pensaba que los actores que interpretan a su familia en la TV recibían demasiada atención.

—No puedo soportarlo. —La puerta se abrió, y Scotty entró. Sólo había espacio suficiente para otra silla en la oficina de Seth y Georgie, una hamaca incómoda de IKEA. Scotty se dejó caer sobre ella, sosteniéndose la cabeza—. No puedo. Soy terrible con los secretos.

—Buenos días —dijo Georgie.

Scotty se asomó entre sus dedos. —Hola, Georgie. La chica de recepción dijo que te dijera que tu mamá está en el teléfono. Línea dos.

—Su nombre es Pamela.

—Bueno. El nombre de mi madre es Dixie.

—No, la nueva recepcionista, su nombre... —Georgie negó con la cabeza y tomó el teléfono negro que se encontraba entre ella y Seth—. Es Georgie.

Su madre suspiró. —He estado en espera tanto tiempo, pensé que esa chica se había olvidado de mí.

—Nope. ¿Qué pasa?

—Solo llamé para ver cómo estabas. —Sonaba preocupada. (A su madre le gustaba sonar preocupada).

—Estoy bien —dijo Georgie.

—Bueno... —Otro suspiro. Uno fuerte—. Hablé con Neal esta mañana.

—¿Cómo lo lograste?

—Puse mi alarma. Sabía que las chicas se iban temprano, quería decirles adiós.

Su madre siempre hacía una gran cosa de los viajes de avión. Y de una cirugía algo menor. A veces sólo se alejaba del teléfono para no tener que escucharla. —*Uno nunca sabe cuándo será la última vez que veas a alguien, y no quieres perder la oportunidad de decir adiós.*

Georgie apoyó el teléfono entre su oreja y el hombro, para poder continuar escribiendo. —Fue amable de tu parte. ¿Llegaste a hablar con las chicas?

—Hablé con *Neal* —dijo su madre otra vez. Dándole énfasis—. Él me dijo que están separándose por un tiempo.

—*Mamá* —dijo, llevando la mano a la parte trasera del teléfono—. Sólo por esta semana.

—Él dijo que estarían separados por Navidad.



—No es así, ¿por qué estás haciendo que suene así? Simplemente surgió algo en el trabajo.

—Nunca antes has tenido que trabajar en Navidad.

—No tengo que trabajar *en* Navidad. Tengo que trabajar en torno a la Navidad. Es complicado. —Georgie se resistió a comprobar si Seth estaba escuchando—. Fue mi decisión.

—*Decidiste* estar sola en Navidad.

—No voy a estar sola. Estaré con ustedes.

—Pero, cariño, vamos a pasar el día con la familia de Kendrick, ya te dije eso, y tu hermana va estar con su padre. Eres bienvenida a venir a San Diego con nosotros...

—No importa, me las arreglaré. —Georgie echó un vistazo alrededor de la oficina. Seth lanzaba uvas al aire y las capturaba con la boca. Scotty se encontraba tendido miserablemente, como si tuviera cólicos menstruales—. Tengo que volver al trabajo.

—Bueno, ven esta noche —dijo su mamá—. Haré la cena.

—Estoy bien, mamá, de verdad.

—Ven, Georgie. No deberías estar sola en este momento.

—No hay un “en este momento” mamá. Estoy bien.

—Es Navidad.

—Todavía no.

—Voy a hacer la cena, ven. —Colgó antes de que pudiese discutir más.

Suspiró y se frotó los ojos. Sus párpados se sentían pegajosos. Sus manos olían a café.

—No puedo hacer esto. —Scotty gimió—. Todo el mundo puede decir que tengo un secreto.

Seth miró a la puerta que se encontraba cerrada. —¿Y? Con tal de que no sepan cuál es el secreto...

—No me gusta —dijo Scotty—. Me siento como un traidor. Soy Lando en *Ciudad Nube*. Soy el tipo que besó a Jesús.

Georgie se preguntó si alguno de los otros escritores en realidad *sospechaba* algo. Probablemente no. El contrato de Georgie y de Seth terminaría pronto, sin embargo todo el mundo asumía que se quedarían. ¿Por qué dejarían *Jeff'd Up* luego de que finalmente lo ubicaron entre los diez primeros puestos en cuanto a audiencia?

Si se quedaban, obtendrían aumentos. Aumentos gigantes que cambiarían sus vidas. El tipo de dinero que hace que cada vez que habla de ello, los ojos de Seth se salieran como los de Rico McPato.

Pero si se iban...



Sólo dejarían a *Jeff'd Up* por una razón. Para iniciar su propio programa. El show con el que Georgie y Seth soñaban prácticamente desde que se conocieron, escribiendo su primer borrador, cuando aún estaban en la universidad. Su propio programa, sus propios personajes. No más Jeff German. No más frases. No más risas.

Se llevarían a Scotty con ellos si se iban. (*Cuándo* se fueran, decía Seth *Cuándo, cuándo, cuándo*). Scotty era de ellos; Georgie lo había contratado para dos espectáculos, y era el mejor escritor de gags con quién habían trabajado.

Seth y Georgie eran mejores escribiendo *situaciones*. Cosas extrañas, bromas que construían y construían, y finalmente daban grandes frutos, después de ocho episodios. Pero a veces necesitabas que alguien resbalara con una cáscara de plátano. Scotty nunca se quedaba sin cáscaras de plátano.

—Nadie sabe que tienes un secreto —le dijo Seth—. A nadie le importa. Todos están tratando de terminar su mierda para poder salir de aquí para Navidad.

—Así que, ¿cuál es el plan? —Scotty se apoyó en la silla. Él era un chico indio más bien pequeño, con pelo desacomodado y gafas, que vestía como casi todos los escritores, con pantalones vaqueros, sudaderas con capucha y sandalias que lucían estúpidas. Scotty era la única persona gay entre el personal. A veces, la gente pensaba que Seth era gay, pero no lo era. Sólo era bonito.

Seth le lanzó una uva a Scotty. Luego otra a Georgie. Ella se agachó.

—El plan —dijo Seth—, es que nos encontremos en la mañana, como de costumbre, y escribamos. Y luego escribamos un poco más.

Scotty levantó una uva del suelo y se la comió. —Odio abandonar a todos. ¿Por qué siempre nos movemos tan pronto cuando hago amigos? —Dejó de lado su mal humor para hablar con Georgie—. Oye. Georgie. ¿Estás bien? Te ves rara.

Georgie se dio cuenta de que se había quedado mirando fijamente a la nada. —Sí —dijo—. Bien.

Tomó su teléfono de nuevo y tecleó un mensaje de texto.

Tal vez...

Tal vez debería haber hablado con Neal esta mañana antes de que se fuera. *Hablado realmente*. Asegurarse de que todo estaba bien.

Pero para el momento en que la alarma sonó a las cuatro y media, él ya se encontraba fuera de la cama, terminado de vestirse. Neal seguía usando un viejo radio reloj, y cuando se acercó a la cama para apagarlo, le dijo a Georgie que volviera a dormir.

—Estarás demasiado cansada después —le dijo cuando ella se sentó.



Como si Georgie no se hubiese ido a dormir luego de decirles a las niñas adiós. Como si no fueran a estar separados por una semana. Como si no fuera Navidad.

Tomó las gafas y se las colocó. —Los voy a llevar al aeropuerto —le dijo.

Neal estaba de pie frente a su armario, de espaldas a ella, tirando un suéter azul sobre sus hombros. —Ya llamé a un taxi.

Tal vez debería haber argumentado. En su lugar se levantó y trató de ayudar con las chicas.

No había mucho que hacer. Neal las había puesto en la cama con pantalones de chándal y camisetas, para poder llevarlas hasta el auto esta mañana sin despertarlas.

Pero Georgie quería hablar con ellas. Alice se despertó mientras intentaba colocarle sus Mary Janes rosadas.

—Papá me dijo que podía usar mis botas —gruñó Alice.

—¿Dónde están? —susurró Georgie.

—Papá sabe.

Despertaron a Noomi, buscando las botas.

Luego Noomi quería sus botas.

Georgie se ofreció a conseguirles yogur, pero Neal dijo que comerían en el aeropuerto; que había empacado aperitivos.

Él dejó que Georgie les explicara por qué no estaría en el avión con ellos. —¿Irás manejando? —preguntó Alice, mientras él corría arriba y abajo por las escaleras, dentro y fuera de la puerta principal, comprobando no haber olvidado nada y reuniendo las maletas.

Georgie trató de decirle a las chicas que tendrían un buen tiempo, que apenas la extrañarían y que todos celebrarían juntos la semana que viene. —Vamos a tener dos Navidades —dijo Georgie.

—No creo que eso sea posible —sostuvo Alice.

Noomi empezó a llorar porque su calcetín se había girado sobre sus dedos del pie. Georgie no podía decir si ella lo quería con la costura hacia abajo o hacia arriba. Neal apareció en el garaje y quitó la bota de Noomi para arreglarlo. —El auto está aquí —dijo.

Era una minivan. Georgie guió a las niñas fuera de la puerta, luego se arrodilló junto a la acera en sus pantalones de pijama, besando sus rostros por todas partes y tratando de actuar como si decirles adiós no fuera una cosa tan grande.

—Eres la mejor mamá del mundo —dijo Noomi. Todo era "lo mejor" y "lo peor", con Noomi. Todo era "nunca" y "siempre".

—Y tú eres la mejor niña de cuatro años en el mundo —dijo Georgie, colocando un beso en su nariz.



—Gatita —dijo Noomi. Ella todavía estaba llorosa por el problema del calcetín.

—Eres la mejor gatita en el mundo. —Acomodó el cabello castaño de Noomi detrás de sus orejas y tiró de su camiseta lisa sobre su vientre.

—Gatita verde.

—La mejor gatita verde.

—Miau —dijo Noomi.

—Miau —contestó Georgie.

—¿Mamá? —preguntó Alice.

—¿Sí? —Georgie atrajo a la niña de siete años, más cerca—. Aquí, dame un abrazo. —Pero Alice se hallaba demasiado ocupada pensando para abrazarla.

—Si Santa trae tus regalos a casa de la abuela, voy a guardarlos para ti. Los voy a poner en mi maleta.

—Santa no suele traer regalos a mami.

—Bueno, pero *si* lo hace...

—Miau —dijo Noomi.

—Está bien —Georgie estuvo de acuerdo, sosteniendo a Alice en el brazo izquierdo y abrazando a Noomi con el derecho—, si él me trae regalos, los tratarás con cuidado para mí.

—¡Mami, miau!

—Miau —dijo Georgie, apretándolas a las dos.

—¿Mamá?

—Sí, Alice.

—El verdadero significado de la Navidad no son los regalos de todos modos, es Jesús. Pero no para nosotros, porque no somos religiosos. El verdadero significado de la Navidad para nosotros es la familia.

Georgie le besó la mejilla. —Eso es cierto.

—Lo sé.

—Bien. Te amo. Las amo mucho a las dos.

—¿Hasta la luna y de regreso? —preguntó Alice.

—Oh, Dios mío —dijo Georgie—, mucho más lejos.

—¿Hasta la luna y de regreso infinito?

—¡Miau!

—Miau —dijo Georgie—. Infinitas veces infinito. Las amo tanto, que duele.

La cara de Noomi cayó. —¿Duele?



—Ella no quiere decir eso, *literalmente* —dijo Alice—. ¿Cierto, mamá? ¿No es *literalmente*?

—No. Bueno. A veces.

Neal dio un paso adelante. —Bueno. Es hora de montar un avión.

Georgie les robó media docena de besos mientras acomodaba a las niñas en sus asientos, y se puso de pie al lado de la furgoneta con los brazos cruzados sobre el pecho, nerviosa.

Neal se acercó a ella y miró por encima de su hombro, como si estuviera pensando. —Aterrizamos a las cinco —dijo—. Hora local. Así que será alrededor de las tres aquí... te llamaré cuando lleguemos a casa de mi madre.

Georgie asintió, pero él todavía no la miraba.

—Sé prudente —dijo.

Miró el reloj. —Vamos a estar bien, no te preocupes por nosotros. Haz lo que tengas que hacer. Organiza tu reunión. —Y entonces la abrazó. O algo parecido, pasando un brazo alrededor de sus hombros, su boca chocando contra la de ella. Luego, dijo—: Te amo. —Y se alejó.

Georgie quería tomarlo por los hombros.

Quería abrazarlo hasta que sus pies dejaran el suelo.

Quería meter la cabeza en su cuello y sentir sus brazos duros alrededor de sus costillas.

—Te amo —dijo. No estaba segura si la escuchó.

—¡Las amo! —le gritó a las chicas, golpeando la ventana del asiento de atrás con besos porque sabía que las hacía reír; las ventanas traseras de su Prius estaban cubiertas de manchas de besos.

Agitaban las manos como locas. Georgie se apartó de la furgoneta, despidiéndose con ambas manos. Neal se encontraba en el asiento delantero hablando con el conductor.

Pudo haberla mirado una vez, antes de que la camioneta girara en la esquina, cuando sus manos todavía se encontraban congeladas en el aire.

Y entonces se fueron.





3

Traducido por Val_17

Corregido por AmpaЯo

—¿Necesitas ayuda?

Georgie parpadeó.

Seth se encontraba a su lado. Dándose golpecitos en la parte superior de la cabeza con una carpeta. Jeff German quería un episodio reescrito antes de que todos los escritores se fueran por las fiestas y, en su mayoría, era trabajo de Georgie terminarlo. (Porque no confiaba en nadie más para ayudarla). (Eso era su propio problema. Y no algo por lo que debería estar irritada).

Toda la tarde había sido un torbellino de ruido, comida y villancicos. Por alguna razón —bueno, por razones alcohólicas— todos decidieron cantar canciones de Navidad de dos a tres y media. Entonces alguien, tal vez Scotty, trató de deslizar una bandeja de camarones bajo la puerta de su oficina. Ahora eran las seis, estaba tranquilo, y Georgie finalmente avanzaba en el cambio del guión.

20

—No —le dijo a Seth—. Lo tengo.

—¿Segura?

No levantó la vista de su pantalla. —Sí.

Él se instaló contra su lado del escritorio, junto al teclado. —Así que...

—Así que, ¿qué?

—Así que —dijo—, se fueron a Omaha.

Georgie sacudió la cabeza, incluso aunque la respuesta era sí. —Era lógico. Ya teníamos los billetes de avión, y voy a estar trabajando toda la semana de todos modos.

—Sí, pero... —Seth le dio un codazo a su brazo con la pierna. Georgie levantó la vista—. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Iré a la casa de mi mamá. —Era sólo en parte una mentira. Aún podía ir. Incluso si su mamá no estaba en casa.

—Podrías venir a la casa de *mi* mamá.

—Lo haría —dijo Georgie—. Si no tuviera la mía.

—Tal vez también vaya donde tu mamá —Seth sonrió—. Ella me ama.

—Eso no es algo tan bueno.



—Sabes, ella llamó aquí tres veces esta mañana antes de que llegaras. Pensaba que dejaste a tu teléfono sin batería a propósito. Para evitarla.

Georgie volvió a su pantalla. —Debería.

Seth se levantó y colgó su bolsa de mensajero de cuero sobre su hombro. Le iba a tomar a Georgie otra hora reescribir esta escena. Tal vez simplemente debería empezar de nuevo...

—Oye. Georgie.

Siguió escribiendo. —Sí.

—Georgie.

Levantó la vista una vez más. Él estaba parado en la puerta, estudiándola. —Estamos muy cerca —dijo—. Finalmente está sucediendo.

Georgie asintió y trató de sonreír. Fue otro esfuerzo débil.

—Mañana —dijo Seth, luego golpeó el marco de la puerta con su mano y se alejó.

Georgie estaba camino a casa cuando su hermana llamó.

—Comimos sin ti —dijo Heather.

—¿Qué?

—Son las nueve. Teníamos hambre.

Correcto. Cena. —Eso está bien —dijo Georgie—. Dile a mamá que llamaré mañana.

—Todavía quiere que vengas esta noche. Dice que tu matrimonio terminó y necesitas nuestro apoyo.

Quería cerrar los ojos, pero estaba conduciendo. —Mi matrimonio no terminó, Heather, y no necesito tu apoyo.

—¿Así que Neal no te dejó y se llevó a las niñas a Nebraska?

—Él las llevó a ver a su *abuela* —dijo Georgie—. No está peleando conmigo por la custodia.

—Neal totalmente conseguiría la custodia, ¿no crees?

Él totalmente lo haría, pensó Georgie.

—Deberías venir —dijo Heather—. Mamá hizo ensalada de atún.

—¿Puso guisantes en ella?

—Nop.

Georgie pensó en su casa vacía en Calabasas. Y en la maleta vacía junto al armario. Su cama vacía.

—Bien —dijo.



—¿Tienes un cargador de iPhone? —Georgie dejó caer sus llaves y su teléfono en el mostrador de la cocina. Nunca llevaba bolso; mantenía su licencia de conducir y una tarjeta de crédito en el auto, metidas en la guantera.

—Lo tendría si me compraras un iPhone —Heather se inclinó sobre el mostrador, comiendo ensalada de atún de un recipiente de vidrio.

—Pensé que ya habías comido —dijo Georgie.

—No me hables así. Me darás un trastorno alimenticio.

Georgie rodó los ojos. —Nadie en nuestra familia tiene trastornos alimenticios. Deja de comerte mi cena.

Tomó otro enorme bocado, luego le entregó el recipiente a Georgie.

Heather tenía dieciocho años, y fue un bebé realmente inesperado. Su mamá durmió con el quiropráctico con el que trabajaba, y accidentalmente quedó embarazada a los treinta y nueve. Su mamá y el quiropráctico estuvieron casados el tiempo suficiente para que Heather naciera.

Georgie ya estaba en la universidad para entonces, así que ella y Heather sólo vivieron en la misma casa por uno o dos años. A veces, Georgie se sentía más como su tía que su hermana mayor.

Aunque se veían lo suficientemente parecidas como para ser gemelas.

Ambas tenían el cabello ondulado y castaño claro. Y los ojos azules claros. Y ella tenía la figura de Georgie en la secundaria, como un reloj de arena aplastado. Aunque Heather era un poco más alta que Georgie...

Eso era una suerte para ella. Tal vez algún día, cuando Heather quedara embarazada, los bebés no harían que su cintura pareciera un tambor. —*Son esas cesáreas* —diría la mamá de Georgie. Como si ella hubiera elegido tener dos cesáreas, como si las hubiera ordenado en un menú por pereza—. *Yo tuve dos niñas de manera natural y mi cuerpo volvió al de antes.*

—¿Por qué estás mirando mi estómago? —preguntó Heather.

—Sigo tratando de darte un trastorno alimenticio —dijo Georgie.

—¡Georgie! —Su madre entró en la habitación, sosteniendo una pequeña pero muy embarazada perrita carlino en el pecho. El padrastro de Georgie, Kendrick; un tipo alto y afroamericano, la seguía de cerca, aún usando su ropa polvorienta por trabajar en la construcción—. No te escuché entrar —dijo su mamá.

—Acabo de llegar.

—Déjame calentar eso para ti. —Su madre tomó el recipiente de guisado y le entregó el perro a Georgie. Ella la sostuvo alejada de su cuerpo; odiaba tocarla, y no le importaba si eso la hacía la villana en una comedia romántica.

Kendrick se inclinó y tomó al perro. —¿Cómo te va, Georgie? —Su rostro era totalmente gentil. La hacía querer gritar: *¡Mi esposo no me dejó!*



Pero Kendrick no se lo merecía. Era el mejor y sorprendentemente joven padrastro que una chica podía pedir. (Kendrick tenía cuarenta, sólo tres años más que Georgie. Su madre lo conoció cuando él vino a limpiar su patética excusa de piscina). (Esas cosas realmente pasan). (En el Valle).

—Estoy bien, Kendrick. Gracias.

Su mamá sacudió la cabeza con tristeza al microondas.

—En serio —le dijo Georgie a toda la habitación—. Estoy mejor que bien. Me voy a quedar en la ciudad para Navidad porque nuestro programa está realmente muy cerca de conseguir la luz verde.

—¿Tu programa? —Preguntó su mamá—. ¿Tu programa está en problemas?

—No. No *Jeff'd Up*. Nuestro programa: *Passing Time*.

—No puedo ver tu programa —dijo su mamá—. Ese chico es tan irrespetuoso.

—¿Trev? —Preguntó Heather—. Todo el mundo ama a Trev.

Trev era el hijo del medio en *Jeff'd Up*. Era la creación especial de Georgie, un misántropo y flojo chico de doce años, un personaje al que no le gustaba nada y nunca hacía nada agradable.

Trev fue donde Georgie enterró todo su resentimiento. Por Jeff German, por la red, por el mismo Trev. Por el hecho de que trabajaba en un programa que era básicamente como la comedia *Home Improvement*, pero sin nada bueno —sin Jonathan Taylor Thomas y Wilson.

Trev también era la estrella revelación del programa.

Georgie entrecerró los ojos a su hermana. —¿Amas a Trev?

—Dios, yo no —dijo Heather—. Pero todos. Todos los matones en la escuela usan camisetas de “Esto apesta”. No los matones geniales e intimidantes, sino los matones depresivos y feos que escuchan Insane Clown Posse.

—No es “Esto apesta” —dijo Kendrick amablemente—. Es más como “*Esto apeeeeeesta*”.

Heather se rió. —Oh, Dios mío, papá, sueñas igual que él.

—Esto apeeeeeesta —dijo Kendrick nuevo.

“Esto apesta” era el eslogan de Trev. Georgie se quitó las gafas y frotó sus ojos.

Su madre negó con la cabeza y puso un plato de ensalada de atún sobre la mesa, luego le quitó el perro a Kendrick, frotando su cara en el húmedo hocico gris. —¿*Creías que me olvidé de ti?* —arrulló—. *No lo hice, mamita.*

—Gracias —dijo Georgie, sentándose en la mesa y acercando el plato de ensalada.

Kendrick palmeó su hombro. —Me gusta Trev. ¿Tu nuevo programa va a ser más así?



—No exactamente —dijo ella, frunciendo el ceño.

Todavía la hacía sentir incómoda cuando Kendrick trataba de ser paternal con ella. Tenía sólo tres años más. *Tú no eres mi papá*, le quería decir a veces. Como si tuviera doce años. (Cuando Georgie tenía doce, Kendrick tenía quince. Podría haber coqueteado con él en el centro comercial).

—*Passing Time* —dijo Heather con voz suave, sacando una caja de pizza de la nevera—, es una comedia dramática de una hora de duración. Tiene algo más.

Georgie le lanzó a su hermana una sonrisa agradecida. Por lo menos alguien la escuchaba. —Es *Square Pegs* —dijo Georgie—, más las series *My So-Called Life*, más *Arrested Development*.

Si Seth estuviera aquí, añadiría—: *Más algún programa que la gente realmente miraba*.

Y entonces Scotty diría—: ¡Más *The Cosby Show*!

Y luego Georgie diría—: *Menos The Cosby*—y se sentiría mal de que su practicante no tuviera más diversidad. (Trataría ese tema con Seth mañana...).

Passing Time era un programa que capturaba toda la angustia de la vida en la secundaria —todos los altos y bajos, todos los absurdos— y luego los hacía más altos y más bajos y más absurdos.

Así es como ellos lo habían lanzado, de todos modos. Así es como Georgie se lo había lanzado a Maher Jafari el mes pasado. Había estado impresionante en esa reunión. Golpeó cada nota.

Ella y Seth habían ido directamente de la oficina de Jafari al bar de enfrente, y Seth se paró sobre su taburete para brindar por Georgie, agitando el whisky sobre su cabeza como si fuera agua bendita.

—Eres jodidamente mágica, Georgie McCool. Esa fue una actuación a lo Barbra Streisand ahí. Lo tenías riendo a través de sus malditas lágrimas, ¿lo viste?

Entonces Seth empezó a pisotear en el taburete, y Georgie agarró sus tobillos desnudos. —*Para, te caerás*.

—Tú —le había dicho, bajando su cabeza y sosteniendo su copa hacia arriba—, *eres mi arma secreta*.

Heather se apoyaba en la silla de Georgie ahora, haciendo un gesto con un trozo de pizza fría. —*Passing Time* ya es mi programa favorito —dijo—, y soy parte de un grupo demográfico muy conveniente.

Georgie tragó el bocado de ensalada de atún que se encontraba en la parte posterior de su garganta. —Gracias, chica.

—¿Has hablado con las niñas hoy? —preguntó su mamá. Sostenía al carlino justo contra su rostro, rascándole entre las orejas con la barbilla. Los ojos acuosos del perro sobresalían con cada tirón.

Georgie hizo una mueca y miró hacia otro lado. —No —dijo—. Estaba a punto de llamar.



—¿Cuál es la diferencia horaria? —preguntó Kendrick—. ¿No es casi medianoche allá?

—Oh, Dios. —Georgie dejó caer su tenedor—. Tienes razón. —Su celular estaba muerto, así que se acercó al teléfono marrón que aún estaba pegado a la pared de la cocina.

Heather, Kendrick, su madre y el perro la observaban. Otro perro se arrastró a la cocina, sus uñas haciendo ruido contra la baldosa, y levantó la mirada.

—¿Aún hay un teléfono en mi habitación? —preguntó Georgie.

—Creo que sí —dijo su mamá—. Comprueba el armario.

—Genial. Solo iré... —Georgie salió corriendo de la cocina y hacia el pasillo.

Su madre había convertido el dormitorio infantil de Georgie en la sala de trofeos del carlino tan pronto como se graduó de la secundaria, lo que era irritante porque Georgie en realidad no se mudó de la casa hasta que se graduó de la universidad.

—¿Dónde más se supone que exhiba sus cintas? —le había dicho cuando Georgie se opuso—. *Son perros premiados. Tienes un pie fuera de la puerta de todos modos.*

—*No en este momento. Actualmente, tengo los pies en la cama.*

—*Quítate los zapatos, Georgie. Esto no es un granero.*

La antigua cama de Georgie seguía en la habitación. Así como también su mesita de noche, una lámpara, y algunos libros que nunca había tenido tiempo de empacar. Abrió el armario y hurgó a través de un montón de restos de chatarra hasta que encontró un antiguo teléfono amarillo rotatorio; lo había comprado ella misma en una venta de garaje en la secundaria, porque había sido exactamente así de pretenciosa.

Cristo, era pesado. Desenredó la cuerda y se arrastró hasta la mitad bajo la cama para conectarlo. (Había olvidado la forma en que sentía, la manera en que el enchufe mordía el extremo del cable con un *clic*). Luego se subió a la cama y acomodó el teléfono en su regazo, tomando una respiración profunda antes de levantar el auricular.

Trató con el celular de Neal primero, pero no la atendió, su red apestaba en Omaha. Así que marcó el número de la casa de su madre de memoria...

Georgie y Neal habían pasado un verano separados, el tercer año, justo después de que comenzaron a salir. Ella lo había llamado a Omaha cada noche de ese verano. Desde esta habitación, en realidad, desde el teléfono amarillo.

Había menos retratos de perros en las paredes en ese entonces, pero todavía lo suficiente para que Georgie sintiera que tenía que esconderse bajo las mantas cuando permanecía despierta hasta tarde hablando sucio con Neal. (No esperarías que Neal fuese sucio por teléfono, normalmente ni siquiera maldecía. Pero había sido un largo verano).



Su mamá respondió después de cuatro tonos. —¿Hola?

—Oye, Margaret, hola. Sé que es tarde, lo siento, siempre olvido las zonas horarias, ¿Neal sigue levantado?

—¿Georgie?

—Oh, lo siento. Sí, soy yo, Georgie.

La mamá de Neal hizo una pausa. —Un momento, voy a ver.

Georgie esperó, sintiéndose nerviosa por alguna razón. Como si estuviera llamando a un chico que le gustaba cuando tenía catorce. No al chico con el que había estado casada por catorce años.

—¿Hola? —Neal sonaba como si hubiera estado dormido. Su voz era áspera.

Ella se enderezó. —Oye.

—Georgie.

—Sí... *hola*.

—Es realmente tarde aquí.

—Lo sé, siempre lo olvido, lo siento. Zonas horarias.

—Yo... —Él hizo un ruido frustrado—. Supongo que no esperaba que llamaras.

26

—Oh. Bueno. Sólo quería asegurarme de que llegaste bien.

—Llegué bien —dijo.

—Bien.

—Sí...

—¿Cómo está tu mamá? —preguntó ella.

—Está bien, ambos están bien, todos están bien. Mira, Georgie, es tarde.

—Cierto. Neal, lo siento, te llamaré mañana.

—¿Lo harás?

—Sí. Quiero decir, voy a llamar *más temprano* mañana. Yo solo, um...

Él bufó de nuevo. —Bien. —Y luego colgó.

Georgie se quedó allí por un segundo, sosteniendo el auricular contra la oreja.

Neal le colgó.

Ni siquiera tuvo la oportunidad de preguntar sobre las niñas.

Y ella no había dicho *te amo*, Georgie siempre decía *te amo*, y Neal siempre lo decía de vuelta, sin importar cuán rutinario fuera. Era un control de seguridad, una prueba de que ambos seguían dentro de esta cosa.

Tal vez Neal estaba molesto con ella.





Obviamente, estaba molesto, siempre se encontraba molesto con ella, pero tal vez estaba más enojado de lo que pensaba.

Tal vez.

O tal vez sólo se sentía cansado. Había estado levantado desde las cuatro.

Georgie se levantó a las cuatro y media. De pronto, también se sintió cansada. Pensó en volver al auto y conducir a Calabasas, a una casa vacía en la que nadie la esperaba...

Entonces se quitó los zapatos y se metió bajo la vieja colcha, aplaudiendo dos veces para apagar la luz. Todavía podía ver cincuenta pares de tristes ojos de perros parpadeando en la oscuridad.

Llamaría a Neal mañana.

Empezaría con un: *te amo*.





Landline

Jueves

19 de diciembre de 2013

28

RAINBOW ROWELL





4

Traducido por Mary

Corregido por Marie.Ang

Había una nota de papel adhesivo de Pamela (la chica del escritorio de al frente) en la puerta de la oficina de Georgie. Debió habérsela perdido cuando se fue anoche.

Tu esposo llamó mientras hablabas con el Señor German. Me pidió que te dijera que aterrizaron y que llamaras cuando puedas.

Georgie ya había tratado de llamar a Neal dos veces esa mañana en el camino al trabajo. Quería reemplazar su última conversación forzada de su cabeza, pero él no contestó.

Lo cual no era inusual. Neal frecuentemente dejaba su teléfono en la planta baja o en el carro, u olvidaba encender su tono. Aunque nunca *deliberadamente* ignoraba las llamadas de Georgie. Nunca hasta ahora.

29

No le dejó un mensaje. Pero al menos, Neal podría ver que llamó. Eso era algo.

Sonaba tan apagado anoche....

Claramente, Georgie lo había despertado. Pero era más que eso. La manera que dijo que su madre estaba bien —“*ambos están bien*”— por un segundo, Georgie pensó que quizás hablaba sobre su papá.

El padre de Neal falleció hace tres años. Era un trabajador del ferrocarril, y tuvo un ataque al corazón en el trabajo. Cuando su madre lo llamó ese día, Neal se fue a su habitación sin decir una palabra. Era la segunda vez que Georgie lo había visto llorar.

Quizás Neal se sentía desorientado anoche, despertándose en la casa de sus padres, durmiendo en su vieja habitación. Todos los recuerdos de su papá...

O quizás solo se refería a Alice y Noomi. —*Ella está bien. Ambas están bien. Todo el mundo está bien.*

Georgie dejó su café en el escritorio y conectó su teléfono.

Seth la observaba. —¿Estás a punto de empezar tu periodo?

Eso probablemente debería ser una pregunta ofensiva, pero no lo era. No puedes trabajar con alguien cada día de tu vida adulta y nunca hablarle sobre tu síndrome pre-menstrual.



O quizás podrías, pero Georgie se sentía agradecida de no tener que hacerlo. —No. —Sacudió su cabeza a Seth—. Estoy bien.

—No luces bien —dijo él—. ¿Esa es la misma ropa que usabas ayer?

Pantalones vaqueros. Una vieja camisa de Neal de un concierto de *Metallica*. Un cárdigan.

—Deberíamos trabajar en el gran salón —dijo—, con la pizarras.

—Esa es la misma ropa que usabas ayer —replicó Seth—, y eran lo suficientemente tristes ayer.

Georgie exhaló. —Pasé la noche en la casa de mi madre, ¿de acuerdo? Siéntete afortunado de que me bañé. —Usó la ducha de Heather, y el champú de Heather. Y ahora olía a glaseado.

—¿Pasaste la noche en la casa de tu madre? ¿Te encontrabas demasiado borracha para manejar?

—Demasiado cansada —respondió.

Él entrecerró los ojos. —Aún luces cansada.

Georgie le frunció el ceño de nuevo; Seth lucía prístino, por supuesto. Camisa de algodón a cuadros, pantalones marrones enrollados por encima de los tobillos desnudos, zapatos de gamuza. Parecía como si hubiese salido de una tienda de ropa costosa. Al menos Georgie imaginaba que ese tipo de tiendas tenía esa ropa, de hecho, habían pasado años desde que estuvo dentro de una. Ahora hacía todas sus compras en tiendas en línea, y sólo cuando las cosas se ponían desesperadas.

Seth, sin importar lo que sucediera, nunca se dejaba decaer. En todo caso, se esforzaba más por parecer impecable. Parecía como que si no hubiese envejecido un día desde 1994, el día que él y Georgie se conocieron.

La primera vez que vio a Seth, estaba sentado en el escritorio de una linda chica, jugando con su cabello. Georgie se sentía emocionada por ver a otra chica en las oficinas de *The Spoon*.

Descubrió una hora después que la chica solo venía los miércoles para vender anuncios. —*Las chicas no están usualmente en la comedia* —explicó Seth. Lo cual fue mejor de lo que muchos de lo que otros chicos del personal le dijeron: Las chicas no son divertidas. —(Después de trabajar en la revista de humor de la universidad por cuatro años, Georgie eventualmente convenció a un par de ellos de agregar “es una empresa de excluidos.”)

Escogió la Universidad de Los Angeles debido a *The Spoon*. Bueno, y también debido a los programas de teatro, y porque ULA se hallaba lo suficientemente cerca de la casa de su madre por lo que podría seguir viviendo ahí.

Pero *The Spoon* era lo principal. Era lo de Georgie.

Empezó a leerla en el noveno grado; solía guardar los números anteriores y adherir las portadas en las paredes de su habitación. Todo el mundo decía que



The Spoon era *The Harvard Lampoon*² de la Costa Oeste, pero más tranquila, y con mejor aspecto. Algunos de sus escritores de comedias favoritos comenzaron allí.

Georgie había aparecido en las oficinas de *The Spoon*, un alborotado cuarto y laboratorio de computación en el sótano de la unión de estudiantes, la primera semana de su primer año, dispuesta a hacer cualquier cosa —hacer café o revisar los anuncios personales— pero *queriendo*, tanto, escribir.

Seth fue la primera persona que conoció allí. Él era estudiante de segundo año y ya un editor, e inicialmente era el único chico en el personal quien hacía contacto visual con Georgie en las reuniones editoriales.

Pero eso fue porque era Seth, y porque ella era una chica.

El pasatiempo de Seth para ese entonces era prestarle atención a las chicas. (Otra cosa que no había cambiado.) Por suerte para él, y desde entonces, las chicas usualmente también le prestaban atención.

Seth era brillante y hermoso, alto, con ojos marrones y espeso cabello castaño, y se vestía como si perteneciera a la portada de uno de los primeros álbumes de los *Beach Boys*.

Georgie se acostumbró a las camisas madrás de Seth y sus pantalones caqui.

Se acostumbró a *Seth*. Siempre sentado en su escritorio o cayendo sobre el sofá junto a ella. Se acostumbró a tener siempre su atención en *The Spoon*— porque casi siempre era la única chica en el cuarto.

Y porque eran un buen equipo.

Eso fue muy obvio, casi inmediatamente. Georgie y Seth se reían de los mismos chistes, y eran más divertidos juntos, tan pronto como uno de ellos entraba en una habitación, el otro comenzaba a poner un espectáculo.

Así fue como Seth empezó a llamar a Georgie su arma secreta. Los otros chicos en el personal de trabajo en *The Spoon* se encontraban tan ocupados ignorándola, que mayormente se perdían cuán divertida era.

—*A nadie le importa quién escribe sus comedias favoritas* —solía decir Seth—. *A nadie le importa si es un tipo genial con pequeñas gafas de montura metálica.* —(Eran los noventa.)—. *O una linda chica con cabello amarillo.* —(Esa era Georgie.) —*Quédate conmigo, Georgie, y nadie nos verá llegar.*

Y lo hizo.

Después de la graduación, se pegó a Seth a través de cinco horas y media de comedias, cada una un poco menos terrible que la última.

Y ahora, finalmente tenían un éxito, un gran éxito —*Jeff'd up*— ¿Y a quien le importaba que fuera terrible? (A quién le importaba, además de Georgie. Y a

² The Harvard Lampoon es una publicación de humor universitario fundado en 1876 por siete estudiantes de pregrado de la Universidad de Harvard en Cambridge, Massachusetts



Seth. Y el resto del amargado, desilusionado personal de escritores.) Debido a que era un éxito, y era suyo.

Y todo iba a valer la pena si este acuerdo funcionaba.

Seth estuvo exultante desde que recibió la llamada de la oficina de Maher Jafari. Pensaron, incluso después de su reunión de tono triunfante, que Jafari iba a pasar de *Passing Time*. De ellos. Él les había enviado una extraña nota que parecía un rechazo. Pero luego, hace dos días, llamó para decir que la red necesitaba un reemplazo de mitad de temporada. Algo que pudieran poner en marcha muy rápido. Y fuera muy barato. —Tengo un presentimiento sobre esto —dijo Jafari—. ¿Pueden hacer que pase en una semana?

Seth prometió hacer que *todo* pasara en una semana. —Podemos hacer que pase para la *última* semana —dijo él.

Luego subió a su silla para bailar de nuevo. —Este es nuestro *Sopranos*, Georgie, es nuestro *Mad Men*.

—Bájate —le dijo—. Todo el mundo va a pensar que estás borracho.

—Puede que así sea —contestó—, porque estoy *a punto* de emborracharme. Y el tiempo es una ilusión.

—Eres una *desilusión*. No podemos escribir cuatro guiones antes de Navidad.

Seth dejó de bailar. Levantó la barbilla e hizo un pequeño movimiento de lazo sobre su cabeza. —Tenemos hasta el veintisiete. Esos son diez días enteros.

—Diez días durante los cuales estaré en Omaha, Nebraska, celebrando Navidad.

—Jodido Omaha. La navidad vino temprano.

—Deja de bailar, Seth. Háblame.

Paró de bailar y le frunció el ceño. —¿Me estás escuchando? *Maher Jafari quiere nuestro espectáculo*. Nuestro espectáculo, ¿recuerdas? ¿Por el que fuimos puestos en esta tierra? ¿Para escribirlo?

—¿Crees que alguien en realidad fue puesto en la tierra para escribir comedia de televisión?

—Sí —dijo Seth—. Nosotros.

Él no estaba tan incontenible desde... ni siquiera cuando Georgie discutía con él, ni siquiera cuando lo ignoraba. Seth no paraba de sonreír. No paraba de *canturrear*, lo cual debería probablemente molestarle. Pero Georgie también estaba acostumbrada a eso.

Volvió a mirarlo ahora para preguntarle sobre la fecha límite *Jeff'd Up*...

Y terminó simplemente mirándolo.

Sonreía solo y escribía un correo electrónico con su dedo índice, estúpidamente. Sus ojos bailaban.

Suspiró.



Seth y Georgie supusieron que terminarían juntos.

Bueno, técnicamente, *habían* terminado juntos. Hablaban cada día desde que se conocieron.

Pero, supusieron que terminarían *juntos-juntos*. Todo el mundo pensó que eso pasaría, incluso Georgie pensó que pasaría.

Tan pronto como Seth agotara sus otras posibilidades, tan pronto como terminara con su cola de admiradoras. Pero él no se apresuró, y Georgie no tenía nada que decir en el asunto. Tomó un número. Esperó pacientemente.

Y luego, un día, ya no lo hizo.

Después de que Seth se dirigiera hacia el cuarto de escritores, Georgie decidió tratar de llamar a Neal de nuevo.

Contestó después del tercer tono. —¿Hola?

No. No era Neal. —¿Alice? ¿Eres tú?

—Sí.

—Es mami.

—Lo sé. Tu canción toco cuando el teléfono sonó.

—¿Cuál es mi canción?

Alice empezó a cantar—: *Good Day Sunshine*.

Georgie se mordió el labio. —¿Esa es mi canción?

—Sip.

—Esa es una buena canción.

—Sip.

—Oye —dijo Georgie—. ¿Dónde está papi?

—Afuera.

—¿Afuera?

—Está quitando la nieve —contestó Alice—. Hay *nieve* aquí. Vamos a tener una blanca navidad.

—Eso es suerte. ¿Tuviste un buen viaje de avión?

—Uh-huh.

—¿Cuál fue la mejor parte?... ¿Alice? —A las chicas les gustaba contestar el teléfono —y amaban llamar a las personas— pero siempre perdían interés una vez estaban en la línea—. Alice. ¿Estás viendo la televisión?

—Uh-huh.

—Detenla y habla con mami.

—No puedo. La abuela no tiene el botón detener.

—Entonces, apágala por un minuto.



—No sé cómo.

—Está bien, solo... —Georgie trató de no sonar irritada—. Realmente te extraño.

—También te extraño.

—Los amo... ¿Alice?

—¿Sí?

—Déjame hablar con Noomi.

Hubo un arrastrar de pies, a continuación, un golpe como si alguien hubiera dejado caer el teléfono y finalmente—: ¿Miau?

—¿Noomi? Es mami.

—Miau.

—Miau. ¿Qué estás haciendo?

—Estamos viendo dibujos animados.

—¿La abuela se encuentra feliz de verte?

—Ella dijo que podíamos ver dibujos animados.

—De acuerdo. Te amo.

—¡Eres la mejor mami en el mundo!

—Gracias. Oye, Noomi, dile a papi que llamé. ¿De acuerdo?

—Miau.

—Miau. Dile a papi. ¿De acuerdo?

—¡Miau!

—Miau. —Georgie finalizó la llamada, luego jugueteó con su teléfono durante un minuto, cambiando a través de un par de fotos de las niñas. Odiaba hablarles por teléfono; los hacía sentir más lejos. Y la hacía sentirse impotente. Incluso si escuchara que algo malo está sucediendo, no había nada que pudiera hacer para detenerlo. Una vez Georgie llamó a casa desde la autopista, y todo lo que podía hacer era escuchar mientras Alice dejaba caer el teléfono en su tazón de cereal, y luego intentaba decidir si lo recogía.

Además... las voces de las niñas eran más altas en el teléfono. Sonaban más pequeñas, y Georgie podía oír cada aliento. Siempre la hacía darse cuenta de que las extrañaba. En realidad, las extrañaba. Ya que seguían creciendo y cambiando, cuando ella no se encontraba allí.

Si Georgie no les hablaba a sus hijas en todo el día, era más fácil pretender que su mundo entero se quedaba congelado en el lugar mientras se encontraba en el trabajo.

Las llamaba cada día. Usualmente dos veces.

Georgie, Seth y Scotty trabajaron en *Passing Time* mucho después del anochecer. Trabajaron hasta que Scotty cayó dormido con la cabeza inclinada



hacia atrás contra el de borde de su silla, su boca colgando abierta. Seth quería dejarlo de esa manera. —Al menos sabemos que estará aquí a tiempo mañana.

Pero Gerogie se apiado de él. Puso tres paquetes de endulzante en la boca de Scotty, y despertó estornudando. Entonces, lo hizo beber la mitad de una lata de una gaseosa dietética para animarlo antes de que condujera a casa.

Con Seth se quedaron mirando a la pizarra por un rato después de que Scotty se fuera. En su mayoría, trabajaron en los personajes, dibujando un amplio árbol familiar mostrando como todo el mundo en el show se conectaba, y una lluvia de ideas sobre las historias que podían diversificarse entre ellos.

La mayoría de lo que hacían era solo para recordar todas las ideas que habían venido a ellos con los años, algunas de las cuales definitivamente expiraron. (*Chloe decide ser emo pero nunca descubre lo que significa. Adam es demasiado defensor de Monica Lewinsky.*) Estuvieron hablando sobre estos personajes por tanto tiempo, que Gerogie podía verlos en su cabeza, podía hacer todas sus voces.

Seth bajó un par de fichas que pegaron a la pared. —Aún es bueno, ¿cierto? ¿Intrínsecamente? El espectáculo... ¿es divertido?

—Creo —dijo Georgie—. No nos estamos moviendo tan rápido como deberíamos.

—Nunca lo hacemos. Lo conseguiremos.

—Sí. —Se restregó los ojos. Cuando levanto la vista de nuevo, Seth le sonreía con su sonrisa exclusiva. Era más pequeña que la que les daba a todos los demás. Más ojos. Menos dientes.

—Ve a casa —le dijo—. Duerme algo. Aún luces exhausta.

Lo estaba.

Y así lo hizo.





5

Traducido por Diana

Corregido por Laurita PI

Cuando Georgie llegó a su casa, la puerta se encontraba cerrada. Por un minuto, buscó a tientas sus llaves.

Dejó algunas de las luces prendidas, así que la casa no se encontraba a oscuras, aunque se sentía así. Notó que caminaba en puntillas. Se aclaró la garganta. —Soy yo —dijo en voz alta, para demostrar que podía.

Trató de recordar la última vez que regresó a casa y se hallaba vacía, pero no pudo. No esta casa.

Se trasladaron a Calabasas cuando Georgie estaba embarazada de Noomi. Anteriormente vivían en una casa pequeña, de color verde menta en Silver Lake, que sólo tenía dos dormitorios y había más salones de tatuajes y bares de karaoke en su vecindario que niños.

Georgie lo echaba de menos. No a los salones de tatuajes y los bares de karaoke... Neal y ella nunca salieron mucho, incluso antes de que nacieran Alice y Noomi. Pero extrañaba la casa. Lo pequeña que era. Intima. Extrañaba el pequeño patio delantero cubierto de maleza y el torcido árbol de jacarandá que solía dejar caer pegajosas flores de color púrpura sobre su viejo Jetta cada primavera.

Neal y ella decoraron juntos la casa. Fueron a la ferretería cada fin de semana durante un año para discutir sobre la pintura. En esas ocasiones, Georgie siempre elegiría el color más extravagante de la carta.

—No puedes siempre escoger el último color —diría Neal.

—Pero el último color hace que todos los demás colores se vean apagados.

—Los estás mirando mal.

—¿Cómo es eso posible?

Neal casi siempre dejaba que Georgie ganara; su casa de Silver Lake parecía como si *Rainbow Brite* viviera allí, y podías adivinar qué paredes pintó Georgie, porque era pésima con los bordes y las esquinas.

En aquel momento, ambos tenían empleos. Neal trabajaba los fines de semana. Así que, había un montón de días y noches en los que Georgie tenía su antigua casa para sí misma. Veía programas de televisión que Neal nunca miraría con ella. (Todo en The WB). Y luego, cuando llegaba a casa, se subía encima de ella en el sofá y la molestaba hasta la hora de preparar la cena.



Eso era cuando Georgie todavía pretendía ayudar. Cuando iba a la cocina con él, para beber vino mientras lo observaba rebanando verduras.

—Podrías hacer esto para vivir —decía—. Podrías cortar tomates en un comercial, así de bueno eres.

Entonces Neal cortaría más rápido y agitaría el cuchillo sobre las rodajas de tomate haciendo un ademán.

—Lo digo en serio. Podrías ser Súper Cocinero.

—Eso o trabajar en cadena de restaurantes.

Georgie tenía un puesto regular en el mostrador de la cocina, y Neal trabajaba a su alrededor. Le servía demasiado vino y la alimentaba con pequeñas porciones antes de que el resto de la cena estuviera lista, soplando el tenedor hasta que el bocado se encontrara lo suficientemente frío...

¿Hace cuántos años fue eso? ¿Ocho? ¿Diez?

Georgie dejó su teléfono y las llaves en la mesa, sobre una pila de libros ilustrados de Noomi y llegó a la cocina. El plato de salmón salteado que Neal hizo hace dos noches, todavía se encontraba en el refrigerador. No sentía ganas de comerlo, aunque tenía hambre. No se molestó en calentarlo, agarró un tenedor y lo llevó a la sala, se sentó en el sofá y encendió la TV para conseguir algo de luz. Había dos nuevos episodios de *Jeff'd Up* en el grabador de video digital, una repetición y un especial de Navidad que duraba una hora.

37

Rodar el especial de Navidad fue un dolor de cabeza. El guión era protagonizado Jeff y Trev, y en él ambos en secreto establecían lazos con un perro callejero que pretendían odiar. Jeff pateaba al perro fuera de la casa, luego Trev lo dejaba entrar, entonces Jeff iba a buscarlo, y mientras trataba dejarlo entrar, quedaba atrapado y lo pateaba hacia fuera otra vez. La pista de risas tenía más "aw" que risas, y Georgie podía decir que el tipo de sonido sólo utilizó el mismo "aw" una y otra vez.

El perro fue un error.

Jeff German insistió en que utilizaran su perro, un beagle anciano que no obedecía las instrucciones y que nadie más podía tocar. Luego resultó que el chico que interpretaba a Trev era alérgico a los perros, y su madre lo siguió con un estuche de epinefrina todo el día. No terminó necesiéndola, gracias a Dios, pero sus ojos se tornaron llorosos e hinchados.

—Está bien —dijo Seth—. Parece que ha estado llorando.

—Vamos a deshacernos del perro —dijo Georgie—. Vamos a utilizar otra cosa.

—Simplemente no te gustan los perros. ¿Qué quieres? ¿Un gato?

—Pensaba en un huérfano.

—Mierda, no, Georgie. La cadena nos hará mantenerlo.



Normalmente, Georgie se enviaba mensajes con Seth mientras veían *Jeff'd Up*. Pero su teléfono se encontraba conectado al otro lado de la habitación, y no tenía ganas de levantarse.

Se levantaría si Neal llamaba.

Lo cuál, no era probable, no tan tarde. Neal no le devolvió las llamadas en todo el día.

Georgie intentó llamarlo media docena de veces desde el almuerzo, y cada vez, fue al correo de voz. También probó llamar a casa de su mamá, pero sonaba la señal de ocupado. (Pasó tanto tiempo desde que Georgie oyó una verdadera señal de ocupado, que la confundió).

Dejó su plato vacío en la mesa y tiró la manta sobre sus hombros.

—Awww... —dijo la audiencia televisiva.

Georgie miró al techo. Neal había pintado un rocío de flores. Empezaba en una esquina, luego bajaba hacia la pared. Era azul con destellos blancos, pero no recordaba cómo se llamaban.

Neal eligió esta casa. En Calabasas. Le gustaba el porche y el jardín. La cocina abierta. El hecho de que tenía un verdadero segundo piso y un ático. (Su casa de Silver Lake era una historia aparte, con el dormitorio en la mitad. Neal odiaba la forma en que se oía la lluvia golpeando el techo por la noche).

Georgie estaba embarazada de cinco meses cuando se mudaron, por lo que no pudo ayudar a pintar. (Gases). Además, para ese entonces, ella y Seth trabajaban como productores ejecutivos, así que sus horas eran locas, y además se sentía descompuesta.

Se sintió descompuesta durante todo el embarazo. Ganó más peso con Noomi. Sentía más dolor. Sus dedos se pusieron hinchados y morados mientras escribía a máquina, y los miraba fijamente, imaginando que era *Violet Beauregarde*, imaginando que Seth iba a tener que hacerla rodar del cuarto de escritores cuando entrara en trabajo de parto.

(No terminó en trabajo de parto. Georgie era muy buena en quedar embarazada, pero no tan buena para parir a los bebés. Nunca tuvo una verdadera contracción con ninguna de las chicas.)

Georgie se sintió aliviada cuando Neal empezó a pintar las paredes sin su ayuda. Al principio eligió colores desde la parte inferior de la tira de pintura, había unas pocas habitaciones brillantes como le gustaban a Georgie. Pero sobre todo, la casa era blanca. O amarillo pálido. O azul acuoso.

Empezó a pintar murales hace unos años, cuando Noomi dejó su portabebé y comenzó a jugar con Alice en el suelo. Georgie llegó a casa una noche y encontró un sauce que se encrespaba por su armario.

Neal pintó paisajes de tierras y paisajes de mar. Paisajes del cielo. (¿Hay tal cosa?) Pintó murales por toda la casa, nunca terminando uno antes de iniciar otro. Georgie no le preguntó por qué.



A Neal no le gustaba que le *preguntaran* cosas. Hacía tensar su mandíbula. Te daría una respuesta impertinente. Como si no fuera de tu incumbencia, sin importar lo que preguntaras.

Como si no fuera asunto de nadie.

Como si, nadie debería hacer preguntas que no necesitaban ser contestadas, en lo absoluto.

Al pasar los años, Georgie se volvió realmente buena en no hacer preguntas. A veces ni siquiera se daba cuenta de que no las hacía.

Esta casa realmente era mucho mejor que su antigua casa...

Neal era muy bueno escogiendo pintura, y organizando muebles, algo que Georgie nunca supo hacer. Además, su ropa siempre se encontraba lavada ahora que él se encargaba de eso.

—*Nunca se termina* —decía.

—*Podríamos contratar a alguien* —ofrecería Georgie.

—*No necesitamos contratar a alguien.*

Sus vecinos tenían una niñera y una señora de la limpieza, un jardinero, un chico de la piscina, y un peluquero de perros que hacía visitas a domicilio. Neal los odiaba. —*No es necesario un equipo de personas más grande que tu propia familia. Nosotros no vivimos en una mansión.*

—*Como los Malfoy* —dijo Alicia—. *Con los elfos de la casa.*

Neal le leía libros de Harry Potter.

Neal cortaba el césped. Usando pantalones de jean desgastados y camisetas que tenía desde la escuela secundaria. Siempre olía como a protector solar; sin él, se quemaba inmediatamente. Incluso con el bloqueador solar, la parte posterior de su cuello tenía manchas rojas.

Neal podaba los árboles. Mantenía los bulbos de tulipán en el refrigerador y esbozaba planes de jardín en la parte posterior de los recibos del supermercado. Estudiaba minuciosamente los catálogos de semillas en la cama y hacía que Georgie eligiera qué plantas le gustaban más.

—*¿Berenjena púrpura o berenjena blanca?* —consultó el verano pasado.

—*¿Cómo puedes tener una berenjena blanca? Eso es como... judías verdes púrpuras.*

—*Existen judías púrpuras verdes. Y naranjas amarillas.*

—*Basta. Estás arruinando mi mente.*

—*Oh, haré volar tu mente, nena.*

—*¿Estás coqueteando conmigo?*

Entonces, se giró hacia ella, con la tapa de un bolígrafo en la boca, y ladeó la cabeza. —*Sí. Creo que sí.*



Georgie miró la vieja sudadera que tenía puesta. Sus pantalones de yoga. —
¿Esto es lo que lo hace para ti?

Neal amplió su sonrisa, y la tapa se cayó de su boca. —*Hasta ahora.*

Neal...

Lo llamaría mañana por la mañana. Conseguiría hablar con él esta vez. Esto fue sólo... estos sólo fueron un par de días raros. Georgie se encontraba ocupada. Y también Neal. Y las zonas horarias no los favorecían.

Y estaba enojado con ella.

Lo haría mejor; no lo culpaba. Todo sería mejor por la mañana.

Glorias matutinas, pensó Georgie para sus adentros justo antes de quedarse dormida.





Landline

Viernes

20 de diciembre de 2013

41

RAINBOW ROWELL





6

Traducido por ElyCasdel

Corregido por Itxi

Una llamada perdida.

Joder, joder, joder.

Georgie se despertó en el sillón esta mañana media hora después de que la alarma sonara, aunque no recordaba programarla. Subió corriendo a ducharse, luego se puso un nuevo par de vaqueros y su camisa de *Metallica*. (Todavía huele más como a Neal que a Goergie.)

Cuando fue a tomar el teléfono para salir, vio el texto de alerta:

Una llamada perdida.

Un contacto de emergencia.

42

Neal estaba puesto en los contactos de emergencia de Georgie. (Solo por si acaso). Tenía un correo de voz, pulsó REPRODUCIR pero Neal no dejó nada, solo era medio segundo de silencio. Debió llamar mientras se encontraba en la ducha.

Le devolvió la llamada, que fue al buzón de voz y comenzó a hablar tan pronto como escuchó el bip. —Hola —dijo—. Soy yo. Me perdí tu llamada, pero no sucederá otra vez, llámame. Llámame cuando sea. No interrumpirás nada.

Tan pronto como colgó, se sintió una idiota. Porque, por supuesto, él interrumpiría algo.

Georgie se quedó en Los Ángeles por eso, porque no podía ser interrumpida.

Joder.

Georgie no era una persona madrugadora.

Seth fingía no notarlo. Como siempre fingía no notar la camisa de *Metallica*.

—Se siente raro estar escribiendo un programa diferente aquí —dijo Scotty, mirando a través del salón de escritores—. Es como hacerlo en la cama de tus padres. —Se encontraba sentado en su lugar habitual, al final de la mesa de conferencias, sin importar que hubiera ocho sillas vacías cerca de Seth y Georgie—. Desearía que la chica de recepción estuviera aquí para hacernos café. Georgie, ¿sabes hacer café?

—¿Estás bromeando?



Scotty rodó los ojos. —No pretendía decirlo de manera sexista. Solo que realmente no sé cómo encender la cafetera. Aunque pensarías que es simple hacerlo.

—Bueno, tampoco sé —dijo ella.

Seth levantó la mirada a Scotty desde su computadora portátil. —¿Por qué no nos traes café *tú*? —dijo—. No necesitaremos chistes por al menos media hora.

—Jódete —dijo Scotty. Frunció el ceño y señaló el poster de *Jeff'd Up* en la pared—. Es como si lo estuviéramos haciendo en la cama de *Jeff German*.

—Nadie lo está haciendo —dijo Georgie—. Ve a traernos café.

Scott se levantó. —Odio dejarlos solos. Olvidan que existo.

—No te olvidaré —dijo Seth, levantando su teléfono celular—. Te enviaré por mensaje de texto nuestras órdenes.

Tan pronto como Scotty se fue, Seth movió su silla hacia Georgie y se apoyó en el reposabrazos. —Te he *visto* usar la cafetera.

—Es una cosa de principios —dijo ella.

—¿Significa que tampoco utilizarás la pizarra?

—No soy su secretaria.

—Sí, pero no confías en que Scotty tome notas, y no puedes entender mi letra.

43

Georgie se levantó, de mala gana, encontró un rotulador, y comenzó a actualizar su progreso en la pizarra. A ella, de hecho, realmente le gustaba ser quien escribiera. Era como tomar las decisiones.

En la universidad, Georgie escribía mientras Seth hablaba por la oficina de *The Spoon*, pensando en voz alta. Luego él reaccionaría indignado cuando la revista regresara de la imprenta:

—Georgie, ¿dónde está mi chiste de *Unabomber*?

—¿Quién puede estar seguro? Probablemente escondido en Montana.

—Ese era un chiste genial y lo cortaste.

—¿Era un chiste? Mira, sería mucho más fácil para mí si hicieras tus chistes graciosos. Entonces no me confundiría tanto.

Para el tercer año, Georgie y Seth escribían juntos una columna semanal, en la página dos de *The Spoon*. Ella finalmente comenzaba a sentir que pertenecía a un equipo. Como si fuera lo suficientemente buena.

Compartía un escritorio con Seth; y se acostumbraron a estar juntos. A Seth le gustaba tenerla lo bastante cerca para poder tirarle del cabello, y a ella le gustaba tenerlo cerca para patearlo.

—Mierda, Georgie en serio, eso duele, estás usando Doc Martens.



Georgie recordaba el incidente de *Unabomber* porque se encontraban en medio de ello la primera vez que vio a Neal bajar a *The Spoon*. Seth le decía que quería que su columna fuera más política. Más “irónica”...

—Puedo ser irónico, Georgie, no me digas que...

—¿Quién era ese? —le interrumpió ella.

—¿Quién?

—El chico que acaba de entrar en la sala de producción.

Seth se recargó hacia atrás para ver más allá de ella. —¿Cuál?

—El de sudadera azul.

—Oh. —Se enderezó, otra vez—. Es el hobbit de la caricatura. ¿No lo conoces?

—No, ¿por qué lo llaman así?

—Porque hace esa cosa, ya sabes, la caricatura, en la contra-tapa de la revista. —Seth tenía una copia de *The Spoon* y se encontraba escribiendo su chiste de *Unabomber* al margen de su columna—. Una menos, faltan cuatrocientas noventa y nueve copias.

—¿Es el que escribe *Stop the Sun*? ¿La tira cómica?

—Escribe. Dibuja. Garabatea.

—Esa es la parte más divertida de la revista.

—No, Georgie, nosotros somos la parte más divertida de la revista.

—¿Es Neal Grafton? —Ella intentaba ver dentro de la sala de producción sin girar su cabeza.

—Correcto.

—¿Por qué no lo he visto antes por aquí?

Seth levantó la mirada hacia ella, sospechoso. —No lo sé. No es una persona sociable.

—¿Lo conoces?

—¿Tienes un enamoramiento por el *hobbit de las caricaturas*?

—Apenas lo he visto —dijo—. Sólo pienso que tiene mucho talento, pensé que *Stop the Sun* era sindicado. ¿Por qué lo llaman el hobbit?

—Porque es pequeño, gordo y parece un hobbit.

—No es gordo.

—Apenas lo has visto. —Seth se estiró hacia Georgie para agarrar su copia de *The Spoon* y comenzó a escribir su chiste dentro de la portada.

Georgie se inclinó en su silla y miró a la sala de producción. Podía ver a Neal encorvado sobre la mesa de redacción, medio oculto por una columna.

—Somos la parte más divertida de la revista —murmuró Seth.





Scotty trajo café, pero no ayudó.

Georgie tenía dolor de cabeza. Y de estómago. Y su cabello seguía oliendo al champú azucarado de Heather, incluso cuando lo había lavado otra vez.

Se dijo que solo se encontraba cansada. Pero no se sentía cansada, se sentía asustada. Lo que no tenía sentido. Nada estaba mal. Nada sucedía. Ella solo...

No había hablado con Neal durante dos días y medio.

Y nunca habían estado tanto tiempo sin hablar. No desde que se conocieron. Bueno, prácticamente desde que se conocieron.

No es que las cosas siempre fueran... (¿Qué palabra buscaba? ¿Geniales? ¿Tranquilas? ¿Felices?) No es que las cosas siempre fueran... fáciles entre ellos.

Algunas veces, aunque hablaban, no se comunicaban realmente. Algunas veces solo negociaban con el otro. Manteniéndose al corriente.

Pero nunca fue así antes.

Siempre estaba su voz.

Georgie se sentiría mejor si pudiera escuchar la voz de Neal.

Cuando Seth salió para almorzar, ella se levantó de su oficina para intentar hablar con Neal de nuevo. Marcó su número de teléfono y esperó, golpeteando sus dedos en el escritorio.

—¿Hola? —dijo alguien dudosamente, como si la persona no estuviera realmente segura de que ese fuera un teléfono y que realmente se encontrara respondiendo. La mamá de Neal.

—¿Margaret? Hola, soy Georgie.

—Georgie, hola. No sabía si el teléfono sonaba o era un iPod. Pensé que tal vez me encontraba respondiendo el iPod.

—Me alegra que te arriesgaras. ¿Cómo estás?

—Ya sabes, Naomi estaba mirando televisión en esta cosa más temprano. En la habitación como si fuera un televisor. Supongo que estamos viviendo en el futuro. Ni siquiera tiene la forma de un teléfono, ¿o sí? Es más como un paquete de cartas...

Margaret era la única persona que llamaba a Naomi por su nombre de pila. Eso siempre la hacía hacer una mueca, aún cuando ella fue quien escogió el nombre.

—Supongo que tienes razón —dijo Georgie—. Nunca lo pensé. ¿Cómo estás, Margaret? Lamento haber llamado tan tarde la otra noche.

—Georgie, ¿puedes escucharme?



—Te escucho bien.

—Porque no sé dónde está el micrófono, este teléfono es tan pequeño.

—Es pequeño, tienes razón.

—¿Lo sostengo contra mi oído o mi boca?

—Eh —tuvo que pensarlo, aún cuando hablaba en el mismo tipo de teléfono—, tu oído. Supongo.

—Mi teléfono se abre. Parece más un teléfono real.

—*Creo que tu madre tiene Asperger —le dijo Georgie a Neal.*

—*No existía el Asperger en los años 50.*

—*Solo digo que tal vez tiene los síntomas.*

—*Solo es una profesora de matemáticas.*

—Margaret —Georgie se forzó a sonreír, esperando que la hiciera sonar menos impaciente—, ¿se encuentra Neal cerca?

—Sí. ¿Querías hablar con él?

—Eso sería *genial*. Sí. Gracias.

—Llevó a las niñas a casa de Dawn. Tiene una cacaatúa, ya sabes, y pensó que a las chicas les gustaría verla.

—Dawn —dijo Georgie.

Dawn, la chica de al lado. *Literalmente* la chica de al lado. Dawn, la ex-casi prometida de Neal. (No debería contar si nunca tuvo un anillo, ¿cierto? ¿Si sólo era un acuerdo verbal de vacaciones de verano?)

Dios. Patria. Joder.

¿Por qué Neal no podía tener una fila de ex novias? Chicas con las que hablaba, chicas con las que salió. Chicas que usó por sexo, y luego se sintió mal por ello... ¿Por qué sólo tuvo que tener a *Dawn*?

Dawn siempre iba a casa de Neal a saludarlos cuando se encontraban en la ciudad; ella vivía al lado y cuidaba de sus padres.

Tenía bonitos ojos y un suave cabello café. Era enfermera. Divorciada. Le trajo a las niñas animales de peluche que hizo en California y los tenían en sus camas.

Le seguía doliendo la cabeza. Su cabello olía como magdalenas venenosas.

—¡Amadeus! —dijo Margaret, como si recordara algo.

—¿Perdón? —preguntó Geogie, aclarándose la garganta.

—Amadeous. Es la cacaatúa de Dawn. Es un ave tranquila.

—Tal vez podrías decirle que llamé.



Margaret estuvo callada unos segundos y entonces dijo—: Ahhh, te refieres a Neal.

—Sí. Exacto.

—Seguro, por supuesto, Georgie. Le diré.

—Gracias, Margaret. Dile que me llame en cualquier momento.

—Seguro. Oh, espera, antes de que te vayas: ¡Feliz Navidad, Georgie! Espero que tu nuevo espectáculo sea un éxito.

Georgie hizo una pausa. Y recordó que realmente le agradaba la mamá de Neal. —Gracias, Margaret. Feliz Navidad. Abraza a las chicas por mí.

—Georgie, espera ¿cómo te cuelgo?

—Yo te colgaré. Eso bastará.

—De acuerdo, gracias.

—Estoy colgando, Margaret. Feliz Navidad.

—Es divertido, ¿no? —preguntó Seth, después de repetir el chiste por cuarta vez—. ¿Es divertido? ¿O solo raro? 47

Georgie no estaba segura. Tenía dificultades para concentrarse.

—Necesito un descanso —dijo Scotty—. Ni siquiera puedo ver bien.

—Presiona ahí —ordenó Seth—. Es cuando la magia sucede.

—Aquí es cuando consigo yogurt congelado.

—Todo lo que haces es comer. Comes y luego comienzas a pensar en lo siguiente que comerás.

—Comer es lo único que rompe la monotonía. Es un jodido sueño.

—Lo será —dijo Scotty—. Cuando tenga algo de yogurt.

—Georgie. Dile. Sin yogurt congelado hasta que diga algo divertido.

Georgie se encontraba encorvada en la silla con sus pies sobre la mesa y sus ojos cerrados. —No puedo hablar. Demasiada magia sucediendo.

—¿Quieres yogurt congelado, Georgie? —preguntó Scotty desde la puerta.

—No, gracias.

Ella escuchó la puerta cerrarse. Luego sintió golpecitos de una pluma en su hombro.

—Deberías tomar una siesta —dijo Seth.

—Ajá.



—Necesitamos un sillón de siestas. *Passing Time* va a tener un sillón de siestas. ¿Recuerdas el sillón de *The Spoon*? Ese fue el primer sillón clasificado para siestas.

Lo recordaba. Era de terciopelo gris y sus cojines se encontraban desgastados. Si Georgie se sentaba en él, Seth se sentaría a su lado, incluso si había mucho espacio. Incluso si no había nada de espacio. Le gustaba descansar la cabeza en el regazo de ella o su hombro. Si él no hubiera tenido una novia, ella se lo permitiría. (Casi siempre tenía novia.)

Seth era un coqueto implacable. Aún con Georgie, incluso *especialmente* con Georgie.

Durante los primeros meses después de haberse conocido, ella encontró todas las atenciones emocionantes. Y luego, cuando se dio cuenta de que Seth coqueteaba con todas, y constantemente se encontraba cazando *activamente* a otra chica, sintió que su corazón se rompía.

Y luego, las atenciones no eran más que un sonido. Su charla era como un zumbido. A Georgie le agradaba, aún cuando no prestaba atención. Sentada en el sillón de siestas, con la cabeza de Seth en su hombro, su cabello ondulado haciéndole cosquillas en su oído...

Se encontraban extendidos en el sillón de siesta la segunda vez que vio a Neal. Seth tenía novia en ese momento —actriz, con piernas largas, y grandes pómulos—, así que no tenía la cabeza apoyada en Georgie. Ella le dio un codazo en las costillas. —Ahí está otra vez.

—Ay ¿Quién?

—El caricaturista —dijo ella.

—¿El hobbit?

—Voy a presentarme.

—¿Por qué?

—Porque trabajamos juntos —dijo Georgie—. Eso es lo que la gente hace.

—No trabaja aquí. Solo hace sus caricaturas aquí.

—Voy a presentarme. Y a decirle cuánto me gusta su trabajo.

—Desearás no haberlo hecho —advirtió Seth—. Es ceñudo. Es el hobbit menos amigable del Condado.

—Deja de hablarme de Tolkien. Todo lo que sé es que “Frodo vive”.

Seth descansó la cabeza en su hombro.

Georgie le restó importancia. —Voy a ir. A presentarme. —Se levantó del sillón.

—Bien —dijo, melancólico—. Espero que sean realmente felices juntos. Pequeña pareja linda de hobbits con un montón de regordetes bebés hobbit.

Gorgie se giró hacia él, pero no dejó de alejarse. —No soy un hobbit.



—Eres pequeña, Georgie. —Él se estiró en el sillón—. Y redonda, de aspecto agradable. Lidia con eso.

Georgie giró en la esquina de la sala de producción y se detuvo. Los escritores casi nunca iban a la sala de producción. Los artistas andaban por ahí, y los que hacían las maquetas la noche que *The Spoon* era imprimida.

Neal se encontraba sentado en la mesa de redacción. Tenía una tira cómica yaciendo frente a él, e iba a abrir un bote de tinta china. Había una radio en algún lugar en la que sonaba Foo Fighters.

Georgie pensó en regresar al sofá.

—Hola —dijo en su lugar.

Neal levantó la mirada sin levantar la cabeza, y luego miró de nuevo a su cómic. —Hola.

Él usaba una camisa negra debajo de su franela azul, y su cabello era oscuro y corto, casi estilo militar.

—Eres Neal, ¿cierto?

No levantó otra vez la mirada. —Cierto.

—Soy Georgie.

—¿Lo eres?

—¿Perdón?

—¿Realmente lo eres?

—Eh, ¿sí?

Él asintió. —Pensé que era un seudónimo. Georgie McCool. Suena a seudónimo.

—¿Sabes mi nombre?

Neal finalmente la miró con sus redondos ojos azules. —Tu fotografía está en *The Spoon* —dijo.

—Oh. —Georgie no era usualmente buena con los chicos, pero generalmente era mejor que esto—. Correcto. También tú. Digo, tu tira cómica. Vine a hablar sobre tu cómic.

Neal se centró en su página de nuevo. Sostenía una pluma vieja; que parecía una pluma estilográfica de larga punta. —¿Hay algún problema?

—No —dijo ella—. Solo... me gusta. Iba a decirte cuánto me gusta.

—¿Aún vas a hacerlo?

—Yo...

Los ojos de él encontraron los de ella por un segundo, y pensó que tal vez veía una sonrisa ahí.

Le sonrió en respuesta. —Sí. De verdad me gusta. Creo que es lo más divertido de la revista.





Se encontraba casi segura de que Neal ahora sonreía. Pero era solo una pequeña curvatura en sus labios.

—No sé —dijo él—. Parece que a la gente le gustan los horóscopos...

Georgie escribía los horóscopos. (O al personaje que los hacía. Era difícil de explicar.) Neal *sabía* que ella escribía los horóscopos. Sabía su nombre. Sus manos eran pequeñas, y se movían con completa seguridad sobre el papel, formando una delgada línea recta.

Él asintió.

—¿Puedo ver?

Asintió de nuevo.



7

Traducido por Marie.Ang

Corregido por Clara Markov

La madre de Georgie tenía un escote espectacular. Uno bronceado, pecoso y de diez kilómetros de profundidad.

—Genética —dijo su mamá cuando la atrapó mirando.

Heather puso un tazón de judías verdes en las manos de Georgie. — ¿Mirabas los pechos de mamá?

—Creo que sí —dijo Georgie—. De verdad me siento cansada... y ella como que lo rogaba vestida con esa camisa.

—Oh, claro —dijo Heather—. Culpa a la víctima.

—No en frente de Kendrick —dijo su madre—. Lo haces sonrojar.

Kendrick sonrió a su espagueti y meneó la cabeza.

Su mamá la llamó esa tarde, cuando esperaba la llamada de Neal. — Déjame hacerte la cena. Me preocupo por ti.

—No —dijo Georgie—. No te preocupes. —Pero aún así accedió a venir después del trabajo.

Su mamá hizo espagueti con albóndigas caseras, y pastel de piña para el postre. Y todos esperaron a que llegara antes de empezar a comer, así que no es que pudiera excusarse de inmediato para llamar a Neal. (Ya eran casi las siete treinta, nueve treinta en Omaha.)

Georgie intentó llamar al celular de Neal dos veces de camino aquí. Sus llamadas fueron directo al buzón de voz, lo que no necesariamente significaba que él seguía estando con Dawn, pero tampoco demostraba que no fuese así.

(Era estúpido preocuparse por Dawn. Neal era un adolescente cuando estuvo con ella.)

(Pero, ¿las personas constantemente no dejaban a sus cónyuges en el momento que sus citas de graduación se hacían amigos de ellos en Facebook?)

(Además, Dawn nunca envejeció. En todo el sentido de la palabra. Siempre era bueno verla, y ella siempre lucía bien. La última vez que Georgie vio a Dawn, en el funeral del papá de Neal, se veía como si nunca la hubieran removido del paquete.)

—¿Hablaste con las niñas hoy? —le preguntó su mamá.



—Hablé con ellas ayer.

—¿Cómo están tomando todo?

—Bien. —Georgie tragó la mitad de una albóndiga—. En realidad no hay nada que tomar, sabes.

—Los niños son perceptivos, Georgie. Son como los perros —Ofreció una albóndiga de su propio tenedor al cachorro amontonado en su regazo—, saben cuándo sus personas son infelices.

—Creo que podrías simplemente haber antropomorfizado al revés a tus propios nietos.

Su mamá movió el tenedor vacío con desdén. —Sabes a lo que me refiero.

Heather se inclinó hacia Georgie y suspiró. —A veces me siento como su hija. Y a veces me siento como el perro con el menor número de cintas.

Heather también comía espagueti, pero salido de una caja de restaurante para llevar. Georgie decidió no preguntar. Miró el reloj, siete cuarenta y cinco.

—Sabes, prometí que llamaría a Neal antes que se hiciera demasiado tarde. —Se lo prometió a su buzón de voz, de todos modos—. Voy a usar el teléfono en mi habitación, si te parece bien.

—Pero no has terminado de comer —protestó su mamá.

Georgie ya iba a mitad de camino por pasillo. —¡Vuelvo enseguida!

Su corazón latía con fuerza cuando llegó al cuarto. ¿Se encontraba fuera de forma? ¿O sólo muy nerviosa?

Curvó los dedos tras los ganchos del teléfono amarillo y se sentó en la cama, tirándolo a su regazo y esperando recuperar el aliento.

Por favor contesta, pensó, imaginando los sombríos ojos azules de Neal y su dura mandíbula. Imaginando su fuerte rostro pálido. Por favor. Realmente necesito escuchar tu voz en estos momentos.

Empezó a discar su celular, luego colgó e intentó con el fijo, tal vez Margaret era una mejor apuesta para contestar; la generación de sus padres todavía se sentía moralmente obligada a contestar teléfonos.

Georgie lo escuchó sonar, tratando de mantener bajo control las mariposas en su estómago. Intentando aplastarlas, en realidad, en pequeños pedazos de mariposas.

—¿Hola?

Neal. Al fin.

Neal. Neal. Neal.

Las mariposas saltaron a la vida y empezaron a revolotear hasta la garganta de Georgie. Tragó. —Hola.

—Georgie —dijo como si confirmara algo suavemente.

—Hola —repitió.



—No pensé que llamarías de nuevo.

—Le dije a tu mamá que lo haría. Te lo dije la última vez que hablamos...
¿Por qué no lo haría?

—No lo sé, tampoco pensé que llamarías en ese entonces.

—Te amo —soltó de pronto.

—¿Qué?

—La última vez que nosotros... colgaste antes de que pudiera decirte que te amo.

—¿Entonces llamaste para decir que me amas?

—Yo... —Georgie se sintió tan confundida—. Llamé para asegurarme que estabas bien. Para ver cómo estás. Par ver cómo están las niñas.

Neal se rió. No de una buena manera. Era el efecto de sonido que sus defensas hacían cuando se quebraban. —Las niñas —dijo—. *Las niñas* están bien. ¿Hablas de Dawn? Porque no la he visto.

—¿Qué? Tu mamá dijo que estuviste por ahí hoy.

—¿Cuándo hablaste con mi mamá?

—Hoy. Dijo que Dawn te mostró su cacatúa. Amadeus.

—La cacatúa de Dawn se llama Falco.

Georgie escondió la barbilla, a la defensiva. —Lo siento. No soy una experta en las cacatúas de Dawn.

—Tampoco yo.

Sacudió la cabeza y se quitó los anteojos, manteniendo la palma contra su ojo. —Neal. Mira. Lo siento. Esto no es por lo que llamé.

—Cierto. Llamaste para decirme que me amas.

—Sí. En realidad sí, lo hice. *Te amo*.

—Bueno, también te amo. Ese no es el problema, Georgie. —Su voz era casi un susurro.

Ella también susurró: Neal. No sabía que te sintieras así de molesto. Debiste haberme dicho que estabas así de molesto antes de irte. No te habría dejado ir... habría ido contigo.

Él se rió de nuevo, y esta vez fue incluso peor. —¿Debería haberte dicho? —siseó—. Lo *hice*. Dije: Ya no puedo hacer esto. Dije: Te amo, pero no estoy seguro de que sea suficiente, no estoy seguro de que *alguna vez* será suficiente. Dije: No quiero vivir así, Georgie. ¿Recuerdas?

Georgie se quedó sin habla. Lo recordaba. Pero...

—Sólo un segundo —dijo Neal en voz baja—. No quiero tener esta conversación frente a mis padres... —Lo que dijo a continuación fue amortiguado—. Papá, ¿puedes colgar este cuando llegue arriba?



—Claro, dile a tu niña Georgie que dije hola.

—Puedes decirle tú mismo. Ella está justo aquí.

—¿Georgie? —dijo alguien al teléfono. Alguien que no era el papá de Neal. No podía serlo.

—¿Señor Grafton?

—Sentimos que no pudieras venir para navidad este año. Hicimos de nieve para ti y todo.

—Siento habérmelo perdido —dijo Georgie, debió haberlo dicho, se escuchó a sí misma decirlo.

—Bueno, tal vez el próximo año —dijo. *Él no era, no podía ser, el papá de Neal, quien estaba muerto. Quien murió en una estación de trenes hace tres años.*

Hubo un clic, luego el hueco sonido de otro teléfono en la línea. —Ya lo tengo, papá. Gracias.

—Nos vemos, niña Georgie —dijo el papá de Neal—. Feliz Navidad.

—Feliz Navidad —dijo. Automáticamente.

Hubo otro clic.

Georgie se sentó completamente inmóvil.

—¿Georgie?

—¿Neal?

—¿Estás bien... estás llorando?

Lloraba. —Yo... en serio estoy cansada. No he dormido, y *Neal*, o por Dios, sólo imaginé la cosa más extraña. Imaginé que tu papá me decía Feliz Navidad. Eso no es...

—Él te dijo Feliz Navidad.

Contuvo el aliento.

—¿Georgie?

—No creo que debería estar hablando en estos momentos.

—Georgie, espera.

—No puedo hablar ahora, Neal. Sólo... me tengo que ir.

Colgó de golpe el teléfono, lo miró por un segundo, tal vez dos, luego lo empujó lejos de ella. Cayó al suelo con un pesado y sordo sonido metálico. El receptor salió volando de la mesita de noche.

Georgie se quedó mirándolo.

Esto no era bueno. Nada de esto.

El papá de Neal falleció. Neal siempre decía te amo. Y él sabía quiénes eran “las niñas”.



Y además... especialmente, especialmente, *especialmente*, el papá de Neal estaba *muerto*.

Georgie... debió imaginar cosas.

Exhausta. Se encontraba exhausta.

Y molesta. Demasiado estresada. Sin suficiente sueño.

Además, tal vez alguien la drogó, era posible. Era más posible a que el papá de Neal *regresara de la muerte* para desearle Feliz Navidad. Lo cual no. Acababa. De pasar.

¿Qué más no pasó hoy? ¿Siquiera fue a trabajar? ¿Pasó la noche en el sofá? ¿Había siquiera despertado?

¡Despierta! ¡Despierta de una puta vez, Georgie!

Tal vez cuando despertara, cuando en serio despertara, encontraría a Neal acostado a su lado. Quizá ni siquiera estarían peleados. (*¿Peleaban?*) Tal vez, en el mundo real, en el mundo despierto, Georgie y Neal nunca pelearon.

—*Soñé que las cosas eran justo como lo son ahora —diría cuando despertara—, pero no éramos felices. Y era Navidad, y me dejaste...*

—¿Georgie? —llamó su mamá desde la cocina. A menos que Georgie soñara también eso—. ¿Estás bien? —le gritó.

—¡Estoy bien! —exclamó en respuesta Georgie.

Su mamá vino a su habitación de todas formas. —Escuché un ruido —dijo desde la puerta. Miró el teléfono, que yacía extendido y descolgado en el suelo—. ¿Está todo bien?

Georgie se secó los ojos. —Bien. Yo sólo... —Meneó la cabeza—, no sé, tal vez tengo un ataque de nervios.

—Por supuesto que sí, cariño. Tu esposo te dejó.

—No me dejó —dijo Georgie. Aunque quizá lo hizo. Quizá era por eso que Georgie se caía a pedazos—. Creo que necesito descansar.

—Esa es una buena idea.

—O tal vez necesito un trago.

Su mamá entró al cuarto y recogió el teléfono, dejándolo de nuevo en la mesita. —Difícilmente creo que debas empezar a beber.

¿Ya bebió? ¿Alguna vez sucedió esto antes? ¿Desmayarse?

—¿Recuerdas al papá de Neal? —le preguntó a su mamá.

—¿Paul? Claro. Neal se ve como él.

—¿Se ve? ¿O se *veía*?

—¿Qué?

—¿Qué sabes del papá de Neal? —preguntó Georgie.

—¿De qué hablas? ¿No tuvo un ataque al corazón?



—Sí. —Georgie extendió la mano y agarró el brazo de su madre—. Tuvo un ataque al corazón.

Su mamá se veía significativamente más preocupada. —¿Piensas que estás teniendo un ataque al corazón?

—No —dijo Georgie. ¿Tenía un ataque al corazón? ¿Tal vez un derrame cerebral? Sonrió y se tocó las mejillas; pero nada parecía estar cayéndose—. No. No, sólo necesito algo de descanso, creo.

—No creo que debas manejar a casa.

—Tampoco lo creo.

—Está bien. —Su mamá la estudió—. Saldrás de esto, Georgie. Pensé que pasaría el resto de mi vida sola después de que tu papá y yo nos separamos.

—Lo dejaste por otro tipo.

Su mamá sacudió la cabeza con desdén. —Estos sentimientos no son racionales. No hay nada de racional acerca del matrimonio.

—Un *fatal* ataque al corazón, ¿cierto?

—¿Por qué estás obsesionada con el padre de Neal? Pobre hombre. Pobre Margaret.

—No lo sé —dijo Georgie—. Simplemente necesito descansar.

—Descansa. —Su mamá apagó la luz a medida que salía.

Georgie se acostó en la oscuridad por una hora.

Lloró un poco más.

Y habló consigo misma. —Estoy imaginando cosas. Me siento cansada. Sólo cansada.

Cerró los ojos e intentó dormir.

Los abrió de nuevo, y miró el teléfono amarillo.

Pensó en volver a casa. Salió y se sentó en el auto por un rato. Con el tiempo, enchufó su teléfono celular y trató de llamar a Neal. (No contestó.) (*Porque mierda nunca contestaba.* Y quizá la dejó, quizá se encontraban tan fuera de sintonía que Georgie ni siquiera reconoció cuando él en realidad, de verdad la dejó. Quizá él ya le había dicho que se iba, y simplemente no escuchó.)

Se sentó en el auto y lloró.

Luego intentó con el número de la mamá de Neal, a pesar de que era tarde. Georgie sólo necesitaba hablar de nuevo con él. Normalmente. Necesitaba tener una conversación normal para reiniciar todo.

La línea de su madre sonaba ocupada. Tal vez su papá tenía algunas llamadas fantasmales de verdad importantes que hacer a medianoche.

Georgie pensó en intentar dormir de nuevo. Pensó en cómo todo su enloquecimiento era probablemente lo que hacía esta situación, sea cual sea esta situación, peor.





Entonces entró y fue por los gabinetes de la cocina hasta que encontró una botella de crema de menta, probablemente lo que quedaba de la última vez que su mamá hizo pastel de saltamontes. (Su mamá y Kendrick no eran bebedores.) (¿Marihuaneros? Posiblemente. Neal lo sospechaba.)

Georgie lo bebió directo. Era como emborracharse con almíbar.

En algún momento debió quedarse dormida.





Landline

Sábado

21 de Diciembre de 2013

58

RAINBOW ROWELL





Traducido por Beatrix

Corregido por Lizzy Avett'

Cuatro llamadas perdidas, todas de Seth.

Ya era mediodía, y Georgie recién iba al trabajo. Su teléfono sonó tan pronto como lo enchufó en el encendedor del coche. —Lo siento —dijo, respondiendo—. Me quedé dormida.

—Jesús, Georgie —dijo Seth—. Estaba dispuesto a llamar a la policía.

—No lo estabas.

—Tal vez. Iba a conducir todo el camino fuera de Calabazas buscándote. ¿Qué demonios?

—Me alojé en casa de mi madre de nuevo. Lo siento. Me olvidé de poner la alarma.

59

Esa fue una gran, gran excesiva simplificación. Georgie se había despertado en el sofá de su mamá hace media hora, con uno de los perros lamiendo su cara. Entonces había vomitado durante veinte minutos. Después pasó otros diez tratando de encontrar ropa en la habitación de Heather, antes de acabar en el armario de su madre, conformándose con un par de pantalones de terciopelo y una escotada camiseta con pedrería. Georgie ni siquiera se había cepillado los dientes. (No le vio sentido; todo su cuerpo ya olía como a menta). —Ya voy —le dijo a Seth—. Llevaré el almuerzo.

—Ya tenemos almuerzo. Y la mitad del guión es jodidamente terrible, date prisa.

—Ya voy. —Terminó la llamada y se metió en la carretera 101.

Cuatro llamadas perdidas, todas de Seth. Ninguna de Neal.

Georgie frotó su pulgar sobre la pantalla táctil del teléfono. No pensaba en la noche anterior. Lo de anoche era algo en lo que Georgie no iba a pensar ahora.

Era una nueva mañana. Tenía que llamar a Neal y empezar de nuevo desde aquí. Levantó el teléfono por encima del volante y hojeó sus llamadas recientes, pulsando un contacto de emergencia.

Sonó...

—Buenos días, solecito.

—Oye, Alice. Es mami.



—Lo sé, escuché tu canción. Además, hay una foto tuya cuando llamas, de Halloween. Estás vestida como el hombre de hojalata.

Neal había sido el León Cobarde. Alice era Dorothy. Noomi era Toto el gato.

—Tengo que hablar con papi —dijo Georgie.

—¿Estás en el auto?

—Estoy en mi camino al trabajo.

—Prometiste no hablar por teléfono en el auto, se lo diré a papi.

—Le prometí esperar hasta que se hiciera la fusión. ¿Dónde está papi?

—No lo sé.

—¿No está ahí?

—No.

—¿Dónde está la abuela?

—No lo sé.

—Alice.

—¿Sí?

—Por favor encuentra a la abuela.

—Pero estamos viendo *Los Rescatadores*.

—Paúsalo.

—¡La abuela no tiene pausa!

—Sólo vas a perderte un par de minutos. Te diré lo que pasa.

—Mami, no quiero que me lo *estropees*.

—Alice. Escucha mi voz. ¿Sueno como si estuviera en el estado de ánimo de debatir esto?

—No... —Alice sonó herida—. Estas utilizando tu voz severa.

—Ve a buscar a la abuela.

El teléfono cayó. Un segundo más tarde, alguien lo recogió.

—No uses tu voz severa, mami. —Era Noomi. Llorando. Sin lugar a dudas era un llanto falso. Noomi realmente casi nunca lloraba; pero solía empezar a sollozar falsamente y a veces las lágrimas se volvían reales.

—No estoy usando mi voz severa, Noomi. ¿Cómo estás?

—Estoy muy triste.

—No estés triste.

—Pero estas utilizando tu voz severa, y no me gusta.

—Noomi —dijo Georgie, en lo que probablemente era su voz severa—. Ni siquiera hablaba contigo. *Cálmate*, por el amor de Cristo.



—¿Georgie?

—¡Margaret!

—¿Está todo bien?

—Sí —dijo Georgie—. Solo... ¿Esta Neal alrededor? Realmente, realmente necesito hablar con Neal.

—Se fue a hacer algunas compras de última hora para las chicas.

—Oh —dijo Georgie—. Supongo que no tomó el teléfono.

—Supongo que no, ¿estás segura de que todo está bien?

—Sí. Sólo le echo de menos. A ellos. A todos —Cerró los ojos y luego los abrió rápidamente—. Tú y... Paul.

Su suegra estaba en silencio.

Georgie decidió seguir adelante. No estaba segura de lo que estaba buscando. —Lamento que las chicas no llegaran a conocerlo como yo lo hice.

Margaret tomó aliento. —Gracias, Georgie. Y gracias por permitir a Neal traerlas a Omaha. Desde que perdimos a Paul, bueno, este es el momento más difícil del año para estar solo.

—Por supuesto —dijo Georgie, secándose los ojos con la palma de su mano—. Sólo dile a Neal que me llame.

Presionó fin y dejó caer el teléfono en el asiento del pasajero.

Eso lo selló.

Georgie había perdido la razón.

—Jesucristo —dijo Seth cuando entró en la habitación. Su mandíbula cayó, probablemente sólo por el efecto—. Jesús. Cristo en un millar de bicicletas.

Scotty disparó la coca cola light por la nariz. —Oh, mierda —dijo—. Oh Dios, está que arde.

—Podemos sólo... —Georgie trató.

—¿Qué te pasó? —Seth estaba fuera de su silla y rodeándola—. Te ves como Britney Spears, cuando estaba saliendo con bailarines y caminando por las gasolineras descalza.

—Pedí prestado algo de ropa de mi mamá. No pensé que te gustaría que perdiera otra hora por ir a casa a cambiarme.

—Y ducharte —dijo Seth, mirando su pelo.

—¿Esas son ropas de tu *mamá*? —preguntó Scotty.

—Es un espíritu libre —dijo Georgie—. Estamos trabajando ahora, ¿verdad? Estoy aquí, ¿y estamos trabajando?

—Hay algo verde en tu cara —dijo Seth, tocando su barbilla—. Es pegajoso. —Georgie se apartó, buscando su asiento en la larga mesa de conferencias.



Scotty regresa a su almuerzo. —¿Esto es lo que pasa cuando Neal está fuera de la ciudad? No es de extrañar que te mantenga atada.

—No estoy atada —dijo Georgie—. Estoy *casada*.

Seth empujó un recipiente delante de ella. Georgie lo abrió. Tacos coreanos pastosos. Esperó un segundo para averiguar si estaba más enferma o más hambrienta... más hambrienta.

Seth le dio un tenedor. —¿Estás bien?

—Bien. Muéstrame lo que tienes hasta ahora.

No estaba nada bien. Completamente nada bien.

“¿Debería haberte dicho? Lo hice. Dije: Ya no puedo hacer esto. Dije: Te amo, pero no estoy seguro de que sea suficiente, no estoy seguro de que alguna vez será suficiente. Dije: No quiero vivir así, Georgie. ¿Recuerdas?”

Tenía sentido, la verdad. Si Georgie iba a tener un colapso nervioso delirante, paranoico sobre su marido dejándola, tenía sentido que hiciera un retroceso a la vez en que Neal realmente le *había* dejado.

O intentó dejarla.

Antes de que se casaran.

Fue en las vacaciones de Navidad, en su último año en la facultad. Habían ido a una fiesta, una fiesta de televisión que parecía realmente importante en ese momento. Seth ya estaba trabajando en una serie de Fox, y quería que Georgie conociera a todos los otros escritores en el programa, la estrella ni siquiera se suponía que estaría allí. Era sólo una fiesta en el patio trasero de alguien, con una piscina, cerveza y luces de Navidad colgando a través de los limoneros.

Neal pasó toda la noche de pie junto a la valla y se negó a hablar con nadie. Declinándolo en principio. Como si hacer una pequeña charla, como si ser *cortés*, fuera demasiada concesión. (Una concesión a Seth. Sobre California. Sobre el hecho de que Georgie iba a conseguir un trabajo como *ese*, con *este* tipo de gente, y Neal debería acompañarla.)

Así que se quedó junto a la valla con la cerveza más barata disponible, cerrando la boca en su lugar.

Georgie se puso tan furiosa por este pequeña truco, que se aseguró de que ella y Neal fueran algunas de las últimas personas en salir. Se reunió y habló con todos los nuevos amigos del trabajo de Seth. Jugó su parte en el espectáculo Seth-y-Georgie. (Fue una buena parte; Georgie consiguió la mayor parte de los chistes.) Hizo que todos la amaran.

Y entonces se metió en el Saturn desgastado de Neal, y él la llevó a la casa de su mamá. Y le dijo que ya había terminado.



—No puedo seguir con esto—dijo.

—Te amo —dijo—, pero no estoy seguro de que sea lo suficiente, no estoy seguro de que alguna vez será suficiente.

Él dijo—: No quiero vivir así, Georgie.

Y a la mañana siguiente, dejó Omaha sin ella.

Georgie no supo nada de Neal durante toda esa semana. Pensó que habían terminado.

Pensó que tal vez tenía razón, que *deberían* terminar.

Y entonces, en la mañana de Navidad, en 1998, Neal apareció allí en su puerta delantera, colocó una rodilla en la alfombra verde, sosteniendo el anillo de boda de su tía abuela.

Le pidió a Georgie que se casara con él.

—Te amo —dijo—. Te amo más de lo que odio todo lo demás.

Y Georgie rió porque sólo Neal pensaría que eso era algo romántico.

Entonces dijo que sí.

63

Georgie conectó su teléfono celular a su portátil y se aseguró de que el volumen del timbre se estuviera alto.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Seth—. No hay teléfonos en la sala de guionistas, ¿recuerdas? Esa es *tú* regla.

—Ni siquiera estamos oficialmente aquí —dijo Georgie.

—Ni siquiera estás *extraoficialmente* aquí —le espetó a su vez.

—Lo siento. Tengo muchas cosas en mi mente.

—Cierto. Yo también. Cuatro guiones, ¿recuerdas?

Se frotó los ojos. Fue sólo un sueño. Anoche. A pesar de que no se había sentido como un sueño, eso es todo lo que podría haber sido. Un episodio.

Eso era algo que la gente tenía. La gente normal. *Episodios*. Y luego ponían paños fríos sobre sus ojos y hacían planes para pasar tiempo cerca del mar.

Neal se encontraba en su mente, el *padre* de Neal se encontraba en su mente y su cerebro hizo el resto. Eso es para lo que el cerebro de Georgie era bueno. La narración episódica.

—Probablemente es la semana más importante de nuestra carrera —murmuró Seth—, y tú decides volar.

—No estoy volando —dijo Scotty.

—No estoy hablando de ti —dijo Seth—. Jamás hablo de ti.



Scotty se cruzó de brazos. —Sabes, no me gusta ser el blanco de todas tus malas bromas cuando no hay nadie más alrededor. No soy el Cliff Clavin³ aquí.

—Oh Dios mío —Seth lo señaló—. Eres totalmente Cliff Clavin. Nunca dejaré de verte ahora así. ¿Has visto alguna vez *Family Ties*? Eres un poco nuestra Skippy, también.

—Soy demasiado joven para *Family Ties* —dijo Scotty.

—Eres demasiado joven para *Cheers*.

—Lo vi en Netflix.

—Te *pareces* a Skippy, Georgie, ¿es Scotty nuestra Skippy? ¿O nuestro Cliff?

Georgie nunca tuvo un episodio antes.

Aunque sentía que podría estar teniendo otro ahora. Acomodó sus gafas en su pelo y pellizcó la parte superior de su nariz.

—*Georgie* —Seth empujó su brazo con la goma de su lápiz—. ¿Me estás escuchando? ¿Scotty, Skippy o Cliff?

Se puso las gafas. —Es nuestro Radar O'Reilly.

—Aw, Georgie. —Scotty sonrió—. Detente, que vas a hacerme llorar.

—Eres demasiado joven para haber visto *M*A*S*H* —Seth gruñó.

Scotty se encogió de hombros. —También tú.

Empezaron a trabajar en su espectáculo.

Era más fácil cuando trabajaban. Georgie podía fingir que nada estaba mal.

No sucedía nada *mal*. Habló con Alice y Noomi, solo hace unas horas, y estaban bien. Además, Neal acababa de salir a realizar compras navideñas.

Él no tenía ninguna prisa para hablar con ella, pero eso no era algo inusual. ¿Sobre qué necesitaban hablar? Georgie y Neal hablaban todos los días desde que se conocieron. (Casi). No necesitaban ponerse al día.

Georgie trabajó en su programa. Su espectáculo. Junto con Seth realizaron la rutina y escribieron el diálogo durante una hora, la conversación moviéndose ida y vuelta entre los dos como una pelota de ping-pong. (Esta era la forma en que normalmente tenían que hacer las cosas. Colaboración competitiva.)

Seth parpadeó primero. Georgie lo atrapó con un especial chiste tonto sobre "tu madre", y se dejó caer en su silla, riendo.

—Chicos no puedo creer que han estado haciendo esto durante veinte años —dijo Scotty, sinceramente, cuando terminó de aplaudir.

—No ha sido tanto tiempo —dijo Georgie.

Seth levantó la cabeza. —Diecinueve.

³ Cliff Clavin: Personaje de ficción de la serie *Cheers*, concretamente el cartero.



Ella lo miró. —¿En serio?

—Te graduaste de la escuela secundaria en el 94, ¿no?

—Sí.

—Es el año 2013. Son diecinueve años.

—Dios.

Dios. ¿Realmente había pasado tanto tiempo?

Si, lo hizo.

Diecinueve años desde que Georgie se topó con Seth en las oficinas de *The Spoon*.

Diecisiete años desde la primera vez que notó a Neal.

Catorce desde que se casó con él, de pie al lado de una fila de árboles de lilas en el patio trasero de sus padres.

Georgie nunca pensó que sería lo suficientemente vieja para hablar así sobre la vida.

No es que había pensado que moriría antes, sino que nunca imaginó se sentiría de esta manera. La pesadez de las proporciones. Veinte años con el mismo sueño. Diecisiete con el mismo hombre.

Muy pronto cumpliría con Neal más tiempo del que había estado sin él. Ella se conocía mejor cómo su esposa de lo que alguna vez se conoció como alguien más.

Se sentía como demasiado. No era demasiado para sobrellevar, simplemente demasiado para contemplar. Compromisos como rocas que eran demasiado pesados de llevar.

Catorce años después de su boda.

Quince años después de que Neal tratara de alejarse de ella. Quince desde que retrocedió.

Diecisiete desde la primera vez que lo vio, y descubrió algo en él que no le permitía apartar la mirada.

Seth seguía mirando a Georgie, con una ceja levantada.

¿Qué diría él si intentaba hablarle de las últimos treinta y seis horas?

Jesús, Georgie, te puedes volver loca la próxima semana. Todo puede suceder la próxima semana. Dormir. Navidad. Crisis nerviosas. Esta semana vamos a hacer que nuestros sueños se hagan realidad.

—Voy a hacer un poco de café —dijo Georgie.



9

Traducido por Lorena

Corregido por Val_17

Los tres siguieron trabajando durante la cena. Empezaron a moverse incluso más rápido, progresando aún más...

Y entonces se dieron cuenta de que se movían muy rápido porque estaban convirtiendo su guión en un episodio de *Jeff'd Up*.

—Oh Dios, oh Dios, oh Dios —dijo Seth—. Estamos corrompidos. Estamos completamente corrompidos.

—Esto apeeeeeesta —dijo Scotty.

Seth empezó a borrar la pizarra con sus antebrazos, pero se arrepintió de ello más tarde cuando vio el estado de su camisa a cuadros.

Decidieron ver unos cuantos episodios de *Barney Miller* para aclarar sus cerebros. Seth tenía la serie completa en cintas de VHS en su oficina. Tenían también un reproductor de video, colocado en una esquina con un viejo televisor.

—Podríamos ver esto en línea —dijo Scotty, subiéndose a la hamaca de IKEA.

Seth se arrodilló frente al video y metió una cinta. —No es lo mismo. El vudú no funcionará.

Georgie llevó su portátil con ella, su teléfono conectado a un lado, e intentó llamar a Neal desde la puerta. (Sin respuesta).

Seth suspiró en cuanto los créditos de *Barney Miller* empezaron. Le dio una gran sonrisa blanca a Georgie. —Vamos a superar esto —dijo.

Ella sonrió también—no podía evitarlo—y se sentó a su lado en el suelo.

Así es como Georgie pasó sus dos primeros años de universidad. Siempre que no estaba trabajando con Seth en *The Spoon*, se encontraba en su casa de fraternidad, viendo *Barney Miller*, *Taxi* y *M*A*S*H*. Su habitación se encontraba llena y cubierta con cintas VHS.

—¿Qué haces en una fraternidad? —le preguntó—. Los escritores de comedia no se unen a fraternidades.



—No me encierres, Georgie. Soy infinito.

—Sí, pero ¿por qué?

—La razones normales. Amigos de repuesto, chaquetas azules... además algún día podría solicitar un cargo.

Habían escrito el primer borrador del piloto de *Passing Time* en la habitación de Seth. Y también el segundo borrador de *The Spoon*, siempre Georgie tecleándolo todo.

¿Cómo pasó por alto a Neal hasta el tercer año? Él había empezado a trabajar en *The Spoon* en su primer año, al igual que ella. Georgie debió haberlo visto, sin verlo realmente, docenas de veces. ¿Había estado tan absorbida por Seth? Él *era* muy absorbente, agresivo y ruidoso, siempre exigiendo la atención de Georgie...

Pero una vez que notó a Neal, lo vio por la oficina constantemente. Intentaba no mirarlo fijamente cuando pasaba por su escritorio de camino a la sala de producción. A veces, si tenía suerte, él la miraba y asentía.

—Simplemente no entiendo la atracción —dijo Seth después de un mes.

—¿Qué atracción?

Estaban sentados en su escritorio compartido, y Seth comía el pollo princesa de Georgie. Apuñalándolo con un palillo. —La tuya. Hacia ese gordo y pequeño hombre de dibujos.

Georgie tampoco entendía del todo por qué Neal de repente era la única cosa en su radar. —Sólo somos amigos —dijo.

—En serio —dijo Seth.

—Conocidos amigables.

—Sí, pero esa es la cosa, Georgie, él *no* es amigable. Literalmente le gruñe a la gente, si se acerca demasiado.

—Él no me gruñe —dijo.

—Bueno, él no lo haría.

—¿Por qué no?

—Porque eres una chica guapa. Probablemente seas la única chica guapa que le haya hablado alguna vez. Está demasiado aturdido como para gruñir.

Georgie intentó no mirar a Neal. Intentó parecer indiferente cuando lo veía. Pero normalmente encontraba una excusa para entrar a la sala de producción unos pocos minutos después de que él entrara. A veces, fingía que tenía que hablar con otro artista. Otras veces, caminaba derecho a la mesa de dibujo de Neal y se inclinaba contra la pared, esperando que se fijara en ella.



Seth era un idiota: Neal no era gordo. Sólo lucía suave. Pequeño y fuerte.

—Me estás acechando —dijo Neal esa noche. La noche del pollo princesa.

Georgie había serpenteado de vuelta a la sala de producción y se encontraba apoyada en una pared cercana a su mesa con los brazos cruzados. —No te estoy acechando —dijo—. Simplemente no quería asustarte.

—¿Piensas que asustas?

La tira cómica de esta semana era más complicada de lo normal. Un panel con un montón de personajes. Neal empezaba a colorear una esquina.

Ella estiró la cabeza sobre la mesa. —No me gustaría que te sobresaltaras y derramaras tinta por tu dibujo.

Él negó con la cabeza. —No lo haría.

—Podrías —dijo ella.

—No me sobresalto.

—Nervios de acero, ¿eh?

Neal se encogió de hombros.

—Entonces —dijo ella—, podría aparecer furtivamente detrás de ti y, no sé, *gritar*, y ni siquiera te inmutarías.

—Probablemente no.

Georgie agarró un taburete con ruedas y se sentó frente a él. —Pero podría ser la asesina del hacha.

—No podrías.

—Podría.

—*Georgie McCool, asesina del hacha...* —Él ladeó la cabeza, como si lo estuviera considerando—. No. No podrías.

—Pero no sabrías si soy *yo* la que está detrás de ti —dijo.

—Sabría que eres tú.

—¿Cómo?

La miró por un segundo, luego volvió a su trabajo. —Tienes una presencia muy distintiva.

—¿Distintiva?

—Palpable —dijo Neal.

Georgie intentó no sonreír. —¿Eso es un cumplido?

—No lo sé, ¿quieres que lo sea?

—¿Quiero que la gente sepa cuando entro a una habitación?

—¿Quieres que *yo* lo sepa?

—Yo...



Neal echó un vistazo por encima de su hombro, después bajó la vista. —Tu novio te necesita.

Georgie se giró a medias. Seth se encontraba en la puerta, su sonrisa falsamente brillante. —Hola. Georgie. ¿Podrías venir a ver algo?

Ella entrecerró los ojos, tratando de saber si realmente necesitaba su ayuda o si solo estaba siendo un impedimento. —Um, claro —dijo—. En un minuto.

Él esperó en la puerta.

—Sólo. Un. Minuto —dijo de nuevo, levantándole deliberadamente las cejas.

Seth asintió, poniendo mala cara, y retrocediendo.

Georgie se levantó. —Él no es mi novio.

—Ah —dijo Neal, pintando una sonrisa en el conejo del dibujo—. ¿Gemelos siameses?

—Compañero de escritura. —De mala gana se dirigió hacia la puerta.

—Compañero de escritura —murmuró Neal, en sus asuntos.

Seth realmente no necesitaba su ayuda, por supuesto que no. (Y se había comido todo lo bueno de su cena).

—Sabía que estabas mintiendo —dijo, empujando el recipiente de comida para llevarlo a su lado del escritorio—. La próxima vez voy a ignorarte.

—No estaba mintiendo. —Deslizó su silla junto a la de ella—. Te salvaba del hobbit.

—¿Y si yo te hiciera eso cuando estás conectando?

—Oh Dios, Georgie, retrocede. No puedes estar *conectando* con *el hobbit de los dibujos animados*.

—Nunca he juzgado a ninguna de tus novias.

—Porque todas eran geniales y preciosas. Uniformes. Dios, deberían llevar uniforme, ¿no es esa una idea deliciosa?

—El punto es que tengo que hacer esto, Seth. Tengo que hablar con chicos. ¿Quieres que pase el resto de mi vida sola?

—No. No seas ridícula.

—Entonces retrocede.

Él se inclinó, apoyando el codo en el brazo de la silla. —¿Te sientes sola, Georgie? ¿Tienes necesidades?

—Dije retrocede.

—Porque podrías hablarme de tus necesidades —dijo—. Creo que nuestra amistad está lista para eso.

—Te odio.

—Dónde “odio” es igual a “amor” y también a “no puedo vivir sin ti”.



—Te estoy ignorando ahora.

—Espera, realmente necesito tu ayuda con esto. —Giró la pantalla de su ordenador hacia ella y señaló—. ¿Esto es gracioso? Es una cosa de Snoopy/Snoop Dogg, y cada vez que Charlie Brown intenta alimentarlo, él está como: “*Gracias, Chizzuck...*”

La próxima vez que Seth intentó interrumpirla cuando estaba hablando con Neal, realmente lo ignoró. Lo despidió con un: *Estoy segura de que puede esperar.*

Eso hizo que Neal levantara la vista casi totalmente de su tira cómica. Levantó una ceja, y un lado de sus labios se curvó en una sonrisa con la boca cerrada.

Neal tenía bonitos labios.

Quizás todo el mundo tenía bonitos labios, y solo te dabas realmente cuenta cuando mirabas fijamente sus bocas todo el tiempo.

Georgie miraba la boca de Neal todo el tiempo.

Era fácil mirar a Neal porque él siempre miraba su comic; no había peligro de ser atrapada. Y era fácil mirarlo porque simplemente era fácil de mirar.

Tal vez no impresionante. No de la forma en que Seth lo era cuando estaba bien vestido, posando y acababa de pasar los dedos por su pelo.

Neal no le quitaba la respiración a Georgie. Quizás lo contrario. Pero eso estaba bien. En realidad estaba muy bien estar cerca de alguien que te llenaba los pulmones de aire.

A Georgie simplemente le *gustaba* mirarlo. Le gustaba su oscuro pero no demasiado oscuro pelo. Le gustaba su piel pálida. Neal era muy pálido, incluso sus mejillas y el dorso de sus pequeñas y anchas manos. Georgie no estaba segura de cómo alguien podía ser tan pálido, caminando por el campus todo el día. Quizás Neal llevaba una sombrilla. De todos modos, eso hacía que sus labios parecieran realmente rosas en comparación.

Los labios de Neal eran de primera calidad: pequeños, geniales y simétricos. Horizontalmente simétricos, el labio superior casi exactamente del mismo grosor que el inferior. Incluso tenía líneas de expresión idénticas, una justo encima de su labio superior y otra justo debajo de su labio inferior. Una arruga veinte por ciento permanente.

Por supuesto que Georgie pensaba en besarlo.

Probablemente todo el mundo pensaba en besar a Neal, una vez que lo veía bien. Eso era probablemente la razón por la que era tan reacio a hacer contacto visual con alguien, control de masas.

Neal dibujaba algo ahora en el margen de su tira cómica. Una chica. Gafas, cara con forma de corazón... pelo desparramándose en todas las direcciones. Luego dibujó una burbuja de pensamiento: “*No puedo quedarme aquí todo el día. ¡La comedia me necesita!*”

Georgie se preocupó por estar sonrojándose. —¿Te estoy molestando?



Neal negó con la cabeza. —Esto no puede ser emocionante para ti.

—No es emocionante, es... cautivante. Es como ver a alguien hacer magia.

—Estoy dibujando un erizo llevando un monóculo.

—Es como si pudieras sacar cualquier cosa que quisieras de tus manos —dijo ella—. Eso es mágico.

—Quizás si fuera un erizo *real* saliendo de mi mano.

—Lo siento. —Se levantó de la silla—. Te dejaré trabajar.

—Puedo trabajar contigo aquí. —Él no levantó la vista.

—Pero...

—Incluso puedo trabajar si hablas.

Georgie se sentó, vacilante. —Está bien.

Neal añadió otra burbuja de pensamiento a su dibujo: “¿¿¿Qué se supone que tengo que decir ahora?!?!”

Después dibujó una burbuja de pensamiento saliendo de la parte inferior de la hoja, señalándose: “*Lo que quieras, Georgie McCool.*”

Y luego una burbuja más pequeña: “*Si ese es tu verdadero nombre...*”

Georgie supo que se estaba sonrojando. Ella vio su mano volver al comic, después se aclaró la garganta. —No eres de por aquí, ¿verdad?

Eso consiguió una sonrisa de Neal, una verdadera sonrisa, con los dos lados de su boca. —Nebraska —dijo.

—¿Eso es como Kansas?

—Se parece más a Kansas que a otras cosas, supongo. ¿Sabes mucho de Kansas?

—He visto el *Mago de Oz* muchas, muchas veces.

—Entonces bien —dijo él—, Nebraska es como Kansas. Pero con color.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Cautivarte.

—¿Has venido a California para cautivarme?

—Debería haberlo hecho —dijo—. Eso es mejor que la verdadera razón.

—Que es...

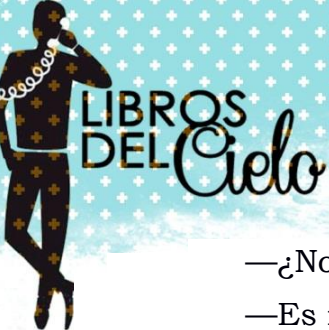
—Vine a California para estudiar oceanografía.

—Eso suena como una razón perfectamente buena —dijo ella.

—Bueno —movió su pluma en movimientos cortos alrededor de la cara del erizo—, parece ser que no me gusta el océano.

Georgie se rió. Los ojos de Neal reían con ella. —No lo había visto antes de venir aquí —dijo, mirándola rápidamente—. Pensé que era genial.





—¿No lo es?

—Es muy húmedo —dijo él—. Y también muy externo.

Georgie siguió riéndose. Neal siguió coloreando.

—Quemaduras del sol... —dijo—, mareos...

—¿Qué estas estudiando ahora?

—Definitivamente sigo estudiando oceanografía —dijo, señalando su dibujo—. Definitivamente estoy aquí con una beca en oceanografía, aún estudiando oceanografía.

—Pero eso es terrible. No puedes estudiar oceanografía si no te gusta el océano.

—Puedo permitírmelo. —Él casi sonríe de nuevo—. No me gusta nada más tampoco.

Georgie rió.

Neal añadió otra burbuja al final de la página: *“Casi nada”*

72

—No puedes irte aún. —Seth estaba en la puerta con los brazos cruzados.

—Seth, son las siete en punto. —Las nueve en Omaha. O quizás 1998 en Omaha.

—Cierto —dijo él—, y no llegaste hasta la una, y has sido prácticamente inútil todo el día.

—A, eso no es verdad —argumentó Georgie—. Y B, si estoy siendo inútil, también podría irme a casa.

—No —declaró—. Quédate. Quizás estás a punto de ser de utilidad.

—Estoy agotada —dijo—. Y posiblemente sigo con resaca. ¿Y sabes qué? Tú también has sido inútil durante las últimas tres horas... ¿cuál es tu excusa?

—Soy inútil cuando eres inútil, Georgie —Seth extendió una mano de forma perezosa—, eso es un hecho establecido hace mucho.

Ella desconectó su teléfono. —Entonces quizás estemos en mejor forma mañana.

—Puedes hablar conmigo de eso —dijo, su voz baja y perdiendo toda la pretensión—. Lo que está pasando contigo hoy. Esta semana.

Georgie lo miró. Sus ojos eran marrones y su pelo no tenía ningún indicio de canas.

Él era su mejor amigo.

—No —dijo—. No puedo.





10

Traducido Por Lilizita15

Corregido por Amélie.

Georgie comenzó a llamar a Neal mientras se dirigía camino a casa esa noche, con el teléfono enchufado en el encendedor, pero luego dejó de hacerlo. Neal no había tomado ninguna de sus llamadas, durante todo el día.

La última vez que hablaron todavía era... la *última* vez que había hablado con él.

Era algo con lo que aún no quería tratar.

No podía aceptarlo.

Pensó en su gran, oscura y vacía casa, la casa que aún se sentía encantada...

Y en lugar de dirigirse de vuelta a ella, logró salir de la autopista en Reseda.

No tenía una llave de la casa de su madre, entonces tuvo que tocar la puerta de enfrente.

Heather abrió, luciendo significativamente más arreglada de lo usual. Usaba brillo labial y al menos tres tonos de sombras de ojos.

—Oh, —dijo ella—. Eres tú. —Jaló el brazo de Georgie—. Ven adentro, rápido, y mantente alejada de las ventanas.

—¿Por qué? ¿Hay alguien vigilando la casa?

—Sólo entra.

Georgie entró. Sus padres, su mamá y Kendrick, se encontraban viendo televisión en el sofá, abrazando a la perra más gordita que se hallaba preñada. —¡Georgie! —dijo su madre—. No sabíamos que vendrías.

—Solo no me siento bien como para conducir a Calabasas. Ustedes están mucho más cerca del estudio.

—Por supuesto. —Su madre hizo una cara preocupada. Georgie no podía decir si era por ella o por el perro—. ¿Te sientes mejor?

—Sí, yo... —El timbre sonó. Georgie se estiró hacia atrás a la puerta.

—¡No! —Chasqueó su madre. El perro ladró. Heather empujó a Georgie lejos, haciendo señas frenéticamente para que regresara.



—Es el chico de la pizza. —susurró su madre.

—Esa no es una explicación. —susurró Georgie de vuelta.

Heather se asomó por la ventana, alisó su camiseta, luego abrió la puerta y salió al porche, cerrándola detrás de ella.

—Tiene un enamoramiento, —dijo su madre, rascando el vientre hinchado del perro—. Recuerdas como es eso, —Le dijo al perro con voz de bebe—. *¿No es así? ¿No es así pequeña mamá?*

—No creo que ella lo recuerde, —dijo Georgie—. La apareaste con algún perro en Tarzana que ella no conocía.

—Shhh, —dijo su madre, cubriendo los ojos del perro—. Solo porque su esposo dispara balas de salva.

—Aaaagggg. —Georgie se estremeció.

—*Luces* como si te sintieras mejor, —dijo su madre, aún con voz de bebe, sonriéndole al perro.

—Lo estoy, —dijo Georgie. Lo estaba. Relativamente. No se encontraba ebria o con resaca. Y no había hablado con gente muerta por casi veinticuatro horas, eso era algo bueno.

—Bien, bueno, —dijo su madre—. Hay un filete suizo sobrante en la nevera, si estás hambrienta.

—Y pizza. —ofreció Heather, caminando de vuelta dentro de la sala. Radiante. Cerró la puerta de enfrente y se reclino contra ella, sosteniendo la caja de pizza contra su estómago.

Georgie miró abajo hacia la caja. —Oh, no. Esa es una pizza muy especial. No podría atreverme. De cualquier manera, comí en el trabajo, pienso que podría solo acostarme.

Ella comenzó a caminar a través de la sala hacia el pasillo. —En realidad... —Se giró hacia su mamá—. ¿Podría usar tu teléfono celular?

—Seguro, está en mi bolso. —Su madre empujó el perro al lado de Kendrick y salió del sofá—. Lavé tus vaqueros por ti, —dijo, buscando en su bolso—. Pero luces tan bien en ese pantalón. Deberías vestir más casual. —Le alcanzó a Georgie su teléfono, un Android que tenía como protector de pantalla a uno de los perros.

Georgie marcó el número de Neal y colgó cuando fue al correo de voz. Luego marcó al número de la casa de la madre de él, conteniendo el aliento. Ocupado.

—Gracias, —dijo ella, alcanzando el teléfono de vuelta. —¿Kendrick? ¿Podría usar tu teléfono? —Georgie sentía que estaba probando algo, pero no se encontraba segura de que era.

El teléfono de Kendrick era plano, negro y salpicado con salvapantallas de barro. Buzón de voz de nuevo. Y el teléfono fijo ocupado. —Gracias. —dijo Georgie alcanzándolo de vuelta.



Su madre vio abajo hacia su teléfono, probablemente revisando para ver a quien llamó Georgie. —Oh, cariño, ¿enserio piensas que Neal está revisando sus llamadas?

—No lo sé, —dijo, honestamente—. Gracias. Y gracias por dejar que me quede.

Su madre puso un brazo alrededor de sus hombros y besó un lado de su cabeza. Georgie se desplomo en el medio abrazo por un minuto, entonces se dirigió a su cuarto.

Se sentía como volver a casa de la escuela después de un día realmente malo. Su madre tenía doblados sus vaqueros y la playera de Neal, y se encontraban juntos sobre la almohada, como si hubiera sabido que Georgie podría volver. (Como si Neal hubiera dejado a Georgie y también la hubiera sacado de la casa.) Incluso había sabanas nuevas en la vieja cama de Georgie.

Ella pensó en tomar una ducha, pero se subió a la cama y jaló el teléfono a su lado. No había ninguna razón para llamar a Neal de nuevo. Ella lo había intentado; y él no había respondido.

¿En realidad estaba evitando sus llamadas?

Enserio lucía de esa manera. La única vez que alguien respondía el teléfono era cuando Neal no estaba allí... supuestamente. Quizás su madre mentía por él. Quizás sabía algo que Georgie no.

Margaret no podría querer que esto pasara. A ella le agradaba Georgie, y nunca habría querido eso para las chicas. (*Esto*, Georgie pensó, no queriendo encontrar mejores palabras para su peor escenario.)

Margaret no podría desear esto o quererlo...

Pero Neal era el hijo de Margaret. Y ella sabía que él era infeliz.

Ese era un hecho.

No era Georgie siendo melodramática, paranoica o delirante. Esa era Georgie siendo honesta.

Neal no era feliz. Neal no había sido feliz por un largo tiempo.

Él nunca se quejó acerca de esto. Él nunca dijo, "Soy infeliz". (*Dios —de alguna manera, eso podría ser un alivio*). Él solo lucía así. Sosteniéndolo entre ellos. Alejándose.

Neal no era feliz, y Georgie era la causa.

Y no por algo que hubiera dicho o hecho. Sólo por quien era.

Georgie era el ancla de Neal. (Y no del buen tipo. No el ancla feliz que te mantiene seguro y en el piso. La clase que te tatúas en el pecho) Georgie era... peso muerto.

Está bien. *Ahora* era melodramática.

Esto es el por qué ella nunca se permitía pensar en eso. Porque su cerebro caía en picada y nunca tocaba fondo. Ella nunca se permitía pensarlo. Pero lo



sabía. Todos lo sabían. Margaret debía saberlo. Neal no era feliz. Odiaba California, se sentía perdido aquí. Atrapado.

Y todos sabían que Georgie necesitaba a Neal mucho más de lo que él la necesitaba a ella. Que las *chicas lo* necesitaban mucho más de lo que la necesitaban a ella.

Por supuesto, Neal podría conseguir la custodia. Ya tenía la custodia. Neal, Alice y Noomi eran un sistema cerrado, un organismo independiente.

Neal las llevaba a la escuela, las llevaba al parque, les daba los baños.

Georgie venía a casa para la cena.

La mayoría de las noches.

Cuando Georgie llevó a Alice a las clases de nado, Alice estaba preocupada de que pudiera perderse en el camino hacia allí. —*Supongo que podemos llamar a Papá si tú no puedes encontrarlo.*

En las mañanas de sábado cuando Neal se iba para hacer algunas encomiendas, las chicas no preguntaban por desayuno hasta que él llegara a casa. Cuando se sentían heridas o se lastimaban, ellas gritaban—: ¡Papi!

Georgie era un extra. Era la cuarta rueda. (En algo que sólo necesita tres ruedas. La cuarta rueda en un triciclo)

Ella no sería nada sin ellos. *Nada*. Pero ¿sin ella? Ellos serían exactamente iguales. Y Neal... quizás Neal sería más feliz.

Se sintió enferma de nuevo.

Levantó el auricular de color amarillo, pero mantuvo un dedo sobre teléfono, sin estar lista para escuchar el tono de llamada. No tenía ninguna razón para llamar a Neal ahora. Ya lo había intentado y el no contestó.

Georgie debería comprar un cargador de pared para su móvil mañana de camino al trabajo.

O sólo arreglar tu batería, le grito su cerebro. ¡O solo ve a casa, donde tienes tus cargadores escondidos por toda la casa!

No voy a ir a casa de nuevo hasta que Neal esté allí, gritó Georgie de vuelta, dándose cuenta por primera vez que eso era verdad.

Ella dejó ir el émbolo y escuchó el zumbido del teléfono.

No iba a pasar de nuevo, se dijo a sí misma. Después de todo, nada extraño había pasado en todo el día. Neal la evadía, pero eso no era extraño; solo horrible.

No iba a pasar de nuevo. La mente de Georgie se encontraba despejada. Se sentía firmemente arraigada a la realidad. Miserablemente arraigada. Ella golpeó el auricular contra su frente para probar si se lastimaba. Luego corrió su dedo índice a lo largo de la cara plástica del teléfono y comenzó a marcar el número del teléfono fijo de la madre de Neal.

Porque ...

Ella quería hablar con él.





Lo había conseguido a través de la línea fija dos veces hasta ahora, sin importar lo que hubiera pasado después.

Uno, marcó ella, cuatro, cero, dos...

Esas marcaciones rotativas eran como la meditación. Te obligaban a reducir la velocidad y concentrarte. Si empujabas el siguiente número demasiado pronto, había que empezar de nuevo desde el principio.

Cuatro, cinco, tres...

No iba a pasar de nuevo. Lo extraño. El delirio. Neal probablemente ni siquiera iba a tomar la llamada.

Cuatro, tres, tres, uno...



11

Traducido por Ankmar

Corregido por -Valeriia♥

—¿Hola?

Georgie exhaló cuando escuchó la voz de Neal, y luego resistió la tentación de preguntarle quién era el presidente. —Hey —dijo ella.

—Georgie —Parecía aliviado. (Sonaba como Neal, como el cielo.)—. Llamaste.

—Sí

—Lo siento, fui un idiota anoche —dijo él rápidamente.

Anoche. Ella sintió una oleada de pánico. *Anoche, anoche, anoche.* Neal no debería recordar la noche anterior, ya que la noche anterior no ocurrió fuera de la cabeza loca de Georgie.

—¿Georgie? ¿Estás ahí?

—Estoy aquí.

—Mira, lo siento por la forma en que actué. —Sonaba determinado—. He estado pensando en eso todo el día.

—Lo siento, también —Georgie se atragantó.

—Sólo me tomó por sorpresa —respondió—. Hey... ¿estás llorando otra vez?

—Yo... —¿Estaba llorando? ¿O hiperventilando? Tal vez un poco de los dos.

La voz de Neal cayó. —Hey. No llores, nena, lo siento. No llores.

—No estoy llorando —dijo Georgie—. Quiero decir, no lo haré. Lo siento, yo sólo...

—Vamos a empezar de nuevo, ¿de acuerdo?

Georgie sollozó lanzando una risa desesperanzada. —¿Empezar de nuevo? ¿Podemos hacer eso?

—Esta conversación —dijo—. Vamos a empezar esta conversación otra vez. Y la noche anterior, también. Volvamos a la última noche, ¿de acuerdo?

—Siento que tenemos que retroceder más que eso —dijo Georgie.

—No.

—¿Por qué no?



Neal susurraba. —No quiero ir más lejos. No quiero perder nada del resto.

—Está bien —dijo, secándose los ojos.

Esto era una locura. Esto era extraño y loco. No era real. Pero estaba *sucediendo*. Si Georgie colgaba, ¿se detendría?

¿O debía continuar con esta loca conversación?

—Está bien —dijo nuevamente.

—Está bien —repitió Neal—. Así que... llamaste para ver si iba todo bien. Lo hace. Fue un largo viaje, y sólo tenía tres CDs, así que escuché ese programa de radio en medio de la noche, que se llamaba *De Costa a Costa*, y ahora pienso que creo en extraterrestres.

Georgie decidió seguirle el juego. Debía tener esta alucinación por alguna razón. Tal vez si le seguía la corriente, podría averiguar lo que necesitaba, y seguiría adelante. (¿O eso sólo funciona para los fantasmas?)

—Tú siempre has creído en los extraterrestres —dijo ella.

—No lo he hecho —dijo Neal—. Soy un escéptico... era un escéptico. Ahora creo en los extraterrestres.

—¿Has visto alguno?

—No. Pero vi un doble arco iris en Colorado.

Ella se rió. —John Denver lloró.

—Fue bastante sorprendente.

—¿Condujiste directamente, sin parar?

—Sí —dijo—. Lo hice por veintisiete horas.

—Eso fue una estupidez.

—Lo sé. Pero tenía mucho en que pensar... imaginé que el hecho de pensar me mantendría despierto.

—Me alegro de que llegaras bien a casa.

Para una alucinación, esta conversación progresaba muy racionalmente. (Lo qué tenía sentido; Georgie siempre fue buena en la escritura de diálogos.)

Había acertado: Ella obviamente hablaba con Neal, o imaginaba que lo hacía, justo después de su gran pelea de Navidad, en la universidad.

Pero ellos *no habían* hablado después de esa pelea.

Neal no llamó a Georgie después de que dejó Omaha, así que Georgie tampoco lo llamó.

Él sólo reapareció al final de la semana, en la mañana de Navidad, con un anillo de compromiso...

—Todavía sueñas muy molesta —dijo Neal. No, Neal no lo dijo. La alucinación, aura o espejismo de Neal lo dijo.



—He tenido un día raro —contestó Georgie—. Además...creo que podrías haber roto conmigo hace unos días.

—No —dijo rápidamente.

Negó con la cabeza. Todavía tambaleante. —¿No? ¿Estás seguro?

—No. Quiero decir... me enojé, dije algunas cosas terribles... pero no rompí contigo.

—¿Nosotros no hemos roto? —Su voz se quebró en “roto”.

—No —insistió Neal.

—Pero siempre pensé que rompiste conmigo.

—¿Siempre?

—Siempre... desde que nos peleamos.

—No quiero romper contigo, Georgie.

—Pero dijiste que no podías seguir con esto.

—Lo sé —dijo.

—Y lo quisiste decir —continuó.

—Lo hice.

—¿Pero nosotros no hemos roto?

80

Él gruñó, pero podía decir que no para era ella. Generalmente, cuando Neal gruñía, era a sí mismo. —*No puedo hacer esto más* —dijo—. Pero espero que esto pueda cambiar porque... creo que no puedo vivir sin ti tampoco.

—Claro que puedes. —Georgie no bromeaba.

Neal se echó a reír de todos modos. (Bien, no se rió, Neal raramente reía. Pero tenía una especie de jadeo con la boca abierta que podría contar como una carcajada.) —¿De verdad crees que puedo vivir sin ti? Porque no he tenido suerte con eso hasta ahora.

—No es cierto —dijo Georgie. Bien podría decirlo; esta conversación no era real, no le costaba nada. De hecho, tal vez eso era lo que se suponía que debía estar haciendo aquí, diciendo todo lo que nunca pudo decirle al verdadero Neal. Sacarlo fuera de su pecho. —Lo hiciste por veinte años antes de conocernos.

—Eso no cuenta —dijo él, como si estuvieran jugando. (*No, yo soy la única que está jugando*, pensó Georgie. *Usted, señor, es una alucinación.*)—. No sabía lo que me perdía antes de conocerte.

—Frustración —dijo ella—. Irritación. Estúpidas fiestas de la industria.

—No sólo eso.

—Salidas tarde —continuó—. Cenas perdidas. Esa voz que uso cuando estoy tratando de impresionar a la gente... —Neal odiaba esa voz.

—Georgie.

—... Seth.



Neal hizo otro ruido enfurruñado. Éste no era nada parecido a una risa. — ¿Por qué tratas de alejarme?

—*Porque* —ella presionó—. Por lo que dijiste antes de salir. Acerca de la forma en que no estaba funcionando y que no éramos felices, y cómo pensabas que no podías seguir así. Continúo pensando en lo que dijiste, no he dejado de pensar en ello, y no se me ocurre ninguna forma para contradecirte. Tenías *razón*, Neal. No voy a cambiar. Estoy atrapada en un mundo que tú odias, y sólo te sujeto aquí. Tal vez deberías salir mientras puedas.

—¿Crees que debería romper contigo? —dijo él—. ¿Quieres eso?

—Se trata de dos preguntas distintas.

—¿Crees que yo sería mejor sin ti?

—Probablemente —*Dilo*, se dijo a sí misma. *Sólo dilo*—. Quiero decir...sí. Mira todo lo que dijiste después de esa fiesta. Mira la evidencia.

—Han pasado muchas cosas desde que dije eso.

—Viste un arco iris doble —dijo ella—. Y ahora crees en los extraterrestres.

—No. Tú llamaste tres veces para decirme que me amas.

Georgie atrapó su aliento y lo sostuvo. Había llamado a Neal muchas más veces que eso.

Sonaba como si estuviera sosteniendo el teléfono aún más cerca de la boca ahora—: ¿*Me* amas, Georgie?

—Más que nada —dijo. Porque ante todo decía la verdad—. Más que todo.

Neal resopló, tal vez con alivio.

—Pero —ella siguió empujando—. Tú dijiste que no era suficiente.

—Puede que no sea.

—Entonces...

—Entonces no sé —dijo Neal—. Pero no estoy rompiendo contigo. No puedo en este momento. ¿Estás rompiendo conmigo?

—No.

—Volvamos a empezar —dijo en voz baja.

—¿Cuánto tiempo atrás?

—Justo al principio de esta conversación.

Georgie respiró hondo. —¿Cómo estuvo tu viaje?

—Bien —dijo él—. Lo hice en veintisiete horas.

—Idiota.

—Y vi un arco iris doble.

—Maravilloso.



—Y cuando llegué aquí, mi mamá había hecho todas mis galletas favoritas de Navidad.

—Qué suerte.

—Me gustaría que estuvieras aquí, Georgie... nevó para ti.

Esto no estaba sucediendo. Esta era una alucinación. O un episodio esquizofrénico. O... un sueño.

Georgie se dejó caer contra su cabecera y trajo el cable del teléfono firmemente enrollado a su la boca, mordiendo el plástico de goma.

Cerró los ojos y siguió jugando.



12

Traducido por Issel

Corregido por Nana Maddox

—No puedo creer que condujeras directo.

—No fue tan malo.

—Condujiste por veintisiete horas. Creo que eso es ilegal.

—Para camioneros.

—*Por alguna razón.*

—No fue tan malo. Comencé a adormecerme un poco en Utah, pero detuve el auto y caminé un poco.

—Pudiste haber muerto. Justo ahí. En Utah.

—Lo haces sonar como si fuese peor que la muerte natural.

—Prométeme que nunca lo harás de nuevo.

—Prometo nunca volver a casi morir en Utah. Seré súper cuidadoso de ahora en adelante alrededor de los Mormones.

—Cuéntame más sobre los extraterrestres.

—*Cuéntame más sobre la conducción.*

—*Cuéntame más sobre tus padres.*

—*Cuéntame más sobre Omaha.*

Georgie sólo quería escuchar su voz, no quería que dejara de hablar. No quería que Neal se detuviera.

Por un momento comenzó a asimilar lo que sucedía. Ya sea de forma real o no, estaba comunicándose con el *Neal de 1998*. La inmensidad de esto, la improbabilidad de que fuera real, acechaba en la parte de atrás de su cabeza, provocándole un malestar pero continuaba ignorándolo.

Era como volver a tenerlo. Su Neal. (Su viejo Neal).

Se encontraba justo ahí, y ella podía preguntarle lo que sea que quisiera.

—Cuéntame más sobre las montañas —dijo Georgie, porque no estaba realmente segura de qué preguntar. Porque "*Dime en qué me equivoqué*" podría romper el hechizo.

Y porque lo único que quería, más que nada en el mundo, era seguir escuchándolo.



—Fui a ver *Rescatando al Soldado Ryan* sin ti.

—Bien.

—Y mi papá y yo vamos a ver *La Vida es Bella*.

—Bien. También deberías rentar *La Lista de Schindler* sin mí.

—Ya hemos pasado por esto —dijo él—. Necesitas ver *La Lista de Schindler*. Todo ser humano necesita ver *La Lista de Schindler*.

Georgie aún no la había visto. —Sabes que no soporto nada que tenga Nazis.

—Pero te gusta *Los Héroes de Hogan*...

—Ahí es donde dibujé la línea.

—¿La línea Nazi?

—Sí.

—En *Colonel Klink*⁴.

—Obviamente.

Ella ya no lloraba. Neal no gruñía.

Se encontraba enterrada bajo el edredón, sosteniendo el teléfono ligeramente contra su oído. Él aún estaba ahí...

—Así que, Navidad con el chico piscina, ¿eh?

—Dios —dijo Georgie—. Olvidé que lo llamaba así.

—¿Cómo pudiste olvidarlo? Lo has estado llamando así por seis meses.

—Kendrick no es tan malo.

—No parece malo, parece amable. ¿De verdad piensas que se casarán pronto?

—Sí. Probablemente—. *Inminentemente*.

—¿Cuándo te volviste tan compresiva sobre esto?

—¿A qué te refieres?

—La última vez que hablamos de esto, despotricaste sobre lo extraño que era todo. Sobre cómo tú y tu mamá están pasando por la misma piscina de citas.

Oh. Cierto. Georgie se rió. —Y tú dijiste "No, la piscina de citas de tu mamá es literalmente una piscina." Dios. Recuerdo eso.

Neal continuó: Y luego dijiste que si tu mamá procedía con su patrón y velocidad, tu próximo padrastro estaría en sexto grado. Eso fue divertido.

—¿Pensaste que fue divertido?

⁴ Es el comandante incompetente del campamento de Los Héroes de Hogan.



—Sí —dijo él.

—No te reíste.

—Sabes que yo no me río, cariño.

Georgie rodó y cambió el teléfono al otro lado de su cabeza, enrollándose de nuevo debajo del edredón. —Aún no puedo creer que mi mamá mirara chicos de veinte y tantos a los *cuarenta*. Que mirara a los chicos universitarios y pensara, "Sip. Está bien. Totalmente puedo ir por él". Creo que nunca había comprendido lo perturbador que eso era *hasta ahora*. —Sería como Georgie acostándose con Scotty. O con uno de los amigos de Heather, o el chico de la pizza—. Los chicos a los veinte son *bebés* —dijo ella—. Ni siquiera tienen todo su vello facial todavía. Literalmente no han salido de la pubertad.

—Oye.

—Oh. Lo siento. Tú no.

—Correcto. Yo no. A diferencia de muchos de mis amigos, soy lo suficiente maduro para salir con tu madre.

—¡Detente! ¡Neal! Ni siquiera bromeas.

—Sabía que no serías tan comprensiva sobre esto.

—Dios. Mi mamá es una perversa. Es una libertina.

—Quizás sólo está enamorada.

—Lamento lo de la fiesta —dijo ella.

—No quiero hablar de eso, Georgie.

—Aún lo lamento.

—¿Lamentas que fuéramos? ¿Haber sido una gran sensación?

—Haber hecho que te fueras.

—No hiciste que me fuera —dijo él—. No puedes *hacerme* hacer nada, soy un adulto. Y mucho más fuerte que tú.

—La fuerza corporal superior no lo es todo; tengo estrategias.

—No en realidad.

—Sí. Las tengo. Soy una mujer. Las mujeres tenemos estrategias.

—Algunas mujeres. No es como si todas las mujeres nacieran astutas.

—Si no tengo estrategias —dijo ella—, ¿cómo es que consigo que hagas todo lo que quiera?

—Tú no *consigues* que yo haga nada. Sólo hago cosas. Porque te amo.

—Oh.

—Cristo, Georgie, no suenes tan decepcionada.

—Neal... de verdad lo siento. Sobre la fiesta.

—No quiero hablar de eso.



—Está bien.

—Y no es sólo mi cuerpo superior —dijo él—. Mi cuerpo entero es más fuerte que el tuyo. Puedo derribarte en treinta y cinco segundos.

—Sólo porque yo te *dejo* —dijo ella—. Porque te amo.

—Oh, está bien.

—No suenes tan decepcionado, Neal.

—Estoy bastante seguro de que no sueño para nada decepcionado.

Georgie se hundió más a fondo en su almohada. Levantó el edredón a su barbilla. Cerró sus ojos.

Si esto era sólo un sueño, deseaba poder tenerlo cada noche. Neal susurrando cosas tan dulces a su oído.

—Mis padres estaban decepcionados de que no vinieras a casa conmigo.

—Apostaría que tu mamá estaba feliz de tenerte para ella sola.

—A mamá le gustas.

No lo hacía. No en 1998.

—Creo que eso es una exageración —dijo Georgie—. Frunce el ceño intencionalmente cada vez que trato de ser divertida. Es como si *no reírse* de mí no fuera una reacción lo suficientemente fuerte.

—No sabe qué hacer contigo, pero le gustas.

—Piensa que quiero escribir bromas para vivir.

—Lo haces.

—Bromas de *Toc-Toc*.

—Le gustas —dijo él—. Le gusta que me hagas feliz.

—Ahora estas poniendo palabras en su boca.

—No lo estoy haciendo. Me lo dijo ella misma, la última vez que vino a verme en Los Ángeles, después de que todos fuéramos a ese puesto de tamales.

—¿En serio?

—Dijo que no me había visto sonreír tanto desde que era un niño.

—¿Cuándo estuviste sonriendo? Nadie en tu familia sonríe. Son una dinastía de hoyuelos desperdiciados.

—Mi papá sonríe

—Sí, claro.

—Les gustas, Georgie.

—¿Les dijiste por qué no fui?

—Les dije que tu mamá quería que te quedaras en casa para Navidad.

—Supongo que es cierto —dijo ella.



—Sí.

Era la una de la mañana. Tres de la mañana en Omaha. O donde sea que Neal estuviese.

La mano que sostenía el teléfono en su oído se había acalambrado, pero Georgie no se giró.

Debería dejarlo ir. Él ya estaba bostezando. Podría incluso estarse durmiendo, ella había tenido que repetir la última pregunta.

Pero Georgie no quería dejarlo ir.

Porque...

Bueno, porque no podía esperar que esto continúe. Lo que sea que fuera. Esta cosa que comenzó en las últimas horas era como un regalo.

Y porque... no estaba segura cuando escucharía la voz de Neal de nuevo.

—Neal. ¿Estás dormido?

—Hmmm —respondió él—. Casi. Lo siento.

—Está bien. Sólo... ¿por qué no querías hablar sobre todo esta noche?

—*Todo*. ¿Te refieres a por qué no quería pelear?

—Sí.

—Yo... —sonaba como si se estuviera moviendo, quizá sentándose—. Me sentí muy mal cuando dejé California, y me sentí muy mal cuando te grité en el teléfono anoche, y yo... no lo sé, Georgie, tal vez nunca va a funcionar con nosotros. Cuando pienso en regresar a Los Ángeles, todo mi enojo regresa. Me siento atrapado, y frustrado, y sólo quiero conducir tan lejos como pueda de allí. Lejos de ti, honestamente.

—Dios, Neal...

—Espera, no he terminado. Me siento de esa forma. Hasta que escucho tu voz. Y luego... no quiero terminar contigo. No ahora. Definitivamente no esta noche. Esta noche, sólo quería pretender que todas las demás cosas no existen. Esta noche, sólo quería estar enamorado de ti.

Ella presionó el teléfono en su oreja. —¿Y qué sucederá mañana?

—¿Quieres decir hoy?

—Sí —dijo ella.

—Lo resolveremos cuando lleguemos allí.

—¿Quieres que te llame después? ¿Hoy?

Neal bostezó. —Sí.

—Está bien. Ahora te dejaré dormir.

—Gracias —dijo—. Siento estar tan cansado.

—Está bien. Zonas horarias.





—Dime de nuevo.

—¿Qué?

—¿Por qué llamaste?

Georgie apretó el teléfono—. Para asegurarme de que estuvieras bien. Para decirte que te amo.

—También te amo. Nunca lo dudes.

Una lágrima se deslizó por el puente de su nariz. —Nunca lo hago —dijo—. Nunca.

—Buenas noches —dijo Neal.

—Buenas noches —respondió Georgie.

—Lláname.

—Lo haré.





Landline

Domingo

22 de diciembre 2013

89

RAINBOW ROWELL



13

Traducido por *~ Vero ~*

Corregido por AriannysG

Georgie se estiró y giró sobre alguien.

¿Neal?

Tal vez eso era todo. Tal vez si despertaba, Neal estaría aquí... y el tío Henry y la tía Em.

Tenía miedo de abrir los ojos.

Sonó un teléfono al lado de su cabeza. Una canción de *Beyoncé*.

Georgie se dio la vuelta y miró a Heather, quien se encontraba sentada arriba de la colcha, contestando su teléfono.

—Mamá —dijo Heather—, Estoy en la misma casa, esto es perezoso, incluso para ti... bien. Sé paciente, dije que iba a preguntarle. —Miró a Georgie—. ¿Quieres waffles?

Georgie negó.

—No —dijo Heather—. Dice que no... no sé, acaba de despertar. ¿Tienes que trabajar hoy? —preguntó a Georgie—. Oye. ¿Tienes que trabajar hoy?

Georgie asintió y miró el reloj. No eran las nueve. Seth no estaría llamando a la policía todavía.

—Está bien —dijo Heather en el teléfono, luego suspiró—. Te amo, también... no, mamá, no es que me moleste decirlo, pero estás justo al final del pasillo... bien. Te amo. Adiós.

Terminó la llamada y se dejó caer junto a Georgie.

—Buenos días, dormilona.

—Buenos días.

—¿Cómo estás?

Delirante. Posiblemente demente. Extrañamente feliz.

—Bien —dijo Georgie.

—¿En serio?

—¿Qué quieres decir con "en serio"?

—Quiero decir —dijo Heather—, sé que tienes que decirle a mamá que estás bien, no importa qué, pero si estuvieras *realmente* bien, no estarías aquí.



—Estoy bien, sólo que no tengo ganas de ir a mi hogar, a una casa vacía.

—¿Neal realmente te dejó?

—No —dijo Georgie, luego gimió—. Quiero decir, no lo creo. —Buscó sus gafas. Se encontraban en la cabecera—. Se sentía enojado cuando se fue, pero, creo que me diría si me estaba dejando. ¿No crees? —lo preguntaba en serio.

Heather hizo una mueca.

—Dios, Georgie, no lo sé. Neal no es muy hablador. Ni siquiera sabía que tenían problemas.

Georgie se frotó los ojos.

—Siempre tenemos problemas.

—Bueno, no siempre lo parece. Cada vez que hablo contigo, Neal te está trayendo el desayuno en la cama, o haciendo una tarjeta de cumpleaños.

—Sí. —Georgie no quería decirle a Heather que no era tan simple. Que Neal le hacía el desayuno incluso cuando estaba enojado; y a veces lo hacía *porque* estaba enojado. Para que pareciera que estaba presente en la relación, incluso cuando era frío y apenas hablaba con ella.

—Cuando era una niña —dijo Heather—, siempre pensé que Neal era tu príncipe azul.

Los sentimientos extraños de felicidad de Georgie se desvanecieron rápidamente.

—¿Por qué?

—Porque podía recordar tu boda... ese vestido blanco que llevabas y todas las flores. Neal se veía tan guapo, totalmente tenía el cabello de un príncipe azul, todavía lo tiene, como el príncipe de Blancanieves y te llamaba "sol". ¿Todavía te llama "sol"?

—A veces —dijo Georgie, mirando fijamente el teléfono.

—Pensaba que era tan romántico...

—Hazme un favor.

Heather parecía sospechosa.

—¿Qué?

—Llama al teléfono de casa.

—¿Qué?

—Al teléfono fijo —dijo Georgie—. Llama al teléfono fijo.

Heather frunció el ceño, pero tomó su teléfono celular y marcó el número.

Georgie contuvo la respiración y miró el teléfono de disco de color amarillo. Sonó. Exhaló y lo alcanzó.

—¿Hola? —dijo Georgie, mirando a Heather, sabiendo que debía de verse perturbada.



—Hola —dijo Heather—, ¿quieres waffles?

—No —dijo Georgie—. Te quiero, adiós.

Heather sonrió.

—Te quiero, adiós.

Georgie se dio una ducha en el baño de su mamá. El champú de su madre olía incluso peor que el de Heather. Como a mazapán.

Se puso sus pantalones vaqueros de nuevo y la remera negra de Neal. Su sujetador vio días mejores, pero aún así era usable. Decidió que su ropa interior llevaba demasiados días de uso; así que la empujó hasta el fondo de la basura y se fue sin ella.

Tal vez deberías conseguir un cambio de ropa interior cuando vayas a casa a buscar tu cargador, dijo su cerebro.

Tal vez deberías callarte, Georgie pensó en respuesta.

Después de que estuvo vestida, se sentó en su cama y miró el teléfono.

Hora de hacer frente a esto.

Tomó el teléfono y marcó el número de la casa de los padres de Neal.

Su madre atendió después de que el tercer pitido.

—¿Hola?

—Hola... señora Grafton —dijo Georgie.

—¿Sí?

—Es Georgie.

—Oh, hola, Georgie. Neal todavía está dormido. Debe haber estado levantado hasta bastante tarde. ¿Quieres que te llame luego?

—No. Quiero decir, solo dígame que llamaré más tarde. En realidad, ya le dije que lo llamaría más tarde. Pero, iba a preguntarle algo —No podía preguntar por el presidente; parecería completamente demente...—. ¿Por casualidad sabe quién es el Locutor de la Cámara de Representantes?

La mamá de Neal tarareó.

—Es Newt Gingrich, ¿no es así? ¿Cambió?

—No —dijo Georgie—. Creo que eso es correcto. Su nombre estaba en la punta de mi lengua. —Se inclinó más cerca de la base del teléfono—. Gracias. Mmm, adiós. Gracias. —Dejó caer el receptor y se levantó de repente, alejándose unos pasos.

Luego se dejó caer de rodillas y se metió debajo de la cama, tratando de alcanzar la toma del teléfono y desconectando el enchufe. Tiró de la cuerda, luego retrocedió hacia fuera de la cama y se arrastró hasta la pared de enfrente, mirando fijamente a la mesa de noche.

Tenía que lidiar con esto.



Todavía sucedía.

Tenía que lidiar con ello.

Posibilidades:

1. *Alucinación persistente.*

2. *Realmente un largo sueño. (¿O tal vez un sueño de longitud normal, percibido como muy largo?)*

3. *Episodio esquizofrénico.*

4. *Viaje a Algún lugar en el Tiempo.*

5. *¿Ya estoy muerta? ¿Como en Lost?*

6. *Uso de drogas. Sin recuerdos.*

7. *Milagro.*

8. *Portal interdimensional.*

9. *¿Es Una Vida Maravillosa? (Menos el ángel. Menos el suicidio. Menos la explicación quasiracional).*

10. *Maldito teléfono mágico.*

Tenía que lidiar con esto.

Se sentó en el auto y conectó su iPhone. No había llamadas perdidas de Neal. Del Neal de treinta y siete años, el real. (*¿Por qué no la llamaba? ¿Se encontraba realmente enfadado? ¡Neal, Neal, Neal!*)

Marcó su teléfono celular y ni siquiera se inmutó cuando su mamá contestó.

—¿Georgie?

—Margaret.

—Sabía que eras tú esta vez —dijo su madre—, porque vi tu foto en el teléfono. ¿Quién se supone que eres? ¿Un robot?

—El Hombre de Hojalata. Oye, Margaret, ¿quién es el Locutor de la Cámara de Representantes?

—Oh, no lo sé. ¿No es ese republicano con los ojos penetrantes?

—No lo sé —dijo Georgie, dándose cuenta de que en realidad no lo sabía. *¿Quién vino después de Nancy Pelosi?*—. No es Newt Gingrich, sin embargo, ¿no?

—Oh, no —dijo Margaret—. ¿No se acaba de presentar para la presidencia? ¿Estás haciendo un crucigrama?

Eso habría sido una excelente coartada; debería haberle dicho a la otra Margaret que estaba haciendo un crucigrama.

—Sí —dijo Georgie—, Oye, ¿puedo hablar con Neal?

—Acaba de salir.



Por supuesto que sí.

—¿No te llamó ayer? —preguntó Margaret—. Le dije que llamaste.

—Debe haberlo olvidado —dijo Georgie.

—Aquí está Alice, ¿quieres hablar con Alice? Alice, ven a saludar a tu madre...

—¿Hola? —Alice sonaba muy lejana.

—¿Alice?

—Habla más fuerte, mami, no te puedo oír. —Sonaba como si estuviera sentada al otro lado de la habitación desde el teléfono.

—¡Alice! —Georgie se quitó el teléfono de la oreja y gritó—: ¡Levanta el teléfono!

—¡Lo estoy haciendo! —gritó Alice—. ¡Pero Dawn dice que no debes poner los teléfonos celulares en tu cabeza, o tendrás cáncer!

—Eso no es cierto.

—¿Qué?

—¡Eso no es cierto! —gritó Georgie.

—¡Lo dijo Dawn! ¡Dawn es enfermera!

—¡Miau!

—¿Esa es Noomi? ¡Déjame hablar con Noomi!

—No quiero que Noomi contraiga cáncer.

—Ponme en el altavoz del teléfono, Alice.

—No sé cómo.

—¡Es el botón que dice "altavoz"!

—Oh... ¿así?

Georgie se puso el teléfono de nuevo a la oreja.

—¿Puedes oírme?

—Ajám.

—Alice, no vas a contraer cáncer con el teléfono celular. Y menos por unos pocos minutos al teléfono.

—Miau.

Alice suspiró.

—No es que no me fíe de ti, mamá, pero no eres una enfermera. O una médica. O una científica.

—¡Un científico! —dijo Noomi, riendo—. Los científicos hacen pociones.

—¿Cómo están? —preguntó Georgie.



—Bien —dijeron ambas. ¿Por qué Georgie incluso hizo esa pregunta? Siempre las hacía callarse enseguida. Estaría mejor no discutir con ellas sobre el cáncer de cerebro.

—¿Dónde está papá?

—Está en el supermercado —dijo Alice—. Vamos a hacer las famosas galletas de Navidad de la abuela. Incluso las que tienen bombones de chocolates que se ven como ratones.

—Tienen cerezas al fondo —dijo Noomi.

Alice seguía hablando—: Y vamos a hacer bolas de mantequilla de maní y árboles de navidad verdes, la abuela ya me dijo que podía usar el mezclador. Noomi va a ayudar, pero tiene que permanecer en la silla, y Dawn dice que suena peligroso, pero no va a serlo, porque papá la sostendrá.

Enfermera Dawn.

—Eso suena maravilloso —dijo Georgie—. ¿Me guardarán unas galletas?

—¡Miau!

—Claro —dijo Alice—. Voy a tener que conseguir una caja.

—¡Miau, mami!

—Miau, Noomi.

—Tenemos que irnos ahora, porque estamos preparando la cocina.

—Alice, espera, ¿le darías un mensaje a papá?

—Ajám.

—¿Le dirías que llamé para decir te amo?

—Te amo, también —dijo Alice.

—Te amo, cariño. Pero dile a papá que lo amo. Dile que es por eso que he llamado.

—De acuerdo.

—Te amo, Alice. Te amo, Noomi.

—Noomi está en la cocina con la abuela ahora.

—Bien.

—Adiós, mamá.

Georgie empezó a decir adiós, pero Alice ya había colgado.

Alguien llamaba a su parabrisas. Georgie levantó la cabeza del volante. Era Kendrick. En realidad no podía oír lo que estaba diciendo. Bajó la ventanilla.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy bien.

—De acuerdo. —Kendrick asintió—. Porque, te ves como si estuvieras sentada en el auto llorando.



—Ya he terminado de llorar —dijo—. Ahora estoy sentada en el auto.

—Oh, bueno. Bueno.

Georgie rodó la ventanilla de nuevo hacia arriba y escondió la cara en el volante.

Hubo más golpecitos. Levantó la vista.

—¡Me estás bloqueando! —gritó Kendrick para que pudiera escucharlo, no porque estuviera enfadado, e hizo un gesto al garaje abierto donde su camioneta ya estaba en marcha.

—Lo siento —dijo Georgie—. Yo solo...

Puso el auto en reversa y salió de la calzada. Solo iría a trabajar.

Opciones:

1. Llamar un médico. (*¿Terminaría usando drogas? Posiblemente institucionalizada... por lo menos ganaría la compasión de Neal*),

2. Consulta psíquica. (*Pros: Una comedia muy romántica. Contras: Suena intensiva en tiempo, siempre me han desagradado los livings de los extraños*).

3. Haz de cuenta que esto nunca sucedió. Solo hay que evitar teléfono amarillo, al parecer...

4. *¿Destruye el teléfono amarillo? (Conducto al pasado demasiado peligroso. Escenarios de pesadilla posible, es decir, ¿qué pasa si el papá de Marty McFly no lleva a su mamá al baile?).*

5. CRISTO TODOPODEROSO. NO TENGO UN CONDUCTO AL PASADO.

6. ¿Llamar un médico?

7.

7.

7. ¿Seguir jugando?

—¿Señora?

—Lo siento, ¿sí?

—Ese era una vainilla latte Venti, ¿verdad?

—Correcto —dijo Georgie.

—Puede seguir adelante.

Alguien tocó la bocina, y Georgie comprobó el espejo retrovisor. Había al menos cinco coches detrás de ella.

—Correcto —dijo—. Lo siento.

Si esto fuera una película...

Si hubiera un ángel...

O una máquina que decía la fortuna....



O una fuente mágica...

Si esto fuera una película, no sería aleatoria. Una llamada al azar a un punto aleatorio en el pasado. Significaría algo. Entonces, ¿qué significa esto?

Navidad 1998:

Georgie y Neal fueron a una fiesta. Pelearon. Neal la dejó, o al menos pensó que estaba dejándola. Y luego, una semana más tarde, le propuso matrimonio.

Y ahora hablaba con él durante esa semana, esa semana perdida... ¿Por qué?

¿Se suponía que tenía que cambiar algo? Si esto fuera *Quantum Leap*, habría algo en concreto que se suponía que debía cambiar. (*Esto no es Quantum Leap, Georgie, esta es tu vida. No eres Scott Bakula*).

Pero qué pasaría si...

Navidad 1998. Pelearon. Neal se fue a casa. Regresó. Se propuso. Vivieron no exactamente felices para siempre. Espera, ¿era eso lo que se suponía que tenía que arreglar? ¿La parte no exactamente felices?

¿Cómo se suponía que iba a arreglar algo por el estilo, *por teléfono*, cuando ni siquiera estaba segura de que era corregible?

Navidad 1998. Una semana sin Neal. La peor semana de su vida. La semana que decidió casarse con ella...

¿Se supone que Georgie tenía que asegurarse de que no lo hiciera?





14

Traducido por florbarbero

Corregido por Eli Mirced

—No sé qué decir —dijo Seth. Se apoyaba en la pizarra blanca, frunciéndole el ceño a su camiseta de Metallica—. Por un lado, tu cabello está mojado, por lo que, obviamente, te has duchado y cambiado. Aplaudó eso. Por otro lado, extraño los pantalones de jogging aterciopelado... ¿Georgie? ¿Hola? *Oye.*

Georgie dejó de intentar conectar su teléfono al ordenador y lo miró. Él se alejó de la pared y puso la mano sobre su hombro.

—Sé que te lo he preguntando durante toda la semana —dijo—, pero lo intentaré una vez más... ¿estás bien?

Ella enredó el cable USB alrededor de sus dedos. —Si pudieras viajar al pasado y corregir un error, ¿lo harías?

—Sí —dijo, sin siquiera pensarlo—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿lo harías? ¿Te meterías con el pasado?

—Por supuesto. Dijiste que hubo un error... me gustaría arreglarlo.

—Pero, ¿qué sucede si desordenas todo? —preguntó Georgie—. ¿Qué pasaría si esa acción cambia todo?

—¿Cómo en *Volver al futuro*?

—Sí.

Seth se encogió de hombros. —Eh. No lo creo. Me gustaría volver y arreglar mi error... todo lo demás funcionaría por sí solo. No va a haber una Tercera Guerra Mundial sólo porque me dieron una puntuación más alta en mi examen SAT.

—Pero si hubieras conseguido una puntuación más alta en el SAT, es posible que no fueras a la ULA, y entonces nunca me habrías conocido, y no estaríamos aquí ahora.

—Pfft —dijo, bajando una ceja—. ¿De verdad crees que eso es todo lo que nos unió? ¿Las circunstancias? ¿La ubicación? —negó con la cabeza—. Creo que tu perspectiva acerca del espacio y el tiempo es muy limitante.

Georgie volvió a hurgar en su portátil. Seth tomó el cable de su mano y lo conectó. —Imprimí lo que trabajamos ayer —dijo—. ¿Por qué no le echas un vistazo?



Neal notó a Georgie diferente por teléfono ayer por la noche. Lo mencionó. Tal vez él se daría cuenta de lo que estaba sucediendo...

No había manera de que él se diera cuenta de lo que sucedía.

¿Por qué Neal saltaría a la conclusión totalmente inverosímil y *correcta* de que hablaba con la Georgie del futuro?

Ella no dijo nada hasta el momento. No mencionó el internet. O la guerra. O a sus hijas. No había tratado de advertirle sobre el mercado de valores o el 9/11.

—No sueñas como tú esta noche —dijo. Fue después de que estuvieron en el teléfono por cerca de media hora.

—¿Por qué no? —preguntó Georgie. Dios, era como hablar con un fantasma. Algo más raro que un fantasma, un enviado.

—No sé por qué.

—¿Es por mi voz más baja? —eso tendría sentido. Se hallaba quince años más cerca de la menopausia—. Tal vez es por el llanto.

—No —dijo—. No lo creo. Pareces... como si estuvieras siendo muy cuidadosa.

—*Estoy* siendo muy cuidadosa.

—Es como si no estuvieras segura de nada.

—No lo estoy —dijo.

—Sí, pero Georgie, "segura de todo" es algo así como tu marca distintiva.

Ella se echó a reír. —¿Eso fue una cita de *Magnolias de acero*?

—Sabes todo acerca de mi enamoramiento por Sally Field —dijo—. No voy a pedir disculpas ahora. Se había olvidado del flechazo de Neal por Sally Field. —Conozco todos tus sucios secretos Gidget⁵—dijo.

—Fue Flying Nun⁶ quién realmente lo hizo por mí.

¿Georgie *había* estado segura de todo a los veintidós?

Ella tenía un plan.

⁵ Telecomedia con Sally Field como protagonista.

⁶ Telecomedia con Sally Field como protagonista.



Siempre tuvo un plan. Parecía la cosa más inteligente que hacer... tener un plan y seguirlo, hasta que hubiese razones de peso para cambiar de rumbo.

Neal tenía el enfoque opuesto. Su único gran plan, la oceanografía, se echó a perder; y luego su plan se convirtió en mantener los ojos abiertos hasta que algo mejor llegara.

Georgie solía pensar que podía arreglar eso por él. Era realmente buena para hacer planes, y Neal era muy bueno en todo lo demás; lo que parecía obvio.

—Podrías hacer *esto* para vivir —dijo Georgie una noche en *The Spoon*, antes de que incluso comenzaran a salir.

—¿Entretenerte? —dijo Neal—. Suena bien. ¿Cuáles son los beneficios?

Se encontraba sentada frente a él (siempre se sentaba frente a él), apoyada en su mesa de dibujo. —No. Esto. *Stop the sun*. Eres lo suficientemente bueno... pensé que ya estabas sindicado.

—Eres muy amable —dijo—. Estás muy equivocada, pero eres muy amable.

—Lo digo en serio.

—No podría hacer esto para vivir. —Él colocó en la marmota que dibujaba un cigarro—. Sólo juego un poco: solamente son garabatos.

—¿Así que no te gustaría ser como Matt Groening?

—Con el debido respeto, no.

—¿Por qué no?

Neal se encogió de hombros. —Quiero hacer algo real. Quiero marcar una diferencia.

—Hacer reír a la gente es real.

La comisura de su boca se torció. —Te dejaré tomar ese papel.

—¿También crees que la comedia es sólo jugar un poco?

—¿Honestamente? —preguntó.

—Por supuesto, dime la verdad.

—Entonces, sí.

Georgie se enderezó y cruzó los brazos sobre la mesa. —¿Crees que mis sueños son una pérdida de tiempo?

—Creo que tus sueños serían una pérdida de *mi* tiempo —dijo—. No sería feliz haciéndolo.

—Entonces, ¿qué te *haría* feliz?



—Bueno, si lo supiera, lo haría. —La miró entonces, con ojos adoloridos y casi demasiados sinceros para las circunstancias, por las luces brillantes en el sótano de la asociación estudiantil. Sostuvo la plumilla sobre el margen de su cómic y la dejó escurrir—. Lo que quiero decir, es que si puedo averiguar lo que me hace feliz, no voy a perder más el tiempo. Simplemente voy a tomarlo. Voy a hacerlo.

Georgie asintió. —Te creo.

Neal sonrió y bajó la mirada, ahora avergonzado, negando con la cabeza un poco. —Lo siento. Lo he estado pensando demasiado últimamente.

Esperó a que él retomara el dibujo de nuevo. —Podrías ser un médico... —le dijo.

—Tal vez.

—Tienes las manos de un doctor. Te puedo imaginar realizando suturas muy pulcras.

—Extraño —dijo—. Pero gracias.

—¿Abogado?

Neal negó con la cabeza.

—¿Jefe mafioso?

—No tengo las conexiones.

—Bueno —dijo Georgie—, eso es todo lo que se me ocurre... espera. ¿Carnicero? ¿Panadero? ¿Fabricante de velas?

—Realmente ninguno suena mal. El mundo necesita panaderos.

—Y fabricantes de velas —agregó ella.

—En realidad, he estado pensando... —Neal la miró, y luego miró hacia abajo, lamiéndose los labios—. He estado pensando en entrar al Cuerpo de Paz.

—¿El Cuerpo de Paz? ¿En serio?

—Sí. Me daría algo valioso que hacer mientras me imagino el resto.

—No sabía que todavía existía el Cuerpo de Paz.

—Es eso o la Fuerza Aérea —dijo Neal.

—¿Esas no son dos direcciones radicalmente diferentes?

—No, en absoluto. —Elevó la mirada sobre sus hombros, luego bajó las cejas y miró hacia abajo.

Georgie conocía esa expresión. Se incorporó y se giró para ver qué era lo que Seth quería.

Seth llegó hasta el fondo en la sala de producción, por lo general no venía más allá de la puerta. Pero esta noche, se sentó en un taburete cerca de Georgie y se apoyó sobre un escritorio. —Oye, Neal, ¿qué sucede?

—No mucho —murmuró Neal sin levantar la vista.



Seth asintió y se volvió hacia Georgie. —Así que estamos esperando la portada. Mike y Brian todavía la están terminando.

Georgie miró su reloj. *The Spoon* iba a la imprenta esta noche. Ella y Seth eran los editores, por lo que tendrían que esperar la historia, configurarla, y luego enviar los archivos a la imprenta. Sería una larga noche.

—No hay razón para que nos quedemos los dos —le dijo Seth—. Sólo lárgate.

—Está bien —dijo Georgie—. Yo me quedaré. Ve a casa.

Seth frunció la nariz. Se encontraba bastante segura de que lo hizo porque lo hacía adorable. También estaba bastante segura de que Seth practicaba todas sus expresiones faciales y gestos frente a un espejo, y trabajaba los que lo hacían parecer como un cruce entre un modelo de Abercrombie y un gatito. —No quiero tirar esto sobre ti —dijo—. Podrías tener que estar aquí toda la noche.

—Realmente no me importa —dijo ella—. ¿No tenías una cita?

Él asintió lentamente. —Tengo una cita.

—Con la preciosa Breanna, según he oído.

—Con la preciosa Breanna —dijo Seth, aún asintiendo; frunció los labios y los torció a un lado.

—Vamos —dijo ella—. Me lo puedes deber.

Seth entrecerró los ojos a Georgie, después a Neal, y luego pareció tomar una decisión. —Está bien. —Se puso de pie—. Te lo debo.

—Diviértete en tu cita —dijo.

Fue hasta la puerta, y luego se giró. —¿Sabes qué? Voy a llamar a Breanna. No puedo dejarte así. Van a llegar tarde, y tendrás que caminar hasta el coche por tu cuenta...

—No te preocupes por eso —dijo Neal. Georgie le devolvió la mirada, sorprendida por escuchar su voz—. Voy a estar aquí —dijo—. Me aseguraré de que llegue a su coche.

Seth miró a Neal. Georgie se hallaba bastante segura de que nunca habían hecho contacto visual antes; y esperó a que uno o ambos iniciaran el fuego.

—Que caballero —dijo Seth.

—No es nada —rechazó Neal.

—Genial —dijo Georgie, tratando de darle una señal a Seth con sus ojos, deseando tener un signo no verbal para decir: *Déjame sola con este chico lindo, idiota*—. Problema resuelto. Adelante, Seth. Ve a tu cita. Ve a portarte mal.

—Supongo que está arreglado entonces... —Seth asintió de nuevo—. Bien. Bueno. Nos vemos mañana, Georgie. ¿Todavía vas a venir? ¿A mi cuarto?

—Sí. Dame una llamada cuando barras a la encantadora Breanna y toda su ropa interior.



—Bien —dijo, y finalmente se alejó.

Georgie se volvió a Neal, sintiendo mariposas revolotear.

—Tienes un gusto terrible en cuanto a tus amigos —le dijo después de un momento.

—Socio de escritura —ella corrigió.

—Hmm.

Neal *la* acompañó hasta su coche esa noche. Y *fue* un perfecto caballero.

Para gran decepción de Georgie.

Neal también sonaba diferente, ayer por la noche en el teléfono.

Su voz era un poco más gruesa, sus pensamientos salían más fácilmente. Tenía menos restricciones, menos control.

Sonaba como el chico del otro lado de la mesa de dibujo.





15

Traducido por Zafiro & Vani

Corregido por *Andreina F*

A Seth y Scotty, les gustaba que riera.

Siempre y cuando Georgie se riera de sus chistes, generalmente no se darían cuenta de que no contribuía a la lluvia de ideas, que sólo escribía las cosas que decían en la pizarra y las subrayaba.

Pero hoy no era un día normal. Seth seguía mirando a Georgie como si estuviera tratando de averiguar qué pasaba...

Bueno, podría seguir intentándolo, nunca iba a acercarse al *¡jodido teléfono mágico!* (Aunque Georgie se sentía un poco preocupada de que descubriera que no llevaba ropa interior.)

Seth y Scotty, una lluvia de ideas.

Georgie, su cerebro hecho un lío.

¿Qué pasa si esto pasaba por una razón? ¿Qué pasa si se suponía que debía arreglar lo que se encontraba mal entre ella y Neal? "*¿Qué era lo que se encontraba mal?*" No era una pregunta tan fácil de responder.

Podría responderla de manera general:

Mucho.

Mucho se hallaba mal entre ellos, incluso en los días buenos...

(Los días del desayuno en la cama y llegar temprano a casa. Días en los que los ojos de Neal eran brillantes. Cuando las chicas lo hacían sonreír, y él las hacía reír. Días relajados. Mañanas de Navidad. Días de llegar tarde a casa en los que Neal atraparía a Georgie en la puerta y la empujaría contra la pared.)

Incluso en los días *buenos*, Georgie sabía que Neal era infeliz.

Y eso era su culpa.

No fue sólo que lo decepcionó, lo pospuso, y continuamente lo dejó esperando...

Era que lo había atado a ella tan fuerte. Porque lo *deseaba*. Porque era perfecto para Georgie, incluso si ella no era perfecta para él. Porque lo quería más de lo que quería que fuera feliz.

Si amaba a Neal, si realmente lo amaba...

¿No debería querer más para él que *conmigo, siempre conmigo?*

104



¿Qué pasa si Georgie pudiera darle a Neal la oportunidad de empezar de nuevo? ¿Qué haría él?

¿Se uniría al Cuerpo de Paz? ¿Iría de vuelta a Omaha? ¿Se casaría con Dawn? ¿Se casaría con alguien incluso mejor que Dawn?

¿Sería feliz?

¿Vendría a casa del trabajo cada noche, sonriendo? ¿Tendría Dawn o alguien mejor que Dawn ya la cena en la mesa?

Se metería Neal en la cama y la atraería cerca de él, quedándose dormido con la nariz en el hueco de su cuello...

Georgie había llegado tan lejos como a imaginar a Neal de cucharita con su esposa “más adecuada”, cuando imaginó a los *niños* de ese matrimonio. Luego cerró la puerta a toda su hipotética felicidad.

Si el universo creía que Georgie iba a borrar a *sus hijas* de la línea de tiempo, estaba muy equivocado.

Fue al baño y lloró por unos minutos. (Eso era una cosa buena acerca de ser la única mujer en el personal de escritura; casi siempre tenía el baño para ella.)

Luego pasó la siguiente hora lanzando mentalmente el teléfono de disco amarillo en un pozo profundo y rellenándolo con hormigón.

No iba a *tocar* esa cosa de nuevo.

En realidad no era un conducto hacia el pasado. No era mágico. No había tal cosa como la magia. (*No creo en las hadas. Lo siento, Peter Pan*). Pero Georgie todavía no iba a correr el riesgo. No era un Señor del Tiempo, no quería un giro en el tiempo. Se sentía rara incluso orando por las cosas, porque no le parecía que debiera pedir a Dios por algo que no era ya parte del plan.

¿Qué pasa si borraba accidentalmente su matrimonio con estas llamadas? ¿Y si borraba a sus hijas? ¿Y si ya había jodido algo, siquiera lo sabría?

Trató de recordarse que todo era una ilusión. Que no tenía que preocuparse de las consecuencias peligrosas, porque las ilusiones no tienen consecuencias.

Eso es lo que trató de recordarse, pero no se hallaba segura de creerlo.

Ilusión.

Engaño. Espejismo.

Jodido teléfono mágico.

—¿Tacos coreanos de nuevo? —preguntó Seth.

Georgie asintió.



Después de dos meses de pasar el rato en la sala de producción de *The Spoon*, Georgie se encontraba el 53 por ciento segura de que le gustaba a Neal.

La soportaba; eso parecía significar algo. Nunca le pidió que se fuera. (*¿Realmente iba a poner eso en la columna de lo positivo? ¿No pedirle que se fuera?*)

Hablaba con ella...

Pero sólo si Georgie le hablaba primero. Si se sentaba frente a él el tiempo suficiente.

A veces parecía que Neal podría estar coqueteando con ella. Otras veces, ni siquiera podía decir si la escuchaba.

Decidió ponerlo a prueba.

La siguiente vez que Neal bajó a *The Spoon*, Georgie dijo hola, pero se quedó en su escritorio, esperando que *él* viniera a *ella* por una vez.

No lo hizo.

Lo intentó de nuevo unos días después. Neal asintió cuando Georgie dijo hola, pero no se detuvo o se acercó.

Se dijo a sí misma que tomaría la indirecta.

—He notado que pareces estar evitando el agujero del hobbit —observó Seth.

—No lo estoy evitando —dijo Georgie—. Estoy trabajando.

—Oh, cierto —dijo—. Estás trabajando. He notado tu inquebrantable ética de trabajo todas esas noches que te atrincheraste en el agujero del hobbit tan pronto como mostraba la cara.

—¿Te estás quejando de mi ética de trabajo ahora?

—No me estoy quejando, Georgie. Estoy *notando*.

—Bueno, detente —dijo ella.

—¿Él lo terminó? ¿Eras demasiado alta para él?

—Somos de la misma altura. En realidad.

—En serio. Eso es adorable. Como el salero y el pimentero.

Georgie debió haber parecido un 53 por ciento destrozada porque Seth lo dejó. Más tarde, cuando trabajaban en su columna, ambos amontonados en frente de la computadora de Georgie, Seth le dio un sólido tirón a su cola de caballo. —Eres demasiado buena para él.

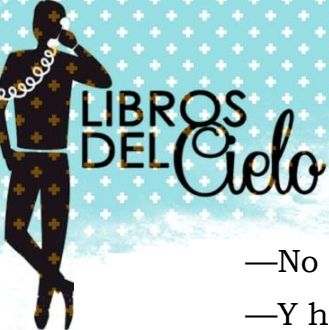
Lo dijo en voz baja.

Georgie no se apartó de su pantalla. —Probablemente no.

Tiró de su cabello de nuevo. —Demasiado alta. Demasiado bonita. Y demasiado buena.

Georgie tragó.





- No estoy preocupado por ti —dijo Seth—. Algún día tu príncipe vendrá.
—Y harás tu mejor esfuerzo para asustarlo.
—Me alegro de que ambos entendamos los términos. —Tiró de su cabello.
—Eso duele, sabes.
—Estoy tratando de liberar tu mente del dolor emocional.
—Si lo vuelves a hacer, voy a pegarte.

Inmediatamente tiró de su cola de caballo. Suavemente esta vez. Georgie lo dejó pasar.

Seth siempre tenía que forzarla a ir a fiestas. Una vez que se estaba allí, se encontraba bien. Cuando se hallaba allí, era normalmente genial, si no era *el alma* de la fiesta, sin duda, era una de sus jugadoras más valiosas. La gente (personas nuevas, extraños) la ponían nerviosa. Y Georgie nerviosa era mucho más extrovertida que Georgie normal. La Georgie nerviosa era prácticamente maniaca.

—Es como si te convirtieras en Robin Williams en 1982 —le dijo Seth.

—Oh Dios, no digas eso, eso es mortificante.

—¿Qué? En 1982 Robin Williams era divertidísimo. Todos amaban al Robin Williams de 1982.

—No quiero ser Mork⁷ en las fiestas.

—Yo lo hago —dijo Seth—. Mork mata.

—Los chicos lindos no quieren ir a casa con Mork —gimió Georgie.

—Creo que estás mal —dijo—, pero tomo tu punto.

(No había mejorado con los años; Georgie *aún* se ponía nerviosa en las fiestas, lanzamientos y grandes reuniones. Seth decía que sus carreras se acabarían si ella nunca se daba cuenta de que era increíble y dejaba de enloquecer al respecto.)

No mucho después de que Georgie renunció a Neal, Seth la convenció de ir a la fiesta Halloween de *The Spoon*. Seth iba vestido como Steve Martin. Tenía un traje blanco, y había pintado su cabello con aerosol gris, y tenía una flecha de broma en la cabeza.

Georgie iba como Labios Calientes Houlihan de *M*A*S*H*. Lo que sólo quería decir un uniforme, una camiseta verde oliva, y placas de identificación. Además, había alborotado su cabello. Pensó que debía verse bien, porque Seth parecía distraído por sus pechos.

Tan pronto como estuvieron dentro de la fiesta, fue distraído por los pechos de otra persona. Había un montón de chicas aquí para una fiesta de *The Spoon*.

⁷ Personaje interpretado por Robin Williams en la serie *Mork & Mindy*.



Georgie agarró una Zima, luego la vertió en una taza para que no pareciera que bebía Zima.

Ya había comenzado a charlar nerviosamente con algún tipo vestido como Maggie Simpson cuando vio a Neal al otro lado de la habitación. Se apoyaba contra una pared entre dos grupos de personas, mirándola.

Cuando Georgie no apartó la mirada, levantó un poco su botella de cerveza al pecho y asintió. Ella apretó la taza hasta que se abolló, luego trató de asentir de vuelta. Fue más un espasmo.

Georgie volvió su atención al tipo vestido de Maggie Simpson. (¿Por qué un hombre se viste como Maggie Simpson?) Trataba de adivinar quién era ella. —¿Esa chica de *Tomb Raider*? —Georgie volvió a mirar a Neal. Tenía la cabeza inclinada hacia un lado. Sin dejar de mirarla.

Sintió que se ruborizaba y miró hacia su bebida.

Tal vez se acercaría. Tal vez Neal finalmente caminaría quince pasos fuera de su camino para saludarla. Georgie volvió la vista hacia él, justo cuando miraba otra vez a su cerveza, ni siquiera levantó toda su cabeza para mirarla.

A la mierda.

—Lo siento, ¿podrías... disculparme? Acabo de ver a mí, eh, sólo... mi amigo de allá. Disculpa. —Se alejó de Maggie Simpson y pasó a través de un círculo de baile muy patético para llegar a la pared de Neal. No había mucho espacio entre él y las personas próximas; se deslizó para hacerle sitio.

108

—Hola —dijo, inclinándose hacia un lado.

Neal se hallaba de espaldas a la pared, y sostenía la cerveza con las dos manos. No levantó la vista. —Hola, Labios Calientes.

Georgie sonrió y rodó los ojos. —¿Cómo sabías quién era?

Sus labios se torcieron lo justo para darle hoyuelos. —Sé sobre tú rara preocupación con las comedias de los 70's. —Tomó un trago de cerveza—. Estoy sorprendido de que no hayas venido como el detective Wojciehowicz.

—No pude encontrar la corbata exacta —dijo Georgie.

Neal casi sonrió.

Echó un vistazo a su ropa. Vestía de manera normal —vaqueros, una camiseta— pero había un patrón blanco plateado arrastrándose por sus mangas y bajo su cuello negro. Debe de haberlo pintado él mismo. Parecía casi cristalino.

—¿Te rindes? —le preguntó.

Ella asintió.

—La primera helada. —Tomó otro trago.

—Es precioso —dijo Georgie. Alguien acababa de subir la música, por lo que dijo de nuevo, más fuerte—. *Es precioso.*

Neal frunció sus cejas.



—Tengo que admitir que estoy sorprendida de verte aquí —dijo.

—No debes estarlo.

—No te ves como el tipo de las fiestas.

—Odio las fiestas —dijo Neal.

—Yo también —acordó.

Él arqueó una ceja. —En serio.

—En serio.

—Me di cuenta por la forma en que entraste, y todo el mundo gritó: “¡Georgie!” Y soplaste miles de besos al aire, y el estéreo comenzó a tocar “Gettin' Jiggy Wit It”...

—A, estás exagerando, y B, sólo porque soy *buena* en las fiestas no significa que me gusten.

—¿Prefieres las cosas en las que no eres buena?

Georgie tomó un frustrado trago de Zima y pensó en alejarse. — Obviamente.

Entonces se oyó una carcajada detrás de ella, y alguien cayó en su espalda, empujándola al hombro de Neal. Sostuvo su copa contra su pecho, para que no se derramara. Neal rápidamente se giró hacia ella, haciendo más espacio en la pared y estabilizándola por un segundo, con la mano en su brazo.

—Lo siento —dijo el hombre detrás de ella.

—No te preocupes —le dijo Georgie. Ella y Neal se encontraban más cerca, sus hombros casi tocándose sobre la pared.

Realmente eran casi de la misma altura. Georgie medía 1.68; Neal podría ser de 1.71. Tal vez. Era agradable, tener los ojos de un chico justo allí donde podía llegar a ellos. Si él sólo la mirara...

—Entonces —dijo Neal—, viniste con tu no-novio, ¿verdad?

—No es mi novio.

—Cierto. Creo que lo vi entrar. Está vestido como El Idiota.

Georgie cerró los ojos por un segundo. Cuando empezó a hablar, su voz era tan tranquila, no sabía si Neal incluso sería capaz de oírla—: A veces pienso que la única razón por la que alguna vez me hablaste en absoluto era porque sabías que eso cabreaba a Seth.

Su respuesta llegó fría y rápida—: A veces pienso que esa es la única razón por la que alguna vez me hablaste.

Abrió los ojos. —¿Qué?

—Todo el mundo lo sabe. —La barbilla de Neal prácticamente tocaba su pecho, continuaba sin mirarla—. Todo el mundo en *The Spoon* dice que estás loca por él.



—No todo el mundo —dijo Georgie—. Yo nunca he dicho eso.

Neal se encogió de hombros duramente y fue a tomar un trago de su cerveza, pero la botella se hallaba vacía.

Georgie se apartó de la pared y dio un paso hacia atrás. Tenía que salir de aquí antes de que comenzara a llorar, pero primero. —¿Sabes qué? Es por eso que estás de pie solo en una fiesta. Porque *eres* un idiota. Eres un idiota con la gente a la que en realidad, inexplicablemente, les gustas. —Retrocedió otro paso. Chocó a algún otro chico.

—¡Hola, Georgie! —gritó el hombre—. ¿Eres el Soldado Benjamin?

—Hola —dijo ella, tratando de pasarlo.

—Georgie, espera. —Oyó decir a Neal. Sintió una mano en su muñeca. Firme, pero no apretada, todavía podía apartarse. Neal seguía hablando, pero la música no le permitía oírlo. (*Dios, odiaba las fiestas.*) Dio un paso más cerca. Cerca. Se encontraban de pie en medio de una multitud de personas de personas que trataban de decidir si querían bailar. La cabeza de Neal bajó hacia la de ella—. ¡Lo siento! —gritó en su oído. Y luego algo más.

—¿Qué? —gritó Georgie.

Parecía frustrado. Miraron a los ojos del otro por unos segundos —algunos abrumadores segundos (para Georgie)— entonces él comenzó a empujar su espalda hacia la pared.

Georgie lo siguió. Neal apretó con más fuerza su muñeca.

Pasó a través de la multitud y la llevó por un corto pasillo, deteniéndose frente a la única puerta cerrada. Había un trozo de cinta de precaución extendida sobre ella y un letrero que decía:

¡QUÉDESE FUERA!
SI ALGUIEN ENTRA AQUÍ,
MI COMPAÑERO DE CUARTO **ME ACABARÁ.**
TENGA MISERICORDIA.

—Whit.

Whit trabajaba en *The Spoon*.

—No podemos entrar ahí —dijo Georgie.

—Está bien. —Neal abrió la puerta y entró.

Georgie lo siguió.

Se inclinó y encendió una lámpara de pie sin soltar su muñeca. La puerta se cerró detrás de ellos, y el rugido de la música se desvaneció.

Neal se volvió hacia ella y apretó la mandíbula. —Tienes razón —dijo con su voz normal. Dejó caer su mano y frotó la palma de su mano en sus pantalones vaqueros—. Lo siento. Soy un idiota.

—Seth estaría de acuerdo contigo en eso.



—No quiero hablar de Seth nunca más.

—Tú eres el que empezó.

—Lo sé. Lo siento. —Neal tenía una manera de mantener la barbilla hacia abajo y mirar por encima de sus ojos, incluso cuando no se hallaba sentado en la mesa de dibujo—. ¿Podemos volver atrás y empezar de nuevo?

—¿Cuánto tiempo atrás? —Georgie intentó doblar sus brazos, pero seguía con esa estúpida Zima.

—Volver a la pared —dijo—. Volver a ti caminando a través de la sala de estar hacia mí. Diciendo: "Estoy sorprendida de verte aquí".

—¿Estás diciendo que quieres ir de nuevo a la sala de estar?

—No. Sólo tienes que ir adelante, repitiéndolo.

Georgie rodó sus ojos, pero dijo—: Estoy sorprendida de verte aquí.

—No debes estarlo —dijo Neal. Levantó la barbilla y la miró directamente a los ojos. Por segunda vez en cinco minutos. Por segunda vez en su historia—. Estoy aquí porque sabía que estarías aquí. Porque esperaba que lo estuvieras.

Georgie sintió como si hubiera una serpiente desenroscándose en la parte posterior de su cuello y a lo largo de sus hombros. Se tambaleó un poco, y su boca se abrió. —Oh.

Neal miró hacia otro lado, y Georgie tomó tres litros de aire.

Él negó con la cabeza. —Yo... lo siento —dijo—. Quería verte. Pero entonces me enojé. No sabía... *has estado ignorándome*.

—No —dijo.

—Dejaste de hablar conmigo.

—Pensé que te molestaba.

—No me molestabas —dijo, frente a ella otra vez—. ¿Por qué piensas eso?

—Porque *tú* nunca vienes a hablar *conmigo*.

—Nunca *tuve* que hacerlo. —Neal parecía desconcertado—. Siempre vienes a mí.

—Yo... —Georgie terminó su bebida para acabar con la taza.

Neal se la quitó. Dejó la taza y la botella sobre una mesa detrás de él.

—Pensé que te molestaba —dijo—. Pensé que me seguías la corriente.

—Pensé que te cansaste de mí —dijo él.

Se llevó las manos a la frente. —Tal vez deberíamos dejar de pensar.

Neal resopló y asintió, alisando el cabello en la parte posterior de su cabeza. Ambos estuvieron en silencio durante una docena de latidos torpes; entonces Neal hizo un gesto hacia la cama. —¿Quieres sentarte?

—Oh —dijo Georgie, mirando a la cama. Había otra señal:



NO, EN SERIO. **ME ACABARÁ.**

Fuera de aquí, ¿de acuerdo?

—Whit.

—No creo que debamos —dijo ella.

—Está *bien*.

Deberían irse. Violaban la privacidad de alguien. Pero... miró a Neal, con su camiseta negra y su piel pálida. Se encontraba alisando su cabello de nuevo, ridículamente, no tenía ni un centímetro de largo en la parte trasera. Su codo se hallaba en el aire, sus tríceps flexionados.

Georgie se deslizó sobre la cama, sentada en el suelo.

Neal miró y asintió. —Bueno... —murmuró, sentándose a su lado.

Después de unos segundos, ella dio un codazo a su hombro contra el suyo. —Entonces. ¿Qué me he perdido?

—¿Cuándo?

—Desde que he estado sentada en mi propio escritorio —dijo—, haciéndome la difícil.

Neal sonrió un poco y miró hacia abajo. —Oh, ya sabes. Tinta. Conejos hablando. Tortugas cantando. Una ardilla deseando ser una ardilla.

—Tu cómic de la semana pasada fue uno de mis favoritos.

—Gracias.

—Lo puse en mi Caja Fuerte —dijo.

—¿Qué es eso?

—En realidad es sólo una caja. Yo, eh... no me gusta esa sensación, ya sabes, cuando estás pensando en algo que has leído o escuchado, y piensas que era muy inteligente en su momento, pero ahora no puedes recordarlo. Guardo las cosas de las cuales no quiero perder la pista.

—Debe ser una caja grande.

—No es tan grande como podrías pensar —dijo ella—. Empecé a poner tus cómics allí antes de saber que eras tú.

—¿Antes?

—Sabes lo que quiero decir.

—Gracias. —Las piernas de Neal se encontraban inclinadas delante de él, y se hallaba recogiendo hilos sueltos sobre sus muslos.

Parecía incómodo. Georgie tenía esa sensación de nuevo, de que era la única manteniendo viva la conversación. Tal vez debería callarse y ver si Neal diría algo. *No. No más juegos.* —¿Sería más fácil hablar conmigo si estuvieras sosteniendo una lapicera?



Neal bajó sus cejas, y su cabeza rebotó. —Huh. Supongo. Lástima que no fumo.

—¿Qué?

—Oh, ya sabes, algo que hacer con mis manos.

—Oh —dijo Georgie. Y luego, porque quería, extendió la mano y agarró la suya. Apoyó la palma de su mano sobre el dorso de la de él. Cerró los dedos detrás de su pulgar. Neal bajó la mirada hacia sus manos, y luego poco a poco volvió su palma hacia arriba, doblando sus dedos alrededor de los otros. Georgie apretó.

La mano mágica de Neal. (Esa era la izquierda, por lo que tal vez no era tan mágica)

La palma amplia, cuadrada de Neal. Los dedos cortos, directos de Neal, más suave de lo que Georgie esperó, más lisa que la suya propia.

Neal, Neal, Neal.

—Antes de saber que eras tú. —Él negó con la cabeza—. No hay un antes.

Georgie empujó su hombro contra el suyo, y Neal se echó hacia atrás, sin dejar de mirar sus manos.

—Te vi la primera vez que vine a *The Spoon* —dijo él—. Te encontrabas sentada en el sofá. Y Seth también, y tú lo mantuviste lejos. Llevabas esa falda, a cuadros azules y verdes, ¿sabes? Y tu cabello era un desastre.

Lo pinchó con el hombro, y él esbozó una sonrisa con hoyuelos de un sólo lado por un segundo antes de sacudirla lejos.

—Parecía como oro, recuerdo haberlo pensado. Tu cabello no era un color humano real. No eres rubia, ¿sabes? Tu cabello no es de color amarillo. No, es de color amarillo mezclado con blanco, marrón, naranja o gris. Desafía el procesamiento de CMYK⁸ de cuatro colores. Es metálico.

Neal seguía sacudiendo la cabeza. —Whit me dijo tu nombre, y no le creí —*Georgie McCool*— pero empecé a leer todo lo que escribías en *The Spoon*, y cada vez que venía, ahí te hallabas tú, en el sofá o en tu escritorio, siempre rodeada de media docena de gente o simplemente... de él. Y pensé... —Negó con la cabeza un poco más—. Cuando volviste a presentarte... Georgie, no tienes que presentarte. Siempre supe quién eras.

Sacó la mano de Neal de su regazo y se volvió para mirarlo. Y entonces, porque nunca en su vida había podido esperar que alguien la besara primero, presionó su boca en su mejilla. Neal apretó los dientes, y ella sintió la presión en sus labios.

—Georgie —susurró. Cerró los ojos e inclino la cabeza hacia ella.

⁸ El modelo CMYK es un modelo de color sustractivo que se utiliza en la impresión en colores.



Lo besó en la mejilla desde la nariz a la sien, luego frotó sus labios en la mejilla de nuevo, deseando que sonriera.

Él sostenía su mano con fuerza. —Georgie... —susurró de nuevo.

—Neal... —Lo besó en la mandíbula desde la oreja a la barbilla.

Comenzó a girar su cuerpo hacia ella, un poco, y ella le agarró el hombro para hacer que sucediera más rápido, para que se acercara. Él le agarró la mano por la muñeca, pero aún así dejó que ella lo tirara.

Georgie pensó que se besarían a continuación. Trató de encontrar su boca.

Pero Neal seguía frotando su mejilla contra la de ella, y se sentía muy agradable, todas las partes blandas y duras de sus caras capturándose unas a las otras. Pómulos en la frente. Hueso de la mandíbula en la barbilla. La piel de Neal se encontraba enrojecida y caliente. Sus manos se mantenían firmes. Olía a jabón de barra, cerveza y pintura para tela. *Dios...*

Esto era mejor que un beso.

Esto era...

Georgie arqueó el cuello y sintió la barbilla de Neal, y luego la nariz, la frente y entonces empujando hacia abajo de su clavícula. Dejó caer la cara en su cabello corto y cerró los ojos.

Cuando Georgie era una niña, esto era lo que había imaginado siempre que había oído la palabra "besar"; dos personas frotando sus caras y sus cuellos juntos, besándose como jirafas. Había tenido un flechazo con el hijo de su niñera, y esto era lo que había fantaseado acerca de hacer con él, frotando su cuello con el de él, enterrando la cara en su cabello estilo Simon Le Bon. (Tenía nueve años, y él tenía quince, y esto, afortunadamente, nunca sucedió.)

114

Levantó la barbilla de nuevo, y Neal arrastró su cara hasta la de ella, canturreando en su oído.

Sea lo que sea —no besarse, ni arrinconarse— se sentía tan bien que la próxima vez que los labios de Neal estuvieran sobre los suyos, Georgie pasaría sobre ellos sin tocarlos, abriéndolos con su mejilla en lugar de con su boca.

Neal canturreó de nuevo.

Georgie sonrió.

La puerta del dormitorio se abrió.

—¿Estás jodidamente bromeando? —dijo alguien—. ¿La gente no puede leer?

La música de la sala de estar golpeó de nuevo en el dormitorio. "You Oughta Know", de Alanis Morissette. Georgie levantó la vista hacia la puerta, era Whit de *The Spoon*. Whit que vivía aquí y escribió notas suplicando. Neal soltó el brazo de Georgie, pero ella le agarró la mano. Sostuvo sus dos manos ahora. Rápido.

—Oh —dijo Whit, viéndose un poco estupefacto—. Neal... y Georgie. Lo siento, pensé que un imbécil usaba tu habitación. Uh, continúen, supongo.



Whit cerró la puerta y Georgie comenzó a reírse.

—¿Esta es tu habitación?

La cabeza de Neal cayó. —Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros. —No lo sé. "¿Por qué no vienes a mi habitación?", suena de mala calidad.

—Suenan mejor que: "Vamos a hacerlo en la habitación de aquel desconocido". —Extendió los dedos y los empujó a través de los de él, apretando sus manos con fuerza. Luego se inclinó hacia él, su boca primero. Sí, el no besarse era bueno. Pero los labios perfectamente formados de Neal se hallaban ahí, perfectamente simétricos y hermosos, y seguramente los besos serían aún mejores.

—Georgie —dijo, volviendo la cabeza hacia otro lado.

Lo besó en la mejilla. Su oído. Los oídos de Neal eran perfectos, también, incluso si sobresalían en la parte superior como los mangos de las ollas. Abrió la boca sobre su oído, y Neal se apoderó de sus manos, usándolas para alejarla.

—Georgie —dijo él—. No puedo.

—Puedes —dijo—. En serio.

—No. —Le soltó las manos y la agarró por los hombros, manteniéndola—. Quiero, pero no puedo.

—¿Quieres?

Neal apretó su mandíbula y cerró los ojos, luego gruñó. —No puedo. Georgie, yo... tengo una novia.

Georgie se apartó de él. Como si estuviera en llamas. (Como si él estuviera en llamas, y no fuera su trabajo apagarlo). Sus manos cayeron de sus hombros.

—Oh —dijo ella.

—No es... —Parecía muy enojado. Probablemente enojado consigo mismo. Se lamió los labios—. Quiero decir...

—Está bien —dijo ella, poniendo sus manos en el suelo y se empujó a sí misma a sus pies. Por supuesto que no estaba bien. Nada está bien—. Yo sólo...

Neal también luchaba. —Georgie, deja que te explique.

—No. —Era su turno para mover la cabeza—. No, está bien. Sólo... —Agarró el pomo de la puerta.

—No es lo que piensas —dijo.

Georgie se echó a reír. —No. No, no lo es. —Tropezó a través de la puerta y la cerró detrás de ella. Dios, era ruidoso aquí. Eso era...

Dios.

Neal.



Por supuesto que tenía novia. Aunque le gustaba y quería besarla, y cada vez que hablaban, sentía si su cerebro se quemara, pero debía detenerse y razonar porque él tenía una novia.

¿Cómo podría Neal tener una novia? ¿Dónde la guardaba?

En algún lugar donde no sean las oficinas de *The Spoon*, seguro. Dios, Dios, Dios; no es como si hubiera engañado a Georgie. Nunca la había buscado. Siempre fue Georgie quién fue a su mesa de dibujo, coqueteando. Neal casi ni la miraba.

Seth iba a amar esto.

No iba a contárselo a Seth.

No iba a decírselo a nadie.

Dios, había pensado que le *gustaba* a Neal. Más de lo que a él le gustaba alguien más, de todos modos. (Incluso *dijo* que le gustaba. Le dijo que quería darle un beso...). (Aunque al parecer no lo suficiente como para hacerlo realmente).

Nunca debería haber tratado de darle un beso primero.

Nunca debería besar a alguien primero...

Georgie *siempre* besaba primero.

Siempre se enamoraba de la persona que parecía menos interesado en ella. El chico que era tóxicamente arrogante o abrumadoramente tímido. O las dos cosas. El chico en la fiesta que parecía que preferiría estar en cualquier otro lugar.

—Debes tratar de salir con los chicos buenos. —Su amiga Ludy solía decírselo en la escuela secundaria—. Son *lindos*. Creo que les gustarías.

—Aburrido —dijo Georgie—. Inútil.

—No inútil; lindo.

Habían tenido esa conversación en la cafetería. Esperaban en la puerta así Georgie podría casualmente ponerse detrás de Jay Anselmo en la fila, que era dos años mayor que ellas, a quién realmente le gustaba No Doubt y las carreras de autos, y que sin duda, la ignoraría. —¿Cuál es el punto de conseguir gustarle a un buen chico? —dijo Georgie—. Un chico bueno como cualquiera.

—No deberías *hacer* que a alguien le gustes, Georgie. Deberías querer estar con alguien a quién no puedas evitar gustarle.

—Nada bueno es fácil.

—No es cierto —dijo Ludy—. Dormir. Tv. Pudín de gelatina instantáneo. — Ludy era un torbellino. La echaba de menos.

—No quiero salir con el Pudín de gelatina instantáneo —dijo Georgie.

—Yo me *casaría* con el Pudín de gelatina instantáneo.

Georgie rodó sus ojos. —Quiero salir con Mikey.





—Creí que querías salir con Jay Anselmo.

—Jay Anselmo es Mikey —explicó Georgie—. Es el hombre en el comercial de cereal Life que odia todo. Si le gustas a *Mikey*, sabes que eres buena. Si le gustas, eso significa algo.

Terminó besando a Jay Anselmo una noche después de un partido de fútbol, en una fiesta en el patio trasero de Ludy. Él había permitido que lo besara a través de todo su segundo año. Y luego se había ido a la universidad, y Georgie había encontrado algunos otros chicos que besar.

Nunca había pensado en besar primero como un problema; Georgie tendía a conectar con gente que apreciaba la claridad.

Pero esta noche, en la habitación de Neal, fue un problema.

Había leído a Neal completamente mal: pensó que era un Mikey. Pensó que él era el hobbit más gruñón en la Comarca. Pero en realidad, sólo tenía una novia.

Georgie lo besó primero. La siguiente persona que besara iba a tener que hacer todo el trabajo. Asumiendo que alguna vez encontrara a alguien que creyera que ella valía la pena.

Quería ir a casa.

Quería llorar todo el camino, pensando en la boca simétrica de Neal y la forma en que su mano alzada hacía una línea perfectamente recta.

Quería encontrar a Seth.



16

Traducido por Valentine Rose & Dama

Corregido por Lucinda Maddox

El celular de Georgie sonó. Lo contestó.

Tierra a Georgie.

Levantó la mirada del mensaje de texto a Seth, quien estaba sentado frente a ella en la mesa de escritores.

Él encontró sus ojos, luego bajó la mirada a su celular y escribió algo.

Sonido. Miró su teléfono.

Nos estamos quedando sin tiempo.

Georgie pensó por un segundo, luego escribió en respuesta: **Lo sé, lo siento.**

118

Cuando Seth volvió a mirarla, sus cejas estaban fruncidas sobre sus ojos marrones.

Ella se sintió que se desgarraba.

Levantó su cabeza, luego arrugó su nariz. Seth odiaba cuando Georgie lloraba. Fue a su teléfono otra vez, escribiendo rápidamente.

Háblame.

No puedo. No sabría por dónde empezar.

No me importa por dónde empieces.

Limpió sus ojos.

Seth suspiró.

—*Georgie, lo que sea... lo superaremos juntos.*

Ella miró fijamente su teléfono. Después de unos segundos, UN CONTACTO DE EMERGENCIA alumbró la pantalla, y comenzó a sonar. Era un tono común y corriente, *Marimba*; Georgie nunca tuvo el tiempo para descubrir tonos especiales.

Agarró su ordenador y se puso de pie, atendiendo la llamada y caminando hacia la puerta, con cuidado de no cerrar la computadora o desbloquear el celular. —¿Hola?

—¡Miau!



Georgie sintió una fría oleada de decepción. Luego se sintió culpable por eso. Se supone que no te tienes que sentir una fría oleada de decepción ante el sonido de la voz de tu hija de cuatro años.

—Miau —dijo Georgie, inclinándose contra el muro afuera de la habitación de escritores.

—La abuela dijo que podía llamarte —dijo Noomi.

—Siempre puedes llamarme. ¿Cómo estás, cielo? ¿Me hiciste algunas galletas?

—No.

—Oh. Está bien.

—Tal vez la abuela hizo. Yo hice algunas para Santa y algunas para mí.

—Eso fue inteligente. Apuesto a que están deliciosas.

—Miau —dijo Noomi—. Soy un gatito verde.

—Lo sé. —Georgie intentó concentrarse—. Eres el mejor gatito verde del mundo. Te amo mucho, Noomi.

—Eres la mejor mami del mundo, y te amo más que a la leche y las galletas y... ¿qué más le gusta a los gatitos?

—Las bolas de estambre —dijo Georgie.

—Las bolas de estambre —rió Noomi—. Es loco.

Georgie respiró calmadamente. —Noomi, ¿papi está ahí?

—Ajá.

—¿Puedo hablar con él?

—No.

Georgie dejó caer su cabeza contra el muro. —¿Por qué no?

—Está durmiendo. Dijo que ni siquiera podemos subir las escaleras para hacer pipí.

Georgie debería decirle a Noomi que lo haga, de todas formas. Neal era su esposo. Y no había hablado con él por *tres* días. (O trece horas) (O quince años)

Georgie suspiró. —De acuerdo. ¿Puedo hablar con Alice?

—Alice está jugando Monopolio con la abuela.

—De acuerdo.

—Tengo que irme. Mi chocolate caliente está frío ahora.

—Miau —dijo Georgie—. Miau-miau, te amo, gatita verde.

—Miau-miau, mami. Te amo más que las bolas de estambre.

Noomi colgó.



Hay un teléfono mágico en la habitación de mi niñez. Puedo usarlo para llamar a mi esposo en el pasado. (Mi esposo quien no es mi esposo todavía. Mi esposo que tal vez no será mi esposo en lo absoluto.)

Hay un teléfono mágico en la habitación de mi niñez. Lo desenchufé esta mañana y lo escondí en el armario.

Tal vez todos los teléfonos en la casa son mágicos.

O tal vez yo soy mágica. Temporalmente mágica. ¡Ja! ¡Juego de palabras en el viaje del tiempo!

¿Cuenta cómo viaje en el tiempo? ¿Si es sólo mi voz viajando?

Hay un teléfono mágico escondido en mi armario. Y creo que está conectado con el pasado. Y creo que se supone que tengo que reparar algo. Creo que se supone que tengo que hacer algo bien.

Quando Georgie volvió a la habitación de escritores, Seth parecía como si estuviera al borde de la locura. Había desabrochado otro botón de su camisa, y su cabello se encontraba pegado alrededor de sus orejas, y en su nuca.

Ella se quedó de pie en la pizarra y se hizo cargo de la situación.

No era tan difícil, habían estado hablando de esos personajes por años. Sólo necesitaban llevar sus ideas al escrito. Colocarlos en unos cuantos guiones que funcionen. Georgie podía hacer eso dormida. A veces sí lo *hacía* dormida. Despertaría en medio de la noche, y colgaba del lado de su cama, buscando un pedazo de papel. (Nunca recordaba dejar un cuaderno junto a la cama cuando estaba despierta.)

Neal se movería en su sueño, alcanzando sus caderas, jalándola de vuelta a la cama. —¿Qué estás buscando?

—Papel —diría ella, saliendo de la cama otra vez—. *Tengo una idea que no quiero olvidar.*

Ella sentiría su boca en la base de su columna. —Dímelo a mí. Lo recordaré.

—Tú también estás dormido.

Él la mordería. —Dime.

—Es un baile —respondería—. *Hay un baile. Y Chloe, el personaje principal, terminará con uno de los vestidos antiguos de un baile de su mamá. Y ella intentará repararlos para mejorarlos, como en La chica de Rosa, pero no será bonito; será horrible. Y algo vergonzoso pasará en el baile, estilo “Prueba un Poco de Ternura”.*

—Lo tengo. —Entonces Neal la jalaría de vuelta a la cama, con él, sosteniéndola en su lugar—. *Baile. Vestido. “Prueba un Poco de Ternura”. Ahora vuelve a dormir.*

Y entonces él levantaría la camisa de pijama de Georgie, mordiendo su espalda hasta que ninguno de ellos pudiera dormir de nuevo.

Y luego, eventualmente, se dormiría con la mano en su cadera, y la frente de él presionada en su hombro.



A la mañana siguiente, saldría de la ducha, y estaría escrito en el vapor del vidrio:

Baile. Vestido. Prueba un poco de ternura.

Georgie sacudió su cabeza y levantó la mirada a la pizarra, e intentó recordar dónde había quedado.

La noche que Neal le dijo de su novia (por supuesto que tendría una jodida novia), Seth llevó a Georgie a casa, luego volvió a la fiesta de Halloween. Georgie se quedó escuchando los álbumes de Carole King de su madre, y escribió un monologo realmente angustiante para uno de sus clases de teatro.

Eso fue cuando aún pensaba en actuar algún día. Antes que decidiera que tenía un mejor rostro y cerebro para la habitación de escritores. —*De todas formas, ¿por qué querías actuar?* —Fue la forma de Seth llegar al punto—. *Pararse ahí y decir las palabras de otra gente, dejar que todos te digan qué hacer... los actores son sólo hermosos títeres.*

—*Si eso es cierto* —había dicho Georgie—, *seguramente sales con un montón de títeres.*

121

Realmente, Georgie no quería actuar, quería hacer monólogos. Pero odiaba los bares, ese era un problema. Además, quería casarse y tener una familia.

Seth dijo que no había nada mejor que escribir para la televisión. —*Es comedia sana* —dijo—. Y te da grandes casas y autos. Y luz del sol.

La mañana después de la fiesta de Halloween, compró comida en su camino a la casa de fraternidad de Seth. Pasó a la chica de anoche, la cariñosa Breanna nuevamente, en el pasillo. Breanna parecía sorprendida de verla; Georgie solo asintió, como si fueran compañeras.

Cuando llegó a la habitación de Seth, su cabello se encontraba húmedo, y él estaba cambiando sus sábanas.

—Asqueroso —dijo.

—¿Qué es asqueroso?

—Esto.

—¿Preferirías que *no* cambiara mis sábanas?

—Preferiría que te encargaras de todo esto, chica, sabanas, ducha, antes que llegara, así no tendría que pensar en ti teniendo sexo.

Seth se detuvo, sosteniendo la sábana en el aire con ambas manos, y sonrió. —¿Eso es en lo que estás pensando?

Georgie se sentó en su escritorio, ignorándolo. Él era de último año, por lo que no tenía un compañero de cuarto. Encendió su computadora, y lo observó hacer su cama.



Era verdaderamente apuesto. Intencionalmente.

La mayoría de los chicos simplemente iban por ahí con nada más que materia prima. Ojos bonitos, cabello loco, ropa que no les queda bien. La mayoría de los chicos ni siquiera sabían qué tenían para ofrecer. Pero Seth era como una chica —era una mejor chica que Georgie—, sabía cuáles eran sus fortalezas. Dejaba que su cobrizo cabello café creciera lo suficiente para brillar y que se curvara. Usaba colores pálidos que hacían que su piel luciera más morena. Él se *presentaba*. Con todo el mundo. *Aquí estoy. Mírame*.

Georgie miraba. Observaba. Y nada se movía en su estómago. No tenía ninguna emoción estar aquí, ser la que Seth quería ver cuando había terminado con alguna amante.

Neal la había curado de Seth.

¿Ahora qué la curaría de Neal?

¿Y por qué estaba tan atraída hacia chicos que *dormían con alguien más*? Si Georgie fuera un animal salvaje, sería el fin de sus genes.

Seth se tiró a la cama y prendió la televisión. *Animaniacs*. Georgie le tiró su comida.

—Así que... —dijo, desenvolviéndolo—, ¿te sientes mejor esta mañana?

Levantó y puso sus pies en el escritorio, y vio los dibujos animados. —Estoy bien.

122

Cuando el episodio terminó, Georgie se volteó al computador y abrió un archivo. Aparte de su columna, el horóscopo de Georgie, y sus funciones en la gestión de editores, también escribían una regular reseña de parodias para *The Spoon*, “Las Reseñas de tu Mamá...” que se presentaba con una foto de la mamá de Seth. Esta semana, hacían *Trainspotting*.

Seth aún observaba las caricaturas.

—Tiene novia —dijo Georgie.

El rostro de Seth se volteó al de ella, sus cejas frunciéndose. —¿Todo este tiempo?

—Aparentemente.

Apagó la televisión y se levantó de su cama, llevando otra silla junto a Georgie y sentándose. —Que se joda —dijo, golpeándola con el hombro—. Te lo digo, no se encontraban destinados a estar juntos.

—¿Desde cuándo crees en “destinados a estar juntos”?

—Desde siempre, Georgie, presta atención. Soy un romántico.

—Sólo pregúntale a las chicas del desfile los sábados por la mañana.

—Los desfiles son románticos. ¿Quién no ama un desfile?

Trabajaron en la reseña de la película hasta que fue tiempo de que Seth se fuera a trabajar (a su otro trabajo, en la tienda de ropa). Intentó hacer reír a



Georgie; y cuando él se apoyó en su hombro mientras escribía, casi lo dejó hacerlo.

Para el momento que salió de la casa de fraternidad, se sentía mucho mejor respecto a Neal y su inevitable novia...

No, no era verdad.

Aún se sentía terrible por eso, pero se sentía mejor respecto a la vida. Al menos Georgie sería, posiblemente, una de esas *geniales* mujeres solteras, una con un interesante trabajo y un elegante mejor amigo y un buen cabello. Probablemente, podría tener decentes hombres de una noche si bajaba sus estándares.

Se sintió completamente mal otra vez tan pronto cuando vio a Neal de pie en la parada del bus cruzando la calle. Un bus se detuvo. Cuando se alejó, Neal estaba sentado ahí, mirándola fijamente.

Levantó su mano y le señaló que se acercara.

Georgie se cruzó de brazos, y frunció el ceño.

Neal se puso de pie.

Debería simplemente ignorarlo. Caminar directo a su auto. Dejarlo ahí. De todas formas, ¿qué hacía él aquí?

Él le hizo un gesto otra vez.

Georgie frunció el ceño, miró a ambos lados, luego medio corrió a través de la calle.

Se detuvo cuando estuvo cerca de él. —Que impresionante verte aquí —dijo ella estúpidamente.

—No en realidad —dijo—. He estado esperándote.

—¿En serio?

—Sí.

Georgie entrecerró sus ojos. Neal parecía cansado. Y decidido. Y sorprendentemente rosado en la luz del día.

—Intento descubrir si eso es raro —dijo ella.

—No me interesa si lo es. —Se acercó a ella—. Sabía que estarías aquí, y necesitaba decirte algo.

—Pudiste haber llamado.

—Claro. —Neal sacó la primera página de su cuaderno y se lo tendió. Era un bosquejo de un árbol ciprés en frente de la fraternidad de Seth. También un zorrillo conduciendo un auto. Y luego, el nombre de Neal —*Neal G.*— y un número de teléfono.

Georgie tomó el pedazo de papel con ambas manos.

—Necesitaba decirte que —tragó y sacó el flequillo de su rostro, a pesar de que era muy corto para estorbar—, ya no tengo novia.



Georgie tragó, también. —¿Ah, no?

Él sacudió su cabeza.

—Eso fue rápido —dijo ella.

Neal suspiró, y apenas sacudió su cabeza otra vez. —No era serio, *serio*.

—De acuerdo... —dijo Georgie.

—Así que —Neal lucía determinado—, quería que supieras eso. Y, también, creí que tal vez... podíamos probar de nuevo. O simplemente *intentar*. Ya sabes, salir o algo. Algún día. Ahora que no... tengo novia.

Una sonrisa se escabulló de la boca de Georgie. Intentó reprimirla.

Neal no tenía novia.

Esto incluso sería un resultado directo de Georgie. Y a pesar que no se consideraba una rompe hogares, aunque no quería salir con un chico en particular que besaba otras chicas, y luego volvía a casa para romper con su novia, Georgie quería salir con Neal. O tal vez sólo quería frotar rostros otra vez.

—Me gustaría —dijo.

Neal inclinó la cabeza hacia adelante. Mordió su labio inferior y exhaló. —Bueno.

—Bueno —repitió Georgie.

Dio un paso más. Delante de él, en realidad. Su auto se hallaba allí, media cuadra arriba. —De acuerdo —dijo, agitando su número torpemente hacia él.

Él saludó también, entonces empujó sus manos en sus bolsillos.

Georgie tomó unos cuantos pasos más, entonces se giró. —Sí, está bien... ¿ahora?

—¿Qué?

—¿Tratamos de nuevo, ahora?

—Ahora.

Empezó a caminar de regreso hacia él. —Sí, quiero decir... puedo pretender que necesito pensar esto y luego no quiero meterme en una relación. Pero *realmente* no soy buena en eso. Soy mucho mejor metiéndome de lleno en las cosas. Y no es como si acabaras de dejar a tu esposa.

—*Estábamos* comprometidos —dijo Neal. Como si estuviera obligado a decirlo.

Georgie se detuvo. —¿Oh Dios, lo *estaban*?

—No realmente —dijo dolido—. Nos comprometimos. Pero entonces decidimos pasar un tiempo separados.

—¿Y anoche?

—Continuábamos separados.

—Entonces, anoche, en realidad *no* tenías novia.



Neal se estremeció. —Parece un tecnicismo de tiempo.

—¿Cuándo terminaron?

—Esta mañana.

—¿Despertaste esta mañana e inmediatamente rompiste con tu novia?

—La llamé.

—No... —Georgie se cubrió un ojo—. No me digas que lo hiciste por teléfono. —Realmente no quería salir con un tipo que podría romper por teléfono con ella algún día.

Neal empujó su cabello lejos de su cara. —Tuve que hacerlo. Ella está en Nebraska.

—¿Nebraska?

Asintió, mordiendo su labio otra vez.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Llevábamos juntos—dijo Neal—. Desde la secundaria.

—Jesús —dijo Georgie—. ¿Rompiste con tu amor de secundaria, tu prometida por mí?

—No es mi prometida —dijo—. Ya no. Y no fue por ti.

Georgie frunció el ceño. Ahora que ella no era la razón, como que quería serlo.

—Íbamos a terminar igual —dijo.

Ella frunció el ceño un poco más.

—Es decir —dijo Neal—. Habíamos estado hablando de intentarlo de nuevo. Pero entonces te conocí. Y pensé que si yo sentía lo que siento por ti, tal vez eso era una sólida evidencia de que ella y yo deberíamos terminar.

—Creo que jamás te oí decir tantas palabras juntas —dijo Georgie.

—Estaba un poco fuera de juego.

Ella sonrió. Un poco—.¿Te eché a perder el juego?

—Cristo —murmuró—. Si. Pasaré la noche despierto, después de romper con mi amor de secundaria por ti.

Me acerqué a él. —No *sólo* por mí —Georgie realmente era terrible coqueteando. O incluso queriendo hacerlo. Ella tenía cero juego.

—Eres el cien por ciento la razón por lo que lo hice esta mañana —dijo Neal.

Eso no debería hacer feliz a Georgie. ¿Sería terrible para esa pobre chica en Nebraska saber que su novio rompió con ella para poder salir corriendo para estar con alguien más?

Georgie imaginaba a una chica rubia con mejillas llorosas, parada en medio de una pradera solitaria.



—¿Estás triste? —le preguntó, sinceramente—. ¿Necesitas ir a casa y escuchar todos tus casetes y pensar en este capítulo de cierre en tu vida?

—Tal vez —dijo—. Creo que sólo necesito dormir un poco.

—De acuerdo. Solo... —¿Cómo debía evitar besar a Neal cuando su boca estaba justo a la altura de su boca todo el tiempo? No tenía ni siquiera que ponerse de puntillas. Georgie se apoderó de la parte delantera de su camiseta y se inclinó.

Ella lo besó en la mejilla.

—Gracias —dijo antes de girarse otra vez—. Por la información.

—Lláname —susurró Neal.

—Lo haré.

—Lláname antes de que creas que deberías hacerlo.

—Te llamaré esta noche.

Georgie sonrió caminando hacia su auto.

Neal no tenía novia.

Por, las próximas tres horas, por lo menos.

Ella lo llamó esa noche. Después lo llevó a Versailles en Venice Boulevard para comer pollo con ajo y plátanos fritos. Neal no conocía nada de Los Ángeles, pasaba todo su tiempo en su piso o en el campus, o en el agua, aunque la odiaba.

Odiaba, la práctica.

Neal amaba el *concepto* del océano. Lucía casi animado cuando hablaba de corales y vida marina.

Nadie nunca describiría a Neal como animado. O expresivo. Sus pensamientos no eran expresados por su rostro. Lo que significaba que Georgie analizaba cada gesto, cada movimiento de sus ojos y trató de averiguar qué significan. Le pareció una excelente manera de pasar el resto de su vida.

Neal no se encontraba seguro de cómo pasar el resto de su vida.

Bromeó acerca de que trágicamente tomó malas decisiones. Había decidido estudiar Oceanografía porque nada llamaba su atención, entonces terminó atrapado en California durante cuatro años. Cuando él y su novia de la secundaria —quien se llamaba Dawn (¡Prairie Dawn!) se distanciaron por un año, la solución de Neal fue proponerle matrimonio.

—No soy bueno para saber lo que quiero —dijo durante un amanecer. Se encontraban sentados en la playa, y Neal sostenía la mano de Georgie—. Usualmente no soy bueno en *querer* las cosas.

La arena se encontraba húmeda, y corría una brisa fresca. Georgie la usaba como excusa para sentarse cerca de él. Llevaba su falda a cuadros azul y verde con sus botas Doc Martens rojo, y empujaba su rodilla contra el muslo de Neal, porque en realidad Neal —Neal sin novia, y diciendo que ella le gustaba— era demasiado para dejarlo pasar.



—Entonces estamos bien —dijo—. Porque soy *super* buena en querer cosas. Quiero cosas hasta que siente enfermizo. Quiero cosas como por dos personas normales, al menos.

—Realmente —dijo Neal. Es lo que decía cuándo no tenía nada que decir pero quería seguir hablando. Siempre lo decía con una sonrisita burlona, que habría parecido falsa si sus ojos no brillaran tanto.

—Realmente—dijo.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Hubiera sido demasiado fácil y demasiado cursi de decir "a ti", incluso si se encontraba en el tope de sus deseos en ese momento.

—Quiero escribir —dijo Georgie—. Quiero hacer reír a la gente. Quiero crear un espectáculo. Y luego otro. Y entonces otro. Quiero ser James L. Brooks.

—No tengo idea de quién es.

—Filisteo.

—¿Es un filisteo?

—Y quiero escribir un libro de ensayos. Y quiero formar parte de la Los Niños en el pasillo.

—Tendrías que fingir ser un hombre —dijo Neal.

—Y canadiense. —Estuvo de acuerdo.

—Y habrá un montón de escenas dónde estás vestida como un hombre, que se viste como una mujer... va a ser muy confuso.

—Estoy preparada.

Neal se rió. (Casi. Sonrió y movió sus hombros y pecho).

—Y quiero un carrito de Crayolas —dijo Georgie.

—¿Qué es un carrito de Crayolas?

—Es algo que existía cuando era niña, una especie de vitrina giratoria con crayones, marcadores y pinturas.

—Creo que tuve uno de esos.

Georgie sacó en su mano. —¿Tenías un carrito de Crayolas?

—Creo que sí. Era amarillo, ¿no? ¿Y tenía pinturas y carteles? Creo que todavía está en nuestro sótano.

—He querido un Carrito de Crayolas desde 1981 —dijo Georgie—. Es todo lo que le pedí Papá Noel, tres años seguidos.

—¿Por qué tus padres no lo compraron?

Ella rodó los ojos. —Mi mamá pensaba que era estúpido. Me compró crayones y pintura en su lugar.

—Bien —Bajó sus cejas cuidadosamente—. Probablemente podrías tener el mío.



Georgie golpeó el pecho con sus manos juntas. —Calla —Ella sabía que era estúpido, pero estaba realmente emocionada por eso—. Neal Grafton, acaba de hacer realidad mi mayor sueño.

Neal sostuvo su mano sobre su corazón. Su cara era neutral, pero sus ojos oscilaban. Susurró—: ¿Qué más quieres, Georgie?

—Dos niños —dijo—. Un niño y una niña. Pero no hasta que mi imperio en TV esté en marcha.

Sus ojos se agrandaron. —Cristo

—También una casa con un porche grande. Y un marido al que le guste conducir en vacaciones. Y un auto, obviamente, con asientos espaciosos.

—Realmente eres espectacular en esto.

—Quiero un pase anual a Disneyland. Una oportunidad para trabajar con *Bernadette Peters*. Quiero ser feliz. Quiero serlo al menos el setenta u ochenta por ciento del tiempo. Quiero ser activa y seriamente feliz.

Neal frotó las manos en su camiseta azul. Esta decía *NORTH HIGH WRESTLING*. ¡ACABEN CON ELLOS! Su mandíbula se encontraba tensa, y sus ojos azules casi negros.

—Y quiero volar sobre el océano —ella dijo.

Él tragó y tocó su cara con la mano libre. Estaba fría y desparramó restos de arena sobre el cuello de Georgie. —Creo que te quiero —dijo.

Georgie apretó la mano que sostenía sobre su pecho y lo utilizó como un ancla para tirarse más cerca. —Crees...

Neal lamió sus labios inferiores y asintió. —Creo que... creo que simplemente te quiero —dijo.

—Está bien —acordó Georgie.

Neal parecía sorprendido... casi se echó a reír. —¿De acuerdo?

Ella asintió, suficientemente cerca a chocar su nariz contra la suya. —De acuerdo. Me puedes tener.

Empujó su frente contra la de ella, tirando de su barbilla. —Me gusta eso.

—Sí.

—Realmente —dijo

—Realmente —prometió.

Tocó su boca y torció la cabeza hacia arriba, alejándose y mirándola. Respiraba con dificultad a través de su nariz. Todavía sostenía su mejilla.

Georgie intentó permanecer con una expresión tan neutral como le era posible:

Realmente. Me puedes tener. Porque soy buena en querer cosas y en conseguir lo que quiero y no puedo pensaren nada más que quererte. Realmente, realmente, realmente.



Neal asintió. Como si le hubieran dado una orden. Luego soltó la mano de Georgie y la apoyó suavemente en la arena.

Se inclinó sobre ella, sus manos a ambos lados de los hombros y sacudió la cabeza.

—Georgie —dijo. Entonces la besó.

Eso fue todo, realmente.

Fue entonces cuando Neal fue agregado a la lista de las cosas que quería, necesitaba y estaba destinada a tener algún día. Fue entonces cuando decidió que Neal era la persona que iba a conducir en los viajes de carretera durante la noche. Y era Neal quien iba a sentarse a su lado en los Emmys.

La besó como si dibujara una línea perfectamente recta.

La besó como si trabajara con tinta de la India.

Entonces fue cuando Georgie decidió, con gran seguridad, que Neal era lo que necesitaba para ser feliz.

Estaban muy cansados.

129

Seth había desarmado con los dedos todos los rizos de su cabello. Lucía menos con JFK Jr., y más como *Joe Piscopo*. —No vamos a añadir un personaje gay de la india —dijo. Eso era definitivo.

Scotty se inclinó sobre la mesa. —Pero Georgie dijo que quería añadir alguna diversidad.

—Ella no dijo que quería agregarte a *ti*.

—Rahul no soy yo. Es alto, y él no usa gafas.

—Es peor que tú —dijo Seth—. Es una representación de ti.

—Bueno, todos estos blancos son sólo representaciones tuyas.

Seth despeinó su cabello un poco más. —Representación... yo nunca apareceré en este espectáculo. Ya hay una representación mía en *Gossip Girl*.

—*Georgie* —dijeron ambos a la vez.

—Rahul puede quedarse —dijo Georgie—. Pero esta es una comedia de inadaptados; tiene que ser bajito y usar gafas.

—¿Por qué le harías eso a Rahul? —Scotty dobló sus brazos—. Ahora nunca encontrará una pareja.

Seth rodó sus ojos. —Jesús, Scotty, encontrarás una pareja.

—Uno, estoy hablando de Rahul. Y dos, no creo que quieras decir eso.

Georgie puso una mano en el hombro de Scotty. —Él encontrará una pareja, Scotty. Voy a inventarle un novio maravilloso.



—¿Harías eso por mí, Georgie?

—Lo haré por Rahul.

—Ese episodio será muy divertido —dijo Seth.

Scotty se levantó y guardó su laptop en su mochila. —Rahul se queda —dijo a Seth—. Hice a un chico indio una estrella.

Scotty salió, con la cabeza alta.

Seth todavía fruncía el ceño. —¿Eso significa que tenemos que retroceder para introducir a Rahul en el piloto?

—Puede salir en el tercer episodio —dijo Georgie—. Un par de personajes gays es justo lo que necesitamos. Dijiste que mostraríamos nuestro 1995.

—Lo sé.

Georgie cerró su laptop. —Sé que dijimos que revisaríamos los guiones en casa, pero no sé cuánto haré esta noche....

—Quédate —dijo Seth—. Comeremos y trabajaremos juntos.

—No puedo. Tengo que llamar a Neal. —Ya eran las ocho en Omaha. Georgie quería llamarlo a las diez.

Seth la estudió durante un minuto. Como si pensara que ella realmente no le contaba lo que sucedía.

¿Qué pasaría si llamaba a *Seth* esta noche desde el teléfono amarillo? ¿Se comunicaría con el Seth de 1998 en la casa Sig Ep? ¿Una de las chicas con las que dormía contestaría?

Seth nunca hablaba de las chicas de una noche ahora, pero Georgie asumía que el desfile continuaba.

—Gracias —dijo—. Por seguir adelante hoy. Sé que algo está seriamente mal contigo.

Georgie desconectó su teléfono.

—Y me está matando que no me hables de esto —dijo.

—Lo siento.

—No quiero que lo sientas, Georgie, quiero que seas graciosa.





17

Traducido por Sandy, Sofía Belikov & Juli

Corregido por ElyCasdel

En el momento en que Georgie se detuvo en la calzada de su madre, se encontraba cien por ciento segura de que si llamaba a Neal esta noche desde el teléfono amarillo, él contestaría en el pasado.

O al parecer, eso era lo que se suponía debía ocurrir.

Y se encontraba mil por ciento segura de que lo llamaría. A pesar de que podía ser peligroso. (Si fuera real.) (Georgie tenía que escoger un lado, real o no real, y mantenerse en él.)

Tenía que llamar. No puedes sólo ignorar un teléfono que llama al pasado. Ni puedes *saber* que está ahí y *no* llamar.

Georgie no podía, de todos modos.

131

Sea lo sea que estuviese pasando, este papel se lo habían dado a ella. Neal no era el que tenía un teléfono mágico que podría llamar en el futuro.

(Dios, tal vez debería probar esa teoría, podría pedirle que llamara a su yo del pasado... No. De ninguna manera. ¿Y si su madre respondía, y empezaba a hablar de Alice y Noomi y el divorcio? ¿Qué pasa si Georgie contestaba el teléfono en 1998 y decía algo horrible e inmaduro, y lo arruinaba? Claramente no podía confiar en la Georgie de mil novecientos noventa y ocho.)

Heather abrió la puerta de la casa antes de que Georgie pudiera tocar.

—¿Hay una pizza en camino? —preguntó Georgie.

—No.

Georgie se quedó afuera en el porche.

—En el horno —dijo Heather, rodando los ojos—. Sólo entra.

Georgie lo hizo. Su mamá y Kendrick cenaban en la cocina.

—Estás en casa temprano —dijo su mamá—. Hice una ensalada cesar, si tienes hambre, y hay Puppy Chow⁹ para el postre.

Los perros empezaron a ladrar debajo de la mesa.

—*No es para ti, mamita* —dijo la mamá de Georgie, inclinándose para hacer contacto visual con la embarazada—. *Este puppy chow es para las mamás y los*

⁹ Es una forma de confitería hecha a base de chocolate, suele comerse en EEUU.



papás mayores. Las pequeñas mamás no pueden tener chocolate... lo juro, Kenny, entienden lo que decimos.

Heather se encontraba de pie a un lado de la puerta principal, tirando de la cortina, por lo que podría asomarse en un ángulo.

Todos eran conscientes del hecho de que Georgie se hallaba aquí. Incluso los perros seguían cada movimiento con sus pequeños ojos.

Georgie probablemente podría volver a casa sin tener que hablar con su mamá al respecto. Su madre acababa de empezar a descongelar otra chuleta de cerdo para la cena y quejarse cuando Georgie dejó su bolso sobre la mesa, tal vez su madre pensó que regresaría a casa.

—Gracias —dijo Georgie, en dirección a su habitación—. No tengo mucha hambre.

—¿Vas a venir más tarde? —preguntó su mamá.

—No —gritó Georgie—: ¡voy a llamar a Neal!

—¡Dile que mandamos saludos! ¡Y que todos todavía lo amamos! ¡Dile que siempre será parte de esta familia!

—No le voy a decir nada de eso.

—¿Por qué no?

Georgie se encontraba a mitad de camino por el pasillo. —¡Porque va a pensar que estoy loca!

Abrió la puerta de su dormitorio, y rápidamente la cerró, pensó un momento, y luego empujó un aparador contra ella. Corrió hacia el armario y empezó a vaciar las cosas de su habitación. Había enterrado el teléfono en la parte inferior, bajo un viejo saco de dormir, un par de rollos de papel de regalo, con los patines de la escuela primaria...

Ahí estaba. *Ahí.*

Georgie cayó sobre sus talones y se quedó mirando el teléfono, sin estar segura de si debía tocarlo, o debía frotarlo tres veces y pedir un deseo.

Tomó el auricular y lo acercó a su cabeza. No había tono de marcado.

Bueno, por supuesto, que no había tono de marcado, ya que no se encontraba enchufado. No estaba enchufado al portal de espacio/tiempo que había en la pared detrás de la cama (risa maniática.)

Ella se arrastró hasta su cama y miró debajo para conectar el teléfono. Luego se levantó de nuevo, desenredó el cable de los resortes de la cama y se apoyó en la cama con el teléfono en su regazo.

Bien. Aquí estamos. Es hora de llamar a Neal.

Neal...

Georgie contuvo el aliento mientras marcaba su número y después lo expulsó cuando contestó al teléfono en el primer tono.



—¿Hola?

—¿Neal?

—Hola —dijo. Podía oír la sonrisa en su voz. La que sólo movía apenas un poco su mejilla—. Pensé que podrías ser tú.

—Así es —dijo—. Soy yo.

—¿Cómo estás?

—Estoy...—Georgie cerró los ojos y se dio cuenta de que todavía no había exhalado correctamente. Lo hizo ahora, abrazando sus rodillas y poniendo el teléfono en el suelo a su lado. Este era Neal, todavía allí. Todavía tomaba sus llamadas—. Mejor ahora —dijo, frotándose los ojos en la parte posterior de la muñeca.

—Yo, también —dijo, y Dios, era bueno escuchar eso. Dios, era bueno escucharlo.

Georgie y Neal nunca pasaron tanto tiempo separados, no desde que se casaron.

Ella se volvía loca, sin hablar con él todos los días, sin estar con él. En el presente. En la vida real.

¿Era eso lo que pasaba aquí? ¿Alucinaba Georgie estas llamadas telefónicas porque extrañaba Neal? ¿Porque lo necesitaba?

Lo necesitaba.

Neal era hogar. Era algo básico.

Neal se encontraba siempre con Georgie, sincronizados, y empezando juntos todos los días. Él era el único que la conocía exactamente como era. Debería decirle acerca de esta mágica locura del teléfono. Ahora mismo.

Podría decírselo, siempre podía decirle a Neal cualquier cosa. Georgie y Neal eran malos en un montón de cosas, pero eran buenos para estar al lado del otro. Neal era especialmente bueno en estar al lado de Georgie, estar allí cuando ella lo necesitaba.

Pensó en todas las veces que se quedó hasta tarde para ayudarla con un guión. La forma en que estuvo a su lado después de que Alice nació (cuando Georgie se encontraba deprimida y con dolor y luego, en la terrible lactancia materna). La forma en que nunca la hizo sentirse loca, incluso cuando actuaba como una loca, y nunca la hizo sentirse como un fracaso, incluso cuando ella fallaba.

Si había alguien con quién podía hablar de esto, era con Neal.

—¿Georgie? ¿Te perdí?

—No —dijo ella. *Jesús. No* podía decírselo a Neal—. Estoy aquí.

—Háblame de tu día.

Bueno, primero desconecté mi teléfono con magia, entonces me metí en el auto eléctrico...



—Trabajé con Seth en *Passing Time* —dijo, porque era lo único verdadero que Georgie podía decir con seguridad.

Inmediatamente deseó poder cambiar lo que dijo. Mencionar a Seth era como una desconexión con Neal; eso era tan cierto en aquel entonces como ahora. (Bien, entonces, tal vez no podía hablar con Neal acerca de *todo*.)

—Ah —dijo, con la voz notablemente más fría.

—¿Qué hay de ti? —preguntó.

—Yo... —Se aclaró la garganta. Lo oyó conscientemente dejar que el enojo se fuera. Neal todavía hacía eso, también. La irritación se congelaba en su rostro, y a continuación, la quitaba de encima—. Ayudé a mi madre a hornear más galletas —dijo—. Hizo unas pocas para ti.

—Gracias.

—Entonces me las comí.

—Bastardo.

Rió. —Y luego... conocí a ese hombre que mi padre quería que conociera, el tipo que era el policía del ferrocarril.

Me tomó un segundo para comprenderlo. *El amigo del padre de Neal, el policía del ferrocarril. Cierto.* Hubo un trabajo que Neal pensó hacer —nunca seriamente— en Omaha. —Sigo pensando que lo has inventado —dijo

134

—No lo estoy inventando.

—*Detectives del ferrocarril.* Suena como un drama de una hora en la CBS.

—*Suena muy interesante* —dijo Neal—. Como las mejores partes de la labor policial, el pensamiento y la resolución de problemas, pero no tener que caminar o contestar las llamadas al 9-1-1.

—*Esta semana en Detectives del ferrocarril* —bromeó Georgie—, *el equipo descubre un alijo de vagabundos somnolientos...*

—Algo por el estilo.

—¿Busca oceanógrafos el ferrocarril?

—No. Gracias a Dios. Mike —el amigo de mi papá— dijo que no importaba el grado en que estuviera, que cualquier experiencia con las ciencias ayudaría.

—Oh —dijo Georgie—. Eso está muy bien. —Trató muy duro de decirlo en serio.

—Fue bueno —dijo—. Luego vine a casa, encontré a Dawn, y acabé comiéndome un helado con ella.

Jesús, todo el día de Neal sin Georgie había sido un ensayo general. —Dawn —dijo ella—. Eso es... estupendo. Apuesto que Dawn piensa debes convertirte en un detective de ferrocarril.

—¿Y tú no?

—Yo no he dicho eso.



—¿Qué estás diciendo? —Sonaba frío otra vez.

—*Nada*. Lo siento. Sólo... *Dawn*.

—¿Estás celosa de Dawn?

—Hemos hablado de esto —dijo Georgie.

—No, no hemos hablado. —Neal estuvo en desacuerdo.

Estaba en lo cierto; en 1998, no lo hicieron.

—En realidad no estás celosa de Dawn —dijo.

—Por supuesto que sí. Ella era tu prometida.

—Sólo algo así. Y rompí con ella *por ti*.

—No se puede tener *algo así* como una prometida, Neal.

—Sabes que yo nunca quise proponérmele...

—Eso lo hace peor.

—Georgie. No puedes estar celosa de Dawn, es como el sol estando celoso de una bombilla.

Ella sonrió. Pero se mantuvo discutiendo. —Puedo estar celosa de cualquiera que sea que te tuviera primero. Si fuera a la tienda de batidos y compartiera un batido de leche con mi ex novio-barra-casi prometido, estarías celoso.

—Cierto. —Neal resopló—. Pero yo no debo estar celoso cuando tú pasas todo el día con Seth.

—Seth no es mi ex-novio.

—Dios, no, él es peor.

Reglas, quería gritar Georgie. ¡*Reglas, reglas, reglas!* ¿No existían todas sus reglas en 1998? —No se puede comparar a Seth con Dawn —dijo—. Nunca *dormí* con Seth.

Hubo un fuerte chasquido, alguien tomando otro teléfono. Georgie se llenó de pánico, como si estuviera en la secundaria y hubiera pasado su toque de queda en el teléfono, y casi colgó.

—¿Georgie? —Su mamá sonaba vacilante. Quién sabe cuándo fue la última vez que había tomado el teléfono fijo.

—Sí, ¿mamá? ¿Necesitas usar el teléfono?

—No... me preguntaba si querías algo de puppy chow.

—Gracias. Todavía no.

—¿Es Neal?

—Sí soy —dijo Neal—. Hola, Liz.



Georgie hizo una mueca. Su madre solía insistir en que Neal la llamara “Liz.” Y luego, después de que él y Georgie se comprometieron, había insistido en que la llamara “mamá”, lo que al principio lo puso *muy* incómodo.

—*Siento como que estoy engañando a mi mamá* —había dicho.

—*Sólo intenta no decirle nada* —le aconsejó Georgie—. *Me enojé con ella una vez, cuando tenía catorce años, y no la llame “mamá” por un año.*

—Oh, cariño —la mamá de Georgie susurró en el teléfono—. Todavía es “mamá”. Todavía somos familia. Se suponía que Georgie te lo dijera. Nada de esto afecta a nuestros sentimientos por ti.

Georgie se dio cuenta de que Neal se quedó sin habla.

—Está bien, mamá —dijo Georgie—, gracias. Voy a hablar contigo más tarde.

—Gracias, Liz —dijo Neal.

Su madre suspiró. —Ahora, Neal, dile a tu madre que dije hola...

Oh Dios, oh Dios, oh Dios. En 1998, la madre de Georgie y Margaret ni siquiera se conocían todavía.

—*Mamá* —Georgie la cortó—. Neal y yo hablábamos de algo realmente importante, y necesito que cuelgues ahora.

—Oh, por supuesto. Neal, cariño...

—Ahora, mamá. Te lo *ruego*. —Si esto se prolongara mucho más tiempo, Georgie retrocedería todo el camino de vuelta a la niñez temprana.

Su madre suspiró. —Muy bien, puedo entender. Adiós, Neal. Ha sido bueno escuchar tu voz.

Si ella hubiera mencionado a las niñas, Georgie empezaría a gritar. Lo haría. Debía averiguar cómo explicarlo después. —*Adiós, mamá.*

Su madre suspiró en el receptor hasta el segundo en el que colgó.

Georgie no estaba segura de cómo recuperarse.

—Entonces —dijo Neal—, supongo que tu madre piensa que rompimos.

Ella tomó un segundo para sentirse totalmente respaldada por su pensamiento, entonces dijo—: También pensé que lo hicimos, hasta hace unos pocos días.

—¿Pero no ahora?

—No —dijo Georgie—, ahora no.

—No importa lo que pase —dijo—, nunca voy a llamar a tu madre “Mamá”. Es muy raro.

—Lo sé —dijo ella—. Te cubriré.

Neal comenzó una oración, luego se detuvo. Entonces empezó otra vez. —Georgie, yo... bueno, nunca dormí con Dawn.



—Pero... —Georgie se detuvo—. Sí, lo hiciste. Se comprometieron.

—Nunca me acosté con ella. —La voz de Neal cayó—. Ella quería esperar hasta el matrimonio. Su primer novio fue un monstruo, por lo que ella reclamó su virginidad.

—¿Reclamó su virginidad?

—Déjalo, Georgie. Puede hacer lo que quiera con su virginidad.

—Cierto —dijo Georgie, asintiendo—. Cierto... no suena como una mala idea, en realidad. Tal vez reclame la mía antes de que vuelvas. En el nombre de la Reina Elizabeth.

Neal sonaba como si se estuviera riendo.

—Porque ella era la reina virgen —dijo Georgie.

—Lo entiendo.

Georgie estaba tranquila. *Neal nunca se acostó con Dawn*. Siempre asumió que tuvo sexo fabuloso y joven con Dawn. Recién descubierto sexo adolescente. “*Chupar chili del Tastee Freeze*”, etcétera.

¿Significaba que nunca tuvo sexo con nadie más que con Georgie?

Pensó en su primera vez. En el apartamento de Neal, en medio de la noche.

Riendo y buscando a tientas el condón, y Georgie quería superar esta primera vez juntos, para que pudieran llegar a *estar* juntos, lo que sea que eso significase.

¿Era la primera vez para Neal?

Eso era exactamente el tipo de cosas que él no le diría. A Neal no le gustaba hablar de sexo. Y no le gusta hablar del *antes*. Antes de que estuvieran juntos, antes de Georgie. (A él no le gustaba hablar del *ayer*.)

Pensó en Neal. Prácticamente un adolescente, pálido como el papel. Concentrado, riendo entre dientes y tocándola como si estuviera hecha de vidrio.

Neal.

—No puedes estar celoso de Seth —ofreció Georgie en voz baja.

—De verdad —resopló.

—En serio. Eso es como el sol estando celoso de...

—¿Un sol de tamaño comparable?

—Iba a decir la luna.

—El sol, probablemente está celoso de la luna —dijo Neal—. Está un infierno mucho más cerca.

—Seth y yo solo somos amigos —dijo. Era cierto, siempre había sido cierto. *Mejores amigos, pero sólo amigos.*

—Tú y Seth no son *sólo* nada.

—Neal...



—Es tu alma gemela —dijo Neal. Y por la forma en que lo dijo, sonaba como si ya lo hubiera pensando, como si lo hubiera pensando una y otra vez, como si hubiera escogido esas palabras de forma intencional.

La mandíbula de Georgie cayó contra el recibidor. —Seth. No. Es. Mi alma gemela.

—¿En serio? ¿No estás planeando tu vida en torno a él?

—No. —Georgie se inclinó hacia delante. Incluso en 1998, eso no era verdad—. No. Dios. Planeo mi vida en torno a *mí*.

—¿Hay alguna diferencia?

—Neal...

—No, Georgie, admitámoslo. Soy optativo para ti, lo sé. Sé que me amas. Sé que quieres estar conmigo. Pero puedes imaginarte una vida sin mí. Si me voy ahora —si no vuelvo— no tendrás que modificar tu gran plan. Seth es tu gran plan. Es obvio. No creo que puedas imaginar pasar veinticuatro horas sin él.

—¿Estás pidiéndome que lo haga?

—No. —Neal sonaba abatido—. No. Sé... lo que tienen juntos. Nunca te pediría que escogieras entre nosotros.

Nunca lo hizo.

A Neal nunca le agradó Seth, eso no cambió con los años. Pero tampoco se quejaba de él. Nunca se quejaba del tiempo que Seth y Georgie pasaban juntos. De las largas horas o los mensajes de texto en medio de la noche, o los días cuando Neal y Georgie llevaban a las chicas a Disneyland, y Georgie terminaba sentada en el bordillo de la atracción de Critter Country, hablando con Seth sobre algún guión de emergencia por teléfono.

Y Georgia estaba *tan agradecida* por ello. Por la aceptación de Neal. (Incluso si era sólo resignación).

A veces se sentía como si estuviera caminando por una fina y precaria línea entre ambos. Como si no hubiera suficiente de ella para ser quien necesitaba ser para ellos.

Si Neal la presionaba, o le exigía algo —si alguno de ellos lo hacía— todo se vendría abajo.

Georgie se vendría abajo.

Pero Neal nunca lo hizo. Nunca pareció celoso. Enojado, resentido, cansado, molesto, perdido: sí. Pero no celoso. Siempre confió en ella en lo que a Seth respectaba.

¿Qué haría Georgie si Neal le *pedía* escoger entre ellos?

¿Qué habría hecho si se lo hubiera preguntado en 1998?

Estaría molesta. Podría haber escogido a Seth sólo porque no era él quien le pedía que tomara tal decisión. Y porque conoció a Seth primero —cronológicamente. Lo conocía desde que su abuelo aún vivía.



Georgie no sabía en ese entonces lo mucho que llegaría a necesitar a Neal, en cómo se convertiría el aire para ella.

¿Era debido a la codependencia? ¿O sólo por el matrimonio?

—Podrías —dijo.

—¿Qué?

—Podrías pedirme que eligiera.

—¿Qué? —Sonaba sorprendido—. No quiero hacerlo.

—Yo tampoco quiero que lo hagas —dijo—. Pero *podrías*.

—Georgie, los he visto juntos. Ni siquiera puedes terminar una broma sin él.

—Sólo son bromas.

—En serio que se te ha pegado la palabra “sólo”, ¿no?

—Podrías *pedirme* que escogiera —insistió.

—No *quiero* hacerlo —dijo, prácticamente gruñendo.

—Ni siquiera tendría que pensarlo, Neal. Te escogería a ti. Te escogería una y otra y otra vez. Seth es mi mejor amigo —creo que siempre será mi mejor amigo— pero tú eres mi futuro. —Sin importar que eso no fuera verdad en 1998. *Iba* a ser verdad. Era algo inevitable—. Eres toda mi vida.

139

Neal exhaló. Podía imaginarlo negando con la cabeza, parpadeando. Apretando la mandíbula.

—Por favor, no estés celoso de Seth —susurró.

Permaneció en silencio.

Georgie esperó.

—Si me prometes que no tendré nada de que estar celoso —dijo Neal finalmente—, que *nunca* tendré que estar celoso, entonces no lo estaré.

—Nunca tendrás que estarlo, lo prometo.

—Bien —dijo. Luego más firmemente—: Bien. Voy a confiar en ti.

—Gracias.

—Ahora tú tienes que confiar en mí, Georgie, porque por Dios santo, no estoy enamorado de Dawn. La verdad es que nunca lo estuve. Incluso si rompieras conmigo y destrozaras mi corazón, nunca volvería con Dawn. Sé que el mundo ya no es plano, no voy a volver con ella.

—Así que, estás diciendo que si rompemos, definitivamente encontrarás a alguien mejor que Dawn. ¿Se supone que eso debe hacerme sentir mejor?

—Me arruinaste para Dawn. *Eso* se supone que debía hacerte sentir mejor.

—Neal, quiero arruinarte para *todas*.



—Cristo. —Su voz sonaba cercana, como si estuviera presionando el receptor contra su barbilla—. Ya lo has hecho. No tienes que estar celosa de nadie. En especial no de Dawn, ¿vale?

—Vale —dijo.

Él suspiró. —Nunca hagamos esto de nuevo.

—¿Hacer qué?

—Ponerse celoso y desagradable con el otro.

—Es más fácil para ti que para mí —dijo ella.

—¿Por qué?

—Porque tienes razón. Seth no es un ex novio. Seth nunca será algo más.

—¿Tengo alguna razón para estar celoso de Seth?

—No.

—Entonces no lo estoy. Fin de la historia.

Georgie le preguntó a Neal más cosas sobre los detectives del ferrocarril. Podía decir que quería hablar de ello.

Aparentemente, estuvo considerando el trabajo más seriamente de lo que se dio cuenta.

Intentó no prestar atención al obvio problema con ese plan: significaría mudarse a Omaha. Y Georgie *nunca* iba a mudarse a Omaha.

Iba a trabajar en la televisión; Neal lo sabía. Y la televisión significaba ir a Los Ángeles.

Parte de ella sólo quería decirle:

No pasará. Nos quedaremos aquí en California. Lo odias. Pero tendrás tus propios aguacates. Algo es algo.

Te gusta nuestra casa. Tú la escogiste. Dijiste que te recordaba a tu hogar, algo sobre las colinas, los altos techos y el único baño.

Y estamos cerca del océano —lo suficientemente cerca— y no lo odias, no como solías hacerlo. A veces hasta creo que te gusta. Te encanta caminar junto al océano. Y a las chicas. Lo dices para endulzarnos. Sonrojas nuestras mejillas y ondulas nuestro cabello.

Y Neal, si no regresas, nunca verás cuán buen padre eres.

Y no será lo mismo si tienes hijos con alguna otra chica, porque no será Alice o Noomi, e incluso si yo no soy tu pareja perfecta, ellas sí que lo son.

Dios, ustedes tres. Ustedes tres.

Cuando me despierto los domingos por la mañana —algo tarde, ya que siempre me dejas dormir un poco más— salgo a buscarte, y estás en el patio, con barro en las rodillas y dos pequeñas niñas girando a tu alrededor en una perfecta órbita. Trenzas sus cabellos, y les permites usar lo que sea que quieran. Alice



plantó un árbol de frutas, y Naomi comió una mariposa, y lucen como yo porque son redondas y doradas, pero brillan para ti.

Y nos construiste una mesa de picnic.

Y aprendiste a hacer pan.

Y has pintado un mural en cada pared que enfrenta al oeste.

No es tan malo, lo prometo. Te lo juro.

Puede que no seas enérgicamente y pensativamente feliz del 70 al 80 por ciento del tiempo, pero quizá de todos modos no lo serías. E incluso cuando estás triste, Neal —incluso cuando te quedas dormido al otro lado de la cama— sigo creyendo que eres feliz. Por algunas cosas.

Prometo que no es tan malo.

—¿Georgie? ¿Sigues allí?

—Sí.

—Creí que te dormiste.

—Estoy despierta. Recién son las diez.

—Te decía que si tengo que usar un arma... ¿te molestaría?

—No lo sé —dice ella—. Nunca pensé en eso. Es difícil imaginarte con un arma. —Neal ni siquiera mata a las arañas. Las hacía subir a un pedazo de papel y luego las dejaba con cuidado en el pórtico—. ¿Te molestaría a ti?

—No lo sé —dijo él—. Quizá sí. Nunca me gustaron las armas.

—Te amo —dijo ella.

—¿Por qué no me gustan las armas?

—Por todo.

—Por todo. —Casi oyó a Neal sonriendo. Casi podía verlo también.

No...

Georgie se imaginaba a su Neal. Su Neal a los casi cuarenta años. Más sencillo. Más perspicaz. Con el pelo más largo y patas de gallo y la barba un poco más gris. —Es lo que pasa en el invierno —diría él—. Mis hijas nunca tendrán que saber cómo es llegar del frío y sentir el calor abrirse camino hacia sus dedos.

—Parece que estás diciendo que nunca van a congelarse.

—No puedo tener esta conversación con alguien que nunca ha construido un muñeco de nieve.

—Nuestras hijas han visto la nieve.

—En Disneyland, Georgie. Son sólo burbujas de jabón.

—No reconocen la diferencia.

—¿Y si Persephone fue quien secuestró a Hades...?

—Estás hablando de fantasías de nuevo.



Su Neal perdió sus rollitos de bebé, su vientre suave y su pequeño indicio de papada.

Una vez que nació Alice, Neal empezó a hacer ciclismo. Ahora iba a todas partes en bicicleta, arrastrando un remolque de color amarillo brillante. Llevando a dos niñas, bolsas de comestibles, animales de peluche, pilas de libros de la biblioteca...

El trabajo de maternidad dejó a Georgie sin forma y flácida, y de aspecto perpetuamente cansado. Ya nunca dormía lo suficiente. Nunca recuperó la cintura y evitaba salir a comprar ropa para esta nueva (o no tan nueva) realidad. Ni siquiera se cambió el tamaño de su anillo de boda después de que le apretara demasiado para usar durante su último embarazo. Permanecía en un platillo de porcelana en su tocador.

Mientras que Neal mejoró con el paso de los años —más guapo, más perspicaz— Georgie perdió su propio reflejo en el espejo.

A veces, cuando tenía un día libre, salían a caminar al parque, los cuatro, y Georgie vería cómo las niñeras y las mamás, amas de casa, miraban a Neal. Ese papá guapo con los ojos azules y hoyuelos sin afeitar.

—¿Georgie? ¿Te estoy perdiendo?

—No. —Presionó el teléfono en su oreja—. Estoy aquí.

—¿Tenemos mala conexión?

142

Esta persona en el otro extremo de la línea era Neal. Antes de que fuera de ella. Cuando todavía no era seguro el futuro con Georgie. Este Neal era más duro. Más intolerable. Tenía mal carácter. Pero este Neal todavía no renunciaba a ella. Todavía miraba a Georgie como si fuera algo completamente nuevo y sobrenatural. Él todavía se sorprendía por ella, encantado con ella.

Incluso ahora, tan frustrado como se sentía.

Incluso ahora, diez estados lejos y medio cansado de ella, este Neal todavía pensaba que ella era mejor de lo que merecía. Más de lo que había esperado que le daría la vida.

—Te amo —dijo ella.

—Georgie, ¿estás bien?

—Sí. Estoy bien. —Su voz se quebró—. Te amo.

—Solecito. —Neal sonaba cariñoso y preocupado—. También te amo.

—Pero no lo suficiente —dijo ella—, ¿es eso lo que estás pensando?

—¿Qué? No. Eso *no* es lo que estoy pensando.

—Es lo que *has* pensado —dijo ella—. Es lo que pensaste desde California a Colorado.

—Eso no es justo...

—¿Y si tenías razón, Neal?



—Georgie, por favor, no llores.

—Es lo que dijiste, y dijiste que era en serio. Y nada ha cambiado, ¿verdad? ¿Por qué no *hablamos* de esto? ¿Por qué pretendemos que todo está bien? No está bien. Estás en Nebraska y yo estoy aquí, y es Navidad, y se supone que debemos estar juntos. Me amas. Pero tal vez no es suficiente. Eso es lo que estás pensando.

—No. —Neal se aclaró la garganta y dijo otra vez—: No. Tal vez lo pensé. De California a Colorado. Pero entonces... me cansé. Literalmente y *peligrosamente* me cansé, y allí estaba la cosa con los alienígenas. Y después el amanecer. Y el arcoíris. Te hablé de los arcoíris, ¿verdad?

—Sí —dijo—, pero no entiendo el significado.

—No hay ningún significado. Me *cansé*. Me cansé de estar enojado. De pensar en callejones sin salida, y todo lo que no es, o podría no ser suficiente.

—¿Entonces no romper conmigo pareció una mejor idea después de estar despierto durante veinticuatro horas?

—No.

—¿Y si tenías razón? ¿Y si no es suficiente?

Suspiró. —Últimamente he pensado que es imposible saberlo.

—¿Saber qué? —presionó.

—Lo que es suficiente. ¿Cómo alguien puede saber si el amor es suficiente? Es una pregunta estúpida. Al igual que, si te enamoras, si tienes esa suerte, ¿quién eres para preguntar si eso es suficiente para hacerte feliz?

—Pero sucede todo el tiempo —dijo—. El amor *no* siempre es suficiente.

—¿Cuándo? —exigió Neal—. ¿Cuándo es cierto eso?

Todo en lo que Georgie podía pensar era en el final de *Casablanca*, y Madonna y Sean Penn. —Sólo porque amas a alguien —dijo ella—, no significa que tus vidas van a encajar.

—Nadie encaja en la vida del otro porque sí —dijo Neal—. Eso es algo en lo que se trabaja. Es algo que logras, porque hay amor.

—Pero... —Georgie se detuvo. No quería convencer a Neal de esto, incluso si él se equivocaba. Incluso si ella era la única que sabía de su equivocación.

Sonaba exasperado. —No digo que todo va a funcionar por arte de magia si la gente se ama lo suficiente entre sí...

Si nos amamos lo suficiente, escuchó Georgie.

—Sólo digo —continuó él—, tal vez no hay tal cosa como suficiente.

Georgie permaneció en silencio. Se secó los ojos con la camiseta de Neal.

—¿Georgie? ¿Crees que me equivoco?

—No —dijo ella—. Creo... oh Dios, yo sé... que te amo. Te amo mucho. Demasiado. Siento como si me sacaras de mi eje.



Neal se quedó callado por un segundo. —Eso es bueno —dijo.

—¿Sí?

—Dios. Sí.

—¿Quieres colgar el teléfono ahora?

Él resopló una carcajada en el receptor. —No.

Pero tal vez sí quería. Neal siempre era bueno para hablar con ella por teléfono, pero no era una chica de quince años.

—Ni siquiera un poco —dijo—. ¿Tú?

—No.

—No me importaría prepararme para la cama. ¿Puedo llamarte luego?

—No —dijo ella, demasiado rápido. Entonces mintió—: No quiero despertar a mi madre.

—Bueno. Entonces llámame tú. Dame veinte minutos. Quiero tomar una ducha rápida.

—Está bien —dijo.

—Voy a tratar de atender al primer timbrado.

—De acuerdo.

—Está bien. —Él sopló un beso rápido en el teléfono y Georgie se rió, porque Neal parecía el último hombre en la tierra que besaría a través de un teléfono. Pero no lo era.

—Adiós —dijo ella, esperando el clic.





18

Traducido por Kellyco & Melissa Radke

Corregido por GypsyPochi

Georgie también decidió tomar una ducha. Su madre dijo que podía pedir prestado un pijama. Todas las pijamas de su madre eran combinados —blusas con pantalones a juego, o batas coquetas e inútiles.

—¡Solo dame una blusa! —Georgie se encontraba de pie en el baño de su madre usando sólo una toalla, gritando a través de la puerta.

—No tengo ninguna blusa para dormir. ¿Quieres alguna de Kendrick?

—Qué asco. No.

—Entonces vas a tener que lidiar con esto. —Su madre abrió la puerta y lanzó algo adentro. Georgie se colocó el pantalón de pijama color aguamarina. Era de satén, con arcos de color crema a juego, y tenía un escotado top con detalles en encaje.

145

—¿Has estado hablando con Neal todo este tiempo? —preguntó su madre.

—Sí —dijo Georgie, deseando tener ropa interior limpia. No estaba dispuesta a pedirle prestado eso.

—¿Cómo está?

—Bien. —Se dio cuenta que sonreía—. Realmente bien.

—¿Cómo están las niñas?

—Bien.

—¿Estás intentando arreglar las cosas?

—No hay nada que arreglar —dijo Georgie. *Sí, pensó. Eso creo.* Se asomó desde el baño—. ¿Dónde está Kendrick?

—En la sala de estar, mirando televisión.

Georgie salió.

—Mírate —dijo su madre—. Te vez muy bonita. Deberías dejarme comprar algo para ti alguna vez.

—Tengo que regresarle la llamada a Neal —dijo Georgie—. Gracias, eh... por el pijama. Y todo. —Se detuvo para besar a su madre en la mejilla. Georgie ahora intentaba hacer esas cosas más a menudo, desde que tenía sus propios hijos. Alice y Noomi no se cansaban de ella; prácticamente se le trepaban cada vez que estaba en casa. La hacía sentir físicamente enferma cada vez que pensaba que un



día podrían irse lejos de ella, o alejarse cuando intentara besarlas. ¿Cómo sería si pasaran todo un año sin llamarla “mamá”?

Así que intentó ser más afectuosa con su propia madre. Cuando podía.

Tan pronto como la beso en la mejilla, su madre volteo la cara para besarla en los labios. Georgie frunció el ceño y se alejó. —¿Por qué siempre *haces* eso?

—Porque te amo.

—Yo también te amo. Voy a llamar a Neal. —Tiro de los pantalones cortos de satín para alargarlos; pero no puedo tirar de ellos lo suficiente como para que tuvieran una longitud razonable—. Gracias.

Miró hacia ambos lados antes de caminar por el pasillo. Se detuvo en la habitación de Heather, quien yacía acostada en su cama. Tenía la laptop encima y usaba auriculares.

Se los quitó cuando vio a Georgie. —Hola, Victoria, ¿Viniste a contarme un secreto?

—¿Me harías un favor?

—¿Qué?

—Estoy hambrienta, pero no quiero caminar por la sala de estar vestida así.

—Creo que si papá te ve en la lencería de mamá, le vas a dejar una marca de por vida.

Heather llamaba a Kendrick “papá”. Lo que tenía sentido porque él la había criado. Y porque no era tres años más grande que Heather. —A mí *me* dejará una marca de por vida —dijo Georgie— ¿Por qué todas sus pijamas son de lencería?

—Es una mujer muy sensual. Lo sé porque le gusta decírmelo. —Heather se levantó de la cama—. ¿Qué quieres comer? Me comí todos los zitis¹⁰. Y el puppy chow. No queda mucho. Ah, ¿No quieres que ordene pizza?

—No —dijo Georgie—. Tomaré lo que sea que haya en la cocina.

—Puedes tomar prestada *alguna* de mis pijamas, ya lo sabes.

—Eso es muy dulce de tu parte —dijo Georgie—. Por qué no me das algo que te sobre, y estaré a la moda con algo cómodo y me sacaré estos.

—Estoy segura que tengo algo que te quedará.

—Oh Dios mío, detente. Solo ve a traerme algo de comida. Voy a esconderme en mi habitación.

—¿Has hablado con Neal?

Georgie sonrió. —Sí.

—¿Eso es bueno verdad?

¹⁰ Zitis: Tipo de pasta italiana, parecida a los macarrones.





Georgie asintió. —Ve. Estoy hambrienta.

Heather le llevó una manzana, tres rodajas de queso enrolladas, y un bote gigante de Coca-Cola mexicana. Georgie pensó que habría sido mejor enviar a Alice.

—Llama a Neal —dijo Heather—. Quiero saludar a las chicas.

—Es como la una de la mañana allí —dijo Georgie—. Están dormidas.

—Oh, cierto. Zonas horarias.

Georgie desenrolló las rodajas de queso y empezó a comerlas. —Gracias. Ahora vete.

—Se supone que debes enrollar el queso en la manzana; es como una manzana con caramelo.

—No es como una manzana con caramelo.

—Llámalo ahora —dijo Heather—. Quiero saludar.

—No.

La mamá de Georgie, milagrosamente, no había echado a perder nada con Neal, pero no había forma en que Georgie dejará a Heather cerca del teléfono.

—¿Por qué no? —preguntó Heather.

—Sabes por qué no —dijo Georgie.

—No, no lo sé.

—Porque. Tenemos... cosas privadas de que hablar.

—¿Cómo cosas de divorcio?

—No.

—¿Sexo telefónico?

Georgie hizo una mueca. —No.

—Porque no puedes tener sexo telefónico usando la lencería de mamá.

—Solo quiero hablar con mi esposo, en privado. ¿Está bien?

—Claro. Después de que salude.

Georgie intentó abrir la botella de Coca-Cola. —¿Tienes un destapador de botellas?

—Sí, Georgie, traigo uno en mi pijama. Aquí. —Heather tomo la botella y empezó a retorcer la tapa a un lado de su boca.

—*Detente* —dijo Georgie, tomando la botella—. Vas a arruinar tus dientes.

Heather suspiro dramáticamente, le entregó la botella a Georgie. Y ella la puso delicadamente en su propia boca y mordió lo más cautelosamente posible.

El teléfono sonó.



Antes de que Georgie pudiera siquiera pensar en responder, Heather tomó el teléfono y gritó, —¡Hola Neal!

Georgie dejó caer la botella y se lanzó hacia su hermana, alcanzando la cabeza de Heather por el teléfono.

—Es Heather... sí, Heather.

—Heather —susurró Georgie—. Voy a matarte. Vete.

Heather se acurrucó como una bola en forma defensiva, aún empujando a Georgie en la cara, con una mano, y sosteniendo el teléfono en su cabeza con la otra. Su expresión cambió de malcriada y victoriosa a confundida. Soltó el teléfono, abruptamente, y Georgie la empujó fuera de la cama.

Tomo el teléfono. —¿Neal?

—¿Sí? —sonaba confundido.

—Dame un minuto.

Heather se encontraba parada a la mitad de la habitación, con los ojos saltones, y los brazos cruzados. —Ese no era Neal —susurró. Al menos estaba susurrando.

—Si lo es —discutió Georgie.

—¿Entonces por qué no sabía quién era yo?

—Probablemente se estaba preguntando por qué le gritabas.

—Él no *sonaba* como Neal.

—Heather, te juro...

—Estas teniendo una aventura. Oh por Dios, estás teniendo una aventura. ¿Es por eso que Neal te dejó?

Georgie salió corriendo y cubrió la boca de Heather con la mano. Sus ojos eran enormes. Y llorosos. *Oh Dios*.

—Heather, te juro que no estoy teniendo una aventura. Te lo prometo.

Heather apartó la cabeza. —Con tu *vida*.

—Con mi vida.

—Por la vida de Alice y Noomi —dijo Heather.

—No digas eso, es horrible.

—Es horrible solo si estas mintiendo.

—Está bien. Sí. Lo juro.

Heather frunció los labios. —Sé que ese no es Neal, Georgie. Sé que algo está mal aquí. Es intuición femenina.

—Aún no eres una mujer.

—Esas son mentiras. Soy lo suficientemente lista para saberlo.



—Por favor, por favor, vete —le suplicó Georgie—. Tengo que hablar con Neal. Podemos hablar de esto mañana en la mañana.

—Bien...

Georgie sacó a Heather y cerró la puerta. Su cabeza dolía. En verdad necesitaba regresar a hacer yoga. O cualquier cosa que las personas hicieran ahora. Dar giros. No había ido al gimnasio desde que Alice nació. Deseaba que su puerta tuviera llave. Ni siquiera poseía un cerrojo. Su madre le dijo que a los perros les gustaba venir aquí y dormir en la cama.

Georgie caminó de regreso hacia el teléfono y lo tomó. Lo acerco a su oreja, cautelosamente. —¿Neal?

—¿Georgie?

—Sí.

—¿Quién era ella?

—Era... Heather. Mi prima Heather.

—¿Tu madre nombró a Heather...“Heather”. Incluso sabiendo que tenías una prima llamada Heather?

—Sí. Más o menos. Después de mi prima, Heather.

—¿Se está quedando para navidad?

—Sí.

—¿Algún otro familiar está allí?

—No. Sólo Heather.

—No sabía que tenías primos —dijo.

—Todos tienen primos.

—Pero no tienes tíos y tías.

Georgie se sentó en el suelo. —¿Estás practicando para *Detectives del ferrocarril*?

—No parece agradarte mucho tu prima Heather.

—No quiero desperdiciar tu precioso tiempo hablando de Heather.

—Mi precioso tiempo —dijo Neal suavemente.

—Sí.

—Te extraño, Georgie.

—También te extraño.

—Lo siento. Me cansé de esperar tu llamada.

—Está bien —dijo.

—¿Estás en la cama?

—No, estoy sentada en el suelo, comiendo queso enrollado.



—En serio —dijo. Rió—. ¿Qué estas usando?

Georgie tomó un trozo de queso. Esto era ridículo. Todo esto era ridículo. —
No quieres saber.

—Está nevando aquí.

Georgie sintió un tirón en su estómago. Nunca había visto la nieve.

Nunca nevó cuando estuvo en Omaha, ni siquiera en diciembre. Margaret
dijo que Georgie traía al sol con ella.

Pero nevaba ahora para Alice y Noomi.

Y estaba nevando en 1998 para Neal.

—¿En serio? —dijo.

—Si. —Neal sonaba suave y cálido. También algo dormido—. Recién
comienza.

Georgie escaló dentro de su cama y aplaudió suavemente para apagar las
luces.

—Cuéntame al respecto.

—No puedo —dijo él—, no tienes ningún marco de referencia.

—He visto nieve en televisión.

—Eso es usualmente falso.

—¿Cómo es diferente la verdadera nieve?

—No parece polvo. Es pegajosa. Normalmente no se dispersa cuando
caminas a través de ella. ¿Cómo es en tu cabeza?

—No lo sé, nunca pensé en ello. Es como... nieve.

—Piensa en ello.

—Bueno... se ve como cristal —los copos de nieve lo hacen—, pero sé que
es suave. Supongo que imagino que se sentiría casi como cerámica. Pero en vez
de hacerse añicos, se desmenuza en las manos.

—Hmm.

—¿Está bien? —preguntó ella.

—Casi, no del todo.

—Bueno, es hielo.

—Sé que es hielo.

—Estas en parte bien, es suave. ¿Alguna vez has tomado hielo raspado?
¿Uno de esas maquinas *Snoopy Sno-cone*¹¹?

—Claro que no, mi madre nunca me compro nada bueno.

¹¹ Snoopy Sno-cone: Juguete familiar que pica y saboriza hielo.



—Pero has tomado hielo raspado.

—Si.

—Bueno es cómo eso, como hielo. Pero suave. Y liviano. Y casi batido con aire. Y a veces, como esta noche, es grueso y se pega en grumos, como algodón de azúcar y plumas mojadas.

Georgie rió.

—Desearía que estuvieras aquí —dijo él—, para verlo. Si estuvieras aquí, estarías durmiendo en el sótano, hay un sofá cama.

Ella sabía sobre el sofá. —No me gustan los sótanos.

—Te gustaría este. Tiene muchas ventanas. Y un fútbolín.

Georgie trepó bajo las mantas. —Oh, bueno, *fútbolín*.

—Y toda una pared de juegos de mesa.

—Me gustan los juegos de mesa.

—Lo sé... ¿estás en la cama ahora, verdad?

—Hmm hmm.

—Puedo darme cuenta. Tu voz se ha rendido.

—¿Rendido a qué?

—No lo sé. A estar erguida. Y concentrada. Inteligente. Todas las cosas que tienes que ser en el día.

—¿Estás diciendo que dejé de ser inteligente?

—Estoy diciendo —dijo él—, que me gustas cuando has dejado todo por este día.

—Me gustas en el teléfono —dijo Georgie—, siempre me has gustado en el teléfono.

—¿Siempre?

—Mmm.

—Si estuvieras aquí —dijo Neal—, estarías durmiendo en el sótano. Y yo hubiera notado que estaba nevando y no querría que te lo perdieras. Bajaría las escaleras...

—¡No! Traumatizarás a Margaret si te encuentra escabulléndote a mi cuarto.

—Pff. Soy sigiloso. Bajaría y te despertaría. Y te dejaría tomar prestado un par de mis botas y un viejo abrigo.

—Que sea tu chaqueta.

—No es lo suficientemente cálida —discutió él.

—Esta es nieve hipotética, Neal. Que sea tu chaqueta.



—No lo entiendo, tú crees que la lucha libre es asquerosa, pero te gusta mi chaqueta.

—Tú no luchaste *en* la chaqueta.

—Podría ser real, sabes. Este escenario. La próxima navidad.

—Mmm.

—Entonces te llevaría fuera con las botas prestadas y mi chaqueta, al patio trasero. ¿Te he dicho que no hay luces en la calle, verdad? Puedes ver las estrellas...

Georgie se había parado en el patio trasero con Neal, su patio trasero que se sentía como la orilla del bosque, una docena de veces a lo largo de los años. Nunca hubo nieve, pero estaban las estrellas.

—Y te vería conocer la nieve.

—¿Conocer?

—Sentirla, saborearla. La vería capturada en tu cabello y pestañas.

Ella froto su mejilla contra su almohada. —¿Cómo en la *Novicia Rebelde*?

—Y entonces tú tendrías demasiado frío y yo te sostendría cerca. Y en cada lugar donde te toque, la nieve se derretirá entre nosotros.

—Deberíamos hablar por teléfono más en casa.

Él rió —Cierto.

—Sí. Sólo llamarnos mutuamente desde la otra habitación.

—Podríamos conseguir celulares.

—Brillante idea —acordó ella—, pero tienes que prometer responder el tuyo.

—¿Por qué no respondería?

—No lo sé.

—Y entonces —dijo él—, cuando tengas demasiado frío como para que yo te mantenga cálida, lo que sucederá muy rápido, porque estas mimada por el sol, te llevaría de vuelta dentro. Y nos sacudiríamos la nieve y dejaríamos nuestras botas húmedas en el cuarto de entrada.

—¿Por qué se llama cuarto de entrada?

—Porque es la habitación donde te quitas las cosas cubiertas de lodo.

—Amo que tu casa esté planeada para que te cubras en lodo. Como si estuviera en la arquitectura.

—Y entonces te seguiría bajando las escaleras... y tú aún tendrías frío. Y tus pantalones de pijama estarían húmedos. Tu rostro sonrojado, tus mejillas entumecidas.

—Eso suena peligroso —dijo ella.

—No es peligroso. Es normal. Es agradable.



—Hmm.

—Y yo no sería capaz de dejar de tocarte —dijo Neal—, porque nunca te he tocado fría.

—Estas obsesionado con lo frío.

Su voz se hundió hasta retumbar. —Estoy obsesionado contigo.

—No hables así —susurró ella.

—¿Así como?

—Esa voz.

—¿Qué voz? —respondió él.

—Tú sabes qué voz. Tu voz de “¿te gustaría que te seduzca?”.

—¿Tengo una voz de Sra. Robinson?

—Si —dijo Georgie—, eres un muchacho descarado.

—¿Por qué no puedo seducirte, Georgie? Eres mi novia.

Ella tragó. —Si, pero estoy durmiendo en mi habitación de la infancia.

—Georgie, he tenido mi camino hacia ti en esa habitación de la infancia. Justo la semana pasada, de hecho.

—Sí, pero tú estás en *tu* habitación de la infancia. —Y tú estás, por cierto, *prácticamente en tu infancia*. Georgie no podía hablar sucio con este Neal. Sería como engañar a *su* Neal, ¿no?

—¿Has censurado todo el verano pasado? —preguntó él.

Ella sonrió y miró hacia otro lado, aunque él no pudiera verla. —El verano del espectacular sexo telefónico —dijo ella. Por supuesto que recordaba el Verano del Espectacular Sexo Telefónico.

—Exacto —dijo él—. El verano de la larga distancia conyugal.

Georgie había olvidado ese nombre. La hizo reír. —No, no me he olvidado.

—¿Algo está mal?

—No puedo tener espectacular sexo telefónico contigo. —*No he tenido sexo telefónico en quince años*—. Estoy usando la lencería de mi madre.

Neal rió. Genuinamente. En voz alta, lo que casi nunca pasaba. —Si estás intentando encenderme, tengo que decirte, dulzura, no está funcionando.

—Estoy, *realmente*, usando la lencería de mi madre —dijo Georgie— Es una larga historia. No tenía nada más para usar.

Ella podía oírlo sonreír, aún antes de que empezar a hablar. —Bueno, Cristo, Georgie, quítatelos.

Neal.

Neal. Neal. Neal.

—Te llamaré mañana.



—No —dijo ella—, solo quédate.

—Me estoy quedando dormido. —Él rió. Sonaba apagado. Podía imaginarse su cara en la almohada, el teléfono reposando en su oído. Imaginaba un teléfono celular. *Incorrecto.*

—Está bien —dijo ella.

—Puede que ya esté dormido —murmuró él

—No me importa. Es agradable. Yo me dormiré, también. Solo deja el teléfono cerca, así te puedo escuchar despertar.

—Y entonces yo le explicaré a mi papá que estuve en una llamada de larga distancia por diez horas porque dormir en el teléfono parecía romántico en el momento.

Dios. Larga distancia. Georgie había olvidado sobre la larga distancia. ¿Eso todavía existía?

—Sería romántico, sin embargo —dijo ella—, como despertarnos en la cabeza del otro.

—Te llamaré cuando despierte.

—No me llames —dijo ella—, yo te llamaré.

Él bufó un poco.

—No lo quise decir de esa manera —dijo ella—, Pero en serio: No me llames, yo te llamo.

—De acuerdo, tú me llamas, solecito. Llámame ni bien te despiertes.

—Te amo —dijo Georgie—, Te amo así.

—¿Dormido?

—Abierto —dijo ella. Y entonces—. ¿Neal?

—Llámame antes de que te vistas —dijo él.

Ella rió —Te amo.

—También te amo. —Su voz era adormilada.

—Te extraño —dijo ella.

Él no respondió.

Georgie sintió sus propios ojos cerrarse. El receptor se resbaló a lo largo de su mejilla, ella lo apretó, levantándolo otra vez.

—¿Neal?

—Mmm.

—Te extraño.

—Solo unos días más —murmuró él

—Buenas noches, Neal.





—Buenas noches, cariño.

Georgie esperó a que él cuelgue, entonces colocó el teléfono en su base y se deslizó parcialmente fuera del colchón para ponerlo de vuelta en la mesa de noche.





Landline

Lunes

23 de Diciembre del 2013

156

RAINBOW ROWELL



19

Traducido por Sofía Belikov & B. C. Fitzwalter

Corregido por Mel Markham

La primera vez que Georgie despertó, fue justo después del amanecer, y fue porque no llevaba bragas. Lo que en un principio fue alarmante. Y luego divertido. Y luego empujó las sábanas por encima de su cabeza y trató de volver a dormir. Porque sentía como si hubiera estado soñando, soñando algo bueno, y como si tal vez fuera capaz de regresar al sueño si no abría completamente los ojos.

Se durmió pensando que no podía recordar la última vez que se sintió tan cálida —y que tal vez, “cálida” era lo mismo que “enamorada”— y obviamente, ella estaba enamorada de Neal, siempre estuvo enamorada de Neal, pero, ¿cuándo fue la última vez que habló con él por seis horas, sólo hablar? Sólo ellos. Tal vez esa era la última vez, pensó. Y luego se volvió a dormir.

157

La segunda vez que Georgie despertó, fue porque alguien gritaba. Dos personas gritaban. Y golpeaban la puerta de su habitación.

—¡Georgie! ¡Voy a entrar! —¿Seth?

—¡Georgie, él *no* va a entrar! —Y Heather...

Georgie abrió los ojos. La puerta se abrió y cerró inmediatamente.

—Joder, Heather —se quejó Seth—. Mi dedo.

Georgie se sentó. Llevaba la reveladora camiseta de su madre. Ropa, necesitaba ropa. Localizó la camiseta de Neal en el suelo y la cogió desesperadamente, poniéndose por encima de la cabeza.

—¡No puedo sólo dejarte entrar a la habitación de mi hermana! —gritó Heather.

—¿Estás protegiendo su honor? Porque eso ya es cuento pasado.

—No es así. Él sólo está visitando a su madre.

—¿Qué? —Seth sonaba jadeante. La puerta se abrió, y vio a Georgie antes de que la puerta se cerrara de nuevo—. ¡Georgie!

La puerta se abrió de nuevo, y Seth y Heather cayeron en el suelo, prácticamente encima del otro.

—Oh, por Dios —dijo Georgie—. Sal de encima de mi hermana.

Heather tiraba del cuello del suéter de Seth.



—Dile a *ella* que se quite de encima de *mí* —dijo.

—¡Bájate! —gritó Georgie—. Esto es como una pesadilla que ni siquiera he tenido aún.

Heather lo soltó y se levantó, cruzándose de brazos. Lucía tan recelosa de Georgie como ella de Seth. —Abrí la puerta principal, y entró corriendo.

Seth enderezó sus puños furiosamente, mirando fríamente a Georgie. —*Sabía* que estabas aquí.

—Brillante deducción —dijo Georgie—. Mi auto está aparcado afuera. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Qué *estoy* haciendo aquí? —Se rindió con sus puños—. ¿Estás bromeando? Es decir, ¿estás *jodiéndome*? ¡¿Qué estás haciendo *tú* aquí?! ¿Qué estás *haciendo*, Georgie?

Georgie se frotó la cara con la camiseta de Neal y miró su teléfono, que se encontraba junto a su vieja alarma, la cual decía que era mediodía. —Jesús —gimió—. ¿En serio ya es mediodía?

—Sí —dijo Seth—. Mediodía. Y no estás en el trabajo, y no respondes el teléfono, y aún estás usando esa ridícula ropa.

—Mi batería murió.

—¿Qué?

Empujó el cobertor alrededor de su cintura. —No estoy respondiendo el teléfono porque mi batería murió.

—Oh, bueno —dijo—, eso explica por qué estás en la casa de tu madre, durmiendo.

El timbre sonó. Heather miró a Georgie. —¿Estás bien?

Seth lanzó las manos al aire. —¡En serio! ¡Heather! Creo que puedes confiar en mí estando a solas con tu hermana; ha sido mi mejor amiga *por más tiempo del que tú llevas viva*.

Heather lo señaló amenazadoramente. —¡Está frágil ahora mismo!

El timbre sonó de nuevo.

—Estoy bien —dijo Georgie—. Ve a ver quién es.

Heather salió hecha una furia al pasillo.

Seth se pasó una mano por el cabello y negó con la cabeza. —Está bien. No entremos en pánico, aún tenemos tiempo, y tengo café. Aún quedan doce horas factibles hoy, ¿cierto? Y más o menos la misma cantidad mañana. Y tal vez cinco o seis en navidad.

—Seth...

—¿Qué quería decir con “frágil”?

—Mira, Seth, lo siento. Sólo déjame vestirme.



—Tienes puesta tu camiseta de Metallica favorita —dijo—. Ya estás vestida.

—Déjame cambiarme, entonces. Y cepillarme los dientes y despertar. *Lo siento*. Sé que necesitas trabajar en los guiones.

—Jesús, Georgie. —Se sentó en la cama, mirándola—. ¿Crees que me interesan los guiones?

Se cruzó de piernas por debajo del cobertor. —Sí.

La cabeza de Seth cayó en sus manos. —Tienes razón. Me importan. Me preocupo un montón por los guiones. —Levantó la mirada, con desánimo—. Pero cumplir finalmente con nuestro programa de ensueño no será gratificante si te mudas de nuevo con tu madre y comienzas a dormir dieciocho horas al día.

—Lo siento —dijo.

Se pasó ambas manos por el cabello. —Deja. De. *Decir*. Eso. Sólo... dime qué te sucede.

Miró su teléfono amarillo. —No puedo.

—Ya lo sé.

—¿En serio? —*No, no podría.*

—Sé que es por Neal. No estoy ciego.

—Nunca pensé que lo estuvieras —dijo Georgie—. Sólo demasiado centrado en ti. 159

—Puedes contármelo.

—En serio que no puedo —dijo.

—El universo no se romperá, Georgie.

—Algo más podría hacerlo.

Seth suspiró. —Él... ¿él te dejó?

—No.

—Pero no están hablando.

No, pensó, no desde el miércoles. Pero... sí, toda la noche.

—¿Qué te hace decir eso? —preguntó.

Seth levantó la mirada, casi como si estuviera avergonzado por ella. —Por la forma en que has estado llevándote la computadora al baño, sólo en caso de que el teléfono suene.

—Tengo que dejarlo conectado —dijo.

—Cómprate un teléfono nuevo.

—Voy a hacerlo. He estado ocupada.

Seth juntó sus encantadoras cejas castaño rojizas. Lucía como un preocupado senador. Como el actor que fue seleccionado para hacer de un



preocupado senador. Como la estrella de un noticiero. —¿Por qué no le dices que todo es culpa mía? Utilízame.

—En realidad, no funcionará —dijo Georgie, apretando las manos en el cobertor en su regazo—. Hacerte lucir como un idiota me hará parecer como una persona con lealtades estúpidas.

Seth rodó los ojos. —Él ya piensa que soy un idiota sin importar lo que le digas.

Suspiró y miró el techo. —Dios. Seth. De esta forma no podemos hablar de esto.

—¿Qué? No estoy diciendo que él sea un idiota. Estoy diciendo que sé que él piensa que soy un idiota.

—Neal no es un idiota.

—Lo sé —dijo Seth.

—Y odio esa palabra.

—Lo sé.

Quería frotarse los ojos, pero no quería soltar el cobertor.

—Es decir, no es *tan* idiota... —dijo Seth.

—*Seth*.

—¿Qué? Ese es su truco, ¿no? Sabes que lo es. Es como el personaje de Samuel L. Jackson.

—No puedo soportar a Samuel L. Jackson.

—Lo sé, pero te gusta toda esa cosa de “Quieres joder conmigo, ¿eh, punk? ¿Quieres?”. Te encanta eso.

—Cállate, ni siquiera conoces a Neal.

—Lo conozco, Georgie. He estado junto él toda mi jodida vida. Lo conozco, joder. Hemos compartido tú custodia.

—No —Georgie presionó las puntas de sus dedos en su frente—, este es el por qué no hablamos de esto. No tienes ninguna custodia.

—Tengo algunas. Los días de semana.

—No. Neal es mi esposo. Tiene toda la custodia.

—Entonces, ¿por qué no está él aquí tratando de descifrar qué está mal contigo?

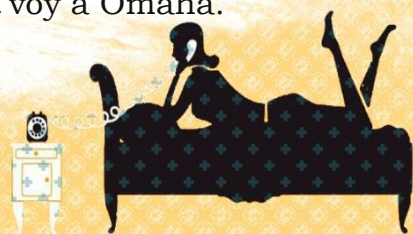
—¡Porque...! —gritó Georgie.

—¿Porque qué?

—¡Porque la jodí!

Seth lucía enojado. —¿Por no ir a Omaha?

—Lo más reciente es porque no fui a Omaha. Porque *nunca* voy a Omaha.



—¡Vas una vez al año! Me trajiste esa camisa de Thousand Island que me gusta.

—Es decir, metafóricamente. Siempre escojo el programa. Siempre escojo el trabajo. Nunca voy a Omaha.

—Tal vez deberías preguntarte por qué no vas, Georgie.

—¡Tal vez debería! —prácticamente gritó.

Seth miró su regazo.

Georgie miró el suyo. Así no eran ellos. Seth y Georgie nunca peleaban. En realidad, *siempre* peleaban: discutían, se insultaban y ridiculizaban. Pero nunca peleaban sobre algo que importara.

Sabía que Seth sabía que las cosas no iban bien entre ella y Neal.

Por supuesto que Seth lo sabía. Había estado junto a ella por veinte años. Veía cómo las cosas empeoraban —al menos así debía lucir desde su perspectiva— pero nunca lo mencionó.

Porque había *reglas*.

Y porque algunas cosas eran sagradas. No la vida de Georgie, sino el *trabajo* —el trabajo era sagrado. Seth y Georgie dejaban su vida en la puerta, y trabajaban. Y había algo realmente hermoso en ello. Algo increíble.

Sin importar cuán mal jodieran sus vidas, siempre tendrían el programa, cualquier programa en el que estuvieran, y siempre se tendrían el uno al otro —protegían lo que tenían.

Protegían el trabajo porque siempre estaría allí, un oasis que consumía sus días.

Dios. *Dios*. Ese era el por qué Georgie arruinaba todo.

Por ser realmente buena en algo. Por ser realmente buena *con* alguien. Por protegerse con la parte de su vida que era más fácil.

Comenzó a llorar.

—Oye —dijo Seth, alargando una mano hacia ella.

—No —dijo Georgie.

Él esperó hasta que sólo sorbía. —¿Trabajaste en el guión anoche?

—No.

—¿Vas a ir hoy?

—Yo... —Negó con la cabeza—, no lo sé.

—Podemos trabajar aquí, si quieres. Cambiar de escenario podría ayudarnos.

—¿Qué con Scotty?

Seth se encogió de hombros. —Él ya trabaja en casa. Incluso terminó un episodio. No está... mal. No suena como nosotros, pero no es malo. Es algo.



Trabajo. Georgie debería ir a trabajar. Se perdería Navidad así podía trabajar en el programa. Si no trabajaba en él, toda la semana sería un desperdicio; Georgie habría destruido su matrimonio por nada. Estaba a punto de decirle a Seth “*Bien, bien, iré a trabajar*”. Cuando el teléfono sonó.

El teléfono fijo.

Ella y Seth lo miraron. No sonó de nuevo.

—Vamos —dijo Seth—. Compré café. No sé dónde está, se lo entregué a tu hermana para quitarla de mi camino. Dios, ella es sobre-protectora, ¿estuviste recibiendo amenazas de muerte?

Alguien caminó por el pasillo, y la puerta se abrió. Heather sacudió la cabeza y los hombros. —Es para ti —le frunció el ceño a Georgie—. Es *Neal*.

El corazón de Georgie se paró un segundo. (Genial. Ahora le palpitaba el corazón) (Esperen. ¿Neal podía llamar al teléfono de la cocina también? Esto estaba fuera de control). —Gracias. ¿Cuelgas cuando atienda?

—¿Quieres que le cuelgue?

—No —dijo Georgie—. Yo atenderé aquí.

—¿Puedes hacer eso?

—¿Estás hablando en serio?

Heather frunció el ceño un poco más. —Lamento no estar al tanto de la tecnología del siglo veintiuno.

—Ve a la cocina, espera hasta que me escuches atender, luego cuelga.

—Solo contesta ahora.

Georgie miró al teléfono, justo fuera del alcance, y a Seth, y no al pantalón corto del pijama de su mamá que estaba tirado en el suelo. —En un minuto —dijo.

—*Bien* —Heather observó a Georgie de cerca, como si estuviera intentando descifrar su juego—. Simplemente iré a hablar con Neal mientras espero.

—No lo hagas, Heather.

Los ojos de Heather se estrecharon hasta convertirse en rendijas. —Solo le diré hola, le preguntaré por las niñas...

Georgie pateó a Seth. —Atiende el teléfono.

—¿Qué? ¿Quieres que *yo* hable con él?

—Nadie hablará con Neal. Atiende el teléfono... —Ella lo pateó de nuevo—, luego pásamelo. Y tú... —Señaló a Heather—, eres una hermana terrible. Y aún peor como persona.

Georgie pateó a Seth una vez más. Él se levantó y levantó el auricular, sosteniéndolo en el aire por unos segundos, apretando el mango como si fuera una bomba, luego se lo arrojó a Georgie.



Heather esperó en la puerta. —*Cuelga*, —articuló Georgie con los labios—. *Ahora*.

Sostuvo el teléfono en su oreja y esperó por el click. Podía oír voces en la casa de Neal, sus padres. Podía oír a Neal respirando.

Heather hizo temblar el teléfono cuando colgó en la cocina.

—¿Hola? —dijo Georgie.

—Hola —contestó Neal.

Georgie sintió su rostro ablandarse; bajó la mirada para que Seth no lo notara. —Hola. ¿Puedo llamarte luego? —Ella esperaba que fuera el Neal correcto. (No quiso decir el Neal *correcto*, sino el *joven*.)

—Sé que no se suponía que llamase —dijo él—, pero se hacía tarde, y pensé... no sé qué pensé, que quería hablar contigo, supongo.

Este era el Neal correcto. —Está bien —dijo ella—, ¿pero puedo llamarte luego?

—Sí —contestó—. Lo siento.

—No lo hagas. Te llamaré en seguida.

—Buenos días, Georgie.

Ella miró el reloj. —Son casi las dos ahí, ¿no es así?

163

—Sí. Pero... ahí no, ¿verdad? Llamé ahora porque no quería perder la oportunidad de decirte buenos días.

—Oh —sintió su cara enrojecer—. Buenos días.

—¡A-ja! —dijo Seth.

Georgie levantó la mirada hacia él, herida.

Él se apoyó en el armario, contento consigo mismo. —No estás usando pantalones.

—¿Ese es Seth? —preguntó Neal.

Ella cerró los ojos. —Sí...

Podía sentir las defensas de Neal levantándose, y derribándose, como la armadura de Iron Man en su lugar. Podía oírlo desde el otro lado del país y a quince años de distancia.

Su voz era tensa—: ¿Él acaba de decir que no usas pantalones?

—Está siendo un idiota.

—Si... bueno. Me llamarás luego, ¿verdad? ¿Cuándo hayas terminado con Seth? ¿Es eso lo que está sucediendo?

—Si —dijo Georgie—. Eso es lo que está sucediendo.

—De acuerdo. —Exhaló con fuerza por el teléfono—. Hablamos pronto.

Colgó.



Georgie le arrojó el auricular a Seth, *con fuerza*. Pero no con la suficiente, el cable quedó atrapado enrollándose y cayendo al suelo. Por un segundo, le preocupó que lo hubiera roto. (¿Podría ella conectar un nuevo teléfono? Aparentemente el Trimline marrón era mágico también, así que ella siempre podría llamar a Neal desde la cocina)

—No es suficiente para ti arruinar mi matrimonio *ahora* —dijo enojada—. ¿Verdad? Tienes que arruinarlo en todos lados de una vez.

Las cejas de Seth se levantaron, la miró como si ella lo *hubiera* golpeado con el teléfono. Lucía como si quisiera gritar, “¡reglas! ¡reglas! ¡reglas!”

—Arruinar tu matrimonio... —dijo.

Georgie soltó un suspiro y negó con la cabeza. —No debí haber dicho eso —continuó moviendo la cabeza—. Lo siento. Yo solo... ¿Por qué abriste la boca?

—¿Piensas que estoy arruinando tu matrimonio?

—No. Seth. No lo hago. Pienso que *yo* estoy arruinándolo. Tú solo eres un accesorio.

—No soy un accesorio, soy tu mejor amigo.

—Lo sé.

—*Siempre* voy a ser tu mejor amigo.

—Lo sé.

—Incluso si...

—No —lo interrumpió.

Él se apoyó contra el armario, golpeándolo suavemente, luego descansó su pie contra él como si estuviera modelando zapatos orange chinos. (Él los usaba). Luego se cruzó de brazos. —¿Qué significa eso, siquiera? —preguntó—. ¿“En todos lados de una vez”?

—No significa nada. Solo estoy cansada.

—Y asustada —añadió despacio.

Bajó la mirada hacia el edredón. —Y asustada.

—Y hablar conmigo sobre ello es claramente una idea *catastrófica*.

Se mordió los labios, asintiendo.

—Así que no hablemos sobre eso, Georgie. Solo escribamos.

Ella lo miró. Seth estaba siendo tan sincero como sabía serlo, su rostro era tan abierto que casi no lo reconoció.

—Es la única cosa que puedo arreglar para ti —dijo él.

Sus ojos cayeron al teléfono. —Tengo que volver a llamar a Neal.

—Bien. Llámalo de nuevo. Luego vístete. Llevaré nuestro café y buscaré un lugar para instalarnos... y luego ven cuando estés lista, y no mencionaré que



dormiste sin pantalones, pero lo sabré de ahora en adelante, Georgie, *siempre*. Y nosotros escribiremos un guión. Iremos sobre ello como Amy Sherman-Palladino.

—Amo a Amy Sherman-Palladino.

—Lo sé —dijo él, moviendo las cejas de forma significativa—. Soy tu *mejor amigo*.

—Lo sé.

—Me iré a la cocina ahora.

—Seth...

—Y tú saldrás en un minuto.

—Seth, no puedo ahora mismo. Tengo que llamar a Neal.

Su cabeza cayó contra el armario. —Puedo esperar.

—No quiero que esperes.

—*Georgie*.

—*Seth*. Tengo que arreglar lo que pueda.

—¿Qué se supone que haga mientras tanto?

—Ve a trabajar —dijo ella—. Escribe.

—¿Y vendrás a la oficina luego?

—Probablemente.

—Pero definitivamente irás mañana.

—Sí.

Movió la cabeza suavemente contra el tablero de fibra. —Bien. Solo... bien —se dirigió a la puerta—. *Cuatro días* —gruñó—. Tenemos cuatro días para hacer que esto suceda.

—Lo sé.

—De acuerdo... pero si resulta que no puedes recoger activamente los pedazos de tu matrimonio hoy, puedes escribir conmigo.

—Deja de hablar sobre mi matrimonio.

Seth se detuvo frente a la puerta y se volteó a sonreírle. —Bueno, vamos, vas a acompañarme a la puerta, ¿verdad?

Georgie se cruzó de brazos sobre el edredón. —Dejaré que Heather te corra. Eso la animará.

—Siempre pensé que yo le caía bien —murmuró, dejando que la puerta se cerrase tras de él.

Georgie no esperó a que Seth dejara la casa, no esperó a que su cabeza y sus ojos se aclararan, no se detuvo a procesar el hecho de que *Neal* la llamó, dos veces ahora, lo que significaba que su teléfono mágico funcionaba de ambas



maneras, lo que quería decir... *quién sabía lo que eso podría decir. Es un teléfono mágico. No es como si tuviera reglas.*

Marcó el número de Neal tan rápido que le dio al número equivocado y tuvo que empezar de nuevo.

Su padre atendió. Solo para poner a Georgie jodidamente nerviosa de nuevo.

—Hola, Paul... Sr. Grafton, habla Georgie. Está, um, ¿está Neal por ahí?

—Puedes llamarme Paul —contestó.

—Paul —se corrigió ella, y sintió que comenzaría a llorar de nuevo.

—Llamaste justo a tiempo —dijo—. Aquí está Neal.

Un arrastrar de pies y luego: —¿Hola?

—Hola —dijo Georgie.

—Hola —contestó Neal. Fríamente. Pero tal vez no con ira. Era tan difícil decirlo tratándose de él—. ¿Seth te dio un tiempo libre?

—Se fue.

—Oh.

—¿Estás saliendo? —preguntó ella—. Tu padre dijo...

—Sí. Iremos a ver a la hermana de mi abuela. Está en un hogar de ancianos.

—Es lindo de tu parte.

—No realmente. Está en un hogar de ancianos, y estará sola en Navidad. Es más o menos lo mínimo que podemos hacer.

—Oh —dijo ella.

—Lo siento. Yo solo... odio los hogares de ancianos. Mi tía abuela no tiene hijos, así que nosotros...

—Lo siento.

—Tú lo sientes —resopló él—. Pensé que estabas *durmiendo*.

—¿Cuándo?

—Cuando llamé.

—*Estaba durmiendo* —dijo ella.

—Te encontrabas con Seth.

—Él acababa de despertarme.

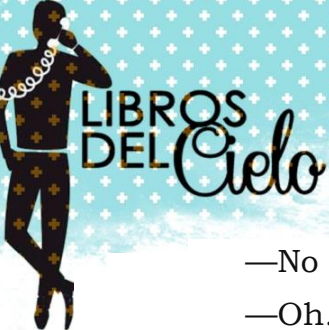
—Se suponía que me llamaras *a mí* cuando despertaras.

—*Iba a llamarte*.

—Eventualmente —dijo él.

—Neal. Prometiste que nunca estarías celoso de Seth.





—No estoy celoso de Seth. Estoy enojado contigo.

—Oh.

—Tengo que irme —dijo—. Te llamaré cuando regrese.

No me llames, casi respondió Georgie. —De acuerdo. Estaré aquí.

—De acuerdo.

Ella no iba a decir “te amo” ahora solo para ver si él le respondería lo mismo. —Estaré aquí —repitió.

—De acuerdo —colgó.





20

Traducido por Mire & Niki

Corregido por Victoria

Neal colgó.

Porque eso era tan fácil para él.

Por un segundo, Georgie deseaba que supiera que le hablaba desde el futuro. Neal no le colgaría de esa manera si lo supiera. Tú no cuelgas un teléfono mágico.

Georgie deambuló a la cocina, con hambre.

Heather se encontraba de pie en la puerta, hablando con alguien. Georgie vio el auto del repartidor de pizza a través del ventanal y se preguntó si sería de mala educación interrumpir y tomar la pizza, o si, sin la pizza, su pequeño coqueteo se terminaría.

168

Prendió la cafetera y buscó a través de la nevera, no encontrando nada.

Después de unos minutos, Heather entró a la cocina, sonriendo.

—¿Dónde está la pizza? —preguntó Georgie—. Estoy hambrienta.

—Oh. No he pedido una pizza.

—Pero el chico de la pizza se encontraba aquí.

Heather pasó junto a Georgie y se apoyó en la nevera. —Esa era una pizza equivocada.

—No hay tal cosa como una pizza equivocada —dijo Georgie—. Todas las pizzas son correctas.

—Era la dirección equivocada —dijo Heather—. Probablemente solo una confusión porque ordenamos muy a menudo.

—Heather, lo digo en serio, no hay tal cosa como una pizza equivocada. Ese chico quería hablar contigo.

Heather sacudió su cabeza y abrió el cajón de las verduras.

—¿Cuánto tiempo ha estado pasando esto? —preguntó Georgie.

—Nada pasa.

—¿Cuánto tiempo has estado ordenando pizzas por deporte, y no por sustento?

—¿Cuánto tiempo ha sido Seth tu despertador de servicio?



Georgie empujó la puerta de la nevera cerrándola, Heather tuvo que retroceder para salir del camino. —Eso está fuera de lugar —dijo Georgie.

Heather lucía como si quisiera decir algo más, algo peor, pero apretó sus labios cerrándolos y cruzó los brazos.

Georgie decidió alejarse. Se detuvo en el borde de la cocina. —Voy a tomar una ducha. Búscame si Neal llama.

Heather no le hizo caso.

—¿Por favor? —dijo Georgie.

—Bien. —Heather estuvo de acuerdo, ni siquiera molestándose en voltear la cabeza.

Georgie comprobó el teléfono amarillo antes de meterse en la ducha, sólo para asegurarse de que existía un tono de marcado y que el timbre se hallaba prendido. (Como si alguien se hubiera escabullido y lo hubiera descompuesto.)

Una vez, en la secundaria, estaba tan preocupada por perder la llamada de un chico, que arrastró el teléfono al baño cada vez que iba. (Él nunca llamó.) (Lo cual no desalentó a Georgie ni siquiera un poco.)

Se puso de pie bajo la ducha hasta que el agua salió fría, luego robó más pantalones de yoga de su madre y una sudadera con un perrito, y se fue a la lavandería.

Cuando Georgie vivía allí, la lavadora y la secadora se hallaban en el garaje cubiertas por un pequeño toldo de plástico. Pero Kendrick le construyó a su mamá una lavandería en la parte trasera de la casa, con un suelo de baldosas y una mesa de escurrido. Georgie sería capaz de escuchar el teléfono de la cocina aquí afuera, si sonaba.

Abrió la lavadora y colocó sus vaqueros, una camisa y un sostén... .

Era un sostén muy deprimente.

Había sido de color rosa una vez, en algún momento entre los nacimientos de Alice y Noomi, pero ahora era de un color beige grisáceo, y uno de los aros se mantenía furtivamente saliendo a través de un rasgón entre los pechos de Georgie. A veces el alambre se deslizaba casi todo el camino afuera y tiraba como un enganche desde el cuello de su camisa; a veces se inclinaba hacia otro lado y la lastimaba. Georgie debería comprar algunos nuevos sostenes, pero en lugar de eso sólo empujaba el alambre de vuelta cuando nadie se encontraba mirando, y luego se olvidaba de él hasta que necesitaba arreglarlo nuevamente.

Georgie era mala para hacer compras, pero aún era peor comprando sostenes. No podía hacerlo en línea, y no podía hacer que alguien los comprara por ella.

Siempre fue mala comprando sostenes, incluso cuando sus pechos todavía eran jóvenes y encantadores. (Si Georgie pudiera encontrar una manera de llamarse a *sí misma* en el pasado, se diría lo joven y hermosa que era “*Este es el fantasma de comprar sostenes del futuro. Todo el mundo está un poco desequilibrado, trata con eso*”.)



Cerró la tapa de la máquina de lavado, fijó el marcador a SUAVE, y luego se dejó caer en el suelo delante de la secadora y se apoyó en ella. Era cálida y zumbaba. Georgie se sentía como uno de esos monos rhesus que preferían la ropa de su madre.

Esto no se suponía que fuera así.

Todo parecía tan bien cuando Georgie se quedó dormida la noche anterior. Mejor que bien. Tal vez mejor *que nunca...*

Lo que era raro. Cuando hablaba con Neal en el pasado, se llevaban mejor de lo que lo hacían en su pasado compartido o su presente compartido. Tal vez éstas eran las versiones de sí mismos que se encontraban destinadas a estar juntas, un Georgie madura y un Neal no cansado. Lástima que no pudieran seguir así.

¿Cuánto tiempo *podría* durar esto?

Era 23 de diciembre.

Georgie sabía lo que pasaba en 1998: Neal terminó en su puerta el día de Navidad. Eso significaba que Neal, el Neal de la línea telefónica, tendría que salir de Omaha mañana por la mañana, para proponerle matrimonio.

¿Eso todavía ocurriría...? ¿Neal aún se le propondría? ¿O Georgie estropeó eso hace una hora, en un solo golpe de Seth?

Tal vez lo estropeó la primera vez que llamó a Neal en el pasado.

Ayer, Georgie se preguntaba si tenía que hablarle a Neal desenamorándolo de ella, si ese era el punto de esta magia, salvarlo de ella.

Se encontraba pensando cuando Heather bajó los escalones del cuarto de lavado. Llevaba una de esas sopas de Campbell que se puede calentar en el microondas, y se comen desde la lata. Pollo y estrellas.

—¿Alguna vez te cocinas? —preguntó Heather—. ¿O Neal solo te pone un plato para ti cada mañana?

—A veces ordeno cosas —dijo Georgie.

—¿Con qué alimentas a las niñas?

—Neal alimenta a las niñas.

—¿Qué pasa si Neal no está en casa?

—Yogurt.

Heather le entregó a Georgie la sopa, en una ofrenda de paz, luego se sentó a su lado, contra la lavadora.

—Gracias —dijo Georgie.

Heather aún parecía desconfiar de Georgie. Respiró hondo y soltó el aire a través de sus dientes. —Sé que algo está pasando, así que mejor me lo dices, ¿estás durmiendo con Seth?

Georgie tomó un sorbo de la sopa y le quemó la boca. —No.



—¿Tienes un novio que no es tu esposo, y que también se llama Neal?

—No.

—¿Algo realmente extraño está pasando?

Georgie volvió la cabeza hacia Heather y la inclinó en contra la secadora. —
Sí...

Heather la imitó, descansando su cabeza contra la lavadora. —Ni siquiera
puedo recordarte sin Neal —dijo ella.

Georgie asintió lentamente, y luego tomó otro sorbo de sopa, más
lentamente. —Fuiste a nuestra boda, sabes. ¿Te acuerdas?

—Creo que sí —dijo Heather—, pero solo podría estar recordando las fotos.

Heather se suponía era la niña de las flores, pero ninguno de los amigos de
Georgie pudo pagar el viaje a Nebraska, así que Heather se convirtió en su única
dama de honor, además de Seth, quién asumió debía respaldar a Georgie.

Georgie ni siquiera se encontraba segura de si debía invitar a Seth (porque
la boda fue en Omaha, y por *Neal*), pero Seth comenzó a llamarse a sí mismo el
padrino de Georgie, y no estaba segura de cómo discutir eso...

Para la boda usó un traje marrón de tres piezas y una corbata verde pálido. Heather
llevaba un vestido shantung lavanda y una chaqueta de punto verde. Seth la llevó
por el pasillo.

E insistió en que Heather vaya a la despedida de soltera de Georgie, una
“recepción de bodas única”, constituida por una cena en algún restaurante
italiano cerca de la casa de Neal. Comieron espaguetis con salsa de tomate dulce
de azúcar, y Seth hablaba sin parar sobre la comedia en la que se encontraba
trabajando, dónde acababa de convencer a los productores para que contrataran
a Georgie. Ella bebió demasiado, y Heather cayó dormida en la mesa. —Lo bueno
es que yo soy el conductor designado —dijo Seth.

Había una foto del día siguiente, en la ceremonia, de Seth firmando el
certificado de matrimonio como testigo de Georgie. Heather se encontraba de
puntillas para mirar. Seth en su chaleco marrón. Georgie con su vestido blanco.
Neal radiante.

Georgie tomó otro sorbo de sopa. —Estuviste adorable —le dijo a Heather—.
Creo que pensabas que era *tú* boda, Neal bailó contigo, y estuviste sonrojada todo
el tiempo.

—Me acuerdo de eso —dijo Heather—. Quiero decir, he visto las fotos. Lucía
como Noomi.

Georgie y Neal no tuvieron una boda tradicional de iglesia, o una gran
recepción. Se casaron en el patio de Neal. Las lilas florecían, y Georgie llevaba un
puñado de ramas que su mamá reunió en un ramo.

Todo era económico. Ella y Neal se acababan de graduar, y Georgie no
comenzaría a trabajar en la comedia hasta que regresara de su luna de miel.



(Cinco días en zonas rurales de Nebraska, en una cabaña propiedad de alguien en un río fangoso.) (Los cinco mejores días.)

Ellos trataron de pagar por toda la boda por sí mismos; su mamá y Kendrick ya ahorran todo lo que podían para comprar los billetes de avión, y Georgie no quería recurrir a los padres de Neal en busca de ayuda.

Georgie fue quien sugirió que se casaran en Omaha. Sabía que a Neal le gustaría. Su ruptura, su casi desintegración, se encontraba todavía fresca en su memoria, y Georgie quería que Neal mirara hacia atrás en su día de boda y se sintiera feliz, sobre todo eso. Quería que *fuera* feliz ese día, para estar completamente en su elemento.

La familia de Neal terminó ayudando de todos modos. Sus padres compraron la torta, y sus tías hicieron mentas y sándwiches de queso crema. El pastor quien bautizó y confirmó a Neal se encontraba allí para casarlos. Y después de la ceremonia, el padre de Neal trasladó su equipo de música hacia el patio y tocó como discjockey.

La única canción que Georgie solicitó fue *"Leather and Lace"*.

Eso empezó como una broma.

"Leather and Lace" sonaba en un restaurante en una de sus primeras citas, y Georgie se alocó diciéndole a Neal que esa era "nuestra canción". Luego ambos trataron, sin éxito, a pensar de una más ridícula. (Neal sugirió *"Gypsies, Tramps y Thieves"*; Georgie presionó por el tema de *Taxi*.)

Después de eso, *"Leather and Lace"* siguió sonando en la radio en los momentos importantes en su relación...

Una vez, cuando Neal la besó en el auto, frente a la casa de su mamá.

Durante un viaje a San Francisco.

Cuando Georgie pensó que se encontraba embarazada, y estuvieron esperando en la cola en Walgreens para comprar una prueba de embarazo. (Neal con la mano en su espalda. Georgie sosteniendo la prueba como si fuera un paquete de chicles. Stevie Nicks cantando acerca de tener su propia vida y ser más fuerte de lo que crees). En algún momento, *"Leather and Lace"* simplemente se convirtió en su canción. En verdad.

Cuando empezó a reproducirse en el día de su boda, en el patio de los padres de Neal, Georgie sintió un nudo en la garganta.

¿Fue ese el momento en que se dio cuenta de que en realidad se iba a casar?

¿O fue sólo el momento en que se dio cuenta de que encontró a un chico que bailaría con ella, frente a frente, al ritmo de *"Leather and Lace"*? (*"Quédate conmigo, quédate-ee."*)

Después de *"Leather and Lace"*, Neal bailó con su madre a *"Moon River"*. (La versión de *Andy Williams*.) Entonces Georgie bailó con Seth, y Neal bailó con Heather a *"Both Sides Now."* (La versión de *Judy Collins*.)



Unas horas más tarde, cuando todo el mundo se había ido o se entraba en la casa, (Seth se fue al aeropuerto justo después de cortar la torta), Neal y Georgie se quedaron fuera en el patio, bailando lentamente lo que se estuviera reproduciendo en la estación radial de los clásicos.

En realidad, nunca bailaron juntos antes de ese día. O desde entonces. Y, la verdad, no bailaron mucho incluso ese día... Neal sostenía a Georgie con una mano en la parte baja de su espalda y la otra en la parte posterior de su cuello, y Georgie se apoyaba en él con ambas manos sobre su pecho, y se balanceaba de lado a lado.

No bailaron. Fue sólo una manera de hacer que la boda durara. Una manera de estar en el momento, reproduciéndolo una y otra vez en su cabeza. *Ahora estamos casados. Estamos casados.*

No lo sabes cuando tienes veintitrés.

No sabes lo que realmente significa meterse en la vida de otra persona y quedarse allí. No puedes ver todas las formas en las que se van a enredar, como van a unirse piel con piel. Como se sentirá la idea de separarse en cinco años, en diez, en quince. Cuando Georgie pensaba en el divorcio ahora, se imaginaba tumbada de lado a lado con Neal en dos mesas de operaciones, mientras que un equipo de médicos trataba de desenredar sus sistemas vasculares.

No lo sabía a los veintitrés años.

Ese día, en el patio, se sentía como el día más importante de su vida hasta ahora, y no el día más importante de su vida a partir de ahora. No como el día que lo cambiaría todo. Ese día *la* cambió, a nivel celular. Como un virus que reescribía su ADN.

Ese día, esa noche, en el patio...

Georgie pretendía bailar. Se aferró a la camisa de Neal. Frotaron sus narices juntas. —Eres mi esposa —dijo Neal, y luego se echó a reír, y trató de atrapar sus hoyuelos con los dientes. (Como si los atrapara, podría quedarse con ellos.)

—Tuya —dijo ella.

Quizá Georgie tuvo un *vistazo* de ello entonces, la manera en que el infinito se desenrollaba desde donde ellos se balanceaban. La forma en que todo lo que iba a suceder a partir de entonces se hallaba irrevocablemente atado a ese día, esa decisión.

Neal llevaba un traje azul marino, y esperó para cortarse el pelo hasta el día antes de la boda, por lo que se encontraba un poco demasiado corto.

—Tuya —dijo.

Neal apretó la parte posterior de su cuello. —Mía.

La secadora se detuvo.

—Nunca he estado enamorada —dijo Heather—. No creo ser susceptible.



Georgie dejó la lata de sopa y se subió las gafas para frotarse los ojos. — ¿Cómo puedes saber eso?

Heather se encogió de hombros. —Bueno, no ha sucedido todavía, ¿verdad?

—Tal vez no has ordenado lo suficiente de pizza.

—Lo digo en serio, Georgie.

—Bien... *en serio*, Heather, sólo tienes dieciocho. Tienes un montón de tiempo para enamorarte.

—Mamá me dijo se había enamorado tres veces para cuando cumplió mi edad.

—Bueno... —Georgie frunció el ceño—, ella es *inusualmente* susceptible. Tiene un sistema inmunológico comprometido, cuando se trata de amor.

Heather jugó con el cordón de su sudadera. —Ni siquiera he salido a una cita real todavía.

—¿Lo has intentado? —preguntó Georgie.

Su hermana frunció la nariz. —No quiero intentar.

—Va a suceder en la universidad.

—Tú tuviste citas en la secundaria —insistió—. ¿Te enamoraste de alguien antes de Neal?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque necesito hablar con alguien —dijo Heather—, y mamá es aberrante.

—¿No puedes hablar con tus amigas?

—Mis amigas son al menos tan despistadas como yo. ¿Te enamoraste de alguien antes de Neal?

Georgie pensó en ello. Hubo un chico en onceavo grado que fue algo más que un simple amigo, por algunas semanas, y luego pasó. Y después estuvieron los años en que se sentaba en el sofá con Seth.

—Tal vez —dijo Georgie—. Tal vez me encontré muy cerca de enamorarme, de manera acumulativa, a lo largo de dos o tres relaciones.

—Pero no como con Neal.

—No como con Neal.

—¿Cómo supiste que era el indicado?

—No lo sabía. No creo que ninguno de los dos lo supiera.

Heather puso los ojos en blanco. —Neal lo supo... te propuso matrimonio.

—No es así —dijo Georgie—. Ya lo verás. Es más como que conoces a alguien, y te enamoras, y *esperas* que esa persona sea la indicada... y luego, en algún momento, tienes que apostararlo todo. Sólo tienes que hacer un compromiso y esperar tener razón.



—Nadie más describe el amor de esa manera. —Heather frunció el ceño—. Tal vez lo estás haciendo mal.

—*Obviamente* lo estoy haciendo mal —dijo Georgie—. Pero sigo pensando que el amor se siente de esa manera para la mayoría de la gente.

—Así que piensas que la mayoría de la gente lo apuesta todo, toda su vida, en una esperanza. Sólo *esperando* que lo que sienten sea real.

—Lo real no es relevante —dijo Georgie, girando por completo para hacerle frente a Heather—. Es como que... están lanzando una pelota entre ustedes, y simplemente esperan no dejarla caer. Y no tiene nada que ver con si se aman o no. Si no se aman, no estarían jugando este estúpido juego con la pelota. Se aman, y sólo *esperan* poder mantener la pelota en juego.

—¿Por qué la metáfora de la pelota?

—No estoy segura —dijo Georgie—. La relación. Matrimonio.

—Eres realmente deprimente —dijo Heather.

—Tal vez no deberías estar hablando de matrimonio con alguien cuyo marido acaba de dejarla.

—No te dejó —dijo Heather—. Simplemente fue a visitar a su madre.

Georgie miró la lata de sopa vacía en su regazo.

—Sigo esperando que digas que todo vale la pena... —dijo Heather.

Georgie tragó. —Eso es algo sin sentido.

Se sentaron en silencio durante un minuto hasta que uno de los perritos, la abultada y preñada, se escabulló por las escaleras hacia el cuarto de lavado. Ver un carlino correr por las escaleras es muy parecido a ver un carlino caer por las escaleras. Georgie se estremeció y apartó la mirada. Corrió hacia ella y se quedó inmóvil, ladrando agresivamente.

—Ya no te agrado tampoco —dijo, volviéndose hacia el perro.

—Es la camiseta —dijo Heather—. Odia esa camiseta.

Georgie bajó la mirada al pequeño perro que le seguía ladrando a su camiseta prestada.

—Son muy territoriales —dijo Heather—. Aquí, muévete, déjala subir a la secadora.

—Puede que no me agrade —dijo Georgie—, pero no quiero *cocinarla*.

—Le gusta —dijo Heather, empujando a Georgie hacia la puerta de la secadora—. Es cálido. —Levantó al perro en la secadora, en la parte superior de la ropa.

—¿Qué pasa si hace demasiado calor ahí dentro?

—Entonces va a saltar.

—Esto es tan peligroso —dijo Georgie—. ¿Qué pasa si no sabes que está ahí, y enciendes la secadora?



—Comprobamos primero.

—Yo no hubiera comprobado.

—Bueno, ahora lo harás. Mira, le gusta.

Georgie vio al perrito sentarse sobre un montón de ropa, contenta de que sus propias ropas estuvieran todavía en la lavadora. Frunció el ceño ante el perro, y luego a Heather. —Recuérdame nunca pedirte que cuides a mis niños de nuevo.

El sujetador de Georgie se destruyó por completo en la lavadora. Su madre tenía una lavadora Speed Queen con una centrifugadora clásica, y el aro flojo de su sujetador se envolvió alrededor del centro y quedado atrapado en algo en el interior del tambor. Georgie tiró del aro.

Ni siquiera pasaron noventa minutos desde que Neal le colgó. Podría no haber llegado al asilo de su tía en Iowa todavía. Georgie no podía simplemente sentarse aquí, esperando todo el día. Debía ir a trabajar... Dios, no, no podía lidiar con Seth en estos momentos.

Levantó el sujetador, tratando de decidir si podía sobrevivir con un aro, luego lo metió en la secadora con el resto de la ropa (sacando al perro primero) y entró corriendo en la casa.

Heather se encontraba sentada en el sofá, jugando con su teléfono.

—¿Quieres ir al centro comercial? —preguntó Georgie.

—¿El día antes de Nochebuena? Claro, eso suena como una gran idea.

—Bueno. Vámonos.

Heather, que ya estrechaba sus ojos; los redujo a una fina línea. —¿No vas a ponerte un sujetador?

—Voy al centro comercial a comprar un sujetador.

—¿Por qué no te vas a casa a recoger algo de ropa?

Georgie pensó en su casa. Lejos y en la penumbra, casi todo justo como Neal lo dejó. —Tengo que regresar aquí antes que Neal llame.

—Entonces lleva el teléfono contigo.

—Va a llamar *aquí*... ¿Vienes o no?

—Nah —dijo Heather—. Me quedaré. De esa manera hay alguien para contestar el teléfono cuando *Neal* llame. —Puso su nombre en comillas en el aire.

Se fruncieron el ceño la una a la otra.

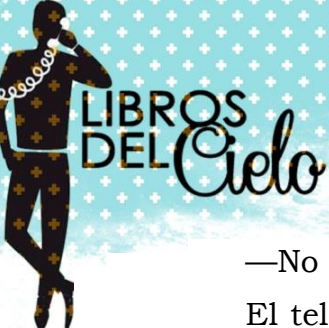
—Ven conmigo —dijo Georgie—. Te voy a comprar algo.

—¿Qué?

—Tal vez tenga que ir a la tienda de Apple.

Heather se levantó de un salto del sofá, luego se congeló. —No puedo ser sobornada; no voy a mantener tus secretos sucios.





—No tengo secretos sucios.

El teléfono de Georgie seguía enchufado al encendedor del auto y sonó tan pronto como lo encendió. Tenía siete llamadas perdidas y cuatro correos de voz de Seth, más dos llamadas perdidas y un correo de voz del celular de Neal. Georgie se detuvo —a mitad de camino en la calzada de su madre y la mitad de la calle— para reproducir el correo de voz. Contuvo la respiración, esperando oír la voz de Neal. Oír, la actual voz de Neal.

—¿Mamá? —Era Alice—. La abuela quiere saber si tenemos permitido ver *La Guerra de las Galaxias, Episodio Cinco*. Le dije que sí, pero me dijo que hay mucha violencia. Y papá fue a ver al abuelo en el cementerio, y no llevó su teléfono, así que no puedo obtener su permiso. Le dije a la abuela que está bien, que sólo cerramos los ojos cuando Luke corta la cabeza de Darth Vader, pero no me cree. Así que llámanos de vuelta, ¿de acuerdo? Te quiero —Alice dio un beso en el teléfono—. Adiós.

Georgie dejó el teléfono en el salpicadero y retrocedió hacia la calle.

—¿Estás bien? —preguntó Heather.

—Estoy bien —dijo Georgie, empujando sus gafas y limpiándose un ojo con el dorso de su mano.

—Porque acabamos de dejar la casa, y ya estás conduciendo como una idiota.

—Estoy bien —dijo Georgie.





21

Traducido por Mary

Corregido por Valentine Rose

No había lugar para estacionar en el centro comercial; tuvieron que dar muchas vueltas antes de encontrar una plaza. Entonces Georgie abrió la guantera y sacó la licencia de conducir y la tarjeta de crédito.

—¿No tienes una cartera? —preguntó Heather.

—Usualmente no necesito una.

—Pensaba que se suponía que las mamás llevan grandes carteras con kits de primeros auxilios y paquetes de cereales.

Georgie le frunció el ceño.

—Prácticamente estás sin hogar —dijo Heather—, ¿no es así? Si Neal no regresa, vas a tener que buscar comida y agua.

178

Guardó el teléfono y las tarjetas en su bolsillo. —No perderemos el tiempo aquí —dijo ella—. No pasearemos tomando malteadas Orange Julius, buscando a chicos calientes.

—No tengo doce años, Georgie.

—Entramos y salimos. Conseguimos el sujetador, conseguimos la nueva batería para mi celular, luego nos vamos de aquí.

—¿Me vas a comprar un nuevo teléfono? Porque creo que prefiero tener un iPad.

—¿Quién dijo que te iba a comprar un teléfono?

—Estaba implícito. Además, mamá dijo que eres buena para eso.

—Solo apúrate. No quiero perder la llamada de Neal.

Jingle Bell Rock sonaba dentro del centro comercial, dentro de la tienda, y dentro del probador en el departamento de ropa interior.

Ya había un revoltijo de sujetadores en el piso, y Georgie se estaba probando uno más, de espaldas al espejo. Estaba tan distraída que seguía olvidando prestar atención a cual le quedaba bien.

Sólo escoge uno, Georgie. O cómpralos todos. No importa. Estás perdiendo tiempo.



Jesús, qué manera tan extraña de matar tiempo. El destino de su futuro pendía de un hilo, y no había nada que pudiera hacer en ese momento excepto esperar. Al menos, hasta que Neal llamara de vuelta.

¿El llamaría de vuelta, ¿cierto?

¿Qué pasaría si no lo hacía? ¿Qué pasaría si se encontraba demasiado enojado? ¿Qué pasaría si aún seguía enojado mañana en la mañana?

Georgie tenía que hablar con Neal, para hacer las cosas bien de nuevo. Tenía que asegurarse que él aún se metiera en su auto mañana, su mañana, y apareciera en su puerta en Navidad.

Pero, ¿qué pasaría si no lo hacía?

¿En serio Georgie creyó que los últimos quince años solo se borrarían? ¿Se entregó tan completamente a este bizarro escenario que pensó que su matrimonio iba a desvanecerse, como Marty McFly en medio de “Ángel de la Tierra”?

¿Qué más *podría* pensar? Tenía que seguir jugándose todo; las apuestas eran demasiado altas.

Si Neal no se hubiese aparecido para proponérsele en 1998...

La Georgie de veintidós años nunca sabría lo que se perdía. Esa chica pensaría que ya estaba terminado, que ya lo perdió.

179

Georgie colapsó esa semana después que Neal se fue a Omaha.

Ella pasó todo su tiempo en una bruma. Tendida en su cama, deliberando no llamarlo. ¿Por qué lo llamaría? ¿Qué se suponía que diría: lo lamento? Georgie *no* lo lamentaba. No lamentaba que supiera qué quería hacer con su vida. No lamentaba que hiciera que estuviera pasando.

No es como que Neal le ofrecía algún plan alternativo convincente. — *Georgie, quiero ser un criador de ovejas; está en mi sangre, no lo puedo hacer en ningún lugar excepto Montana.* (¿Era ese lugar donde se criaban ovejas?) — *Te necesito. Ven conmigo.*

No, Neal sólo decía—: *Odio aquí, odio esto. Odio que quieras esto.*

Todo lo que le ofrecía a Georgie eran negatividades.

Y entonces luego la dejó. Se fue sin ella; rompió con ella y se fue de la ciudad.

Georgie en serio creyó que habían terminado.

Los primeros dos días sin Neal, sintió como si una brecha se abriera entre sus costillas, desgarrando el fondo de sus pulmones. Georgie despertaba en un estado de pánico, segura que se había quedado sin aire... o que había perdido la habilidad para retenerlo en su interior.



Entonces el oxígeno la golpearía como una pelota de béisbol en el corazón.

El aire se encontraba ahí; solo tenía que tranquilizarse. *Dentro, fuera. Dentro, fuera.* Se preguntaba si iba a tener que pasar el resto de su vida recordándose respirar. Tal vez ese sería su monólogo interno desde ahora. *Dentro, fuera. Dentro, fuera.*

Neal no llamó para disculparse con Georgie esa semana, tampoco.

¿Por qué debería? Pensó esa vez. *¿Por qué tenía que disculparse? ¿Por no querer exactamente lo que Georgie quería? ¿Por darse cuenta cuáles eran sus limitaciones?*

Bien por él, que se conocía a sí mismo tan bien.

Bien por él, por descubrirlo.

Neal la amaba, Georgie sabía eso. No podía sacar sus manos de ella, no podía mantener su *tinta* fuera de ella; siempre estaba garabateando en su estómago o en su muslo o en su hombro. Mantenía un set de marcadores Prismacolor junto a su cama, y cuando Georgie tomaba una ducha, el agua parecía un arcoíris.

Sabía que Neal la *amaba*.

Bien por él, que se dio cuenta que no era suficiente para hacerlo feliz. Fue muy maduro. Probablemente les ahorro muchos dolores de cabeza.

Oh Dios, oh Dios, Oh Dios.

Dentro-fuera, dentro-fuera, dentro-fuera.

Quédate conmigo, quédate.

Para esa mañana de Navidad, Georgie no había hecho ningún progreso emocional desde la ruptura. No se sentía mejor o más fuerte.

Se encontraba segura que cada Navidad desde entonces serían manchadas por la partida de Neal. Que nunca sería capaz de oír “Los cascabeles” de nuevo sin recordar a Neal manejando lejos de ella.

Seth seguía llamando para ver cuál era su estado, pero no quería hablar con él. No quería escucharlo decir cuánto mejor se hallaba sin Neal.

Georgie no estaba mejor. Incluso si Neal tenía razón —incluso si ellos nunca funcionaron juntos, incluso si eran fundamentalmente *malos* el uno para el otro—, ella aún no estaba mejor si él. (Incluso si tu corazón está roto y lastimándote, no estás *mejor* sin él.)

Su madre obligó a Georgie a salir a la sala en la mañana de Navidad para ver a Heather abrir sus regalos. Heather tenía tres años, sólo lo suficientemente mayor para entender que todo debajo del árbol era para ella. Georgie se sentó en el sofá con pantalones de pijama de franela y una camiseta raída, y comió panqueques con sus dedos.

Kendrick estaba allí. Él aún era nuevo en ese entonces. Le trajo a Georgie un certificado de regalo del cine con un arco en él. Heather obtuvo un Teletubby hablador, por el cual actualmente estaba perdiendo el control físico y emocional.



Él, Kendrick, no el Teletubby, seguía intentado hablarle a Georgie, e intentaba tan duro que ella no tenía el corazón para ignorarlo. (Pero ya que no tenía ningún corazón en absoluto, hacer conversación era difícil.) Cuando el timbre sonó, Kendrick saltó para atender, probablemente sólo para alejarse de Georgie.

—Es tu amigo Neal —dijo cuando regresó a la sala.

—Te refieres a Seth —contestó.

Kendrick se rascó su barba; la ridícula de barba de chivo que solía tener. —Neal es el pequeño, ¿cierto?

Georgie bajó su plato y se levantó del sofá.

—¿Por qué no lo invitaste a entrar? —preguntó su madre a Kendrick.

—Dijo que prefería esperar afuera.

Georgie no creía que fuera Neal. No *podía* creer que fuera Neal. Primero, porque Neal estaba en Omaha; y él no se saltaría la Navidad en Omaha. Y segundo, porque terminaron. Y tercero, porque ¿qué pasaría si Georgie creía que era Neal, y entonces salía y no lo era? Eso podría acabarla.

La puerta delantera aún se encontraba abierta cuando se acercó.

Neal yacía parado del otro lado, mordiendo su labio y entrecerrándole los ojos a su bloc, como si esperara que saliera corriendo.

Neal.

Neal, Neal, Neal.

Las manos de Georgie temblaban cuando abrió la puerta.

Neal se giró hacia ella, y sus ojos se expandieron. Casi como si no creyera que realmente era ella.

Retrocedió un paso, por lo que Georgie se detuvo fuera sobre el porche delantero. Quería agarrarlo. (Era probablemente seguro agarrarlo... Neal no habría venido a su casa en la mañana de navidad solo para terminar *nuevamente* con ella, ¿cierto? ¿No habría regresado solo para decirle que se iba?)

Neal tenía los ojos estrechados, y su rostro era tenso. Parecía como si ella aún lo estuviera lastimando. —Georgie —dijo.

Georgie empezó a llorar intensamente. —Neal.

Neal sacudió su cabeza, y ella se arrojó hacia él para abrazarlo. Incluso si él *había* venido solo para asegurarse que ella sabía que terminaron definitivamente, Georgie iba a conseguir un abrazo desesperado más a pesar de todo.

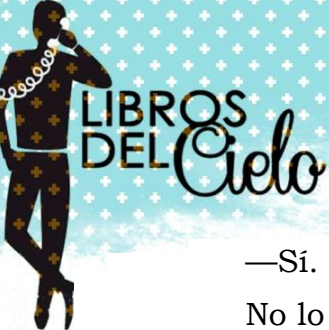
Sus brazos envolvieron sus hombros, y la sostuvo apretadamente. —Georgie —dijo Neal, y luego empezó a apartarse.

Ella no lo dejaba ir.

—Georgie —dijo él—, espera.

—No.





—Sí. Espera. Necesito hacer algo.

No lo soltó; Neal tuvo que desenvolver sus brazos y dar un paso atrás.

Tan pronto como se apartó, se arrodilló. Georgie pensó que quizás iba a disculparse, que estaba cayendo a sus pies. —No —dijo—, no tienes que hacerlo.

—Shhh. Solo déjame hacer esto.

—Neal...

—Georgie, por favor.

Se cruzó de brazos y lucía miserable. No quería que dijera que lo lamentaba. Eso los llevaría justo de vuelta al corazón de esta lamentable situación.

—Georgie —dijo—. Te amo. Te amo más de lo que odio todo lo demás. Haremos nuestro propio suficiente... ¿te casarías conmigo?

Georgie se detuvo, en el medio de fijar un sostén detrás de ella, y se giró para enfrente a sí misma en el espejo.

Oh...





22

Traducido por Julieyrr

Corregido por Emmie

Navidad.

Propuesta de matrimonio.

Analizándolo.

—*Haremos nuestro propio suficiente*—dijo él.

Anoche en el teléfono, Georgie le preguntó a Neal si el amor era suficiente.

Y hace quince años, él le contestó.

¿Podría eso... ser sólo una coincidencia?

O significaba...

Que ya había sucedido.

183

Que *esto*, todo esto, las llamadas telefónicas, las peleas, las conversaciones de cuatro horas, *ya habían sucedido*. Para Neal. Hace quince años.

¿Qué si Georgie no estaba interrumpiendo la línea de tiempo con estas llamadas telefónicas? ¿Qué si esta *era* la línea de tiempo? ¿Qué si hubiera sido la línea de tiempo desde el principio?

—*Haremos nuestro propio suficiente*—dijo Neal ese día en su puerta.

Georgie se acordó de él diciéndolo, recordó que sonaba bien, pero todo en lo que se centró en ese momento fue el anillo en su mano.

¿Podría ser que Neal se refería a una conversación de la que pensó ella formaba parte?

—*¿Y si no es suficiente?*—preguntó Georgie ayer por la noche.

—*Haremos nuestro propio suficiente*—le prometió en 1998—. *¿Te quieres casar conmigo?*



23

Traducido por Julieyrr

Corregido por Daniela Agrafojo

—Oh.

Georgie se quedó boquiabierta mirando su imagen en el espejo. —Oh Dios mío —jadeó.

—No puede ser tan malo —dijo Heather desde fuera del probador—. Ni siquiera tienes cuarenta.

—No, yo... —Georgie salió de la cabina malva, poniéndose la sudadera de su madre—. Tengo que ir a casa ahora.

—Pensé que Neal te llamaría a nuestra casa.

—Bueno, tengo que ir allí. Ahora.

La encargada se reunió con ellas fuera de la habitación. —¿Alguno de esos funcionó?

—Este está bien —dijo Georgie. Metió la mano bajo su camisa y rompió las etiquetas de su sujetador, entregándoselas a la vendedora—. Me quedo con este. —Comenzó a caminar hacia la caja registradora.

Neal nunca le dijo a Georgie por qué cambió de opinión, por qué la perdonó, por qué regresó a California y le propuso matrimonio. Y Georgie nunca se lo preguntó. No quería darle la oportunidad de reconsiderarlo...

Pero quizás *esta* era la razón. Tal vez *ella* era el por qué. Ahora.

—Lo siento —dijo la vendedora—. No puedo dejar que te pongas eso. Política de la tienda.

Georgie la miró fijamente. Era una mujer blanca y delgada, un poco más joven, con lápiz labial de color café claro. Se había mantenido tratando de entrar en el vestuario con Georgie para asegurarse que los sujetadores encajaban correctamente.

—Pero estoy comprándolo —dijo Georgie.

—Lo siento, señora. Política de la tienda.

—Bien —dijo Georgie—. Tengo que irme, sólo me lo quitaré y haré esto otro día.

—Pero ya le quitó las etiquetas. Tiene que comprarlo.

—Cierto —asintió Georgie—. Está bien.



Levantó la mano detrás de ella para desabrochar el sujetador, entonces después de unos segundos maniobrando, lo sacó por una de sus mangas y lo dejó caer sobre el mostrador.

—Pásalo dos veces —dijo Heather—. Va a llevar dos.

La vendedora fue a buscar otro sujetador.

—Eres tan ruda —dijo Heather, sonriéndole—. ¿He mencionado que quiero ser como tú cuando sea grande?

—No tengo tiempo para esto. Tenemos que irnos. Ahora.

—Pero íbamos a ir a la tienda Apple. Georgie, *por favor*. Quiero un iPad, ya lo nombré.

—Puedes ordenarlo en línea. Tenemos que irnos.

—¿En serio? ¿Realmente me vas a comprar un iPad? ¿Puedo ordenar también un poni?

Cuando Neal dejó California esa navidad, él y Georgie se encontraban separados, y cuando regresó, quería casarse con ella. Y en medio, en medio...

Quizás *esto sucedió*. Quizás fue por *ella*.

Tal vez esta semana, esas llamadas telefónicas —*todo*— había pasado ya. De alguna forma, en algún momento...

Y Georgie tenía que asegurarse de que sucediera de nuevo.

—¿Georgie? Oye.

Heather empujó la bolsa de sujetadores en el pecho de Georgie. Ella los tomó.

—Siento interrumpir tu aneurisma —dijo Heather—, pero dijiste que el tiempo era esencial aquí.

—Cierto —dijo Georgie—, cierto. Siguió a Heather al auto, luego le entregó el llavero—. Tú conduces.

—¿Por qué? —preguntó Heather.

—Tengo que pensar.

Georgie se subió al asiento del acompañante y dio golpecitos con su teléfono muerto contra su barbilla. Ni siquiera se molestó en conectarlo.





24

Traducido por Sandry

Corregido por Dannygonzal

Georgie colocó el teléfono amarillo giratorio en la cama delante de ella y se quedó mirándolo. Resistió el impulso de comprobar el tono, por si acaso Neal llamaba en ese exacto segundo.

Esto lo cambiaba todo.

¿No?

Si Neal ya se le había propuesto en el pasado, entonces Georgie ya debió haberlo convencido en el futuro. No importaba lo que pasaba ahora. Lo que dijo ella. Él llamaría de nuevo.

Sea lo que sea que Georgie hizo después, *ya* sucedió. Ella caminaba en sus propias pisadas, no existía nada que pudiera estropear.

186

Se acercó al teléfono y levantó el auricular a su oreja, dejándolo de golpe de nuevo sobre la mesa tan pronto como se escuchó un tono de llamada.

Esto es sobre lo que iba toda esta semana, preservar las cosas como están. Tal vez debería estar agradecida por eso...

Pero Georgie pensaba, esperaba, que este desfase en el tiempo le estuviera ofreciendo una oportunidad de algo mejor.

Dios, ¿de todas formas, de qué sirve un teléfono mágico? No es una máquina del tiempo.

Georgie no podía cambiar el pasado, sólo podía hablar en él. Si Georgie tuviera una máquina del tiempo adecuada, tal vez podría *arreglar* de verdad su matrimonio. Podría volver al momento en el que todo empezó a ir mal, y cambiar el rumbo.

Excepto...

En realidad no hubo un momento como ese.

Las cosas no *iban* mal entre Neal y Georgie. Las cosas *siempre* se encontraban mal, y siempre bien. Su matrimonio era como un conjunto de balanzas en constante equilibrio. Y luego, en algún momento, cuando ninguno de los dos prestaba atención, se desequilibró hacia lo malo, y quedó establecida allí. Ahora sólo una enorme cantidad de lo bueno lo cambiaría de nuevo. Una cantidad imposible de lo bueno.

Lo bueno que quedaba entre ellos no tenía el peso suficiente...



Los besos que aún se sentían como besos. Las notas que Neal pegaba en el refrigerador cuando Georgie llegaba tarde a casa. (Una tortuga soñolienta en caricatura con las palabras en una burbuja diciéndole que en el estante inferior estaban las enchiladas que sobraron). Miradas compartidas, cuando una de las niñas decía algo tonto. La forma en que Neal aún ponía el brazo a su alrededor cuando todos iban al cine. (Probablemente así se sentía más cómodo).

Gran parte de lo que todavía era bueno entre ellos era por Alice y Noomi, aunque ellas se encontraran *entre* ellos.

Georgie se encontraba bastante segura que tener hijos era lo peor que podías hacer en un matrimonio. Claro, podías *sobrevivirlo*. Podías sobrevivir a una roca gigante que cae sobre tu cabeza, pero no quiere decir que fuera bueno para ti.

Los niños llevaban una cantidad insondable de tiempo y energía. Tenían preferencia sobre todo lo que tenías por ofrecer.

Al final del día, después de trabajar, después de tratar de pasar alguna clase de tiempo significativo con Alice y Noomi, Georgie generalmente se sentía demasiado cansada como para hacer las cosas bien con Neal antes de caer dormida. Así que las cosas continuaban mal. Y las chicas seguían dándoles algo más de qué hablar, algo más en lo que centrarse...

Algo más que amar.

Cuando Georgie y Neal se sonreían el uno al otro, casi siempre era por encima de las cabezas de Alice y Noomi.

Y Georgie no sabía si se arriesgaría a cambiar eso... incluso si pudiera.

Tener hijos envió un tornado a través de su matrimonio, pero los hizo felices. Incluso si *pudiera* reconstruir todo tal y como se encontraba antes, no querría.

Si Georgie pudiera hablar con sigo misma en el pasado, antes de que la balanza se inclinara, ¿qué diría? ¿Qué podría decir?

Ámalo.

Ámalo más.

¿Cambiaría algo?

Cuando Georgie estaba de ocho meses de embarazo de Alice, Neal y ella todavía no se habían decidido por una guardería.

Georgie pensó que quizá deberían conseguir una niñera. Casi podían permitirse una. Seth y ella comenzaban a trabajar en su tercer espectáculo, una comedia para una cadena de televisión sobre cuatro compañeros de cuarto incompatibles que pasaban el rato en una cafetería. Neal lo llamó *Store-Brand Friends*.

Neal entonces trabajaba en investigación farmacéutica. Por un tiempo pensó en la escuela de posgrado, pero no sabía lo que quería estudiar, así que consiguió un trabajo en un laboratorio. Luego consiguió en otro laboratorio. Lo



odiaba, pero al menos tenía un mejor horario que Georgie. Neal terminaba todos los días a las cinco, y hacía la cena en casa a las seis.

Había una buena guardería en el estudio que estaban considerando. Fueron y la visitaron, y Georgie puso sus nombres en la lista de espera.

Iba a estar bien, dijo Neal. Todo iba a estar bien.

Simplemente todo sucedía demasiado rápido.

Siempre asumieron que algún día tendrían hijos, pero en realidad no hablaron sobre los detalles. Lo más cerca que llegaron, fue en esa primera cita, cuando Georgie dijo que quería niños y Neal no discutió.

Después de que haber estado casados por siete años, parecía que probablemente debieron seguir adelante con ello, intentándolo, no hablándolo. Georgie ya tenía treinta y muchas de sus amigas habían tenido problemas de fertilidad...

Quedó embarazada el primer mes que dejaron de usar condones.

Y entonces estaba *ocurriendo*. Y todavía no hablaban de ello. No había tiempo. Georgie se sentía tan cansada cuando llegaba a casa del trabajo, que casi todas las noches se quedaba dormida en el sofá, en el horario de máxima audiencia. Neal la despertaba y caminaba detrás de ella hasta su estrecha escalera, con las manos apoyadas en sus caderas y la cabeza entre sus omóplatos.

Todo estará bien, dijo.

Georgie tenía treinta y siete semanas de embarazo cuando salieron a celebrar su octavo aniversario de boda. Caminaron hasta un restaurante indio cerca de su antigua casa en Silver Lake, y Neal la convenció de tomar un vaso de vino. (*"Un vaso de vino tinto no va a hacer daño a estas alturas"*). Hablaron un poco más sobre la guardería, era Montessori, dijo Georgie, probablemente, por tercera vez en la noche, y los niños tenían su propio huerto.

Una familia india se encontraba sentada en una mesa más allá. Antes de tener a la suya, a Georgie se le daba muy mal adivinar las edades de los niños, pero la familia tenía una pequeña niña que debía haber tenido alrededor de un año y medio. Estaba tambaleándose de silla en silla, extendió la mano y agarró el reposabrazos de Georgie, sonriéndole triunfalmente. La niña llevaba un vestido de seda rosa y mallas de seda rosa. Tenía una gorra de cabello negro y pendientes de oro en las orejas. —Oh, lo siento —dijo la madre de la niña, inclinándose y colocándola en su regazo.

Georgie dejó el vaso en la mesa con demasiada fuerza, y vino salpicó sobre el mantel amarillo.

—¿Estás bien? —preguntó Neal, sus ojos cayeron a su estómago. Él había estado mirando diferente a Georgie desde que comenzó a crecer, como si pudiera romperse en cualquier momento sin previo aviso.

—Estoy bien —dijo ella, pero su barbilla temblaba.

—Georgie. —Neal tomó su mano—. ¿Qué pasa?



—No sé lo que estamos haciendo —susurró—. No sé por qué estamos haciendo esto.

—¿Por qué estamos haciendo qué?

—Tener un bebé —dijo, mirando con lágrimas a la niña envuelta de rosa—. Nosotros... todo de lo que hemos hablado sobre ello, es lo que vamos a hacer con él cuando no estemos aquí. ¿Quién va a *criarlo*?

—Nosotros.

—¿De seis a ocho de la noche?

Neal se recostó en su silla. —Pensé que querías esto.

—Tal vez estaba equivocada. Tal vez no debería tener lo que quiero. —*Tal vez no lo merezco.*

Neal no le dijo que todo iba a estar bien. Parecía demasiado conmovido como para hablar. O tal vez demasiado enfadado. Se limitó a observar a Georgie llorar, con la frente baja, la mandíbula hacia adelante, se negó a terminar su plato de chana masala.

A la mañana siguiente le dijo que renunciaría a su puesto de trabajo.

—No puedes renunciar a tu trabajo —dijo Georgie. Ella todavía se hallaba en la cama. Neal le llevó una taza de té negro caliente y un plato de huevos revueltos.

—¿Por qué no? —dijo—. Lo odio.

Lo odiaba. Había estado allí tres años, la paga era terrible, y su jefe era un ególatra impenitente que le gustaba alardear sobre "curar el cáncer."

—Sí —dijo ella—, pero... ¿Al menos *quieres* quedarte en casa?

Neal se encogió de hombros. —Vas a ser miserable si llevamos a este bebé a la guardería.

—Lo superaré —dijo Georgie, sabiendo que lo haría, y también sintiéndose culpable por eso.

—¿No quieres que me quede en casa?

—No he pensado en ello, ¿tú sí?

—No hay nada que pensar —dijo—. Puedo hacer esto. Tu no. No necesitamos mi sueldo.

—Pero... —Georgie sintió que debía discutir, pero no sabía por dónde empezar. Y, realmente, realmente, realmente le *gustaba* esa idea. Ya se sentía mejor sobre el bebé, sabiendo que estaría con Neal, que no estarían entregándoselo (todavía no sabían el sexo, pero habían decido "Alice" o "Eli") a un desconocido durante nueve horas al día.

—¿Estás seguro? —preguntó, moviéndose para levantarse de la cama. Ella era enorme, Georgie se puso así con los dos embarazos, y tenía espasmos en su espalda cada vez que se sentaba. Neal se doblaba delante de ella para que



pudiera poner sus brazos alrededor de su cuello, luego la sentaba con las manos en las caderas—. Es un gran sacrificio —dijo.

—El cuidado de mi propio hijo no es un sacrificio. Es lo que hacen los padres.

—Sí, pero ¿estás *seguro*? ¿No quieres pensarlo?

Neal miraba la cara de Georgie, sin sonreír, sólo mirándola a los ojos sin pestañear, para que supiera que hablaba en serio. —Estoy seguro.

—Está bien —dijo ella, y le dio un beso, sintiéndose ya muy aliviada. Sintiendo algún tipo de satisfacción evolutiva. Como cuando tomó la decisión correcta eligiendo a este hombre; él iba a encontrar todos los mejores soportes para su nido y a cazar a todos los depredadores.

Permanecieron juntos, enroscados sobre la masa de bebé entre ellos, y Georgie sintió como todo iba a estar bien.

Así es como Neal se convirtió en un amo de casa.

Así es como Neal echó a perder su carrera incluso antes de haber descubierto lo que quería

¿Qué pasaría ahora? ¿Si permanecían juntos? (Dios, ¿realmente preguntó eso?)

Noomi comenzaría la escuela el próximo año. ¿Entonces Neal volvería a trabajar? ¿Qué iba a querer hacer, qué quería ser?

¿Un detective ferroviario?





25

Traducido por Annie D & Anty

Corregido por SammyD

Neal no la llamó.

Georgie se acostó en su cama y observó el teléfono. Intentaba descifrar si podía ver la magia si miraba lo suficiente. Si el teléfono destellaba o brillaba o hacía algún ruido extraño como *Freaky Friday*.

Uno de los perros, el macho, rondaba por el dormitorio. Se paró cerca de la cama ladrando hasta que Georgie lo llevó con ella.

—No me gustas —dijo—. Ni siquiera se tu nombre. En mi cabeza, te llamo “El Dulce” y al otro “El Que Luce Como Un Ladrillo”

Sí sabía sus nombres. Eran Porky y Petunia.

Porky acarició con el hocico el estómago de Georgie y gimoteó. Rozó sus nudillos en la piel de la parte trasera de su cuello.

La puerta se encontraba abierta, y Heather entró.

—Aún estoy bien —dijo Georgie. La comprobaba desde que regresaron del centro comercial y corrió hacia su dormitorio para dar vueltas alrededor del teléfono.

—Te traje Pringles —dijo.

—No quiero Pringles.

Heather se acercó y se sentó en la cama. —Bueno, ahora mientes. —Sacudió la lata de papas sobre el cubrecama, y Georgie y Porky comenzaron a comérselas. Cuando la lata se vació, Heather limpió sus dedos en los pantalones de terciopelo prestados de Georgie y se acostó en la cama al lado del perro—. ¿Te encuentras bien?

Georgie no respondió. En cambio, comenzó a llorar.

Porky trepó hasta su regazo.

—Odia cuando las personas lloran —dijo Heather.

—Bueno, lo odio, y con esto aún más.

—No lo odias.

—Lo hago —dijo Georgie—. Su cara esta siempre mojada, y la mejor cosa a lo que huele es a pedacitos de tocino.

191



—¿Por qué no llamas a Neal?

—Probablemente no se encuentra en casa. Además, no quiero hablar con él si no quiere hablar conmigo.

—Tal vez lo harás cambiar de parecer.

Georgie trató de suavizar las arrugas sobre los ojos de Porky.

—Si tú y Neal se separan —preguntó Heather—, ¿te mudarás de regreso aquí?

—¿Por qué? ¿Te molesto?

—No. Como que me gusta tenerte aquí. Es como tener a una hermana. — Heather le dio con el codo a Georgie—. Oye. Se supone que digas “No estamos separándonos. Neal sólo visita a su mamá”.

Georgie se encogió de hombros.

Después de un minuto o más, Heather le dio con el codo de nuevo. —Tengo hambre —dijo.

—¿Dónde está mamá?

—En la fiesta de Navidad de su trabajo.

—Podríamos hacer más manzanas con queso —dijo Georgie.

—Me comí todas las rebanadas de queso. —Heather se dio la vuelta y descansó su cabeza en su mano—. Supongo que podríamos ordenar una pizza...

Georgie forzó una sonrisa que sabía no saldría por cuenta propia. —Eso suena perfecto.

—Supongo que podría llamar a Angelo's —dijo Heather.

—Perfecto —dijo Georgie—, pero diles que no queremos ninguna de esas pizzas equivocadas. Si nos dan una pizza equivocada, la devolvemos.

Heather le sonrió de vuelta. —¿Te gusta los corazones de alcachofas?

—Me encantan los corazones de alcachofas. Adoro todos los corazones.

Heather se levantó y presionó remarcar en su teléfono. Ordenó la pizza, sacudiendo ya su pierna y mordiendo su labio. —Esperaré en la sala —dijo tan pronto como terminó la llamada.

—Buena idea. —concordó Georgie.

Georgie y Porky regresaron a sus miradas melancólicas. Georgie al teléfono. Porky a Georgie.

—Lo siento —dijo, rascando debajo de su collar—. Pero realmente no me agradas. —Pensó en Noomi. A Noomi le gustaban los carlinos; decía que lucían como gatitos realmente feos. “Miau” diría Noomi, acercándose a la cara de Porky tan cerca como él le permitiría (El cual, para crédito de Porky, era bastante cerca.)

—Miau —dijo Georgie ahora.



Porky estornudó.

Ambos carlinos amaban a Neal. Georgie sabía que los alimentaba con comida de la mesa (Porque era muy generoso. Y porque odiaba la comida de su mamá). Tan pronto como Neal se sentaba en el sofá, comenzaban a morder sus pantalones hasta que tenía a ambos en su regazo. Así es como Neal terminaba cada Acción de Gracias y cada Navidad, con dos niñas chiquitas y dos perros pequeños amontonados en su regazo. Neal, cansado y aburrido, pero sonriendo a Georgie desde el otro lado del cuarto, sus hoyuelos jugando a las escondidas con ella.

Sintió las lágrimas brotando nuevamente.

Porky gimió.

—Oh Dios —dijo, sentándose—. Debo hacer algo.

Miró una vez más al teléfono. No sonó.

—Vamos. —Colocó al perro en el suelo y dejó el cuarto.

—¿Que haces? —preguntó Heather. Había soltado su cabello, lo rizó con algo, y esperaba en la puerta, literalmente apoyándose contra el marco.

—Enloquecer —dijo Georgie.

—¿No puedes hacer eso en tu dormitorio?

—Pensé que te preocupabas por mí.

—Lo estaba. Lo estaré. Pero ahora... —Señaló enfáticamente a la puerta—
...la pizza se encuentra en camino.

—Eso es lo que pasa cuando ordenas una.

—*Correcto* —dijo Heather, mirando desorbitadamente a Georgie—. La *pizza* estará aquí en cualquier momento.

—Oh, claro —dijo Georgie—. Sólo...

El timbre sonó. Heather saltó.

—Sacaré mis ropas de la secadora.

Heather asintió.

—Podría tomar tiempo... —continuó Georgie—. Sólo... grita o algo cuando la pizza llegue aquí.

Heather asintió de nuevo. El timbre sonó de nuevo. Georgie tenía ganas de decirle a Heather que nada de eso importaba, que su dramatismo por su chico de la pizza no era nada comparado a la magia del teléfono del destino que destruía vida de Georgie, pero en cambio dio la vuelta deliberadamente hacia el cuarto de lavado.

Tan pronto como Georgie estuvo cerca de la puerta, escuchó el gimoteo.

Porky se encontraba afuera parado cerca de la sacadora abierta, ladrándole. —Maldición, Heather. —Heather debió haber dejado a Petunia en la



secadora de nuevo, para que tomara una siesta en las ropas cálidas y limpias de Georgie.

Georgie bajó unos pasos en los escalones, irritada con cada cosa viviente en la casa. Porky la miró y ladró. —¿Cuál es el problema? —preguntó Georgie—. ¿Quieres babear sobre todas mis ropas también?

Se inclinó sobre la secadora para buscar a la otra, a la grande que parecía algo como un ladrillo. Allí fue cuando Georgie vio la sangre. —Oh Dios...

Porky comenzó a ladrar de nuevo. Georgie se agachó en frente de la secadora, tratando de no bloquear la luz. Todo lo que podía ver era una pila de ropas con sangre. La camisa de Neal de Metálica se hallaba encima, moviéndose; la quitó del camino. Petunia se doblaba debajo, royéndole a algo, algo oscuro y ondulado.

—Oh Dios, oh Dios... ¡Heather! —gritó Georgie. Saltó y corrió a la casa—. ¡Heather!

Cuando llegó a la cocina, Heather se hallaba de pie frente a la puerta principal, mirando a Georgie como si estuviera planeando como matarla más tarde. El chico de la pizza se encontraba de pie...

Oh. El chico de la pizza era una chica.

Más pequeña que Heather, usaba pantalones oscuros, una camiseta de manga corta debajo de sus tirantes finos de cuero, y una gorra que decía ANGELO'S. La chica lucía algo así como Wesley Crusher, pero más bonita y con mejores brazos. Era una buena apariencia.

Huh, pensó Georgie, luego lo dijo en voz alta—: *Heather*. Es Petunia.

—¿Qué?

—Petunia está teniendo un bebe.

—¿Qué?

—¡Petunia! —dijo Georgie, con más énfasis—. ¡Está teniendo cachorritos en la secadora!

—No, no lo está. Tendrá una cesárea en dos semanas.

—¡Genial! —gritó Georgie—. ¡Iré a decirle!

—¡Oh Dios! —gritó Heather. Corrió pasando a Georgie hacia el cuarto de lavado. Georgie corrió detrás de ella hasta la puerta.

Heather se arrodilló en frente de la secadora e inmediatamente gritó. Porky corría de un lado para el otro por el piso de losas. Sonaba más como un repiqueteo de uñas contra un escritorio de metal. Ya se encontraba ronco de tanto ladrar. —Oh Dios, oh Dios, oh Dios —coreaba Heather.

—Vaya —dijo alguien.

La chica de la pizza apareció cerca de Georgie en las escaleras. —Vaya —dijo de nuevo, arrodillándose detrás de Heather.

—Va a morir —dijo Heather.



La chica tocó su hombro. —No lo hará.

—Si lo hará. Sus cabezas son muy grandes, debe tener una cesárea. Oh Dios. —Heather tomó algunas respiraciones agitadas—. Oh mi Dios.

—Va a estar bien —dijo Georgie—. Fue hecha para esto.

—No lo fue. —dijo Heather, llorando ahora—. Los carlinos fueron criados para ser inútiles. Debemos llevarla al veterinario.

—Creo que es muy tarde para eso —dijo la chica de la pizza, mirando a la secadora—. Hay cachorros aquí. —Porky corrió por la secadora de nuevo, y la chica lo alzó en brazos, pasando su mano sobre su cráneo y susurrando—: *Calla*.

—Bien —dijo Georgie.

Heather aún lloraba y respiraba como si estuviera haciendo todo lo posible para desmayarse.

—Bien —dijo Georgie de nuevo—. Heather, muévete.

—¿Por qué?

—Voy a ayudar a Petunia.

—Ni siquiera te agrada.

—*Muévete*.

La chica de la pizza jaló a Heather por el codo, y ella retrocedió.

195

—A mí obstetra tampoco le agradaba —murmuró—. Saca tu teléfono, Heather. Busca en Google “carlinos en parto”

—¡Lo haría si tuviera un teléfono inteligente! —gritó Heather.

—Lo tengo —dijo la chica de la pizza cada vez más impresionada—. Toma... —Le entregó Porky a Heather—...tal vez podríamos conseguir toallas limpias.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Heather esperanzada, tomando al perro y limpiando su rostro con su piel.

—No —dijo la chica —, pero veo Animal Planet.

—Google —dijo Georgie, metiendo la mano en la secadora. Petunia excavaba bajo la camiseta de nuevo y temblaba, arrancando algo con su boca. Georgie intentó empujar más ropa lejos, así podía ver.

—Bien, bien —dijo la muchacha pizza—. Está cargando. Bien, aquí vamos... dar a luz puede ser especialmente difícil para los carlinos y sus dueños.

—Hasta ahora, todo bien... —dijo Georgie—. Se encuentra muy oscuro, no puedo ver nada.

—Oh. —La chica sostuvo su llavero sobre el hombro de Georgie —. Hay una linterna

—Eso es muy útil. —Georgie tomó el pesado llavero y encontró la linterna de acero inoxidable.



—Ayuda cuando estoy repartiendo pizzas por la noche, para obtener los números de tarjetas de crédito, bien, aquí dice que tienen embarazos complicados, y debemos estar preparados financieramente para una cesárea...

—Sáltalo —dijo Georgie. Petunia se encontraba mojada y manchada con sangre. La cosa en su boca se movía. *Oh, Dios, se lo comía.*

—¡Se come los perritos! —gritó Heather. Se apoyaba detrás de Georgie con una pila de toallas y tres aguas embotelladas.

—No se los come —dijo la muchacha de la pizza, poniendo su mano en el brazo de Heather. Levantó su teléfono para que ambas pudieran ver—. Se encuentra en su saco. Nacen en sacos, y la mamá los mastica hasta que salen. Es una buena señal que los mastique para liberarlos. Dice que los carlinos son notoriamente malas madres. Si no lo hiciera, nosotros tendríamos que hacerlo.

—¿Tendríamos que masticarlos hasta liberarlos? —preguntó Georgie.

La chica miró a Georgie como si estuviera loca, pero se las arregló para lucir paciente.

—Tendríamos que utilizar un paño —explicó.

—¡He traído toallas! —dijo Heather.

La chica le sonrió a Heather. —Buen trabajo.

—¿Qué otra cosa dice? —preguntó Georgie.

La todavía-competente-pero-claramente-distraída chica de la pizza volvió a mirar a su teléfono. —Um... bien, *cachorros*. Pueden ser de uno a siete.

—*Siete* —repitió Georgie.

—Sacos... —dijo la chica—, *masticarlos*... Oh, se supone que mastican el cordón umbilical, también.

—Genial.

—Y las placentas, hay una placenta para cada cachorro. Eso es importante. Tienes que buscar las placentas.

—¿Cómo lucen las placentas?

—¿Quieres que lo busque en Google?

—No —dijo Georgie —, sigue leyendo.

Petunia seguía trabajando en la cosa que se retorció con los dientes. — Buena chica —dijo Georgie—. Probablemente.

Dio palmaditas a ciegas alrededor de Petunia y retrocedió cuando sintió algo más suave y cálido.

—¿Qué? —preguntó Heather, todavía medio en estado de pánico.

—No sé —dijo Georgie, alcanzándolo de nuevo. Lo encontró de nuevo, cálido y húmedo. ¿Era un cachorro? Georgie levantó lo que parecía una bolsa de sangre, luego la dejó caer —. Placenta.



—Esa es una —dijo la chica con entusiasmo.

—¿No se supone que debes estar leyendo? —Georgie se estiró de nuevo.

—No hay nada más. *Ponga al perro cómodo. Asegúrese de que ayude a los cachorros a liberarse. Cuente las placentas. Asegúrese de que cuide...*

Georgie sintió algo húmedo debajo de Petunia y lo agarró instintivamente. —Jesús —dijo—. Otro bebé. —Todavía en su saco. Se veía como un embutido crudo. Georgie cogió una de las toallas de Heather y empezó a frotar en la membrana—. ¿Así?

La chica de la pizza levantó la vista de su teléfono. —Más fuerte, creo.

Georgie frotó el bulto hasta que la piel alrededor de este se quebró y pudo ver el cachorro de color rosa grisáceo en el interior.

—¿Está vivo? —preguntó Heather.

—No sé —contestó Georgie. El cachorro era cálido, pero no caliente como la vida. Georgie siguió frotando para limpiarlo, las lágrimas cayendo sobre su mano. Petunia se quejó, y la chica de Heather pasó a través de Georgie en la secadora para acariciarla.

Heather se arrodilló junto a Georgie. —¿Está vivo? —Lloraba, también.

—No lo sé. —El cachorro se crispó, y Georgie lo frotó con más fuerza, masajeándolo con las manos.

—Creo que respira —dijo Heather.

—Está frío. —Georgie trajo al cachorro hasta su pecho y lo metió dentro de su sudadera, frotando. El cachorro se estremeció y crujió—. Yo creo que...

Heather abrazó a Georgie. —Oh Dios.

—Con cuidado —dijo Georgie.

La chica de la pizza se sentó detrás de la secadora acunando otro cachorro contra su camisa blanca.

—Oh mi Dios —dijo Heather, y la abrazó, también.

Había tres cachorros.

Y tres placentas.

Finalmente Georgie pensó en llamar a su mamá.

Y después llamó al veterinario, quien les habló mientras cortaba el último cordón umbilical y ponía a Petunia cómoda.

Los cachorros recibieron un baño de esponja. Georgie se hizo cargo del que aún sostenía en el interior de su camisa. Luego todos ellos fueron metidos de nuevo en la secadora con toallas limpias. —Es su pequeño nido —dijo Heather, acariciando la secadora como si hubiese ayudado.

Georgie trató de poner la camisa de Metálica en la lavadora, pero Heather la agarró, haciendo una mueca de disgusto. —Georgie, no. Esta es una intervención.



—Heather. Esa es la camisa de Neal. De la escuela secundaria.

—Dio su vida por una buena causa.

Georgie la soltó. Heather le entregó la camiseta a la chica de la pizza, que empezaba a limpiar.

El nombre de la chica de la pizza era Alison, y el rostro de Heather la siguió por la habitación como un girasol que persigue la luz del sol.

—Todavía no me gustas —dijo Georgie a Petunia, alcanzando y acariciando el estómago flojo del perro—. Mírate, cuidándolos como una campeona. ¿Ahora quién es una notoriamente mala madre?

Los cachorros se encontraban limpios, pero Georgie, Heather y Alison se hallaban todavía pegajosas con sangre, jugos fetales y vómito de perro, Georgie estaba bastante segura.

Su madre lució horrorizada cuando por fin entró en la lavandería, con sus tacones haciendo clic en las escaleras.

—Se encuentra bien —intentó asegurarle Georgie—. Todo está bien.

—¿Dónde se encuentran mis bebés? —le preguntó su madre, asimilando la pila de toallas ensangrentadas y el montón de chicas sangrientas. Heather y Alison se sentaban juntas en frente de la secadora. Alison abrazaba a Porky, que se escondió en el baño de la sala durante la mayor parte de la acción. Su manchada camiseta blanca la hacía lucir como un carnicero.

198

—Justo aquí —dijo Heather—. En la secadora.

La mamá de Georgie se apresuró, y Alison rápidamente se levantó para hacer espacio.

—*Mi pequeña mamá* —dijo la mamá de Georgie—. *Mi pequeña héroe*.

Alison dio un paso atrás. —Supongo... —dijo, mirando a Heather.

La cabeza de Heather se encontraba en la secadora.

—Supongo que debería irme —dijo Alison. Después de unos segundos más, le entregó a Porky a Georgie (quien inmediatamente se lo entregó a Kendrick), a continuación, se limpió las manos en los vaqueros y comenzó a caminar hacia la puerta.

—Alison —dijo Georgie—, gracias. Fuiste un salvavidas. Si alguna vez tengo otro bebé, quiero que tú asistas el parto.

Alison agitó su mano, como si no fuera nada, y siguió caminando.

—¿Quién era esa? —preguntó Kendrick tan pronto como se perdió de vista.

—Pizza... —dijo Georgie, pero se detuvo cuando la cabeza de Heather se puso frenética, con la cara llena de pavor—. Heather, ¿me puedes ayudar con algo en la cocina? —Se inclinó y agarró la manga de su hermana, y luego la empujó por las escaleras y dentro de la casa, mientras que la puerta principal se cerraba.

—¿Qué haces? —exigió Georgie.



—Nada —dijo Heather, sacudiéndose para alejarse—. ¿Qué haces tú?

—Asegurándome de que no dejes que esa increíblemente atractiva chica-con-mano-dura se marche.

—Georgie, no quiero hablar de esto.

—Heather, la chica nos acaba de ayudar a asistir el parto de los bebés.

—Porque es una buena persona.

—No. Debido a que está dispuesta a vadear a través sangre y líquido amniótico sólo para impresionarte.

Heather rodó los ojos.

—¿Qué está mal contigo? —preguntó Georgie—. Es obvio que quieres besar a esa chica. Yo como que quiero besar a esa chica. Así que ve y hazlo. O ve, no lo sé, has un progreso en esa dirección en general.

—No es tan fácil, Georgie.

—Creo que puede serlo.

—Yo no soy tú. No puedo solo... *tomar* lo que quiero. Y mamá se encuentra aquí, y va a darse cuenta de que soy gay...

—Va a darse cuenta de todos modos. No le importará.

—*Con el tiempo* no le importará. Le diré eventualmente. Simplemente, no mientras viva aquí. No quiero, no vale la pena, nada de esto vale la pena. Quiero decir, ¿qué? ¿Me humillo a mí misma? ¿Y asusto a mamá, y probablemente la hiero... y sólo arruino todo por la posibilidad de que *tal vez* se supone que debo estar con esta chica que ni siquiera conozco?

—Sí —dijo Georgie—. Así es como funciona. Exactamente.

Heather se cruzó de brazos. —Oh, no sabes cómo esto funciona, me lo dijiste tú misma. Y eso es después de pasar toda tu vida tratando de averiguarlo. No vale la pena.

Georgie no podía dejar de sacudir su cabeza. —Oh mi Dios, Heather, olvida lo que dije. No *me* escuches. ¿Por qué me escucharías? Por supuesto que vale la pena.

—Pero ni siquiera es nada —dijo Heather, mirando tristemente a la puerta—. Es sólo una oportunidad.

—La oportunidad de ser feliz.

—¿O la oportunidad de tener el corazón roto cómo tú?

—La oportunidad de estar *viva*. Para ser... *Heather*, olvida todo lo que dije antes. *Vale la pena*. ¿Crees que no arriesgaría todo para traer a Neal a esa puerta justo ahora? Así es como funciona. Sigues arriesgándolo todo. Y sigues esperando poder evitar que él se aleje.

—Ella.

—Quienquiera. Jesús.



El timbre sonó, y las dos se volvieron. Después de un segundo, la puerta se abrió y Alison dio cuidadosamente un paso dentro, empujando su largo flequillo fuera de los ojos. —Lo siento —dijo—. Pensé que todo el mundo seguiría en la parte de atrás, creo que dejé mis llaves en la secadora...

—Yo las traeré —dijo Georgie antes de que cualquiera de las chicas pudiera decir nada más—. Estaré enseguida de vuelta. —Apretó el brazo de Heather en su camino hacia el cuarto de lavado, luego se sentó junto a su madre, señalando que cachorro era el suyo.

Dejó las llaves de Alison apoyadas encima de la secadora.





26

Traducido por NnancyC

Corregido por Marie.Ang

La mamá de Georgie le prestó otro par de pantalones de velvetón. Y una camiseta que decía PINK.

Heather le prestó a Alison una camiseta DECA que colgaba demasiado amplia alrededor del cuello.

Hicieron un nuevo refugio para los perros al lado del árbol de navidad, y la madre de Georgie decidió que ella y Kendrick no podían ir a San Diego por navidad y dejar a los cachorritos solos. —Supongo que tendremos tu compañía, Georgie.

Todos acordaron que Alison no podía volver a trabajar, no después de *todo*. Pasó diez tensos minutos en el teléfono, intentando explicar la situación a Angelo.

—¿Te despidieron? —preguntó Heather cuando Alison volvió a entrar a la sala de estar.

Alison se encogió de hombros. —Voy a volver a Berkeley la próxima semana, de todos modos.

Viendo el lado bueno, tenía tres pizzas grandes en la parte posterior del auto, además de una orden de lasaña, algunos champiñones fritos muy fríos y una docena de pancitos de parmesano.

—Dios nos bendiga, a cada uno —dijo Georgie, abriendo una de las cajas.

Por suerte para Heather, su mamá sólo tenía ojos para los cachorros y ni siquiera se dio cuenta que con Alison en el sofá, se reían entre sí con las mejillas llenas de pizza.

Georgie llevaba tres porciones gigantes cuando el teléfono sonó en la cocina. El teléfono fijo.

Heather miró a Georgie, y esta dejó caer su pizza, prácticamente pisando a Porky en su camino al teléfono.

Llegó allí en el tercer timbre. —¿Hola?

—Hola —dijo Neal—. Soy yo.

—Hola —dijo Georgie.

Heather estaba parada detrás de ella. Extendió una mano. —Tómala en tu habitación —dijo—. Yo colgaré.

—¿Neal? —dijo Georgie en el teléfono.

201





—¿Sí?

—Sólo un minuto, ¿de acuerdo? No vayas a ningún lado. ¿Vas a algún lado?

—No.

Heather todavía extendía una mano por el teléfono; Georgie sostuvo el tubo contra su pecho. —Prométeme que no hablarás con él —susurró.

Heather puso una mano en el tubo y asintió.

—Por las vidas de Alice y Noomi —dijo Georgie.

Heather asintió de nuevo.

Georgie soltó el teléfono y corrió por el pasillo. Sus manos temblaban cuando recogió el teléfono amarillo. (Eso nunca solía sucederle cuando se encontraba disgustada; probablemente era pre-diabética).

—Lo tengo —dijo. Escuchó el clic del teléfono de la cocina—. ¿Neal?

—Todavía aquí.

Se hundió en el suelo. —Yo también.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo Georgie—, sí. He tenido el día más raro. Además, supongo que yo... yo no creí que fueras a llamar.

—Dije que lo haría.

—Lo sé, pero... estabas enojado.

—Yo... —Neal se detuvo y comenzó su oración otra vez—. Terminamos quedándonos con mi tía por un tiempo. Fue difícil irnos. Le puso muy felices, así que nos quedamos para la cena en el asilo. Y eso fue deprimente y un poco asqueroso, así que fuimos a Bonanza en el camino a casa.

—¿Qué es Bonanza?

—Es como una cafetería-buffet-churrasquería.

—¿Todo en Nebraska es nombrado por las películas del Oeste?

—Supongo que sí —dijo.

—Apostaré a que los restaurantes italianos son nombrados por las películas de *Sergio Leone*.

—¿Qué hizo tu día tan raro?

Georgie comenzó a reír. Sonaba como una risa reproducida en el pasado.

—¿Georgie?

—Lo siento. Es sólo... —¿Qué hizo su día tan raro?—. Traje al mundo a tres cachorros y descubrí que Heather es gay.

—¿Qué? Oh... por un segundo, allí, pensé que hablabas de tu hermana. ¿Tu prima es gay?



—No importa —dijo Georgie.

—¿Cómo trajiste al mundo a cachorros? ¿Cachorros de quién?

—Eso no importa tampoco. Pero creo que nosotros vamos a conservar uno.

—“Nosotros”... ¿tú y tu mamá? ¿O “nosotros”... *nosotros*?

—Nosotros, nosotros, nosotros —dijo Georgie—. Todo el camino a casa.

—¿Georgie?

—Lo lamento.

—¿Tú trajiste al mundo a cachorros?

—No quiero hablar al respecto.

—¿De *qué* quieres hablar?

—No sé. Necesito otro segundo. —Apartó el teléfono de su oreja y lo dejó caer en la alfombra. En algún momento, comenzó a respirar como Heather durante la emergencia del carlino. Georgie se acomodó el cabello y rehízo su coleta, quitándose las gafas y frotándose los ojos.

Eso es todo, Georgie, vuelve al juego.

No, esto no era un juego. Era su vida. Su ridícula vida.

No importa lo que digas ahora, se dijo a sí misma. Neal va a proponerse en Navidad. Él ya lo hizo. Él dijo—: Haremos nuestro propio suficiente. —Es el destino.

A menos que...

A menos que no lo fuera. Tal vez Neal sólo había dicho eso de “suficiente” porque estaba en su mente ese día, no debido a sus llamadas telefónicas. ¿Le había dado a Georgie algunas otras pistas durante los años de que aquellas conversaciones sucedieron? (Esto sería más fácil de descubrir si Neal fuera la clase de chico que *alguna vez* da pistas).

Esta era la última oportunidad de Georgie para hablar con Neal antes de que él se fuera a California. Su última oportunidad de *asegurarse* que él se marchara... ¿Qué se suponía que ella diga?

Tomó una profunda respiración, *adentro*, luego exhaló, *afuera*. Después recogió el teléfono.

—¿Neal?

—Sí. Estoy aquí.

—¿Crees en el destino?

—¿Qué? ¿De qué clase?

—Como, ¿crees que todo ya está decidido? ¿Qué estamos destinados para eso?

—¿Me estás preguntando si soy calvinista?

—Quizás. —Georgie intento otra vez—: ¿Crees que todo ya está *decidido*? Ya escrito. ¿El futuro está sólo esperando para que nosotros lleguemos a él?



—No creo en el destino —dijo—, si eso es a lo que te refieres. O predestinación.

—¿Por qué no?

—No hay responsabilidad en ello. Quiero decir, si todo ya está decidido y no se puede cambiar, ¿por qué intentar? Prefiero pensar que estamos eligiendo en cada momento lo que sucede al siguiente. Que elegimos nuestros propios caminos. Georgie, ¿por qué esto es tan importante?

—No lo sé. —Sonaba tan lejana de sí misma en el tubo.

—Oye... *Georgie*.

—¿Sí?

—Lo siento por mantenerte esperando.

—¿Ahora mismo?

—No —dijo—. Hoy. Todo el día.

—Oh. Está bien.

Neal resopló. Frustrado. —Odio que pensaras que no te llamaría. Odio que todo sea tan inseguro entre nosotros justo ahora. ¿Cuándo se puso todo tan inseguro?

—Creo que cuando te fuiste a Omaha sin mí.

—Sólo vine a casa por navidad.

La voz de Georgie apenas se escuchó cuando apuntó eso. —Eso no es cierto.

Podía escuchar a Neal apretando la mandíbula. —Está bien —dijo—. Tienes razón.

Georgie se quedó callada.

Neal también.

—No rompí contigo —dijo al final—. Sabes eso, ¿cierto?

—Lo sé —dijo—. Pero todavía estamos rotos.

Neal gruñó. —Entonces lo arreglaremos.

—¿Cómo?

—¿Cuándo te volviste tan desesperanzada, Georgie? La última vez que hablamos, todo estaba bien.

—No, la última vez que hablamos estabas enojado conmigo por Seth. — Apoyó la lengua entre los dientes y pensó en mordérsela por completo.

—Porque lo ponías primero a él, otra vez.

—No lo hacía —dijo—. Él simplemente apareció. Me despertó.

—Simplemente apareció *en tu dormitorio*.

—Sí.



Neal gruñó de nuevo. —Odio eso. Odio eso tanto, Georgie.

—Lo sé, Neal.

—¿Eso es todo lo que puedes ofrecerme? ¿Lo sé?

—Puedo decirte que nunca lo invitaré a mi cuarto —dijo—. Pero a veces él sólo aparece. Dijiste que no querías que eligiera entre ustedes.

—Y dijiste que me elegirías a *mí*.

—Lo haría —dijo—. Lo hago.

Neal resopló.

Georgie esperó.

—¿Por qué estamos peleando? —preguntó él—. ¿Estás castigándome porque no te llamé hoy?

—No.

—¿Entonces por qué estamos peleando?

¿Por qué estaban peleando? No deberían estar peleando. Georgie se suponía que estuviera cortejándolo, haciéndolo perdonarla, haciéndolo amarla. Permitiendo que todo suceda.

—Porque sí —espetó—. ¡Por qué quiero hacerlo!

—¿Qué?

—Sólo quiero sacar todo. Quiero cada horrible cosa sobre la mesa. ¡Quiero pelear acerca de todo ello ahora, así nunca tendremos que hacerlo de nuevo! —Ella gritaba.

Neal se encontraba a punto de estallar. —No creo que eso sea posible.

—¡No puedo hacerlo! —dijo—. No puedo seguir peleando contigo sobre las mismas cosas una y otra vez. No puedo seguir *no* peleando contigo sobre las mismas cosas una y otra vez. No puedo soportarlo otro día, fingiendo que no estás enojado conmigo, fingiendo que todo está bien, hablando en esa estúpida animada voz que uso cuando sé que estás odiándome en silencio.

—*Georgie.* —Neal sonaba sorprendido. Y dolido—. Nunca te odiaría.

—Lo haces. Lo harás. Odias lo que le hago a tu vida, y eso es lo mismo que odiarme. Eso es igual de malo. Si odias tu propia vida debido a mí, eso es peor.

—Jesús. No odio mi vida.

—Lo harás.

—¿Es una amenaza?

Se forzó a retener un sollozo. —No. Es una promesa.

—¿Qué dem... —Neal se detuvo. Nunca maldecía en frente de ella, no estaba segura si alguna vez maldecía, y punto—. ¿Qué está mal contigo esta noche?

—Sólo quiero superar esto contigo.



—¿Qué? ¿A nosotros?

—No —chilló—. *Tal vez*. Deseo decir cada horrible verdad. No quiero engañarte para que vuelvas a mí, Neal. No quiero decirte que todo va a estar bien cuando sé que no será así.

—Estás dejando de tener sentido.

—No va a estar bien. Si vuelves. Si me perdonas o lo que sea que necesites hacer. Si te dices que te acostumbraras a esto. A Seth, a Los Ángeles y a mi trabajo... Estás equivocado. *Nunca* llegarás a acostumbrarte. Y me culparás. Me odiarás por mantenerte aquí.

La voz de Neal era fría. —Deja de decirme que te odio. Deja de usar esa palabra.

—Es tu palabra —dijo—, no la mía.

—¿Por qué estás siendo así?

—Porque no quiero engañarte.

—¿Por qué sigues diciendo eso?

—Porque parte de mí *quiere* engañarte. Parte de mí quiere decirte cualquier cosa que tenga que decirte para asegurarme que todavía me querrás. Quiero decirte que todo será diferente. *Mejor*. Que yo seré más sensible, que me comprometeré más. Pero no lo haré, Neal, sé que no lo haré. Y no quiero engañarte. Nada va a cambiar jamás.

206

Neal permaneció en silencio.

Georgie lo imaginó parado en el otro lado de la cocina, la cocina de ellos dos, mirando fijamente el fregadero. Acostado junto a ella en la cama, enfrentando la pared. Conduciendo lejos de ella sin mirar atrás.

—*Todo* va a cambiar —dijo Neal antes de que ella estuviera lista—. Si lo queremos o no. ¿Estás... Georgie, estás diciéndote que no quieres ser mejor para mí? —No le dio una oportunidad para contestar—. Ya que yo quiero ser mejor para ti. *Prometo* ser mejor para ti.

—No puedo prometerte que cambiaré —dijo. Georgie no podía hacer promesas que su yo de veintidós años no cumpliría.

—Quieres decir que no quieres.

—No —dijo—. Yo...

—¿Ni siquiera puedes prometerme que lo intentarás? ¿Desde este momento en adelante? ¿Sólo *intentar* pensar más en mis sentimientos?

Georgie enrolló el cable amarillo alrededor de sus dedos hasta que las yemas se volvieron blancas. —¿Desde este momento en adelante?

—Sí.

No podía hacer promesas por su yo de veintidós años. Pero, ¿qué sobre esta versión de sí misma? La que hablaba en el teléfono con él. La que todavía se rehusaba a dejarlo ir.



—Yo... creo que puedo prometer eso.

—No te estoy pidiendo que me prometas que todo será perfecto —dijo Neal—. Sólo prométeme que lo intentarás. Que pensarás cómo se siente para mí cuando Seth está en tu dormitorio. Que pensarás en cuánto tiempo estás dejándome esperando cuando estás en el trabajo. O cómo podría sentirme cuando estoy atascado en una fiesta con extraños toda la noche. Sé que he sido un imbécil, Georgie... voy a intentar no serlo. ¿Intentarás conmigo?

—¿Desde este momento en adelante?

—Sí.

Desde este momento en adelante, desde este momento en adelante. Se aferró a la idea y la sostuvo con fuerza. —Bien —dijo—. Lo prometo.

—Bien. Yo, también.

—Seré mejor para ti, Neal. —Se apoyó en la cama—. No te tomaré por sentado.

—No me tomas por sentado.

—Sí —dijo—. Lo hago.

—Simplemente te ensimismas...

—Tomo por sentado que estarás allí cuando yo termine de hacer cualquier cosa que sea que esté haciendo. Tomo por sentado que me amarás sin importar qué.

207

—¿Lo haces?

—Sí. Neal, lo lamento tanto.

—No lo lamentes —dijo—. *Quiero* que me tomes por sentado. Te *amaré* sin importar qué.

Georgie se sintió deslizarse fuera de control de nuevo. —No lo digas. Retíralo.

—No.

—Retíralo.

—Estás loca —dijo—. No.

—Si dices eso, es como si me dijese que todas las cosas insensibles que hago están bien. Es como si te entregases a mí “sin importar qué”. Me estás perdonando.

—Eso es lo que es el amor, Georgie. Protección por daño accidental.

—No, Neal. No merezco eso. Y ni siquiera es verdad. Porque si tuviera eso, ahora mismo, no me habrías dejado.

—Lo siento —dijo. La *s* en “siento” arrastrada, como si su boca estuviera presionada contra el teléfono—. No te dejaré de nuevo.

—Lo harás —dijo—. Y será mi culpa.



—Jesús, Georgie. Estás muy dispersa. No puedo hablarte si vas a estar así.

—Bueno, *voy* a ser así. Voy a ser peor que eso.

—Voy a dejar el teléfono —dijo.

Negó con la cabeza. —*No*.

—Entonces vamos a comenzar de cero.

—*¡No!*

—Sí. Vamos a comenzar esta conversación entera desde cero. —Aún no gritaba, pero su voz comenzaba a aumentar como si algo estuviera a punto de estallar.

—No quiero hacerlo —jadeó—. No funciona. Todo lo malo y todo lo bueno ya ha sucedido.

—Voy a colgar ahora, Georgie. Y ambos vamos a tomar algunas respiraciones profundas. Y cuando te llame de vuelta, vamos a *comenzar de cero*.

—*No*.

Entonces lo hizo.

Neal colgó.

Georgie intentó tomar una profunda respiración. Quedó atrapada en su garganta como una piedra.

Dejó caer el tubo en el interruptor y vagó por el pasillo, hacia el baño de Heather. Difícilmente reconoció su propia cara en el espejo. Lucía pálida y simple, un fantasma que acababa de ver un fantasma. Se enjuagó la cara con agua fría y sollozó sin derramar lágrimas en sus manos.

Entonces, así era cómo Georgie convenció a su esposo de proponérsele. Prácticamente rogándole que no lo haga. Para finalmente volverse loca.

Neal se volvería loco, también, si fuera el que tuviera un teléfono mágico...

Neal *tenía* un teléfono mágico, y ni siquiera se daba cuenta.

Dios, ¿por qué dijo todas aquellas cosas espantosas? Georgie se miró en el espejo de nuevo. A la mujer con la que Neal había terminado.

Las dijo porque eran verdad.

Volvió al cuarto y bajó la mirada al teléfono amarillo.

Recogió el tubo y escuchó el tono, luego lo puso en el piso y se metió en la cama.

¿Ese ruido que el teléfono hace cuando lo dejas fuera del interruptor? Se detiene después de un rato.





Landline

Martes

Nochebuena de 2013

209

RAINBOW ROWELL





27

Traducido por Val_17

Corregido por Jasiel Odair

Cuando Georgie despertó, no podía creer que se había quedado dormida. (¿Cómo pudo dormirse? Probablemente dormiría durante un ataque aéreo). Se sentó y miró el reloj, 9 a.m., luego al teléfono extendido sobre la alfombra.

¿Qué había hecho?

Se arrastró fuera de la cama, con las manos primero, sosteniendo el teléfono antes de que ella siquiera aterrizara en el suelo. Le tomó un par de intentos y unos minutos antes de que consiguiera el tono de marcado otra vez. Luego marcó el número de la casa de Neal con impaciencia, tocando con su dedo el siguiente número antes de que la línea estuviera completamente libre...

Señal de ocupado.

¿Qué había hecho?

La mamá de Neal debía estar al teléfono. O su papá. (*Jesús. Su papá.*)

Georgie pensó en cómo solían ser capaces de irrumpir en la llamada de alguien, si tenías una emergencia. Puedes llamar al operador y la interrumpiría. Eso le pasó a Georgie una vez en la secundaria, antes de que tuvieran las llamadas en espera; uno de los amigos de su mamá necesitaba contactarse con ella, y Georgie había estado al teléfono por dos horas con Ludy. Cuando el operador interrumpió, Georgie sintió como que era la voz de Dios. Le tomó un tiempo antes de que pudiera hablar por teléfono de nuevo sin imaginar que el operador se encontraba ahí escuchando.

Colgó el teléfono y volvió a intentarlo. Seguía ocupado.

Colgó... y sonó.

Georgie tiró el auricular de vuelta en su oreja. —¿Hola?

—Sólo soy yo —dijo Heather—. *Estoy llamando desde el interior de la casa.*

—Estoy bien —dijo Georgie.

—Puedo decirlo. La gente que está bien siempre le dicen a todos lo bien que están.

—¿Qué quieres?

—Me voy en un rato, y mamá quiere que vengas a desayunar y decir adiós. Está haciendo tostadas francesas.

210



—No tengo hambre.

—Dice que las personas deprimidas necesitan que les recuerden comer y bañarse. Así que probablemente también deberías tomar una ducha.

—Está bien —dijo Georgie.

—Está bien, adiós —dijo Heather—. Te amo.

—Te amo, adiós.

—Pero en realidad también vas a salir a decir adiós, ¿verdad?

—Sí —dijo Georgie—. Adiós.

—Te amo, adiós.

Georgie colgó y trató con el número de Neal de nuevo. Ocupado.

Miró el reloj: las nueve y cinco. ¿A qué hora dejaría Neal Omaha si iba a conducir a California mañana por la mañana? ¿A qué hora llegó aquí ese día de Navidad?

No podía recordarlo. La semana que ellos rompieron fue una niebla de sollozos. Una niebla de sollozos hace quince años en su espejo retrovisor.

Georgie levantó el teléfono de nuevo. *Uno, cuatro, oh, dos...*

Cuatro, cinco, tres...

Cuatro, tres, tres, uno...

Ocupado.

—¡Toma una ducha! —gritó su mamá desde el pasillo—. ¡Estoy haciendo tostadas francesas!

—¡Ya voy! —gritó Georgie en la puerta.

Se arrastró hasta su armario y empezó a sacar cosas.

Patines. Papel de regalo. Montones de viejas *cucharas*.

En la parte trasera del armario había una caja de color rojo y verde destinada a los adornos de Navidad. Georgie había escrito GUARDAR en grandes letras a cada lado con un marcador negro. La sacó y abrió la tapa, arrodillándose en el suelo junto a ella.

La caja estaba completamente llena de papeles. Georgie había comenzado una segunda Caja Fuerte después de que ella y Neal se casaron (se encontraba en su casa en algún lugar, en el ático), pero para entonces, tenía una computadora e Internet, y toda su colección se convirtió en marcadores y capturas de pantalla —archivos JPEG que arrastraba a su escritorio, luego los olvidaba, o perdía cuando su unidad de disco duro fallaba. Georgie nunca imprimió más fotos. Si quería mirar viejas fotos de Navidad, tenía que buscarlas a través de tarjetas de memoria. Tenían una caja de cintas de vídeo de cuando Alice era un bebé que ni siquiera podían ver porque los casetes no encajaban en ninguna de sus máquinas.



Todo en la parte superior de esta Caja Fuerte era de justo antes de que Georgie se mudara de la casa de su mamá. Justo antes de su boda con Neal. (*La cual ya pasó, recordó*).

Encontró el recibo de su vestido de boda —trescientos dólares, utilizados, en una tienda de segunda mano.

—*Espero que quién lo usara primero sea feliz* —le había dicho Georgie a Neal—. *No quiero restos de un mal matrimonio.*

—*No importa* —dijo Neal—. *Vamos a ser tan felices que lo neutralizaremos.*

Él era feliz entonces. Durante su compromiso. Nunca lo había visto tan feliz.

Tan pronto como Georgie dijo que sí, tan pronto como el anillo estuvo en su dedo —se detuvo en el segundo nudillo de su dedo anular, así que él lo deslizó en su meñique— Neal saltó y la abrazó. Sonreía tan amplio, sus hoyuelos alcanzaron profundidades desconocidas en ese momento.

La abrazó por la base de la columna y la parte posterior de su cuello, y besó su cara por todas partes. —*Cásate conmigo* —seguía diciendo—. *Cásate conmigo, Georgie.*

Ella continuó diciendo que sí.

El recuerdo era borroso en su cabeza ahora, lo que parecía imposible... ¿cómo pudo olvidar alguno de esos detalles? En algún momento, su cerebro debe haber tomado toda la escena por sentado. Ella y Neal se encontraban tan fundamentalmente casados ahora, no parecía importante cómo llegaron ahí.

Recordó que él era feliz. Recordó la forma en que ahuecó su nuca y dijo—: *Desde este momento en adelante. Desde cada momento en adelante.*

Dios... ¿Neal realmente dijo eso? ¿Ella realmente había entendido solo la mitad de su propia propuesta?

Georgie cavó de nuevo en la Caja Fuerte con seriedad...

Su diploma de la universidad.

Algún estúpido gráfico que había arrancado de la revista *Spy*.

La última franja de *Stop the Sun*. En la cual el elegante y pequeño erizo de Neal se iba al cielo.

Ah... allí. Imágenes Polaroids.

La mamá de Georgie fue la última persona en la tierra en renunciar a su cámara Polaroid; a ella siempre le faltaba completar el desarrollo para conseguir la película de 35 milímetros.

Había tres instantáneas en la caja del día en que Neal se lo propuso —todas tomadas dentro de la casa, delante del árbol de Navidad. Georgie usaba una camiseta holgada de su grupo de improvisación de la secundaria que decía: ¡AHORA, VAMOS!— y parecía que había pasado toda la semana llorando. (Porque lo había hecho). Neal llevaba la camiseta arrugada y había conducido toda la



noche. Pero aún así, ambos se veían tan jóvenes y frescos. Georgie delgada. Neal rechoncho.

Sólo una de las imágenes estaba enfocada: Georgie rodando los ojos y levantando su mano para mostrar el anillo demasiado pequeño, y Neal sonriendo. Esta podría ser la única foto alguna vez tomada de Neal sonriendo. Esta podría ser la única vez que él había sonreído. Cuando sonreía así de amplio, sus orejas sobresalían, como paréntesis mal orientados.

Después de que esas fotos fueron tomadas, la mamá de Georgie obligó a Neal a comer panqueques, y admitió que había pasado las últimas dos noches sin dormir. —*Me detuve por unas horas en Nevada, creo.* —Georgie lo arrastró a su habitación y lo empujó sobre la cama, quitándole los zapatos y el cinturón, y desabrochando sus pantalones, así podría frotar sus caderas y estómago y la parte baja de su espalda. Ella se enterró con él bajo su edredón.

—*Cásate conmigo* —seguía diciendo él.

—*Lo haré* —seguía respondiendo.

—*Creo que puedo vivir sin ti* —dijo, como si fuera algo en lo que había pensado durante las veintisiete horas—, *pero no sería ningún tipo de vida.*

Georgie puso las fotos en el suelo. Tres momentos en movimiento. Allí estaba él —se encontraba feliz y esperanzado. Su Neal. El correcto.

—¡Georgie! —gritó su mamá—. ¡Ven aquí!

Levantó las fotos del suelo y esperó que se oscurecieran.



28

Traducido por Annabelle

Corregido por NnancyC

Su mamá abrió la puerta de la habitación sin tocar y entró. —Ya iba a bajar —dijo Georgie.

—Demasiado tarde —respondió—. Iremos a llevar a Heather a donde el Dr. Wisner.

A Georgie siempre se le olvidaba que Heather tenía otro apellido. Todas ellas tenían apellidos diferentes. Su mamá era Lyons, Heather era Wisner, Georgie era McCool. Georgie había querido ser Grafton, pero Neal no la dejó. —*No vienes a este mundo con un nombre como Georgie McCool para luego tirarlo por la borda por la primera cara bonita.*

—*No eres tan bonito.*

—*Georgie McCool. ¿Estás bromeando?, eres una chica Bond. No puedes cambiarte el nombre.*

—*Pero voy a ser tu esposa.*

—*Lo sé. Y no necesito que te cambies nada.*

—*¿Hoy has hablado con las chicas?* —preguntó su mamá.

—Aún no —dijo Georgie—. Hablé con ellas ayer.

¿Había hablado con ellas ayer? Sí. Con Alice. Algo sobre *Star Wars*. No... eso fue un mensaje de voz.

¿Habló con ellas el día anterior?

—Simplemente deberías venir con nosotros —dijo su mamá—, para disfrutar del paseo. El aire fresco te hará bien.

—Es mejor que me quede —dijo Georgie—. Neal podría llamar.

¿Qué significaría si llamaba en este momento? ¿Que aún estaba en Nebraska? ¿Y que todo quedaba en el aire?

—Trae tu teléfono —dijo.

Georgie sacudió la cabeza.

Su mamá se acomodó en el suelo junto a ella. Ambas usaban pantalones de algodón que combinaban. Los de su mamá eran de color verde azulado y los de ella eran rosados. Su mamá estiró la mano hasta su regazo y tomó una de las

214



fotografías instantáneas —una borrosa en donde Neil se encontraba mirando a Georgie, mientras ella no aparecía en la toma.

—Dios, ¿recuerdas esto? —Suspiró su mamá—. Ese chico condujo medio país en un día; no creo que siquiera se haya detenido por un café. Siempre ha sido el rey de los grandes gestos, ¿no es cierto?

En el suelo sobre una rodilla. Esperando afuera de la fraternidad de Seth. Dibujando flores de cereza a lo largo de sus hombros.

Siempre lo fue.

Su mamá soltó la foto y apretó la rodilla cubierta de pana de Georgie, sacudiéndola un poco. —Todo va a mejorar —dijo su mamá—. Es como dicen esos comerciales: “Se pone mejor”.

—¿Hablas de esa campaña para chicos gay?

—No importa para que sea. Es verdad, en todos los casos. Sé que ahora te sientes horrible, estás justo en la parte más dura. Y probablemente se ponga peor... y no sé cómo arreglarás esto con las chicas. Pero el tiempo cura todas las heridas, Georgie, cada una de ellas. Simplemente tienes que atravesar esto. Algún día, tanto tú como Neal serán más felices. Sólo tienes que sobrevivir y darle tiempo.

Comenzó a besar el rostro de Georgie. Intentó no apartarse. (Y falló). Su mamá suspiró de nuevo y se levantó. —Hay tostadas francesas en la cocina. Y mucha pizza de ayer...

215

Georgie asintió.

Su mamá se detuvo en la puerta. —¿Crees que si le doy el discurso de “se pone mejor” a tu hermana, admitirá que tiene novia?

Georgie casi se rió. —No cree que tú lo sepas.

—No lo sabía —dijo su mamá—. Kendrick me lo seguía diciendo, desde que usó ese traje para el baile de bienvenida, pero le dije que era perfectamente normal que chicas de busto grande no quisieran enfatizar sus curvas. Pero mírate, tú no eres gay.

—Seguro... —dijo Georgie.

—Pero si se va a sostener de las manos con una chica en mi sofá, aunque la chica sea increíblemente hermosa, bueno, no soy ciega.

—Alison parece muy agradable.

—Por mí está bien —dijo su mamá—. De todas maneras, las mujeres en nuestra familia tienen una suerte terrible cuando se trata de hombres.

—¿Cómo puedes decir eso? Tienes a Kendrick.

—Bueno, pero eso es *ahora*.

Georgie salió hasta la sala para despedirse de Heather, luego tomó una ducha y se puso de nuevo la ropa de su mamá. No podía creer que fue



específicamente a una tienda de lencería y no haya comprado nada de ropa interior nueva.

Pensó en ir al lavadero y sacar la camiseta de Neal de la basura...

La primera vez que robó esa camiseta había sido en el primer fin de semana que se quedó en su apartamento. Georgie había estado usando la misma ropa durante dos días, y olía a sudor y salsa —pero no quería ir a casa a cambiarse. Ninguno de los dos quería que el fin de semana terminara. Así que tomó una ducha en el apartamento, y él le dio un par de pantalones de correr que eran demasiado estrechos en sus caderas y la camiseta de Metallica, con un par de boxers rayados.

Ella se rió de sus opciones. —¿Quieres que me ponga tu ropa interior?

—No lo sé. —Neal se sonrojó—. No sabía lo que querías.

Era domingo por la tarde, y los compañeros de Neal se encontraban trabajando. Georgie regresó de la ducha, usando su camiseta y los bóxers —los cuales también eran demasiado pequeños— y Neal fingió no darse cuenta.

Luego se rió y la aplastó contra el colchón de su cama.

Era muy raro hacer reír a Neal...

Georgie solía molestarlo con que era un desperdicio de hoyuelos. —Tu rostro es como una historia de O. Henry. *Los hoyuelos más hermosos del mundo y el chico que nunca se ríe.*

216

—Sí me río.

—¿Cuándo? ¿Cuando estás solo?

—Sí —dijo—. Todas las noches, cuando estoy seguro que todo el mundo duerme, me siento en la cama y me río como un maniático.

—Nunca te ríes de mí.

—¿Quieres que me ría de ti?

—Sí —dijo—. Escribo comedias. Quiero que *todo el mundo* se ría de mí.

—Supongo que no soy muy risueño.

—O quizás simplemente no piensas que soy graciosa.

—Eres muy graciosa, Georgie. Pregúntale a cualquiera.

Ella le pellizcó en las costillas. —No lo suficientemente graciosa para hacerte reír.

—Nunca tengo ganas de reírme cuando algo es gracioso —dijo—. Simplemente pienso en mi mente: Oh, eso es gracioso.

—Mi vida es como una historia de O. Henry —dijo Georgie—. *La chica más graciosa del mundo y el chico que nunca se ríe.*

—La chica más graciosa del mundo, ¿eh? En este momento me estoy riendo por dentro.



Los hoyuelos de Neal se marcaban incluso cuando pensaba en reírse. Y sus ojos azules brillaban.

Siguieron teniendo esta misma conversación con el pasar de los años, pero se había vuelto mucho menos juguetona.

—Sé que no ves nuestro programa —diría Georgie.

—Tú no verías tu programa si no fuese tuyo —le respondería Neal. Mientras doblaba ropa. O cortaba aguacates.

—Sí, pero es mío. Y tú eres mi esposo.

—La última vez que lo vi, dijiste que me comportaba como un engreído.

—*Estabas* siendo engreído. Actuabas como si estuviese por debajo de ti.

—Porque *está* por debajo de mí. Jesús, Georgie, ese programa incluso está por debajo de *ti*.

No importaba que tuviera razón...

De todas maneras.

La primera vez que usó esa camiseta, Neal se rió y la aplastó contra su cama.

Porque él no se reía cuando pensaba que algo era gracioso... se reía cuando se sentía feliz.





29

Traducido por Annabelle

Corregido por Sofía Belikov

Ya todos se habían ido. Su madre dejó la televisión de la sala encendida, para que los perritos pudiesen escuchar los villancicos.

Georgie se encontraba sentada en la mesa de la cocina, viendo fijamente el teléfono de casa pegado a la pared.

El Neal del pasado no llamaría. En realidad, ella no quería que lo hiciera.

Simplemente no quería que esto terminara.

Georgie no se sentía lista para *perder* a Neal todavía. Incluso si la que lo hacía era su antiguo yo. No se hallaba preparada para dejarlo ir.

(Alguien le había dado a Georgie un teléfono mágico, y todo lo que quería hacer con él era quedarse despierta toda la noche hablando con su antiguo novio. Si le hubiesen dado una máquina del tiempo completa, probablemente la hubiese usado para acurrucarse con él. *Que alguien más asesine a Hitler.*)

Quizá el Neal con que el que estuvo hablando toda la semana se encontraba camino a California, quizá no, quizá era un fragmento de su imaginación —pero ese Neal aún se sentía como si estuviese al alcance de su mano. Georgie aún creía poder arreglar las cosas con él.

Su Neal...

Su Neal ya no contestaba cuando llamaba.

Su Neal había dejado de intentar hacerla entrar en razón.

Y tal vez eso significaba que no era suyo. No realmente.

Neal.

Georgie se levantó y caminó hasta el teléfono, recorriendo con sus dedos el frío auricular, antes de levantarlo de la base. Los botones se encendieron, y con delicadeza marcó el número del celular de Neal...

La llamada inmediatamente pasó al buzón de mensaje.

Georgie se preparó para dejar un mensaje —aunque no estaba segura de qué decir— pero el beep nunca sonó. —Lo lamentamos —dijo una voz—. Este buzón de mensajes está... lleno —dijo otra. La llamada se desconectó y Georgie comenzó a escuchar el tono de marcar.

Se desmoronó contra la pared, el auricular aún en su mano.

218



¿Acaso importaba que Neal estuviese de camino a ella en 1998, cuando en realidad no regresaría con ella *ahora*? ¿Qué bien haría ganárselo de nuevo en el pasado, sólo para perderlo en el futuro?

En pocos días, Neal traería a las chicas de vuelta a casa. Georgie los buscaría en el aeropuerto. ¿Qué se dirían el uno al otro cuando se vieran a la cara luego de diez días de silencio?

La semana pasada, todo se congeló cuando Neal se fue.

El tono para marcar cambió a la señal de descolgado. Georgie soltó el auricular, y este rebotó lentamente con su cable en espiral.

¿Así era como se había sentido Neal? ¿Anoche? (En 1998.) ¿Cuando Georgie le colgó el teléfono? De por sí, ya se sentía lo suficientemente enojado, y sonaba muy asustado, debía de haber enloquecido cuando no pudo hacerla entender. ¿Cuántas veces lo intentó?

Georgie siempre pensó que había sido una intensa y romántica urgencia la que hizo que Neal condujera toda la noche para reunirse con ella en la mañana de navidad. Pero quizá se subió al auto porque no pudo hacerla entender. Tal vez sólo necesitaba verla y saber que todo estaba bien entre ellos...

Georgie se levantó en cámara lenta.

Neal. El rey de los grandes gestos. Neal, quien cruzó el desierto y el camino entre las montañas para alcanzarla.

Neal.

El llavero de Georgie se encontraba en la encimera, donde Heather lo dejó. Ella lo tomó.

¿Qué más necesitaba? Licencia de conducir, tarjeta de crédito, teléfono — todo estaba en el auto. Podía escabullirse por la puerta del garaje y dejar la casa cerrada con llave. Le echó un vistazo a los cachorritos de camino afuera.

Georgie podía hacer esto.

No había nada más que pudiera hacer.





30

Traducido por Juli

Corregido por Karool Shaw

Georgie se agachó bajo la puerta del garaje, mientras se cerraba.

—No deberías hacer eso —dijo alguien—. Es peligroso.

Ella se dio la vuelta, Seth se encontraba sentado en los escalones de la entrada.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

Él sacudió la cabeza. —Sólo intento averiguar qué decirte cuando llamara a la puerta. Estoy esperando que estés loca. Posiblemente drogada. *Definitivamente* te vestes como una lunática. Podría no decir nada en absoluto; podría dejarte inconsciente... necesitaré algo pesado, pensé en tu teléfono amarillo viejo y arrastrarte de vuelta a la oficina.

220

Georgie dio unos pasos hacia él. Llevaba vaqueros oscuros y arrollados en los bordes y zapatos puntiagudos, con una chaqueta de punto verde que Bing Crosby podría haber usado para cantar “White Christmas”.

Ella lo miró a los ojos. Se veía horrible.

—Pensé que no irías al trabajo —dijo él.

Negó con la cabeza.

—O eso has escrito.

Lo miró.

—Yo no he estado escribiendo —dijo Seth y se echó a reír. Era una risa real, a pesar de que parecía doloroso. Se metió las manos en los bolsillos y miró hacia el césped—. Eso no es cierto, en realidad... he estado escribiendo un montón de e-mails. “Hola, Georgie, ¿qué pasa?” “Hola, Georgie, ¿esto es divertido?” “Hola, Georgie, no puedo hacer esto solo. Nunca lo he intentado y ahora sé que no puedo, y es terrible.” —La miró—. *Hola. Georgie.*

—Hola —dijo.

Se sostuvieron la mirada, como si estuvieran aferrándose a algo caliente. Seth fue el primero en apartar la mirada.

—Lo siento —dijo ella.

No respondió.



Ella dio otro paso hacia adelante. —Podemos cambiar la fecha de la reunión. Le gustamos a Maher Jafari.

—No estoy seguro de que podemos —dijo—. No estoy seguro de que importe.

—Importa.

Volvió la cabeza hacia ella. —Por lo tanto, ¿cuándo debemos programarla, Georgie? ¿Has apuntado la próxima semana para no volverte loca? ¿Cómo se ve enero para Neal? ¿Crees que él podría hallar algo de tiempo para darte una oportunidad?

—Seth, no...

Se puso en pie en las escaleras y se dirigió hacia ella. —No, ¿qué? ¿Qué no hable de Neal? ¿Debo fingir que todo está bien? ¿Como tú?

—No lo entiendes.

Levantó las manos, frustrado. —¿Quién lo entiende mejor que yo? He estado allí desde el principio. Justo ahí.

—No puedo hablar de esto ahora. Debo irme. —Se dio la vuelta, pero Seth la agarró del brazo y la retuvo.

Su voz era suave. —Espera.

Georgie se detuvo y lo miró.

—He pensado —dijo—. Me preguntaste si intentaría cambiar algo si pudiera volver al pasado. Y te dije que sí, *y lo haría*, pero no te dije... —Suspiró ruidosamente—. Georgie, tal vez esto no debería ser así, ¿sabes?

Ella negó con la cabeza. —No.

—Siempre pienso en ese Halloween. ¿Cuando Neal fue un idiota contigo? Y me pediste que te lleve a casa, y lo hice. Y... te dejé allí sola. Tal vez no debí hacerlo. Tal vez tenía que quedarme.

—No. Seth...

—Quizás no debería ser de esta manera, Georgie.

—No.

—¿Cómo lo *sabes*? —le apretó el brazo—. Tú no eres feliz. Yo tampoco.

—Por lo general, pareces feliz.

—Probablemente en comparación contigo.

—No —dijo ella—. Pareces feliz de verdad.

—Sólo me ves cuando estoy contigo.

Georgie inhaló débilmente y luego apartó suavemente el brazo.

—Yo... —Seth volvió a poner las manos en los bolsillos—. Esta es la única relación que he sido capaz de hacer funcionar. *Esta*. Te amo, Georgie.

Las palabras le provocaron cerrar los ojos.



Entonces los abrió. —Pero no estás enamorado de mí.

Seth se rió nuevamente, como si fuera doloroso. —Ha pasado tanto tiempo desde que era una opción, que ya ni siquiera sé... sé que me mata verte así.

El collar quedó atrapado en su suéter. Ella extendió la mano y lo alisó.

—Me mata —dijo ella—, verte así.

Se situaban de pie cerca, cara a cara, mirándose a los ojos. En todas las veces que habían estado de pie junto al otro, Georgie estaba bastante segura de que nunca habían estado exactamente aquí.

—Eso es lo que cambiaría —dijo Seth—. Si pudiera volver atrás.

—No podemos volver atrás —susurró ella.

—Te amo —dijo.

Ella asintió.

Él se inclinó más cerca. —Necesito escucharte decirlo.

Georgie no apartó la mirada; lo pensó bien y finalmente dijo—: También te amo, Seth, pero...

—Detente —dijo—. Sólo... detente. Lo sé. —Sus hombros se relajaron y se giró lejos de ella. Esto fue suficiente para hacerlos regresar a su postura normal.

Ambos quedaron en silencio.

—Así que... —Seth miró hacia el camino de entrada—, ¿a dónde vas?

—A Omaha —dijo.

—Omaha —repitió—. Siempre vas a Omaha... —Él extendió la mano, de forma rápida y jaló la cima de su cabeza contra sus labios. Entonces se alejó, caminando con gracia hacia su coche—. No te olvides de mi aderezo para ensaladas.





31

Traducido por Miry GPE

Corregido por Niki

Georgie nunca condujo al aeropuerto.

Sólo voló por su cuenta una vez, cuando tenía once años, para ir a visitar a su padre en Michigan. No fue bien, y no lo volvió a hacer. Y luego su padre murió cuando estudiaba en la preparatoria, y cuando su madre le preguntó si Georgie quería ir al funeral, dijo que no.

—¿No fuiste? —Neal se sorprendió cuando ella se lo dijo. Podías saber que se hallaba sorprendido porque elevó su ceja izquierda dos milímetros. (El rostro de Neal era como un botón de flor, necesitas un lapso de tiempo cuadro por cuadro fotográfico para realmente verlo en acción. Pero Georgie se convirtió en una estudiante tal de su rostro, que podía leer la mayoría de sus tics).

—No lo conocía —dijo Georgie. Se encontraban sentados en el sofá cama en el sótano de los padres de Neal. Era la segunda o tercera Navidad después de que se casaron, y fueron a quedarse durante casi una semana.

Su madre los puso en el sótano, en un sofá cama, incluso aunque la vieja habitación de Neal tenía una cama matrimonial. —*Ella no quiere perturbar la santidad de tu dormitorio* —bromeó Georgie. Sus padres no habían tocado la habitación de Neal desde que se fue a la universidad. Todos sus recortes de lucha libre de la preparatoria y las fotos del equipo seguían pegados a la pared. Todavía había ropa en el armario.

—*Es como cuando vas a Disneylandia* —dijo Georgie—, *y te muestran una réplica de la oficina de Walt, exactamente como la dejó.*

—¿Preferirías fotos del perro?

—*¿En vez de extrañas fotos tuyas sudoroso en un traje de baño del siglo diecinueve?*

—*Se llama enterizo.*

—*Es increíblemente perturbador.*

La mamá de Neal mantenía todos sus álbumes de fotos familiares en el sótano. La semana que Georgie y Neal permanecieron allí, ella sacó toda la pila. —Si alguna vez eres presidente de los Estados Unidos —dijo Georgie, con un gran álbum con estampado floral abierto en su regazo—, los historiadores agradecerán a tu mamá por tomar tan buenas notas.

223



—Hijo único —dijo—. Quería guardar todos los recuerdos que pudiera conseguir de mí.

Neal fue un niño serio e impasible. Ojos redondos y muy abiertos, como un niño pequeño. Mirando francamente a la cámara en su quinto cumpleaños. Más parecido a un hobbit que nunca durante la escuela primaria —con su camiseta marrón, marca Toughskins, metida sobre su barriga, y su cabello abundante peinado como en los setenta. En la secundaria, empezó a pararse con sus pies plantados y sus hombros ligeramente hacia adelante. No retaba a derribarlo —no era ese tipo de persona de baja estatura. Sólo se veía como alguien que *no podía* ser derribado. En la preparatoria, era amplio y fuerte. Un objeto inamovible.

Georgie se sentó en el sofá mirando los álbumes, y Neal se sentó a su lado, jugando distraídamente con los cabellos de ella; él ya había visto todas estas imágenes antes.

Se detuvo en una foto de Neal y Dawn vestidos para un baile de preparatoria. *Jesus, en realidad fueron sacados de un video de John Cougar Mellen-camp.*

—Sí —dijo—, pero aun así...

—Aun así, ¿qué? —Georgie alisó el plástico sobre la foto.

—Era tu padre.

Apartó la mirada del Neal de la preparatoria, alzándola al Neal sentado a su lado. El Neal de veinticinco años. Más suave que en preparatoria. Con menos tensión alrededor de sus ojos. Luciendo como si probablemente la besaría en un minuto, cuando hubiera establecido el punto que quería.

—¿Qué? —preguntó Georgie.

—Es sólo que no entiendo cómo puedes faltar al funeral de tu padre.

—No lo sentía como mi padre —dijo.

Neal esperó a que ella diera más detalles.

»Él estuvo casado con mi madre solo durante diez minutos; ni siquiera recuerdo vivir con él, y se mudó a Michigan cuando yo tenía cuatro años.

—¿No lo extrañas?

—No sé qué extrañar.

—Pero, ¿no extrañas *algo*? ¿Cómo incluso la idea de él?

Georgie se encogió de hombros. —Supongo que no. Nunca me sentí incompleta o nada, si eso es lo que preguntas. Creo que los padres son algo opcional.

—Esa es una declaración fundamentalmente equivocada.

—Oh, ya sabes lo que quiero decir. —Georgie volvió al álbum de fotos. Había docenas de fotos del día de graduación de Neal. Lucía afligido en ellas; como si, después de los dieciocho, finalmente hubiera perdido la paciencia con la



foto-vigilancia de su mamá. Su padre se encontraba en casi todas las fotos, también, luciendo mucho más tolerante.

—Realmente *no* sé lo que quieres decir —dijo Neal.

Georgie cambió la página. —Bueno, son agradables, si tienes uno; si tienes uno bueno; pero los papás no son *necesarios*.

Neal se enderezó, alejándose de ella. —Son absolutamente necesarios.

—No lo son —dijo ella, girándose hacia él en el sofá—. No tuve uno.

Las cejas de Neal eran sombrías y su boca era plana. —Eso no quiere decir que no lo necesitaras.

—Pero *no* necesité uno. No tuve uno, y estoy bien.

—No estás bien.

—Lo estoy, así que... —dijo—, ¿cómo que no estoy bien?

Él sacudió la cabeza. —No lo sé.

—Estás siendo inusualmente irracional —dijo Georgie.

—No estoy siendo irracional. Nadie más en el mundo discutiría conmigo sobre esto. Los papás no son opcionales. Mi padre no era opcional.

—Porque él estaba ahí —dijo ella—. Pero si no lo hubiera estado, tu madre habría llenado los vacíos. Eso es lo que las madres hacen.

—Georgie... —Él quitó su brazo de los hombros y el cabello de ella—... estás siendo retorcida.

Ella abrazó el álbum de fotos contra sí misma. —¿Cómo estoy siendo retorcida? Estoy justo sentada aquí siendo el producto de una familia con una madre soltera perfectamente bien adaptada.

—Tu mamá no está bien adaptada.

—Bueno, eso es cierto. Tal vez los niños tampoco necesitan madres. —Ella bromeaba hora.

Neal no. Se levantó del sofá, moviendo la cabeza un poco más.

—Neal...

Se dirigió hacia las escaleras, lejos de ella.

—¿Por qué estás tan enojado sobre esto? —dijo—. Ni siquiera tenemos hijos.

Se detuvo a mitad de las escaleras. Tuvo que agacharse por debajo del techo para hacer contacto visual con ella. —Debido a que ni siquiera tenemos hijos, y ya piensas que soy opcional.

—*Tú* no —dijo ella, sin querer admitir que se equivocaba; sin realmente querer resolver lo que dijo—. Los hombres, en general.

Neal se puso de pie de nuevo, fuera de su vista. —No puedo hablar contigo ahora mismo. Voy a subir para ayudar con la cena.



Georgie colocó el álbum de fotos de regreso en su regazo y lo hojeó hasta el final.

—¿A dónde vuelas hoy? —La mujer detrás del mostrador le preguntó sin levantar la vista hacia Georgie.

—Omaha.

—¿Apellido?

Georgie deletreó McCool, y la mujer empezó teclear en su consola. Frunció el ceño. —¿Tiene su número de reserva con usted?

—No tengo uno —dijo Georgie—. Necesito uno. Es por eso que estoy aquí.

La agente de viajes miró a Georgie. Era una mujer negra de más de cincuenta o casi sesenta años. Llevaba el cabello recogido en un moño, y miraba a Georgie sobre un par de gafas de lectura de montura dorada. —¿No tiene un boleto?

—No aún —dijo Georgie. Caminó hasta el primer mostrador al que llegó. No sabía si esta aerolínea incluso volaba a Omaha—. ¿Puedo conseguir uno aquí?

—Sí... ¿Quiere volar hoy?

—Lo antes posible.

—Es víspera de Navidad —dijo la mujer.

—Lo sé. —Georgie Asintió.

La mujer —su placa de identificación decía ESTELLE— elevó sus cejas, luego volvió a mirar su consola, tecleando de nuevo.

—Quiere llegar a Omaha —dijo.

—Sí.

—Esta noche.

—Sí.

Tecleó un poco más. De vez en cuando, hacía un ruido descontento como: *jum*.

Georgie se movió en sus pies y sacudió sus llaves contra su pierna. Ya había olvidado dónde aparcó.

La agente de viaje —Estelle— se alejó y tomó un teléfono que se hallaba empotrado a la pared. Parecía un teléfono especial. Tenía una luz naranja en la pared por encima de él. *Oh, así es cómo un teléfono mágico debe lucir*, pensó Georgie.

Luego Estelle regresó a su consola y tecleó de nuevo. —Muy bien. —Suspiró, después de un minuto.

Georgie se lamió los labios. Se hallaban agrietados, pero no tenía ningún bálsamo para labios.



—Puedo conseguirte un vuelo a Denver esta noche en United. De ahí, simplemente tendrás que cruzar los dedos. Tenemos retrasos en todo el sistema.

—Lo tomaré —dijo Georgie—. Gracias.

—No me dé las gracias —le dijo Estelle—. Soy la señora que está a punto de hacer que se quede varada en el aeropuerto de Denver en víspera de Navidad. ¿Identificación?

Georgie entregó su licencia de conducir y tarjeta de crédito.

El boleto era exorbitantemente caro, pero Georgie no parpadeó.

—Podría volar a Singapur por tanto —dijo Estelle—. Sin escalas... ¿Tiene algo que documentar?

—No —dijo Georgie.

Estelle apoyó su mano sobre una impresora, esperando por el boleto. —¿Que hay en Omaha de todos modos? Además de sesenta centímetros de nieve.

—Mis hijos —dijo Georgie, entonces sintió apretarse su corazón—. Mi esposo.

El rostro de la otra mujer se suavizó por primera vez desde que Georgie llegó al mostrador. Le entregó a Georgie sus pases de abordar. —Bueno, espero que llegue más temprano que tarde. Dese prisa. Tiene veinte minutos para llegar a la puerta.

Durante los siguientes veinte minutos, Georgie se sintió como la heroína de una comedia romántica.

Incluso decidió qué canción se reproduciría en su banda sonora —*Kenny Loggins* haciendo una gran, triunfante versión en vivo de “*Celebrate Me Home*”. (Lento y suave al inicio, incrementándose hasta llegar a un crescendo irresistible. Excesivas cantidades de ojos azules del alma.)

Corrió a través del aeropuerto. Sin ningún equipaje qué arrastrar, sin hijos a los que aferrarse.

Corrió pasando al lado de las familias de otras personas. De adorables parejas de edad avanzada. De voluntarios coreando villancicos que llevaban suéteres rojos y verdes.

Con cada paso, Georgie se sintió más segura de sí misma.

Esto era lo que debió haber hecho diez minutos después de que Neal se fuera la semana pasada. Volando a través del país para reunirse con su verdadero amor era siempre el movimiento correcto. (Siempre.) (En cada caso.)

Todo estaría bien si Georgie podía simplemente llegar a Neal. Si era capaz de escuchar su voz. Si podía sentir sus brazos alrededor de ella.

Como cuando todo estuvo bien cuando él apareció en su puerta hace quince años. (Mañana por la mañana.) Tan pronto como ella vio su cara ese día, lo había perdonado.





Su avión ya estaba abordando cuando Georgie —sonrojada y sin aliento— llegó a la puerta. Una azafata bonita y rubia tomó su boleto y le sonrió. —Que tenga un buen vuelo y Feliz Navidad.





32

Traducido por Jeyly Carstairs

Corregido por Mire

El avión no despegó.

Todo el mundo tenía puesto el cinturón de seguridad. Apagaron sus dispositivos electrónicos. La bonita azafata les dijo cuál era la salida a la cual dirigirse en caso de catástrofes o una muerte casi segura. Entonces el avión se deslizó por unos pocos minutos.

Luego unos minutos más.

Se deslizó probablemente por veinte minutos.

Georgie se encontraba sentada entre una mujer extremadamente refinada y pulida que se tensaba cada vez que Georgie golpeaba su muslo y un niño de la edad de Alice que llevaba una camiseta de ESTO APESTAAAAA (Era demasiado joven para ver a *Jeff'd Up* opinaba Georgie).

229

—¿Entonces te gusta Trey? —le preguntó.

—¿Quién?

—Tu camiseta.

El niño se encogió de hombros y encendió su teléfono. Un minuto más tarde, la azafata se acercó y le pidió que lo apagara.

Después de cuarenta minutos de deslizamiento, Georgie se dio cuenta que el niño era hijo de la mujer sentada a su lado. Ella seguía inclinándose sobre Georgie para hablar con él.

—¿Le gustaría cambiar de asientos? —le preguntó Georgie.

—Siempre dejo un asiento vacío entre nosotros —dijo la mujer—. Normalmente eso significa que terminamos con espacio extra por que nadie quiere sentarse en el medio.

—¿Querían sentarse juntos? —preguntó Georgie—. No me importa moverme.

—No —respondió la mujer—. Mejor quedémonos donde estamos. Ellos usan las asignaciones de asientos para identificar los cuerpos.

El capitán encendió el intercomunicador para pedir disculpas porque no podía encender el aire acondicionado y para precisamente decirles—: Paciencia, somos los quintos en la fila para despegar.



Luego reapareció para decirles que no se hallaban más en la fila. Estaban esperando noticias desde Denver.

—¿Qué está pasando en Denver? —le preguntó Georgie a la azafata la próxima vez que se detuvo a decirle al niño que apagara su teléfono.

—Una tormenta de nieve apocalíptica —dijo la azafata alegremente.

—¿Está nevando? —preguntó Georgie—. ¿No está nevando siempre en Denver?

—Es una tormenta de nieve. Desde Denver a Indianápolis.

—¿Pero todavía estamos saliendo?

—La tormenta está pasando —dijo la azafata—. Estamos a la espera de confirmación, entonces despegaremos.

—Ah —dijo Georgie—. Gracias.

El avión regreso a la puerta de embarque. Luego se deslizó de nuevo. Georgie vio al niño jugar un videojuego hasta que su teléfono se apagó.

Toda la tensión y la adrenalina que sintió en el aeropuerto se perdieron a través de sus pies. Tenía hambre, Y tristeza. Se inclinó hacia adelante en su asiento, para no rozar la mujer a su lado.

Georgie seguía pensando en su última conversación telefónica con Neal, su última pelea. Entonces comenzó a preguntarse si en realidad podría *ser* su última pelea. Si lo ahuyentó y ya no le proponía matrimonio, ¿borraría todas las peleas que tuvieron desde entonces?

En el momento en que el capitán regresó con buenas noticias —Tenemos confirmación. —A Georgie estaba alterada. *Esto es el purgatorio*, pensó. *Entre lugares. Entre tiempos. Completamente fuera de contacto.*

Todos a su alrededor aplaudieron.

Georgie no era buena para volar. Neal siempre sostenía su mano durante el despegue y las turbulencias.

Ahora que había demasiadas personas en su familia para sentarse en una fila, se sentaban dos a cada lado del pasillo en la misma fila, Georgie y Neal en los asientos de pasillo, para que él pudiera tomar su mano si lo necesitaba.

A veces ni siquiera levantaba la vista de su crucigrama, solo estiraba el brazo para ella cuando el avión comenzaba a temblar. Georgie siempre trató de no parecer asustada, por el bien de las niñas. Pero igual tenía miedo. Si hacía ruido o tomaba aire demasiado fuerte, Neal apretaría su mano y la miraría “Oye. Solecito. *Esto no es nada. Mira a la azafata allá, está dormitando. Estaremos bien.*”

El avión de Georgie encontró turbulencia a una hora del vuelo a Denver. La mujer sentada a su lado no se molestó por ello, excepto cuando las sacudidas movían las caderas de Georgie contra las suyas.

Su hijo ya había caído dormido contra el costado derecho de Georgie. Ella se apoyó contra él, apretó sus puños y cerró los ojos.





Trató de imaginar a Neal, conduciendo a través de esta tormenta de nieve para llegar a ella.

Pero no hubo ninguna tormenta de nieve en 1998.

Y tal vez Neal no trataría de llegar a ella.

Trató de recordar de nuevo lo que le dijo anoche por teléfono. Intentó recordar lo que él le respondió.

Neal probablemente pensó que era una maniática. Solo debería haberle hablado sobre el teléfono mágico. La revelación completa. Luego podrían haberlo resuelto juntos. Podrían haber sido como Sherlock y Watson desde ambos lados de la línea de tiempo.

O Neal podría haberlo descubierto todo, él era el Sherlock y Watson en su relación.

El avión se agitó, y Georgie presionó la cabeza de nuevo contra el asiento, obligándose a escuchar la voz de Neal. *“No es nada. Estaremos bien.”*

El sol se ponía en Denver. El avión voló en círculos (y se sacudió) por cuarenta y cinco minutos antes de que la tormenta parara y ellos pudieran aterrizar.

Cuando por fin salió al puente de embarque, Georgie se encontraba segura de que iba a vomitar, pero la sensación pasó rápido. Apresuradamente pasó a la señora intocable y su hijo, y sacó un pasaje a Omaha.

Georgie había perdido su próximo vuelo, pero tenía que haber otro, Omaha era la ciudad más grande entre Denver y Chicago. (Neal siempre lo decía).

Dio unos pocos pasos confundida dentro del aeropuerto. Las puertas se hallaban tan llenas, gente sentada en el suelo, apoyada contra las ventanas. Cada puerta, de arriba a abajo en el vestíbulo, estaba llena.

Georgie tenía que llegar al otro lado del terminal. Encontró una banda transportadora de pasajeros y caminó rápidamente. Sentía como si el tiempo se moviera más rápido para ella que para el resto de las personas que pasaba. Nadie más parecía tener prisa. Y la mayoría de las tiendas se encontraban cerradas y oscuras, a pesar de que solo eran las seis. *Nochebuena*, pensó. Y luego, *tormenta de nieve apocalíptica*.

Cuando llegó a su puerta, todos los asientos se hallaban tomados. Las personas estaban de pie alrededor de un televisor sin sonido, viendo el canal del clima. Había un cartel sobre el escritorio con tres números de vuelo, todos retrasados. Técnicamente no perdió su vuelo, porque nunca despegó.

Georgie se ubicó en la fila, solo asegurándose de quedarse donde estaba era su mejor opción para llegar a Omaha.

Cuando por fin llegó al mostrador, el empleado de la aerolínea fue sorprendentemente alentador. —Su *mejor* opción es teletransportarse.

—¿Perdón?

—Solo un poco de humor de Harry Potter —dijo.



—Claro.

Georgie no había leído los libros de Harry Potter, pero fue a ver la mayoría de las películas con Seth los días que él tenía ganas de salir de la oficina. No le importaban los magos pero pensaba que Alan Rickman era de ensueño.

—*¿Cuándo empezaste a desear a chicos de mediana edad?* —preguntó Seth.

—*Cuando me convertí en una persona de mediana edad.*

—*Detente, Georgie. Estamos aún en los treinta y tantos.*

—*Dios, me encanta ese show.*

—*Lo sé* —dijo.

—*Eso es una prueba de que soy de mediana edad* —dijo—. *Extraño los treinta y algo.*

El Starbucks al lado de su puerta se encontraba cerrado. Y el McDonalds. Y el Jamba Juice. Georgie compró un sándwich de pavo en una máquina expendedora y un cargador de iPhone en otro. Consiguió un café terrible en el único lugar abierto, un bar deportivo temático del Oeste, luego se dirigió de nuevo a la puerta y encontró un lugar en la pared para apoyarse.

El vidrio contra su espalda se hallaba frío. Georgie miró por la ventana. No podía ver nada, ni nieve, nada más que sombras, pero podía oír el viento. Sonaba como si todavía estuviera en el avión.

232

Frente a ella, una mujer rompía una galleta por la mitad y la dividía entre sus hijos, dos niñas lo suficientemente pequeñas para compartir un asiento. Tenían servilletas dobladas en sus regazos y cajas de leche. La mujer se encontraba sentada junto a su marido, y su brazo colgaba perezosamente sobre el respaldo de su silla, acariciando su hombro distraídamente.

Georgie quería acercarse a ellos. Quería sacudir las boronas del abrigo de la niña más pequeña, quería hablar con ellos. —*También tengo esto* —quería decirle a la mujer—, *exactamente esto.*

¿Pero era verdad?

¿Aún lo tenía?

Georgie siguió probándose a sí misma, catalogando sus recuerdos, registrándolos en el tiempo. El séptimo cumpleaños de Alice. El primer Halloween de Noomi en Disneylandia. Neal cortando el césped. Neil frustrado en el tráfico. Neal moviéndose hacia ella, dormido cuando Georgie tenía insomnio.

—*¿Estás bien?*

—*No puedo dormir.*

—*Ven aquí, loca.*

Neal enseñándole a Alice como hacer pochoclo Jiffy Pop. Neal garabateando un jerbo soñoliento en el brazo de Georgie...

Georgie nunca podía recordar la diferencia entre un jerbo, un hámster y un conejillo de indias, así que Neal los dibujaba sobre ella cuando estaba aburrido —



Hoja de repaso —decía, escribiendo “soy un conejillo de indias” en un globo en su codo.

Pasó la mano por encima de su brazo en blanco. La niña frente a ella volcó su leche, Georgie se inclinó y lo recogió. La madre sonrió, y Georgie le devolvió la sonrisa. *También tengo esto*, dijo su sonrisa.

Extrañaba a sus niñas. Quería verlas. Tenía fotos en su teléfono...

Georgie escaneó la puerta por un enchufe y encontró uno en la pared un par de metros más abajo; dos personas ya se hallaban ahí. Se acercó y les preguntó si podía enchufar su teléfono cuando terminaran. —Solo necesito un minuto —dijo—, es solo para revisar algo.

—Adelante —dijo un joven de unos veintitantos años. Tenía la edad de Neal, Neal en 1998. El chico desconectó su teléfono y se movió unos centímetros para darle espacio.

Georgie se arrodilló torpemente entre él y una mujer que escribía en su portátil. Abrió el nuevo cargador y sacó su teléfono del bolsillo, luego lo enchufó y espero a que apareciera la manzana blanca.

No pasó nada.

—¿Lleva mucho tiempo apagado? —preguntó el muchacho—. A veces tarda unos pocos minutos.

Georgie esperó unos minutos.

Lo conectó y desconectó en ambos extremos. Presionó los dos botones.

Una lágrima cayó sobre la pantalla. (Suya, obviamente)

—¿Quieres usar mi teléfono? —preguntó el muchacho.

—No, está bien —dijo Georgie—. Gracias.—Desconectó su teléfono y se puso de pie, balanceándose hacia atrás torpemente cuando se levantó. Dio la vuelta. Luego retrocedió—. De hecho, eh, sí. ¿Puedo usar tú teléfono?

—Claro. —Lo sostuvo hacia ella.

Georgie tomó el teléfono y marcó el número celular de Neal. —*Lo sentimos este buzón esta... lleno.* —Le regresó al chico su teléfono—. Gracias.

Su lugar en la pared, junto con las niñas, había desaparecido. Una mujer se hallaba sentada ahora con su niño.

Georgie comprobó otra vez el anuncio sobre el mostrador. Aún retrasado. Uno de los otros vuelos fue cancelado. Se alejó de la puerta y dejó caer su teléfono en la basura.

Luego lo pensó mejor y metió la mano en el bote de la basura para recuperarlo. (Estaba justo en la parte de arriba) (La basura del aeropuerto es relativamente limpia) Un hombre mayor que llevaba una gran chaqueta acolchonada la observaba. Trató de mover su teléfono en el aire, para que no pensara que escarbaba por comida.



Luego lo guardó en su bolsillo y se acercó a la banda transportadora de personas. La recorrió tan lejos como pudo en una dirección, luego regresó todo el camino, entonces lo hizo de nuevo.

Solo porque no pudiera ver las fotos de sus hijas en su teléfono no quería decir que las fotos no estuvieran allí.

En algún lugar.

La cama de Noomi con una docena de gatitos de peluche. Las muñecas de papel de Alice. Noomi mordisqueando sus trenzas, Neal sacándolas de su boca. Noomi mordisqueando otra vez sus trenzas, Neal atando sus trenzas en un moño en la parte superior de su cabeza.

Neal en la cocina. Neal haciendo chocolate caliente. Neal haciendo la cena de Acción de Gracias. Neal de pie junto a la estufa cuando Georgie llegaba tarde a casa del trabajo. —No estaba seguro de lo querías empacar, pero lavé todo en tu cesto. No olvides que hace frío allí, siempre olvidas que hace frío.

Si Georgie pudiera mirar sus fotos, se sentiría mejor.

Si sólo tuviera una pequeña prueba, no es que necesitara una prueba, pero si tan sólo pudiera tener una pequeña prueba de que todavía estaban allí. Acarició su dedo anular desnudo. Vació los bolsillos buscando señales de vida: Todo lo que tenía era una tarjeta de crédito y una licencia de conducir, ambas con su nombre de soltera.

Se oscureció el aeropuerto.

Los aeropuertos eran siempre oscuros por la noche, y este era aún más oscuro con todas las tiendas de dormir y la nieve. Georgie aún podía escuchar el viento, a pesar de que ahora no se encontraba cerca de las ventanas. Todo el edificio lamentándose con él.

En algún momento, se bajó de la cinta transportadora. El suelo demasiado quieto debajo de ella, y se tambaleó. Cuando recuperó su equilibrio, fue al baño más cercano y se paró frente a un espejo de cuerpo entero.

Tan pronto como la habitación estuvo casi vacía, se levantó la camiseta y pasó su mano a lo largo de las estrías y la fibrosa cicatriz bajo su vientre.

Todavía estaban allí.



33

Traducido por Juli

Corregido por Aimetz Volkov

Georgie sabía que algo andaba mal, porque ya había pasado por esto una vez, y esa vez, el bebé había salido.

Con Alice, le habían hecho una incisión, a continuación, un jalón resbaladizo como si alguien hubiese enganchado un róbalo bocón y lo sacara de sus entrañas. Entonces una enfermera se precipitó con el bebé y Georgie le agradeció a Dios por los gritos.

La parte lenta, después de Alice, había sido recomponer a Georgie. Neal le dijo que los médicos sacaron el útero y lo establecieron sobre su estómago, luego revisaron el interior de su abdomen para asegurarse de que todo estaba bien.

Neal se había sentado a su lado ese día, cuando nació Alice.

235

Ahora se encontraba sentado al lado de ella. Las manos de Georgie estaban sujetas a su lado, y él le sostenía una.

En esta ocasión, Georgie sabía que algo andaba mal ya que pasó la incisión y sintió la presión de las manos del doctor dentro de ella, pero entonces no había ningún bebé. No había prisa en los movimientos. La enfermera que debía agarrar al bebé se puso tensa detrás del médico (y el interno y los dos estudiantes de medicina), con las manos vacías.

Georgie sabía que algo andaba mal debido a la tensión en la mandíbula de Neal. Debido a la forma en que él miraba a todo el mundo.

Sentía más presión en su interior —más manos, más de dos.

La anestesista no paraba de hablar con ella en un murmullo. —*Lo estás haciendo muy bien, mamá. Lo estás haciendo bien.* —Como si se necesitara un talento especial para permanecer inmóvil sobre la mesa. (Tal vez sí.) Ella hincaba el pecho de Georgie con un palillo.

—¿Puedes sentir esto?

—Sí.

—¿Puedes sentir esto?

—No.

—*Puede que sientas como si no pudieras respirar* —dijo la anestesista—, *pero puedes. Sólo sigue respirando, mamá.*



Ahora hablaban todos, los médicos y enfermeras; todo lo que salía de sus bocas era un número. La mesa de repente se levantó, de manera que Georgie se hallaba acostada en una pendiente leve, con la cabeza hacia el suelo.

Esto no es bueno, pensó con calma, mirando las luces.

Parecía inteligente mantener la calma en esta situación, con su cuerpo completamente expuesto, su bombeo de la sangre quien sabe dónde. Podía ver que el brazo de alguien se reflejaba en la lámpara por encima de ella —la manga era roja.

Entonces Neal apretó la mano de Georgie.

Él le dio la espalda a los médicos y el lugar donde debía estar el bebé, y se cernía sobre el hombro de Georgie. Tenía la mandíbula tensa, pero sus ojos eran feroces y abiertos.

Quizá por eso Neal siempre tenía la guardia alta. Sus ojos, expuestos, podrían quemar túneles y hasta montañas.

Georgie siguió respirando. Adentro, afuera. Adentro, afuera. —*Lo estás haciendo bien, mamá* —tarareó la anestesista. Georgie sabía que le mentía.

Los ojos de Neal echaban fuego sobre ella. Si siempre miraba a Georgie de esta manera, eso sería incómodo. Si siempre la miraba de esta manera, tal vez nunca hubiera apartado la mirada.

Pero nunca había dudado que la amaba.

¿Cómo podría dudar que la amara?

Neal le decía adiós con esa mirada. Le rogaba que se quede. Le decía que lo estaba haciendo muy bien. —Sólo sigue respirando, Georgie.

¿Cómo podría dudar que la amara? Cuando amarla era lo que mejor hacía de todas las cosas que hacía a la perfección.

La anestesista puso una mascarilla de plástico sobre la boca de Georgie. No apartó la mirada de Neal.

Cuando se despertó, más tarde esa noche, en la sala de recuperación, se dio cuenta de que ella no había esperado hacerlo.

Había una incubadora colocada cerca de su cama, y Neal dormía en una silla.





34

Traducido por CrisCras

Corregido por Miry GPE

El aeropuerto sacó catres y los colocaron en el pasillo entre las puertas. Parecía un hospital de campaña del ejército.

Georgie no sentía que pudiera dormir enfrente de extraños de esa manera —o en absoluto, esta noche. Sin embargo deseó tener una manta... si alguna de las tiendas del aeropuerto estuviera abierta, compraría una de las gigantes sudaderas azules y naranjas de los Broncos que había en los escaparates.

La gente dormía alrededor de ella, también, en sillas y contra la pared. Dormían con las cabezas sobre sus bolsas y sus manos sobre sus equipajes de mano. Como si estuvieran preocupados por los carteristas. A Georgie no le preocupaban los carteristas; no tenía nada para que le robaran.

Debía ser tarde. O temprano. Georgie perdió la noción del tiempo completamente —seguía comprobando su teléfono muerto por costumbre. El aeropuerto no apagó las luces, pero aun así se encontraba demasiado oscuro para leer sin una luz para libros. El viento parecía empujar la oscuridad al interior de la terminal.

Hubo un momento de calma en la tormenta. O tal vez solo estaba decayendo, Georgie no sabía cómo se suponía que terminaban las ventiscas.

Hubo un cambio de puerta, luego otra espera. Luego embarcó, solo medio consciente de que el vuelo era el suyo y hacia dónde se dirigía.

—¿Omaha? —preguntó la azafata cuando Georgie subió al avión.

—Omaha —respondió Georgie.

El avión tenía solo quince filas de largo, con solo dos asientos por fila. Nunca estuvo en un avión así de pequeño; solo escuchó acerca de aviones así de pequeños cuando se estrellaban.

Georgie se preguntó si los pilotos se sentían tan cansados como ella. ¿Por qué se molestaban en despegar siquiera en este punto? ¿En medio de la noche? A menos que la tripulación de vuelo también se dirigiera a casa.

237





Landline

Miércoles

Navidad de 2013

238

RAINBOW ROWELL





35

Traducido por Jasiel Odair

Corregido por Lizzy Avett'

El sol ya salía cuando dejaron Denver, y ahora Omaha se presentaba con un blanco cegador bajo ellos. Georgie agarró sus brazos mientras atravesaban la pista de aterrizaje y se puso de pie en su asiento antes de que la luz del cinturón de seguridad se apagara.

Lo había hecho. Estaba aquí ahora. Estaba cerca.

Alice. Noomi. *Neal*.

El aeropuerto de Omaha parecía abandonado. La cafetería se encontraba cerrada. Antes, siempre cuando Georgie pasaba el control de seguridad, los padres de Neal, o sólo su madre, se encontraban esperando allí, en la pequeña fila de sillas.

239

Sólo había una persona allí sentada hoy. Una mujer joven con un pesado abrigo púrpura. Saltó de su silla y comenzó a correr hacia Georgie. Entonces alguien pasó corriendo junto a ella, en sentido contrario, el chico del aeropuerto de Denver que le había prestado su teléfono.

La chica saltó a sus brazos, y él la hizo girar en un círculo ladeado. La alegría chocó contra Georgie como una onda expansiva. La bolsa de lona del muchacho se cayó al suelo. Su rostro desapareció en cabello largo ondulado y oscuro de la chica.

Georgie pasó por delante de ellos, conteniendo la respiración.

Mantente en movimiento. Tan cerca. Casi termina.

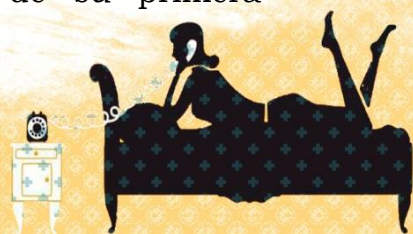
La terminal principal se encontraba vacía salvo por la docena de personas del avión de Georgie y un guardia de seguridad. Si las chicas estuvieran aquí, Georgie las dejaría correr por delante. Alice incluso podría haberse subido al carrito de ruedas, si quería. No había nadie en el edificio a quién molestar.

Georgie empezó a correr por la escalera mecánica. Estaba cerca. *Tan cerca.* Corrió hacia la salida y llegó hasta la puerta giratoria, entonces se detuvo.

Todo se hallaba cubierto de nieve.

Como, bueno, como en la televisión. El aparcamiento al otro lado de la calle parecía una casa de pan de jengibre cubierto con glaseado blanco.

La nieve se veía tan *suave* como el glaseado. Suave, pero con textura. Empujó las puertas y salió, sintiéndose relajada después de su primera



inhalación. (Su camiseta no era ningún tipo de protección contra el frío. Su piel no era ningún tipo de protección.)

Dios. Oh, Dios mío. ¿Han visto esto las chicas?

Georgie se inclinó sobre una jardinera vacía, apretando su mano en la nieve, mirando sus dedos hacer cuatro hoyos. La nieve era ligera, pero mantenía su forma. Movi6 la palma hacia arriba, dando forma a una curva suave.

Ella esperaba que la nieve le diera frío, pero no fue así. No al principio. No hasta que empezó a derretirse entre sus dedos. Un poco de nieve cayó sobre sus pies, y ahora estaban fríos, también. Trat6 de sacudirse la nieve de sus zapatillas, y mir6 hacia arriba y abajo por la parada de taxis. Ni siquiera había autos.

Georgie se cruz6 de brazos y camin6 por la acera, en busca de una se6al.

—¿Te podemos ayudar en algo? —dijo alguien.

Georgie gir6. Era la joven pareja en éxtasis. Todavía colgados el uno al otro, como si ninguno de los dos pudiera creer que estaban finalmente juntos.

—¿Parada de taxis? —dijo Georgie.

—¿Estás buscando un taxi? —pregunt6 el muchacho. El hombre. Ella probablemente lo debería llamar hombre. Debe tener veintid6s, veintitrés; su pelo ya estaba aligerándose.

—Sí —dijo Georgie.

—¿Has llamado a uno?

—Uh. —Georgie temblaba, pero trataba de no demostrarlo—. No. ¿Debo llamar a uno?

El muchacho mir6 a la chica.

—Realmente no hay taxis aqu6 —dijo la joven en tono de disculpa, pero también como que Georgie podr6a ser una idiota—. Quiero decir, hay unos pocos, si llamas con antelación... pero es Navidad.

—Oh —dijo Georgie—. Cierto. —Mir6 por toda la unidad de nuevo—. Gracias.

—¿Necesitas usar el tel6fono? —ofreci6 el chico.

—As6 est6 bien —dijo Georgie, volviéndose hacia la puerta—. Gracias de nuevo.

Los oy6 hablar en voz baja. Escuch6 al chico decir algo acerca de Jos6 y Mar6a, y que no hay lugar en la posada. —Oye, ¿necesitas que te llevemos a alguna parte? —llam6 a Georgie.

Los mir6 de nuevo. El chico sonre6a. La muchacha luc6a preocupada. Probablemente eran parte de alg6n culto de Nebraska que andaba en los aeropuertos en d6as festivos, recogiendo perros callejeros.

—S6 —dijo ella—. Gracias.

—¿No tienes una maleta? —pregunt6 la chica.



—No —dijo Georgie, entonces no podía pensar en nada que decir a continuación que podría hacer que su falta de maleta/abrigo/calzetines tuviera sentido.

—Muy bien —dijo el muchacho. (Georgie todavía no podía llamarlo hombre)—. ¿A dónde?

—Ponca Hills —dijo.

El muchacho se giró hacia la muchacha. Se encontraban sentados en la parte delantera de una vieja camioneta roja, la chica aplastada en el medio. La calefacción no funcionaba, y el parabrisas delantero ya estaba empañado. Él lo limpió con la manga de su abrigo de lona verde.

—Eso está fuera, hacia el norte —dijo la chica, sacando su teléfono—. ¿Cuál es la dirección?

La dirección, la dirección... —Rainwood Road —dijo Georgie, aliviada de recordar siquiera parte de la dirección de los padres Neal, entonces esperaba que la carretera de Rainwood no se extendiera a lo largo de toda la ciudad.

La chica escribió en su teléfono. —Está bien —le dijo al muchacho—. Gira a la derecha aquí.

Georgie se preguntó cuánto tiempo habían estado separados.

El muchacho siguió besando la cabeza de la chica y apretando su pierna. Georgie se asomó a la ventana para darles privacidad, y porque toda la ciudad se veía como una especie de país de las maravillas de hadas. Nunca había visto nada igual.

Esto acababa de caer del cielo.

Y lucía *así*. Como si Tinker Bell lo hubiese pintado. ¿Cómo la gente se acostumbraba a ello?

Georgie no se dio cuenta al principio de que debía ser difícil conducir. Ellos se movían lentamente, pero la camioneta todavía se deslizaba. —No puedo creer que condujeras en esto —dijo el muchacho.

—No iba a dejarte en el aeropuerto —dijo su novia—. Tuve cuidado.

Él sonrió y la besó de nuevo. Georgie se preguntó si se estaban acercando a la zona de Neal. Casi no había nadie más en el camino. Algunas personas se encontraban paleando.

Deben estar cerca. Georgie reconocía ese parque. Ese puente. Esa bolera. La chica le daba las instrucciones al chico. Georgie reconoció una pizzería a la que ella y Neal habían ido. —Estamos muy cerca —dijo ella, inclinándose hacia adelante y apoyando una mano en el tablero.

—Rainwood debe estar en la próxima a la derecha —dijo la chica.

—Si... —convino el muchacho. Pero el camión dejó de moverse.

Su novia levantó la vista de su teléfono. —Oh.

Georgie vio la colina, pero no vio cuál era el problema.



El muchacho suspiró y se frotó el pelo rubio oscuro, luego se volteó hacia Georgie. —Podríamos llegar a mitad de la colina. Pero no estoy totalmente seguro de poder llegar. O pasarla.

—Oh... —dijo Georgie—. Bueno. Está cerca. Puedo caminar desde aquí, conozco el camino.

Ambos la miraron como si estuviera loca.

—No llevas un abrigo —dijo.

—Ni siquiera estás usando zapatos de verdad —dijo la chica.

—Estaré bien —les aseguró Georgie—. Son cinco cuadras, como mucho. No voy a morir de frío. —Lo dijo como si supiera algo acerca de congelarse hasta la muerte, lo que no hacía con claridad.

—Espera un minuto. —El chico salió de la camioneta, y luego saltó al interior treinta segundos después con su bolsa de lona. La abrió, y la ropa se derramó. Empezó a amontonar en el regazo de la chica—. Aquí —dijo, sacando un suéter gris de lana gruesa—. Toma esto.

—No puedo tomar tu suéter —dijo Georgie.

—Tómalo. Puedes enviármelo de nuevo, mi madre cose mi dirección dentro de todo. Tómalo, no es gran cosa.

—Solo tómalo —dijo la chica.

—Estoy tratando de pensar si tengo botas extra... —Metió la ropa en la bolsa—. Podría tener algunas en la parte de atrás.

La chica rodó los ojos, y por un minuto se pareció a Heather.

—O, ¿por qué no me dices a dónde vas? —le dijo él a Georgie—. Correré hasta la casa y volveré con tus zapatos y tu abrigo o lo que sea.

—No —dijo Georgie. Ella se puso el jersey por la cabeza—. Ya has hecho bastante, gracias.

—No se puede caminar por esa nieve descalzo —insistió.

—Voy a estar bien. —Georgie abrió la puerta del pasajero.

Él abrió la puerta, también.

—Oh por el amor de Cristo —dijo la chica—. Puedes usar mis botas. —Se inclinó hacia el suelo. Georgie se dio cuenta de que llevaba un pequeño anillo de compromiso—. Puedes tenerlas. Ni siquiera me gustan.

—Absolutamente no —dijo Georgie—. ¿Qué pasa si se quedan atascados en la nieve?

—Voy a estar bien —dijo ella—. Él me cargaría por toda la ciudad antes de permitir que me moje los pies.

El muchacho le sonrió a la chica. La chica rodó los ojos otra vez y terminó de quitarse las botas. —Simplemente tómalas —dijo—. Tiene en su cabeza que



eres nuestra misión de Navidad. Si no te ayudamos, él nunca conseguirá sus alas.

Georgie tomó las botas. Eran del tipo Uggs Knockoff. Se veían de su talla.

Se quitó sus zapatillas de charol —un regalo de cumpleaños de Seth—, sin duda caras. (Seth siempre le compraba ropa a Georgie para Navidad, por lo general para sustituir el elemento más patético en su armario. Menos mal que no sabía nada de sus sostenes). —Puedes tener estos —dijo Georgie—. Si los quieres.

La chica parecía dudosa.

—Vamos a esperar aquí por un tiempo —dijo el muchacho—. Vuelve si necesitas ayuda.

Correcto, pensó Georgie, colocándose las botas. *Si mi marido no me reconoce. Si mis suegros no viven allí. O si todos los que conozco están muertos o no nacido porque arruiné el tiempo...* —Gracias.

—Feliz Navidad —dijo el muchacho.

—Ten cuidado —advirtió su prometida—. Podría haber hielo.

—Gracias. —Georgie sacó las piernas del camión y saltó, agarrando la puerta mientras sus pies se deslizaban por debajo de ella.

Nadie había paleado aún la carretera de Rainwood. Georgie recordaba vagamente que no había aceras; ella y Neal había caminado en la calle la vez que se fueron a comer pizza, sus manos balanceándose entre ellos.

La nieve llegaba hasta las pantorrillas de Georgie, tenía que levantar los pies para hacer algún progreso. Sus orejas y párpados se encontraban helados, pero después de la escalada de una cuadra, con las mejillas sonrosadas, jadeaba.

Dios, ella ni siquiera fue capaz de imaginar este frío antes.

¿Cómo puede la gente vivir en un lugar que obviamente no los quería a ellos? Todo el romance de la nieve y las estaciones... no deberías tener que hacer un esfuerzo especial para no morir cada vez que dejaras tu casa.

Todo era tan tranquilo, el aliento de Georgie sonaba atronador. Miró hacia atrás, pero ya no podía ver el camión rojo. No podía ver ningún signo de vida. Era fácil imaginar que cada casa que pasaba se hallaba vacía.

Georgie sintió las lágrimas en sus ojos y trató de fingir que era por el frío o la fatiga, y no por lo que la esperaba —o no la esperaba— en la cima de la colina.





36

Traducido por CrisCras

Corregido por Vanessa Farrow

Neal creció en una casa colonial de ladrillo con una entrada para coches circular. Su madre se sentía sumamente orgullosa de ella; la primera vez que Georgie la visitó, unos pocos meses después de que se comprometieran, su madre le dijo que la entrada era una de las razones por las que compraron la casa.

—*No lo entiendo* —dijo Georgie más tarde, después de que se había escabullido del sótano a la habitación de Neal, y él la había empujado contra la pared, debajo de su certificado de Eagle Scout—. *Es como si hubiera una carretera en tu patio delantero* —dijo—. *¿Cómo es eso algo bueno?* —Neal había resoplado una sonrisa en su oreja, luego empujó el cuello de su pijama para abrirlo con su nariz.

Georgie ascendió por el camino ahora, destruyendo la perfección de postal del patio delantero nevado con sus huellas.

Abrió la contrapuerta y llamó, la puerta principal se abrió bajo su mano. Porque en Omaha, al parecer, nadie cerraba sus puertas principales. Podía oír música navideña y gente hablando. Llamó otra vez, echando un vistazo dentro de la casa.

Cuando nadie respondió, dio un paso dentro del recibidor con cautela. La casa olía como el ambientador marca Glade de manzana con canela y a agujas de pino. —*¿Hola?* —dijo demasiado bajo. Su voz temblaba, había dejado un rastro de nieve, sentía como si estuviera irrumpiendo.

Lo intentó un poco más alto—: *¿Hola?*

La puerta de la cocina de abrió a medias, y la música —“Have Yourself a Merry Little Christmas”— aumentó. Neal salió. A media habitación de distancia de ella.

Neal.

Pelo color chocolate con leche, piel pálida, un suéter rojo que no había visto nunca antes. Una mirada en su rostro que no había visto nunca antes. Como si no la conociera en absoluto.

Él se detuvo.

La puerta de la cocina se balanceó por detrás de él.

—Neal —susurró Georgie.

244



La boca de él se encontraba abierta. Boca encantadora, encantadores labios idénticos, encantadores hoyuelos como soportes para los dientes de Georgie.

Sus cejas estaban bajas y cuando cerró su mandíbula, hubo un tenso latido en las esquinas de sus mejillas.

—¿Neal?

Pasaron cinco segundos. Diez. Quince.

Neal estaba justo allí. En vaqueros y calcetines azules y un extraño suéter. ¿Se sentía feliz de verla? ¿La conocía siquiera? ¿Neal?

La puerta se abrió por detrás de él. —¿Papi? La abuela dice...

Alice entró en la habitación, y ella sintió como si alguien acabara de patearla por detrás de las rodillas.

Alice saltó. Justo como hacen los niños en las películas. De alegría. —¡Mami! —Corrió hacia ella.

El teléfono de Georgie se deslizó de su mano mientras ella se dejaba caer en el suelo.

—¡Mami! —gritó Alice otra vez, aterrizando en los brazos de Georgie—. ¿Eres nuestro regalo de navidad?

Georgie sostuvo a Alice tan fuerte que es probable que doliera, y cubrió el lateral de la cara de la chica de besos. Georgie no vio la puerta de la cocina abrirse otra vez, pero oyó a Noomi gritar y llorar, y luego eran dos en sus brazos, y Georgie estaba cayendo de lado de rodillas, intentando sostenerse.

—Las eché de menos —dijo entre besos, cegada por piel rosa y pelo marrón amarillento—. Las extrañé mucho.

Alice se apartó, y Georgie apretó su brazo alrededor de ella. Pero Neal estaba levantando a Alice y alejándola. —Papi —dijo Alice—, mami está aquí. ¿Era tu sorpresa?

Neal asintió y también levantó a Noomi, colocándolas a ambas a su lado.

Noomi lloró en protesta.

Neal extendió sus manos para Georgie, y ella las tomó. (Tan cálidas en su dedos helados). Él tiró de ella para ponerla de pie, luego la dejó ir. Todavía no sonreía, así que ella tampoco sonrió. Sabía que estaba llorando, pero intentó ignorarlo.

—Estás aquí —dijo él sin mover los labios.

Georgie asintió.

Neal se movió rápidamente, tomando su rostro en sus manos —una en su fría mejilla, otra bajo su mandíbula— y lo jaló hacia el suyo.

Ella sintió el alivio atravesarla como un fantasma.

Neal.

Neal, Neal, Neal.



Georgie tocó sus hombros, luego la parte de atrás de su pelo —aun puntiagudo—, luego las puntas de sus orejas, frotándolas entre sus dedos y pulgares.

No podía recordar la última vez que se habían besado de esta manera. Tal vez nunca se habían besado así. (Porque ninguno de ellos había estado a punto alguna vez de caer por un precipicio).

—Estás aquí —dijo él otra vez.

Y Georgie asintió, dando un paso adelante solo en caso de que él estuviera pensando en apartarse.

Ella estaba aquí.

Y eso no arreglaba nada. No cambiaba nada.

Aún tenía su trabajo. Y la reunión tal vez. Todavía tenía que solucionar lo de Seth —o no. No había tomado ninguna decisión de verdad...

Pero por una vez, tomó la decisión correcta.

Estaba aquí.

Con Neal. Lo que sea que eso significara de ahora en adelante.

Él la besó como si supiera exactamente quién era ella. La besó como si hubiera estado esperándola durante quince años.

Alice y Noomi saltaron a los pies de sus padres y se abrazaron a sus piernas.

Había un perro allí en alguna parte, y la madre de Neal hablando sobre colocar un lugar extra en la mesa.

—Estás aquí —dijo Neal, y Georgie lo sostuvo por las orejas, así no podía apartarse.

Ella asintió.



Antes

Traducido por Dey Kastély

Corregido por Verito

Neal estacionó el Saturn en el camino de entrada de Georgie. Se inclinó hacia adelante y descansó su cabeza contra el volante. Cristo, se iba a quedar dormido.

Eso haría una gran sorpresa de Navidad; Georgie tocando en su ventana después, preguntándole si podría mover su auto.

Rebotó su cabeza sobre el volante.

Vamos, Neal. Puedes hacer esto. Ella podría decir que no, pero al menos puedes hacer la pregunta.

Trató de no pensar en la última vez que había hecho esta pregunta, cuando ya sabía que Dawn diría que sí, y él ya sabía que no quería que lo hiciera.

247

Dawn habría dicho que sí si él se lo hubiera pedido de nuevo esta semana; se podía dar cuenta por la forma en que lo miraba.

Cristo, podía verlo. La boda. El matrimonio. El resto de su vida con Dawn. Todo sería tan agradable y predecible, ni siquiera tenía que vivirlo para saber el final.

No podía predecir los próximos diez minutos con Georgie. Nunca. Pero sobre todo, no hoy. *Los próximos diez minutos...* podría decir que no; había estado rogándole que rompiera con ella por teléfono toda la semana.

Pero todo lo que hizo fue convencerlo que de no podía hacerlo.

Incluso a dos mil kilómetros de distancia, incluso por teléfono, Georgie estaba más viva que cualquier otra cosa en su vida.

Sintió sus mejillas calientes, sólo pensando en volver a verla. Eso es lo que Georgie le hacía. Sacaba la sangre a la superficie de su piel. Como la *vida* sucediendo, e incluso si él a veces era miserable, no se iba a dormir en el camino.

Pasó la mano por encima de su bolsillo. El anillo aún se encontraba ahí.

Había estado ahí desde que se fue del asilo; su tía abuela lo presionó en las manos de Neal. —*Ya no necesito esto. Realmente nunca lo necesité, pero a Harold le gustaba verlo en mi dedo.* Era un anillo familiar —dijo—. Debía permanecer en la familia.

Neal se decidió tan pronto como lo vio.





El futuro iba a pasar, incluso si él no estaba preparado para ello. Incluso ni *nunca* lo estuviera.

Al menos podía asegurarse de que se encontraba con la persona adecuada.

¿No era ese el punto de la vida? ¿Encontrar alguien con quien compartirla?

Y si tienes bien esa parte, ¿hasta dónde podrías equivocarte? Si estuvieras de pie junto a la persona que amabas más que a nada, ¿no era todo lo demás sólo escenografía?

Neal se desabrochó el cinturón de seguridad.



Después

Traducido por Dey Kastély

Corregido por Meliizza

—No se ve real.

—¿Cómo se ve?

—Como un episodio de Una Navidad Muy Especial.

—Mmm... —La boca de Neal era cálida sobre su nuca—. Una de dos partes —dijo—, con una especie de truco de *Cuento de Navidad*.

—Exactamente —dijo Georgie—, o *Qué Bello es Vivir*.

La boca de Neal era cálida y húmeda. —¿Tienes frío, Georgie Bailey?

—No —dijo ella.

—Estás temblando.

—No tengo frío.

La sostuvo con más fuerza.

—¿Sólo cae así? —preguntó ella.

—Ajá.

—¿Incluso cuando nadie está mirando?

—Eso creo, pero supongo que no puedo probarlo.

—No puedo creer que casi me perdí esto.

—Pero no te lo perdiste —dijo.

—Casi...

—No. Ya hemos pasado por eso.

—No lo hemos hecho —dijo ella—. No realmente.

—Ya hemos pasado por eso lo suficiente.

—Pero, Neal, yo... realmente te extrañé.

—De acuerdo, pero puedes parar ahora. Estoy justo aquí. Deja de extrañarme.

—Está bien.

La nieve seguía cayendo. En cámara lenta.



—También te extrañé —dijo Neal—. Extrañé que me contaras.

—¿Que te contara qué?

—Todo. Lo que estás pensando. Lo que te preocupa. Lo que quieres de cenar.

—¿Extrañaste que dijera que tengo ganas de pollo Thimpu otra vez?

—No extrañé que dijeras eso, sólo extrañé que me hablaras, ¿sabes?

—Tal vez —dijo ella.

—Cuéntame algo ahora, Georgie.

—¿Qué?

—Lo que me perdí —dijo, luego la abrazó firmemente—. ¿Segura que no tienes frío?

—No.

—Todavía estás temblando.

—Yo... —Giró su cabeza, así ella podría ver su rostro—. Petunia tuvo sus cachorros.

—¿Sí?

—Sí, mi mamá no se encontraba en casa, así que ayudé en el parto.

—Jesús, ¿en serio?

—Si. Y... mi hermana es gay.

—¿Heather?

—Sólo tengo una hermana. Tal vez no es gay, pero definitivamente tiene una novia.

—Eh... —Neal entrecerró los ojos, luego sacudió la cabeza.

—¿Qué?

—Yo... por un segundo, solo... nada, un déjà vu o algo así.

Georgie se giró completamente en sus brazos, y tomó su rostro entre las manos. Había copos de nieve en sus mejillas, nariz y pestañas. Las apartó. —Neal...

Envolvió sus brazos con fuerza alrededor de su cintura de nuevo. —No lo hagas, Georgie. Ya hemos pasado por eso. Suficiente. Por ahora.

—Es solo... una cosa más.

—De acuerdo, una más.

—Seré mejor.

—Ambos lo seremos.

—Me esforzaré más.

—Te creo.



Ella mantuvo quieto su rostro y clavó los ojos en los suyos tan profundamente como pudo. Trató de verter fuego en ellos. —Desde este día en adelante, Neal.

Neal bajó su entrecejo, con ternura, como si estuviera desenredando algo que pudiera desmoronarse en sus manos.

Abrió la boca para hablar, pero Georgie se inclinó y lo detuvo. No pudo evitarlo, sus labios se hallaban justo ahí. Los labios de Neal siempre estaban justo ahí, una razón por la que era tan frustrante cuando sentía que no tenía permitido besarlo.

Lo besó ahora. Él extendió sus dedos contra sus costillas y le dejó empujar su cabeza hacia atrás.

Cuando Georgie se retiró bruscamente, hizo un sonido como si doliera. —Vamos, Georgie. Nada de “una cosa más”.

—No, acabo de acordarme... tengo que llamar a mi mamá.

—¿Lo haces?

Georgie se apartó, pero no la dejó ir.

—Tengo que llamarla. Nunca le dije que me iba; sólo me fui, desaparecí.

—Pues llámala. ¿Dónde está tu teléfono?

—Está muerto. Para bien. —Georgie metió las manos por debajo del abrigo de Neal, en busca de sus bolsillos—. ¿Dónde está tu teléfono?

Se revolvió y dejó caer los brazos. —Adentro. Muerto. Dejé a Alice jugar Tetris... lo siento.

Georgie se giró para entrar, sacudiendo la nieve de sus botas Ugg prestadas. —Está bien. Sólo usaré el teléfono fijo.

—Sólo pide prestado el teléfono de mi mamá —dijo—. Se deshizo de la línea fija.

Georgie se detuvo y lo miró. —¿En serio?

—Sí. Hace años. Después de que mi papá muriera.

—Ah...

Neal apretó más su chaqueta alrededor de ella. —Anda, entremos. Estás temblando.

—Estoy bien, Neal.

—Bueno, vayamos a estar bien donde hace calor.

—Yo sólo... —Levantó la mano y tocó su rostro de nuevo—. Yo casi...

Él susurró—: Basta, Georgie. Estás aquí ahora. Quédate *aquí ahora*.



Sobre el Autor



Rainbow Rowell vive en Omaha, Nebraska, con su esposo y dos hijos. También escribió *Eleanor & Park*, *Fangirl* y *Attachments*. Visita su sitio web en www.rainbowrowell.com.

252

RAINBOW ROWELL

